



pregiuntame
si me
importas
-2ª parte-

Alejandra Beneyto

Pregúntame si me importas II

Alejandra Beneyto

© Alejandra Beneyto Crespo

1ª edición, julio 2017

ASIN: B074BZ2W66

Diseño de cubierta: Víctor M. Ruiz Sáez

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*A Marta, Lorena y Juan Carlos,
mis lectores cero, por acompañarme en el camino.*

*«Cuando luchas por lo que quieres
te conviertes en quien eres».*

ÍNDICE

SINOPSIS

1 UN AÑO PARA OLIVIA

2 UN AÑO PARA WILL

3 ¿NECESITO QUE SE DETENGA EL TIEMPO?

4 ¿NO VES QUE QUEDAN COSAS POR DECIR?

5 ¿SEGUIRÁS AQUÍ?

6 ¿ESTARÉ AHÍ PARA TI?

7 ¿ABRIRTE LA PUERTA Y NO DARTE LA LLAVE?

8 ¿NO SABES QUE HARÍA CUALQUIER COSA?

9 ¿SOMOS VALIENTES?

10 ¿UN PUNTO DE INFLEXIÓN?

11 ¿CÓMO TE LO DEMUESTRO?

12 ¿SOMOS CAPACES?

13 ¿TE IMPORTO?

14 ¿ME IMPORTAS?

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

SINOPSIS

Ha pasado un año.

Un año para Olivia, que se ha puesto a prueba en todos los sentidos posibles hasta acabar reinventándose.

Un año para Will, que ha permanecido inmerso en una vida en la que no se encuentra a sí mismo.

Han pasado doce meses en los que el mundo ha seguido girando y, ahora, el destino ha decidido colocarlos de nuevo en la casilla de salida.

O eso parecía.

Nada será fácil. El tiempo ha dejado huella en ellos y ambos son diferentes. ¿Realmente lo que tuvieron fue tan fuerte como para que la distancia no lo haya borrado?

Acompaña a Will y a Olivia mientras aprenden que, a veces, lo único que te separa de tus sueños es el miedo a verlos convertidos en realidad.

1

Un año para Olivia

Supongo que a nadie le extrañará saber que no aprendí a bailar bajo la lluvia al día siguiente. Ni al siguiente tampoco. Ni al siguiente. Fue un camino bastante árido durante el que me encontré con más obstáculos de los que jamás hubiera podido prever. A partir de que Will salió de mi vida muchas cosas cambiaron. No fueron solo cambios motivados por la ruptura, ni por la tristeza que me produjo el haber perdido lo que teníamos juntos. Me pasaron bastantes más cosas. Pero empecemos por el principio.

Tras la marcha de Will, pasé por todas las etapas del duelo en modo cíclico. Cuando acababa, empezaba de nuevo. Negación, ira, negociación, depresión. Negación, ira, negociación, depresión. A veces las mezclaba o me saltaba pasos; un desastre. Hasta que con el tiempo llegó la aceptación, lo cual no quiere decir que lo superase *ipso facto*, ni muchísimo menos. Simplemente empecé a poner en marcha todos los mecanismos que tenía para salir adelante.

Hice todas las cosas que hacemos las chicas cuando pasamos por una ruptura. Todas. Escondí bajo llave todo lo que me recordaba a él. Me cambié el corte de pelo. Escuché música hasta quedarme dormida de tanto llorar. Si él hacía el intento de contactar conmigo me hacía la dura. Quemé las notitas que me había dejado. Borré sus mensajes del móvil.

Tuve varias fases a lo largo de los primeros meses, siempre acompañada de alguno de mis amigos que solía ser un experto en la actividad que me ocupaba.

En septiembre vi todo el catálogo de películas románticas que le gustaban a Claire. Hacíamos auténticos maratones, de manera que un plan habitual en esa época consistía en ver *Tal como éramos*, *Moulin Rouge* y *Pearl Harbor*, una detrás de otra. Llorando las dos a moco tendido abrazadas a un bote de helado. Yo no recordaba haber llorado nunca con una película de amor; igual alguna lagrimilla viendo *Titanic* durante mi adolescencia, pero nada de llorar de esa manera que parece que te falta el aire.

Esa fase acabó bastante pronto porque estaba terminando de hundirme, y porque los kilos de más que me habían traído los helados y las palomitas en cantidades ingentes iban a suponerme un problema de cara a la siguiente fase: salir a ligar.

Lógicamente no llegué sola a la conclusión de que esa era una posibilidad

a tener en cuenta, pero un día que yo estaba rabiosa hasta decir basta porque a Will le dio por empezar a mandarme mensajitos sin sentido para contarme que había llegado bien a China, Christina decidió tomar cartas en el asunto y traspasarme algo de su sabiduría:

—Lo que tienes que hacer, Liv, es ponerte guapa, salir a bailar y ver con tus propios ojos que hay más peces en el mar dispuestos a hacerte disfrutar de la vida sin complicaciones —dijo con su habitual tono resuelto—. Así que levántate de ese sofá, ponte unos buenos tacones y sal a la calle. No más lágrimas. Y tú —miró a Claire que estaba acurrucada a mi lado en el sofá y la miraba alucinada—, también puedes aplicarte el cuento. Ya basta de llorar por los rincones por el tema de Neal. Reflexiona de una vez y haz algo. Y no quiero volver a escuchar ni una sola puñetera canción más de Ed Sheeran, ¿me oís? Mañana salimos las tres. Nada de excusas de última hora.

Claire y yo nos miramos sin saber muy bien qué decir y así dio comienzo la nueva fase.

Esa época la recuerdo con ambivalencia; me gustó tanto como la odié. Me gustó porque salir con las chicas a bailar sin preocupaciones y cantar hasta quedarnos afónicas era siempre un buen plan. Además, arreglarme, salir y olvidar durante un rato la pena que me consumía era una sensación bastante liberadora. La odié porque no soportaba que ningún chico se me acercara. Me daba asco solo pensar en la posibilidad de que alguien que no fuera él me hablara, me sonriera, me tocara. Me ponía enferma cada vez que me invitaban a una copa o me insistían para bailar una canción, y a veces volvía a mi casa más deprimida de lo que estaba cuando salí.

Durante esas semanas corté toda relación con Will. Le pedí expresamente que no volviera a escribirme más porque (cito): «yo no era suya para que tratara de retener a parte de mí a su lado». Creo que captó el mensaje, porque nunca más volvió a escribirme. A partir de ese día no volví a saber de él.

En octubre, Neal creyó dar con la panacea. Estaba convencido de que lo que tenía que hacer era salir más a la calle y hacer cosas que me gustaran, como ir a exposiciones, leer al aire libre o irme de excursión para hacer fotos. También insistió en que hacer deporte podría venirme muy bien para desahogarme y segregarme endorfinas. Organizamos excursiones todos juntos para ir a pasar el día al campo, hicimos senderismo y salí a correr con él por nuestro barrio. Neal incluso se encargó de programar un día un partido de tenis para que probara si me gustaba. Yo... jugar al tenis. Mejor ni cuento cómo fue la experiencia. Esa fase acabó tras un tirón en el abductor izquierdo

que me hizo andar pareciendo un pato durante varios días.

Por el mes de noviembre, Matt me dijo que probara lo que hacían los hombres tras una ruptura. «Solo tíos», me dijo. Pues genial. Me llevó con él y sus amigos del trabajo en varias ocasiones a un bar de Harlem donde hacían concursos para ver quién aguantaba más cervezas, organizaban timbas de cartas y jugaban al billar. Reconozco que fue divertido. Los amigos de Matt debían de tener órdenes directas tuyas para que no intentaran nada conmigo, porque desde el principio me trataron como a *uno* más. Yo estaba acostumbrada a lidiar con las burradas típicas de los chicos porque había crecido con Aiden y muchas veces me llevaba con él y sus amigos, que no son precisamente una panda de caballeros refinados, así que me sentí integrada enseguida. Bebí como un tío, fui la compañera de un competitivo Matt jugando al billar y gané la timba de póker del mes. Incluso les di consejos sobre cómo acercarse a chicas y asegurarse el éxito. Me mimeticé tanto en el ambiente que protagonicé algunas *oliviadas* (como decir gilipolleces que no vienen a cuento y dejar claro por qué los concursos de cerveza no son ni serán nunca lo mío).

Un día en el que estuve especialmente torpe, un compañero nuevo se unió al club. Parece ser que Matt no le había leído la cartilla y desconocía que yo no estaba por la labor de salir con nadie, porque me pidió mi número y una cita. Dijo que me había estado mirando y que le había gustado. No sé yo en qué momento pudo pasar algo así; si fue cuando al reírme la cerveza se me escapó a borbotones por la nariz o al darme con mi propio palo de billar en la cabeza. Un misterio. Pero pensé que si a pesar de semejantes hazañas había llamado la atención del chico, igual valía la pena probar. Llevaba dos meses sin salir con nadie y alguna vez tendría que ser la primera. En las últimas semanas había empezado a encontrarme un poco mejor, pero sabía que si no empezaba a hacer vida normal nunca terminaría de salir del agujero. Así que acepté y al día siguiente quedamos para cenar.

Todo iba más o menos bien durante el comienzo de la noche. El chico era mono y parecía agradable. Hablamos de lo típico en una primera cita, hasta que me preguntó de qué conocía a Matt y le conté parte de la vida y milagros de mi amistad con él, al más puro estilo Olivia Gallagher.

Yo estaba tensa. Era la primera vez que quedaba con un chico en meses y me sentía un poco violenta, pero intenté relajarme y me encargué de sacar a relucir mi arma secreta: mi lengua sin filtro.

Cuando nos trajeron los entrantes, dijo algo que resquebrajó la poca fe que tenía en aquella cita.

—¿Hablas tanto porque eres así o solo porque estás nerviosa? —preguntó con un deje burlón que no me gustó nada.

Me quise morir. Y sé que no lo dijo a malas, que conste. Creo que le parecía adorable la posibilidad de que cenar con él pudiese ponerme nerviosa, como si yo fuera una adolescente enamoradiza. Imbécil. Sin poder evitarlo, pensé en Will y mi ánimo se fue por los suelos. Will nunca me había hecho sentir incómoda por hablar tanto. Jamás. Desde el principio me había escuchado atentamente, con cariño, y siempre me había hecho sentir cómoda al ser yo misma. De repente me sentí muy perdida. Me angustió mucho la idea de no volver a encontrar a nadie que me hiciera sentir como me sentía con él, más incluso que no encontrar a alguien que me gustase lo suficiente. Cené todo lo rápido que pude, puse la típica excusa de que al día siguiente madrugaba y me marché en taxi a mi casa.

Aquella noche volví a llorar hasta quedarme dormida. Llevaba muchas semanas fuera de esa fase, pero tuve una recaída. Bueno, un desliz. Según Christina, solo puede considerarse recaída cuando vuelves a los patrones de comportamiento que tenías antes. Así que en el sentido estricto de la palabra no puede decirse que tuve una recaída, aunque me vino de poco. Tuve un par de días bastante malos y estuve más cerca de lo que quisiera admitir de mandarle un mensaje. Solo para saber si estaba bien. Si se había adaptado a China. Si él pensaba en mí una cuarta parte de lo que pensaba yo en él. Pero no lo hice. Tuve que echar mano de todas las herramientas de autocontrol que poseía, pero lo conseguí.

En Acción de Gracias fui a pasar unos días a Nueva Jersey. Aiden también estaría y necesitaba tanto hablar con él del tema cara a cara que me sentía una idiota blandengue.

Después de la cena, divagué durante horas sobre lo mucho que echaba de menos lo que tenía con Will, cuánto me acordaba de él y lo imbécil que me sentía día sí día también por el hecho de que solo habíamos estado juntos dos meses y no conseguía sacármelo de dentro, aunque hubiera pasado más tiempo desde que se fue que todo el tiempo que compartimos en total.

—Mira, Livvy, creo que esto ya está durando demasiado. Llevas casi tres meses así. No tiene sentido, pequeña. Se acabó. Tienes que seguir adelante de verdad. Necesitas desesperadamente un cambio de actitud —me dijo muy serio, pero con ese toque suyo de ternura infinita. Yo, hecha una bola en el sofá de nuestra casa, ni pestañeaba empapándome de su sabiduría—. No vas a

olvidarlo, no se trata de eso, ¿sabes? No va a desaparecer como en esa película de Kate Winslet en la que puedes borrar a alguien de tu mente como si nunca hubiera existido. —Me pasó una mano por el pelo y se acomodó en el sofá—. Pero tienes que aprender a vivir con su recuerdo. Hasta que llegue el día que no te duela.

«Bailar bajo la lluvia», pensé. Y me sentí gilipollas. Primero, porque esa frase me recordaba a él y era justo donde no debía atascarme, y segundo, porque era mi plan desde el principio y no estaba haciéndolo bien. Miré a mi hermano. Mi sabio hermano. A veces me sorprendía de su madurez. Solo me sacaba once meses pero estaba dos o tres niveles por encima de mí en inteligencia emocional. Quise llorar, pero no lo hice. Solo asentí y lo abracé en silencio.

—Eres tan especial, Livvy... Si él no supo verlo, es que no era para ti. Mereces a alguien que te quiera para siempre. Y estoy seguro de que cuando ese alguien aparezca, luchará por ti y no te dejará escapar. No te conformes con menos, hermana.

Dios, adoro a mi hermano. Él siempre sabe dar con las palabras. Siempre consigue que abra los ojos y que deje entrar la luz suficiente para que se alumbre mi camino.

Las de ese año fueron unas navidades melancólicas. Todo a mi alrededor me parecía diferente, aunque de un año para otro no se hubiese producido un gran cambio. Pero yo ya no era la Olivia que había sido; algo en mí había evolucionado aunque no se percibiera a simple vista.

En las últimas semanas había puesto en práctica los consejos de mi hermano. Ya no volcaba todos mis esfuerzos en no pensar en Will, ni me reprendía a mí misma si no conseguía mantenerlo fuera de mi mente. Había aceptado que tendría que vivir así de ahora en adelante. Yo lo quería y eso era algo que difícilmente iba a conseguir cambiar. Pero estaba acostumbrándome a vivir con su recuerdo dentro de mí, y mi meta era aprender a ser feliz pese a ello.

Mentiría si dijera que no lloré algunas noches pensando en si estaría completamente solo durante las fiestas. Recuerdo que paseando por las calles de Nueva Jersey, nevadas e iluminadas con luces de colores, Will acudía a mi mente cada dos por tres, con su sonrisa canalla y su mirada burlona; con sus ojos azules hablándome directamente al alma. Todo me hacía pensar en él. Y en el fondo sabía que no tenía sentido porque nunca habíamos pasado una

Navidad juntos, pero yo qué sé. Para mí Navidad era sinónimo de hogar y, por alguna razón, asociaba ese concepto a Will y a lo que podríamos haber sido y no pudo ser. Di gracias de que el calor de los míos me mantuviese serena y me ayudase a no caer en la tentación de hacerle algo de compañía a trece mil kilómetros de distancia en forma de mensajes de texto. Aunque nada consiguió arrancarme de dentro esa sensación de añoranza.

Con la entrada del 2014, todo pareció volverse un poquito más fácil; como si el cambio de año hubiera llegado para facilitarme eso de hacer borrón y cuenta nueva. Volví a Nueva York después de las fiestas y me incorporé al trabajo; retomé mis rutinas y me apunté a un curso de edición fotográfica que me apetecía mucho hacer.

Todo siguió estable hasta mediados de febrero. Un día, mi jefe nos convocó a todo el departamento para una reunión urgente con motivo de la planificación del nuevo año. «Llega cinco semanas tarde, señor Thomson», pensé. Pero no sería yo quien lo dijese.

Después de horas encerrados en la sala de juntas, hablando de la importancia de llevar los números a rajatabla y de los objetivos que pretendía alcanzar, dijo que había que empezar a pensar en la especialización.

—La competencia viene pisando fuerte en materia de *marketing* estadístico. Ahora todos los indicadores de calidad se miden así, así que hay que ponerse las pilas. —Lanzó al centro de la mesa un par de *dossieres*, y con un movimiento de muñeca nos los hizo llegar hasta el otro extremo, donde nos encontrábamos mi compañero y yo—. Harrelson, Gallagher, estos son unos cursos de formación que convendría que hicierais para alcanzar el nivel que se espera de vosotros. Echad un vistazo y decidid en qué modalidad estaríais más cómodos. A finales de semana lo comentamos.

Yo no daba crédito. ¿Qué cursos de formación? Por Dios santo, cuando llegué a mi casa aquella noche y me dispuse a leer concienzudamente el material, encontré información sobre cursos de posgrado. ¡Posgrado! ¡Yo ya tenía un posgrado orientado a la publicidad creativa! ¿Cómo iba a querer hacer otro para especializarme en estadística aplicada a las ventas? ¿Pero es que ese hombre estaba loco?

Me dije a mí misma que ese era mi momento. Es en los momentos de crisis donde se producen los grandes cambios, ¿no? Pues había llegado la hora de ponerle los puntos sobre las íes al maldito señor Thomson. Yo tenía un perfil creativo. Tenía talento. Solo necesitaba que se me diera la oportunidad de

demostrarlo. ¿Así que qué hice? Aprovecharme de la situación.

—Señor Thomson, ¿tendría un momento? —pregunté educadamente dos días más tarde, asomándome a su despacho.

—Sí, Gallagher. Pasa.

Entré y tomé asiento en una de las sillas que quedaban frente a él.

—Verá, he estado mirando la información que nos dio, y creo que no se adecuía a los objetivos de crecimiento que me planteo en la empresa.

Mi jefe me miró como si me acabase de salir un tercer ojo en la punta de la barbilla.

—Trabajas en *marketing*. Tu principal tarea es analizar el impacto de las técnicas que usamos. Es necesario reciclarse y ponerse al día en tendencias innovadoras. ¿Dónde encuentras la discrepancia? —Su tono de voz era... Dios, era reprobatorio pero con un puntito cínico que me puso de mala leche en cuestión de un nanosegundo. Qué horror de hombre.

—Lo sé, señor. Pero ya le he hablado alguna vez de que mis aspiraciones van más en otra línea, si me dejara...

—A ver, Gallagher. Esto ya lo hemos hablado. La plantilla creativa está llena. No es el momento de plantearse cambios.

—Con el debido respeto, señor Thomson, contrató a una chica nueva antes de Navidad. Me prometió que estudiaríamos mis opciones cuando hubiera una vacante, y me pasó por encima sin comentarme nada. No sé cómo debo tomármelo.

El señor Thomson sonrió, como el grandísimo hipócrita que era.

—Está claro, ¿no? —Me dedicó una miradita insolente y apoyó los codos en su mesa de madera negra—. Haces bien tu trabajo, Gallagher. No creo que sea aconsejable que te pongas a experimentar otras opciones. Sigue trabajando duro, haz esos cursos y todo irá bien.

Lo miré, abriendo mucho los ojos. ¿Me estaba amenazando? Pasé mis palmas húmedas por la falda de mi vestido de lana e inspiré profundamente. Tenía veinticuatro años, pero no era tonta. Tenía que hacerme oír y respetar.

—No voy a hacerlo.

—¿Cómo dices?

—Que no voy a hacerlo, señor Thomson. No quiero invertir mi tiempo en algo que no me gusta lo suficiente. Por favor, deme la oportunidad de hacer otro tipo de trabajo. Tengo toda mi vida profesional por delante y creo que va siendo hora de que apueste por lo que quiero.

Ese mismo viernes ya había dejado la oficina. Le di vueltas, pero no

demasiadas. A la mierda todo. El señor Thomson no entró a razones y me hizo elegir: o hacía la formación sin rechistar o dejaba la empresa. Así que... la dejé. Hasta ahí había llegado. Cada vez me sentía más y más atrapada en ese trabajo y estaba dejando pasar un montón de oportunidades relacionadas con lo que yo quería realmente. Se me había abierto una puerta para salir de allí por patas y la había cruzado. Hasta luego. Me dedicaría a formarme y a buscar algo que me apasionase.

Aquel día volví a pensar en Will más de la cuenta. Estaba segura de que él habría aprobado ese cambio de rumbo en mi vida profesional. Siempre me había animado a tomar una decisión terminante cuando habíamos hablado del tema. Suspiré. «¿Por qué sigues estando en todas partes, William?».

En los días que vinieron, lejos de sentirme triste o hundida por la pérdida de empleo, estaba muy motivada. Pasé horas buscando cursos, contactos, tendencias relacionadas con el tema; fui analizando los perfiles que buscaban las empresas y empecé a hacer un cribado de ofertas que me interesaban. Necesitaba empezar de cero. Formarme más y centrarme en sectores en los que yo pudiese encajar. Saqué una libreta que no había estrenado y me puse a apuntar ideas como una loca.

Ahora sí. Esa semana di por inaugurada una nueva fase en la vida de Olivia Gallagher. «Innovar de verdad implica replanteárselo todo», ya lo decía la última campaña de Apple.

A principios de marzo ya había tenido un par de entrevistas, pero no habían salido bien. Una de las empresas con las que me entrevisté ofrecía unas condiciones que no casaban conmigo, y con la otra pasó al contrario: mi falta de experiencia en el área concreta que ellos buscaban supuso el descarte de mi candidatura. Pero no me venía abajo. Por suerte, contaba con el suficiente margen como para hacer frente a dos meses de alquiler sin recibir ingresos. Esperaba encontrar algo antes de ese tiempo y no tener que meter mano en los pocos ahorros que tenía.

Fue una nueva época a nivel vital. Me estaba reconstruyendo. A pesar de encontrarme desempleada, sentía que todo me iba bien. Tenía la certeza de que ese era el camino que quería seguir y estaba orgullosa de haber encontrado el valor para emprenderlo.

Pero entonces... todo se complicó. Pasó a mediados de marzo. Viajé a Nueva Jersey con la idea de pasar allí unos días con mis padres aprovechando que no tenía ningún asunto que me obligase a estar en Nueva York.

Una mañana cualquiera, acompañé a mi madre a recoger unos materiales

para su consulta. Estaba interesada en no sé qué bisturí eléctrico que había encontrado muy bien de precio en una fábrica especializada pasado Bayonne.

Hacia un día muy gris y decidimos ir en coche. Conduje yo, porque me encanta hacerlo y rara vez tengo oportunidad. Mi madre iba hablándome de varias ideas que tenía para la consulta. Llevaba el negocio con mi tía Grace, que también es odontóloga, aunque ella es especialista en la parte de ortodoncias. Yo la fui poniendo al día acerca de mis planes de búsqueda de trabajo hasta que llegamos al polígono.

—Para aquí, Olivia —dijo, mientras yo estacionaba en la puerta de un garaje privado que supuestamente estaba fuera de uso—. Espero que sea poco tiempo. Si saliese alguien, da la vuelta a la manzana.

Bajó del coche y la vi meterse en uno de los almacenes cercanos.

Me entretuve viendo cosas en el móvil mientras mi madre llegaba. Cuando ya llevaba diez minutos allí, un camión se paró detrás de mí y me indicó con señas que quería acceder al garaje. Vaya por Dios, qué oportuno. Le pedí disculpas con la mano y arranqué el motor para dar la vuelta. Pillé todos los semáforos que había a la redonda en rojo, por supuesto. Un siglo más tarde, accedí de nuevo a la calle donde había dejado a mi madre. Reduje la velocidad y giré a la derecha. Después de eso... todo pasó muy rápido.

Un estruendo. Un coche destrozado. Más ruido. Humo saliendo a borbotones. Gritos. Gente corriendo. Y mamá... mamá en el suelo.

Recuerdo la sensación de quedarme inmóvil dentro del coche. La mente en blanco. Un zumbido taladrándome los oídos. Hielo en la garganta. Mis pies temblando junto a los pedales del coche.

No reaccionaba. Mis ojos estaban abiertos de par en par y mis manos se aferraban con fuerza al volante. No era capaz de sacar la llave del contacto ni de tirar de la manivela para salir del coche. No recordaba qué debía hacer para poder moverme.

No sé bien cómo salí. Creo que alguien vino a por mí, pero no estoy segura. Sé que me ayudaron a caminar y que me quedé junto al cuerpo horriblemente magullado de mi madre en la calzada. No me gusta pensar en ese momento. Solo recuerdo que me abracé a ella y que me aseguré de que respirase. Le di un beso en el pelo y me quedé allí tirada sobre el asfalto, mientras gente que no conocía intentaba tranquilizarme y me aseguraba que se encargarían de todo. Sé que alguien cogió el móvil que llevaba en el bolsillo e hizo un par de llamadas. Sé que a los pocos minutos escuché las sirenas de una ambulancia acercándose a nosotras. A continuación, solo silencio...

Mi madre estuvo en coma dos días enteros. Cuarenta y ocho horas de agonía. Sentí cada segundo que pasaba acompañados de una angustia y un dolor que jamás había experimentado. Veía todo nublado, como si el mundo hubiera perdido la nitidez. En mi cabeza solo estaba el sonido de una vibración que no sabía de dónde provenía. Me costó muchísimo pronunciar la primera palabra. Fue al día siguiente, cuando Aiden llegó de Miami en el primer vuelo.

Mi padre y yo habíamos pasado la noche entera sentados en las sillas más incómodas del mundo, en la sala de espera. Cada cierto tiempo venían los médicos para informarnos sobre el estado de mi madre, pero aún no podían decirnos mucho. Estaba en cirugía. El traumatismo que había sufrido en la cabeza era lo que más les preocupaba. Mi madre no se despertaba. Su estado era crítico, nos decían. Pero teníamos que mantener la fe, aún era pronto.

El segundo día creí que iba a morirme. Apenas había comido. Bebía agua por obligación. Daba cabezadas intermitentes a lo largo de las horas, pero no descansaba. Mi padre insistía en que fuera a dormir algo a casa pero me negué en rotundo. No iba a irme de allí.

Me encontraba fatal. Me dolía todo tanto que me planteaba solicitar alguna medicación que me anestesiará hasta que aquel escenario se solucionase. Jamás me he sentido tan mal como esos dos días. Cada vez que cerraba los ojos, veía el accidente. Y cuando los abría, solo la veía a ella. A mamá. Mamá trayéndome un chocolate caliente a mi habitación una tarde de lluvia. Mamá riéndonos a mí y a Aiden por no haber recogido la cocina. Mamá reprendiendo cariñosamente a papá por hablar mientras veían una película. Mamá haciéndonos nuestra comida favorita. Mamá y yo de compras. Mamá tapándome con una manta cuando estaba enferma. Mamá y yo paseando por nuestro barrio. Mamá escuchando mis problemas, dándome su opinión solo si yo la pedía. Mamá, de manera incondicional. «Mamá, por favor...».

Durante esos dos días nos acompañó un montón de gente. Mis tíos y mis abuelos, que volvieron de Florida. George y sus padres. Otros amigos de la familia. Mis amigos, que se montaron en el coche de Claire nada más enterarse y que solo abandonaban el hospital para volver al trabajo. Más allegados.

Fueron los peores días de mi vida. Lloraba a mares por dentro, pero no salía nada a la superficie. Me limitaba a observar la actitud reservada de la gente de mi alrededor. Casi nadie hablaba por miedo a... no sé a qué, la verdad. Pero la realidad era que el noventa por ciento del tiempo solo oía

silencio.

Mi padre era el que peor aspecto tenía. Le caían lágrimas silenciosas cada pocos minutos, pero no pronunciaba palabra. Yo nunca había visto llorar a mi padre hasta ese día. Era como yo, duro para el llanto. Y verlo así solo conseguía que el esternón se apretase con fuerza contra mis pulmones.

Aiden no lloraba delante de nadie, pero se iba al baño cada poco rato y volvía con los ojos rojos. Sé que lo hacía para que mi padre y yo no viésemos que él también se rompía por dentro.

A última hora de ese día, los médicos nos dijeron que la segunda cirugía que habían practicado en el cerebro de mi madre había ido bien, pero que aún era pronto para saber si quedarían secuelas. Nos dijeron que no había despertado todavía, pero que era normal. Que si todo iba bien, sería cuestión de horas.

Todos nos quedamos algo más tranquilos, pero evidentemente no del todo. Aún quedaba la peor parte: que despertase siendo ella.

Tras un rato hablando con los médicos, bajé a la cafetería a cenar con mi hermano, mis amigos y George. Pedimos un menú de esos tristes de hospital y nos sentamos en las sillas de plástico.

—Liv. —George posó una mano en mi brazo con cariño en mitad de la cena—. ¿Quieres que llame a Will para ponerle al tanto? Igual quieres... Pero no sabes cómo.

Lo miré como si me estuviese hablando en un idioma que yo no entendía. Will. Will... Parecía parte de una vida que ya no era la mía. Parpadeé. Me costaba formar su imagen en mi cabeza, pero seguía estando ahí dentro. Me mareé un poco. Escuchar su nombre había logrado que las sensaciones de mi cuerpo se multiplicasen por mil. Todo el dolor que sentía se hizo más agudo, más potente. «Dios, Will...».

—No —contesté ásperamente.

—Estoy seguro de que le gustaría saberlo —insistió George.

Parpadeé con lentitud de nuevo. Mis amigos dirigieron la vista a sus respectivos platos porque no querían meterse en ese tema. A mi lado, Aiden me apretó la rodilla con afecto.

De manera automática, pensé en cómo sería tener a Will a mi lado en un momento como ese. El calor de sus brazos envolviendo mi cuerpo. El latido de su corazón bajo mi oído procurándome calma. Sus labios pegados a mi pelo mientras susurra que todo va a ir bien. Dios, me dolía tanto solo imaginarlo... Y estaba segura de que en esos momentos no había cabida ni

para un milímetro más de dolor dentro de mi cuerpo.

—No —volví a decir.

George suspiró y se pasó las manos por la cara, frotándose levemente los ojos.

—Liv, ponte en su lugar. ¿Tú no querrías saberlo si estuvieras en su situación? Además, si se entera de que le he ocultado algo así...

—George, te está diciendo que no —intervino Aiden; su tono de voz era bajo pero sombrío.

George asintió mirándolo a él y me pidió disculpas.

—No puedo lidiar con Will ahora, George. Te lo digo en serio. No puedo. Si se pone en contacto, me desestabilizará. Y si no... —«Si no me mata», pensé, pero no lo dije. Cerré los ojos con fuerza, esperando que ese gesto hablase por sí solo—. Prefiero estar segura de que ninguna de las dos posibilidades existe. Y te lo advierto, cualquier toma de contacto por su parte no va a gustarme. Y sabré que has sido tú.

—Está bien, está bien. Te prometo que no intercederé. No le diré nada, tranquila.

Esa misma noche, cuando todos se habían ido, mi madre por fin despertó. Los médicos vinieron enseguida a informarnos a aquella sala de espera que no habíamos abandonado en dos días enteros. Mi madre había abierto los ojos. Seguía con nosotros.

Según las primeras pruebas exploratorias, sus funciones básicas y la memoria estaban intactas. Estaba algo desorientada, nos dijeron, pero era normal. Sentí tanto alivio que me puse a llorar, allí delante de los médicos, de mi hermano y de mi padre. Me rompí en muchos pedacitos, como si hubiera pasado los dos últimos días luchando para mantenerme entera y por fin hubiera hecho *crac*. Sollocé en brazos de mi padre mientras Aiden me acariciaba la espalda. Ellos también lloraban. Mamá estaba bien. Estaba bien...

Al día siguiente por fin pudimos entrar a verla. Fue un momento... no sé. No tengo palabras. El alivio y la tranquilidad que destilábamos los cuatro podía olerse en cada rincón de la habitación. Ella seguía medio dormida, pero cuando nos vio entrar vi claramente cómo las comisuras de su boca tiraban para arriba, reflejando una sonrisa. Nos acercamos de uno en uno hacia ella, para poder tocarla con cuidado.

Cuando me tocó a mí, luché por que ninguna lágrima escapara de mi control. No quería montar un drama, pero me fue imposible mantenerme entera del todo. Me arrimé a ella muy despacio. Le di un suave beso en la frente y le

acaricié la mano. Me emocioné al sentir que su dedo índice carente de fuerzas intentaba moverse. Me buscaba. Quería devolverme la caricia...

Poco más tengo que añadir.

Mi madre estuvo dos semanas más ingresada. Tenían que tenerla en observación e ir haciéndole pruebas para asegurarse de que todo marchaba correctamente. Ya estaba fuera de peligro, pero había sufrido un accidente importante. Después del traumatismo en la cabeza, la parte más afectada había sido la pierna izquierda. Los médicos nos dijeron que tenía que empezar la rehabilitación cuanto antes si quería conservar la movilidad al cien por cien.

Papá volvió a la oficina la segunda semana. Aiden pidió más días en el trabajo y yo, por suerte o por desgracia, en esos momentos estaba en paro, así que prácticamente vivía en el hospital. El resto de la gente que nos había acompañado fue reanudando su rutina habitual.

Poco a poco las aguas fueron volviendo a su cauce, pero dentro de mí la tormenta no había hecho más que empezar. La placa de hielo que se me había alojado en el pecho en los últimos días empezó a derretirse. Como si la tranquilidad de saber que todo estaba bien hubiera desactivado un mecanismo concreto y todas esas sensaciones que había congelado dentro de mí empezasen a inundar mi organismo.

Yo había sido testigo en primera línea del suceso, y como no me permitía pensar en ello de forma consciente, la angustia encontraba mil formas diferentes de manifestarse: dolor en pecho, irritabilidad de estómago, pesadillas... Así llegaron también los miedos, los recuerdos vívidos de la escena en varios momentos del día y pensamientos intrusivos que reflejaban escenarios hipotéticos en los que tenía que hacer frente a la vida sin los integrantes de mi red de seguridad. Era horrible.

Por primera vez en mi vida no quería hablar con nadie de lo que me estaba pasando. Al principio intenté justificar ante mí misma esa necesidad de repentino silencio. Me decía que lo mejor para todos era que yo siguiera mostrándome fuerte. Primero por mi madre, que debía percibirme como una figura de apoyo sólida. También por mi padre y Aiden, que a su manera seguían sufriendo, y por mis amigos, que ya se habían preocupado demasiado por mí.

Con el tiempo entendí que a veces las personas necesitamos guardarnos para nosotros mismos los aspectos que consideramos nos hacen más vulnerables. Necesitamos aprender a manejar todos esos pensamientos y

sensaciones que nos desbordan; diseccionarlos y darles forma para así integrarlos de nuevo en nuestro yo.

Una de las muchas tardes que pasé en el hospital, recibí una visita que no esperaba. Iba de camino a la máquina expendedora a coger una chocolatina, cuando alguien me dio dos suaves golpecitos en la espalda. Me giré y una sonrisa enorme se dibujó en mi cara. Era Luke. Luke mi exnovio. El que había sido mi pareja durante cuatro años. Casi me pongo a llorar al verlo; con su pelo rubio arreglado en un corte perfecto y sus ojos verdes mirándome con cariño.

Tras un sentido abrazo de reencuentro, me contó que se había enterado hacía unos días por su madre de lo que había pasado y que se había escapado de Chicago para venir a darnos su apoyo a mi hermano y a mí.

Fuimos enseguida a buscar a Aiden. No hacía tanto desde que ellos se habían visto, pero su encuentro también fue emotivo. Charlamos un rato tranquilamente los tres, hasta que mi hermano entró a ver a nuestra madre y nosotros dos decidimos bajar a la cafetería a tomar algo.

—Te agradezco tanto que hayas venido... —le dije cuando tomamos asiento en una de las mesas—. Significa muchísimo para mí. Y para Aiden.

Era cierto. Para mí no tenía precio que lo hubiera dejado todo para venir. Ante todo, Luke y yo siempre fuimos amigos. Incluso antes de ser novios, ya sabía que Luke era una de esas personas con las que puedes contar de verdad. No conseguimos funcionar como pareja, pero jamás nos perdimos el respeto. Nunca se deterioró nuestra forma de tratarnos. Y ahora que ya no nos dolía pensar en lo que fuimos, era agradable poder vernos con normalidad, teniendo solo presentes las cosas buenas.

—Cuando me enteré... Necesité venir —dijo mirándome a los ojos mientras daba vueltas a su café con la cucharilla—. No sabía cómo me recibirías, pero no habría podido ni mirarme al espejo de no haberlo hecho.

—Sabes que siempre serás bienvenido. A pesar de todo, fuiste una persona muy importante en mi vida. Y eres amigo de Aiden. Sabes que yo... que nunca te guardé rencor por nada. Lo nuestro... no tenía que ser. Pero siempre habrá un poso de amistad entre nosotros.

Una sonrisa deslumbrante hizo acto de presencia en su rostro.

—Livvy... Te quise tanto... Ya lo sabes. Pero tienes razón, lo nuestro no tenía que ser. No estábamos hechos el uno para el otro. Me costó entenderlo, pero ahora lo sé.

Nos miramos a los ojos y nos sonreímos. Seguimos hablando de todo un poco; poniéndonos al día de los últimos años, hablando de trabajo y de nuestras familias. Me preguntó por mis amigos, que en algún momento también fueron los suyos aunque habían perdido bastante el contacto.

Después de un rato de conversación, se animó a contarme que estaba saliendo con alguien:

—Se llama Alice. Llevamos solo un año juntos, pero... es ella. Sé que es ella. Lo que tenemos juntos... —Se revolvió el pelo, sonriendo mientras negaba levemente con la cabeza—. No sé si debería estar diciéndote esto. ¿Es demasiado raro?

—No, para nada. —Me reí y me di cuenta de que no, no me parecía raro ni incómodo—. Me alegro de que hayas encontrado a alguien que te haga sentir así, Luke.

—¿Tú no has conocido a nadie especial?

Suspiré. Me sentía con tan pocas ganas de contar mi historia... Pero los ojos de Luke captaron al vuelo la tristeza que yo tanto me esforzaba por ocultar. No pude negarme cuando me insistió con la mirada para que hablase. Así que le conté por encima lo que había supuesto para mí que Will llegara a mi vida, y lo que aún suponía que se hubiera ido.

Luke fue más comprensivo de lo que jamás habría podido esperar. Posiblemente, si hubiera hecho una lista de las personas con las que nunca querría hablar del asunto, mis ex habrían aparecido en ella. Pero estaba equivocada. Tal vez porque Luke era más que eso. Ante todo, era un gran amigo.

—Gracias por todo. Por venir y por haberme escuchado —le dije un rato más tarde, cuando lo acompañé hasta el coche.

Ver a Luke, hablar con él de ese tema, me había ayudado muchísimo. Había hecho las paces conmigo misma y con nuestra historia. Parte de mí siempre se sintió culpable por no haber podido conseguir salvarnos, pero esa tarde supe que no habría podido ser de otra forma. El propio Luke lo había dejado caer: él no era el amor de mi vida, ni yo era el suyo. Fuimos una bonita historia de adolescencia que siempre tendría un huequito especial en nuestros recuerdos, pero nunca estuvimos hechos para construir algo más entre nosotros.

Entender eso también me ayudó a poner en perspectiva mis sentimientos por Will. Will, que siempre acababa apareciendo en cada una de mis reflexiones. Entendí que mi amor por él había sido real. Con Will... todo era diferente. Con él hubo complicidad, conexión, química. En un mundo perfecto,

Will y yo habríamos podido hacerlo funcionar.

Luke me dio un fuerte abrazo de despedida antes de subirse al coche.

—Liv... Volverá —dijo con la cadera apoyada en la brillante puerta azul. Yo lo miré intensamente, sin pronunciar palabra.—. Ese chico, volverá.

—¿Por qué dices eso?

Luke sonrió y sus ojos brillaron un poquito más fuerte.

—Porque te conozco, Livvy. Sé cómo eres. Y sé que no te sentirías así si ese chico...

—Will —aclaré.

—No te sentirías así si Will no fuese el hombre para ti. Y si es el hombre para ti, él siente lo mismo que tú. Estoy seguro. Nunca has funcionado con nadie porque no habías conocido al tuyo hasta ahora. No era por ti, Liv —aseguró, mirándome muy fijamente—. Es que a veces tienes que encontrar a la persona que te haga entender por qué los demás no se quedaron.

Tragué saliva. Bendito Luke. Cómo me conocía a pesar de los años que habían pasado. En algún momento fue para mí la persona más especial del planeta, y al mirar sus ojos verdes esa tarde a la luz de las farolas recordé el porqué.

—Veo en tu rostro lo que sientes por él y no tengo duda de que es recíproco. Si ha conseguido que te sientas así, es porque él se siente de la misma manera. No hay más. Y si no es un completo gilipollas, sabrá lo que ha dejado escapar. Eres muy especial, Liv. Lo sé yo y él también lo sabe. Volverá a por ti. Confía en mí.

Después de eso, me dio otro abrazo más y se metió en su coche. Seguí con los ojos el recorrido de las luces de posición trasera del vehículo hasta que dobló la primera esquina. Yo me quedé ahí, parada en el aparcamiento, abrazándome a mí misma y dando vueltas a todo. «Will...».

Las semanas siguientes no fueron fáciles. Aiden se marchó cuando le dieron el alta a mamá. Mi padre volvió a su horario de trabajo habitual y yo pasé a ocuparme de todo en casa. Mi tía Grace venía de vez en cuando a echarme una mano, especialmente porque mi madre no era una buena paciente.

Su recuperación estaba superando las expectativas de todos los médicos, pero aun así ella se sentía frustrada. No podía hacer nada por sí misma. Evidentemente no podía ocuparse de la casa, pero tampoco podía ir sola al baño, ni ducharse, ni bajar al salón. Y eso la ponía de un humor de perros. Y yo, pese a que estaba teniendo una paciencia que hasta entonces desconocía

poseer, de vez en cuando me saturaba porque no sabía cómo conseguir gestionarlo todo.

Fueron días que se hicieron duros por más de una razón. Por un lado estaba la situación de hacerme cargo de todo yo sola, que me agobiaba horrores. Por otro, mi realidad laboral. Llevaba mucho tiempo desatendiendo esa faceta de mi vida y era algo que me angustiaba.

Al poco tiempo de estar instalados de nuevo en casa, decidí que necesitaba un cambio de actitud. Volqué todos mis esfuerzos en no estar de mal humor y centrarme en lo que de verdad importaba (que mi madre estuviera en casa), aunque hubiera días que me costase. Seguía en ese estado de alerta máxima y pensamientos negativos. Desde que habíamos vuelto a casa las pesadillas y la ansiedad habían disminuido, pero mi estado de ánimo seguía alterado.

Casi me alegré cuando empecé a llevar mi madre a rehabilitación para la pierna. Gracias a Dios, un cambio en la rutina. El equipo que la atendió estaba formado por la doctora Stan y por el fisioterapeuta, Elliot. Un chico que no llegaría a los treinta y que demostró tener más paciencia que un santo. Era dulce, amable y encantador. Nos lo explicó todo con una paciencia infinita y nos dio todas las facilidades del mundo. Era un sol de chico.

—Y guapo —añadía mi madre cada vez que hablábamos con alguien del tema.

Según ella, el fisioterapeuta me ponía ojitos. Y no había lugar a discusión. Era así y punto. En fin, otro problemilla añadido a su condición de mujer convaleciente era la cantidad de tiempo libre que tenía. Veía demasiadas series y leía demasiados libros, y eso solo ayudaba a que se montase películas donde no las había.

Los días fueron pasando lentamente, hasta que a mediados de abril me llamaron para una entrevista de trabajo. Era de una autocandidatura que había tramitado hacía más de un mes. Al no haber obtenido respuesta en las semanas siguientes la había descartado de mi mente, pero, sorpresa, sorpresa, me habían acabado llamando. Era una empresa especializada en publicidad y *marketing* que empezó su andadura hacía solo seis años, pero que ya contaba con oficinas en Nueva York, San Francisco, Londres y Vancouver. Estaba en pleno auge y recibían cientos de solicitudes cada semana, así que entrar allí no sería tarea fácil.

Me citaron para el lunes de la próxima semana y me pasé los cuatro días que quedaban preparándome como si me fuera la vida en ello. Me encantaba

todo lo que había leído acerca de su forma de trabajar; era justo lo que estaba buscando. Me dejaría la piel en conseguir ese empleo.

Pasé por un proceso de selección bastante duro. Algo muy moderno denominado *Assessment Centre*, que consistía en evaluar a los candidatos mediante distintas pruebas situacionales. Fui superando todas las fases hasta llegar a la última.

Cuando acudí a la entrevista y vi por primera vez a la jefa, creí que vomitaría de los nervios. Era la Dama de Hielo, versión británica. Pero mira por dónde, congeniamos. La entrevista fue mejor de lo que jamás hubiera pensado. Cuando dos días más tarde llamaron para decirme que el puesto por fin era mío y que empezaba el próximo lunes, lloré como una tonta nada más colgar el teléfono.

Y así, el sol empezó a brillar de nuevo en mi ventana. Había pasado casi un mes desde que mi madre saliera del hospital. Estaba mucho mejor de ánimo y tras semanas de rehabilitación, empezaba a recuperar autonomía. Yo, día tras día, iba superando todos los miedos que me habían surgido a raíz del accidente. Gracias a mis recién descubiertas herramientas de autogestión emocional había ido aprendiendo a capear el temporal. Y ahora había llegado el momento de seguir adelante con mis planes. Volvía a Brooklyn. Reanudaba mi vida.

—¿Sabes quién ha preguntado por ti hoy? —preguntó con retintín mi madre mientras me observaba hacer la maleta.

—¿La señora Norrington? —pregunté de broma, refiriéndome a nuestra octogenaria vecina que de vez en cuando nos traía a casa tarta de manzana para merendar.

—Elliot —dijo sonriendo descaradamente—. Le he dicho que habías vuelto a Nueva York y hemos estado un buen rato hablando de ti. Parecía muy interesado, la verdad. Qué pena que no vayas a verlo más.

—No sé si podré superarlo —contesté sarcásticamente, dirigiéndole una sonrisa burlona mientras cerraba la cremallera de mi maleta.

Tras un mes y medio fuera, la semana siguiente volví a mi día a día; a Nueva York. Volví a las quedadas con mis amigos, a los que había echado de menos cada semana. Volví a las colas infinitas del metro. Volví a oler a Will en cada esquina. Pero empecé un nuevo trabajo, un nuevo reto. Trabajaba más horas que nunca, pero cumplía tareas que me apasionaban y poco a poco, fui encontrando una nueva vía para sentirme feliz.

Los meses de mayo y junio pasaron como un suspiro. La recuperación de

mi madre casi había concluido; estaba empezando a plantearse la vuelta al trabajo y todo parecía volver a encajar en su sitio. En cuanto a mi vida laboral, las cosas no podían irme mejor. Había terminado el periodo de prueba y me había incorporado a la plantilla creativa con un contrato indefinido. A día de hoy, aún me cuesta creerlo.

Aprovechando que el 4 de julio cayó viernes, mis amigos y yo organizamos un viaje exprés a Florida para ver a Aiden. Me vino muy bien el cambio de aires para colocar todos los cambios del último año en perspectiva. Empezaba a sentirme yo misma de nuevo, aunque mil cosas en mí parecían sentirse diferentes. Pero había conseguido encauzar mi vida una vez más. Había crecido en la adversidad. Me había reconstruido y, por mí misma, había conseguido crear un nuevo camino.

Desde que había vuelto a Brooklyn, los fines de semana iba de visita a Nueva Jersey con más frecuencia que antes. Muchas veces mis amigos venían también a visitar a sus familias, y muchas otras me iba yo sola para estar con mis padres. Si algo me había enseñado el accidente, es que las personas no somos eternas. Y hay que aprovechar el tiempo que tenemos.

Un sábado por la mañana, mientras volvía del supermercado hacia casa de mis padres, me choqué de bruces con Elliot, el fisioterapeuta de mi madre. Vaya por Dios, qué casualidad. Nos sonreímos mientras recogíamos de la acera los paquetes de compresas y tampones que yo acababa de comprar y que habían saltado por los aires. «Muy bien, Olivia. En tu línea».

Me quedé un rato hablando con él. La verdad es que era muy mono. Me preguntó por mi madre y por mi nuevo trabajo en Manhattan, y después pasamos a hablar de la vida en general. Durante cerca de un mes, le había estado viendo una media de cuatro horas semanales, pero no sabía absolutamente nada de él. Así que no es de extrañar que aquella mañana estuviéramos allí parados hablando cerca de una hora. Apenas noté el paso del tiempo. Fue interesante.

—¿Cenarías conmigo esta noche, Olivia? —me preguntó cuando nos estábamos despidiendo.

Me pilló totalmente desprevenida. «Vaya, vaya, Elliot. Parece que al final sí que me ponías ojitos». Lo miré a la cara, tratando de disimular mi sorpresa. Me estaba pidiendo salir. ¡Una cita! Dios, ¿y ahora qué? ¿Aceptaba?

—Pero... ¿eso no sería confraternización con el paciente o algo así? —contesté con una sonrisita pícaro que me recordó a la Olivia de antaño.

Elliot rio suavemente, y de forma automática pensé que me encantaba la manera que tenía de reírse. Discreta pero natural. Unas arruguitas se formaban alrededor de sus ojos castaños y su nariz temblaba un poco.

—Que yo sepa, a ti nunca te he tratado. Y hace semanas que tu madre dejó de ser mi paciente, así que estoy bastante seguro de que no estaríamos rompiendo ninguna norma.

Sonreí ampliamente como respuesta a ese comentario... y acepté. Fui a cenar con él. Desde mi última cita fallida allá por el mes de noviembre no había vuelto a salir con nadie y ya iba siendo hora.

La tarde previa a la cena estuve un poco nerviosa. No por mi tiempo de sequía, sino porque el tal Elliot se veía un chico serio; de los que buscan algo estable y no un aquí te pillo, aquí te mato. Y yo... pues seguía pensando en Will cada puñetero día de mi vida. Elliot me hacía gracia, pero la sola posibilidad de plantearme algo serio con alguien me revolvió el estómago.

Aun así traté de disfrutar de la cita. Lo pasamos bien. Solo que cada vez que me llamaba «Olivia», yo no podía evitar recordar que otros labios antes de él lo habían pronunciado de una manera que conseguía que cada letra que componía mi nombre me impactara en las entrañas. Will, y su voz profunda y masculina colándose en mis oídos. Will, y su galantería al acercarse a mí...

—Bueno, ¿cómo se llama? —preguntó Elliot de pronto, nada más traernos el primer plato.

—¿Quién?

—El chico.

—¿Qué chico?

—El chico que lleva con nosotros en la mesa desde que nos hemos sentado. Con el que llevo toda la noche compitiendo para tener tu atención.

Como una tonta, miré a nuestro alrededor como si de verdad esperase encontrar a alguien. Clavé la vista en él de nuevo. Elliot sabía que había alguien a quien no podía quitarme de la cabeza. Sonreí con tristeza. No pensaba que fuera tan evidente.

—Will —susurré—. Se llamaba Will.

—¿Llamaba? Bueno, hablas de él en pasado. Algo es algo.

—Ha pasado ya un tiempo. —Di un trago a mi bebida, algo incómoda—. Pero aún me cuesta esto, ¿sabes? Salir con otra gente. Solo necesito hacerme a la idea.

—¿Puedo preguntar qué os pasó?

—Pues lo de siempre, supongo. —Me pasé una mano por el pelo para

acomodarlo detrás de la oreja. Lo miré fijamente y me encogí de hombros—. Él fue un cobarde egocéntrico.

Elliot sonrió y se mostró comprensivo conmigo. Me contó que tras la ruptura con su novia de toda la vida a él también le había costado «volver al mercado». Es algo que se hace muy cuesta arriba al principio, me dijo. Pero hay que seguir adelante hasta que llegue un día en el que cueste menos.

Me pareció que sus ojos se apenaron un poco al recordar ese momento de su vida. Eso hizo que me gustara un poquito más, no sé por qué. Fue como si el hecho de que se mostrase vulnerable me recordara que solo era un chico tratando de empezar de nuevo. Como yo.

Empecé a cortar el solomillo que había en mi plato y me animé a preguntarle por esa relación que había dejado atrás. ¿Qué les habría pasado?

—Supongo que todo podría resumirse en que fui un cobarde egocéntrico —fue su respuesta.

Ambos nos reímos con complicidad ante su comentario y seguimos cenando, y yo poco a poco fui aparcando a Will en un rinconcito de mi mente.

Esa noche, cuando Elliot me acompañó a casa, me besó. Sinceramente, después de lo que habíamos hablado pensé que no lo haría. Pero creo que lo hizo para demostrarme que a pesar de todo, yo aún era una chica de veinticuatro años que podía sentir cosas cuando un hombre me cogía entre sus brazos y me besaba. Por supuesto que sentí algo cuando Elliot me besó. Tal vez no se paró el tiempo, ni sentí la sensación viajar por mis venas; tal vez no logré mantener totalmente fuera de mi cabeza a la última persona que me había besado y las circunstancias en las que lo hizo. Pero Elliot sabía besar y yo llevaba meses sin sentir ese tipo de contacto, así que me gustó que lo hiciera.

A partir de ese fin de semana, Elliot y yo empezamos a vernos. De manera totalmente informal, claro. Ya me encargué yo de explicarle que necesitaba mi tiempo y mi espacio. En general, fue muy paciente y encantador conmigo, aunque juraría que seguía algún tipo de estrategia, porque cada vez íbamos hablando un poquito más. Cada vez me costaba menos aceptar a la primera que nos viéramos. Cada vez nuestras salidas eran más extensas. Cada vez estaba más a gusto con él y, transcurridas pocas semanas, llegó el sexo.

Fue en su casa, un sábado que yo estaba en Nueva Jersey. Hizo pasta casera para cenar y abrió una botella de vino blanco. La música de fondo combinaba de alguna manera con la iluminación, que era bastante sugerente. Antes del postre, se acercó a mí y me besó despacio. Me acarició los brazos con delicadeza, me pegó más a él y desplazó sus labios a mi cuello. Mi cuerpo

reaccionó sin poder evitarlo. Elliot me provocó presionando delicadamente su erección contra mi vientre, y yo respondí. Estaba excitada, para qué negarlo. Tras semanas compartiendo besos y roces furtivos, estaba loca de ganas de acostarme con él.

Enseguida me llevó a su cama, donde nos quitamos la ropa sin perder tiempo. Elliot perdió el tono delicado bastante deprisa, cuando vio que el ritmo para mí no era un problema. Aquello era sexo, y yo no necesitaba que fuera sucediendo a cámara lenta. Nos encendimos muy rápido. Jugamos a masturbarnos mutuamente, sin permitirnos llegar al orgasmo. Aun así, disfrutábamos. Disfrutábamos mucho. Pero a pesar de saber que todo mi cuerpo deseaba seguir, cuando se retiró para coger el preservativo, en mi cabeza resonó: «coge un condón o te la meto a pelo. No puedo más». Una simple frase que me trasladó momentáneamente a una primera vez mucho más significativa. «Maldita sea. Will... Will, sal de aquí, por Dios, que estoy a punto de acostarme con otro hombre. Vete».

No sé si se percató de que mi cabeza empezaba a volar por su cuenta, pero Elliot enseguida se colocó entre mis piernas y puso a mi disposición todos los trucos que conocía para que yo no pensara más que en él mientras estaba dentro de mi cuerpo. Y me gustó. Me gustó de verdad. Fue una experiencia nueva, con alguien nuevo, pero gracias a la actitud implacable de Elliot, conseguí dejarme llevar por completo. Incluso me corrí, aunque pensé que no lo haría. Y de esa manera me demostré a mí misma aquello que Elliot me dijo la primera vez que salimos: que la vida sigue después del amor; y tarde o temprano, llegaría el día en el que no doliese.

Elliot y yo salimos juntos durante un mes y medio, aproximadamente. Nunca llegó a ser una relación seria, pero si hubiéramos estado en otras circunstancias, a lo mejor podría haberse convertido en una. No salíamos con más gente, tratábamos de vernos todas las semanas y hablábamos prácticamente todos los días. Nos divertíamos. Me sentía bien con él y me gustaba la manera que tenía de tratarme.

Pero me faltaba algo. Esa sensación de tocar techo que había experimentado otras veces acechaba de nuevo. Era exactamente el mismo patrón que con la mayoría de chicos que habían pasado por mi vida. La mayoría menos uno, claro. El maldito Will... que seguía en todas partes. La vida seguía, sí, pero él seguía dentro de mí. Su rostro se me aparecía en muchos de los chicos que me encontraba por la calle y también muchas de las

veces que cerraba los ojos, a pesar de que estuviera haciendo un hueco para otro hombre en mi vida. Will. Will que, como Luke me había dicho meses atrás, había llegado para que yo entendiera por qué otros antes que él no se quedaron, y por qué los siguientes probablemente tampoco lo harían. Will, al que había conocido hacía más de un año y al que en pocas semanas haría trescientos sesenta y cinco días que no veía.

A pesar de que había avanzado en lo referente a ese tema, de que ya no me desesperaba al pensar en él, aún sentía cosas, aunque hubieran quedado enterradas bajo mil experiencias nuevas. No era libre del todo, y sabía que era un freno en mi incipiente relación con otra persona. Al igual que sabía que los sentimientos de Elliot por mí empezaban a echar raíces.

Así empezaron mis dudas. ¿Qué hacía? ¿Lo seguía intentando con todas mis fuerzas? ¿Aceptaba que lo máximo que conseguiría con alguien era algo como lo que tenía con Elliot? Me gustaba mucho... pero yo ya sabía que no era amor. Pero es que a lo mejor no volvía a enamorarme jamás de nadie. ¿Me sinceraba con él y lo dejaba decidir si quería seguir conmigo a pesar de mis limitaciones? ¿Lo dejaba libre para que encontrase a alguien que lo quisiera como él merecía?

Tras muchos días de agobios y miles de horas de pensamientos punzantes, la respuesta llamó a mi puerta. Fue una mañana de finales de agosto en la que mi jefa me llamó a su despacho y me ofreció la posibilidad de cubrir un puesto en la sede de Vancouver durante tres meses. Sé que suena fatal, pero vi el cielo abierto para la conversación que necesitaba tener con Elliot.

Al día siguiente quedamos para comer en Le Bernardin, un restaurante de comida francesa situado en Midtown. No me fui por las ramas: le conté directamente la situación de Vancouver, lo que pensaba de nuestra relación y la implicación que tenía mi partida.

Después de escucharme divagar un rato, Elliot decidió ponerme las cosas mucho más fáciles de lo que probablemente merecía:

—Olivia... me gustas mucho, pero los dos sabemos que no estás en el momento ideal para intentar que esto funcione. Tienes asuntos personales pendientes, y aunque son solo tres meses los que te vas fuera, no creo que lo mejor para nosotros sea forzar las cosas.

Pestañeeé, tratando de no venirme abajo. Esa situación me resultaba familiarmente dolorosa porque me recordaba a los otros chicos a los que había expulsado de mi vida por razones similares. Solo que ahora yo era muy distinta y sabía lo que se sentía al otro lado de la conversación.

—Te juro que lo siento, Elliot. Yo... no sé qué me pasa. Me gustas mucho, de verdad. Pero de momento no puedo. —Me quedé un rato pensativa, con la mirada perdida en el característico techo de madera del establecimiento—. Creo que me vendrá bien estar un tiempo fuera de todo.

—Sí, yo también lo creo. Necesitas tomar distancia. —Alargó los brazos sobre la mesa y agarró mis manos con cariño antes de mirarme a los ojos—. Olivia, yo... no puedo decirte que estaré aquí cuando vuelvas. No sería justo para mí, ni para ti tampoco. Pero es algo que nunca se sabe. Podemos vernos cuando regreses y hablar de cómo nos ha ido este tiempo. Si tenemos que tener una segunda oportunidad, la tendremos. Eso es así.

—Gracias por todo, Elliot. Eres increíble. —Me llevé su mano a los labios y besé sus dedos, que permanecían trenzados con los míos—. Me llevo muchas cosas buenas de este tiempo contigo.

Elliot sonrió con cariño y me acarició con la mirada. El bueno y dulce Elliot... Era un gran chico. Pese a todo, me daba mucha pena decirle adiós.

—Lo sé. Yo también me quedo con muchas cosas tuyas. Eres diferente, Olivia. No dejes que se te olvide.

Ya han pasado dos semanas desde ese día. Tras solucionar mi situación sentimental, todo empezó a ir sobre ruedas.

Al principio puse el piloto automático. Empecé a planear las maletas, di el visto bueno a todos los trámites relacionados con mi vida en Vancouver y puse en orden algunos de mis asuntos. Creo que cuando he tomado conciencia real de mi marcha ha sido justo este fin de semana, el anterior a irme. He pasado unos días muy nerviosa por si el cambio de aires acaba siendo un fiasco finalmente. Después de todo lo que ha pasado en el último año, a parte de mí le aterra que un cambio tan radical me desestabilice de nuevo. Pero la voz zen de mi interior me dice que no. Que por fin he aprendido a manejarme a mí misma tras superar las múltiples pruebas que la vida me ha puesto en los últimos doce meses. Ahora soy la dueña de mis emociones y mis pensamientos.

Y aquí estoy. Ya casi ha llegado el día. Es domingo por la tarde. Me voy a Vancouver el próximo sábado por la mañana. Aún me parece increíble, pero está tan cerca que no hay más remedio que aceptar que es cierto.

Miro el reloj, que marca más de las cinco de la tarde. Es la hora. Salgo de casa y voy caminando con paso sereno en dirección a mi último domingo en The New hasta dentro de mínimo tres meses.

Por el camino voy pensando en varias cosas, sin detenerme en ninguna en concreto. Solo dejo las ideas flotar por mi mente, contagiándose unas a otras de mi recién adquirida actitud zen. En la calle se nota el airecillo típico de una tarde de principios de septiembre y unas sospechosas nubes están formándose en el cielo. Avanzo tranquilamente por las calles de Brooklyn, admirando las características casas de piedra rojiza, las escaleras de piedra que dan acceso a la mayoría de portales, los árboles que dentro de poco vestirán de marrón gracias a sus hojas...

Sonrío al pensar que voy a cerrar el círculo la próxima semana. Mi traslado temporal a Vancouver será mi punto y aparte, el broche final para un año de cambios.

Cuando llego, cruzo la puerta doble de la cafetería. Tardo un segundo en localizar a mis amigos en una de las mesas del fondo. Me acerco hasta ellos y les doy un beso en la cabeza a cada uno. Tomo asiento sonriendo, sintiéndome en calma. Sin sospechar, de ninguna de las maneras, que en apenas unas horas mi vida volverá a cambiar por completo...

Un año para Will

Recuerdo aquella última noche con tantos detalles que a veces tengo la impresión de que la he vivido más de una vez. Recuerdo exactamente lo que sentí al subir en el ascensor, cuando ella abrió la puerta y cuando la miré a la cara. Sus ojos estaban apagados como no los había visto en los dos meses que hacía que la conocía. La certeza en ese momento de todo lo que sentía por ella y del miedo que me apretaba el pecho, me nubló la mente. No podía decírselo en voz alta; había un millón de razones para no hacerlo. Pero me embargó la imperiosa necesidad de transmitírselo con todo mi cuerpo. No pude contenerme. La estreché con todas mis fuerzas y la besé con la intención de entrar en ella y no salir jamás, por muy egoísta que eso fuera en realidad. Olivia, contra todo pronóstico, me devolvió el beso, imprimiendo en él la misma desesperación que sentía yo por dentro.

Nos besamos como locos durante minutos y acabamos quitándonos la ropa con desesperación. No pudimos ni llegar a la habitación. Lo hicimos allí mismo, en la mesa del comedor. Fue rápido, duro y sincero. Y luego fuimos a su cama, donde volvimos a hacerlo con más delicadeza, ambos sabiendo que era una despedida. Aquella vez hicimos el amor, y las palabras no pronunciadas, la urgencia de sus caricias y la expresión de sus ojos dejaron huella en mi alma. Y sé que no se borrará mientras viva.

Cuando desperté de madrugada y la vi dormir, supe que tenía que salir de allí. No podía volver a enfrentarme a sus ojos a la luz del día, no podía verla destrozada, no podía despedirme de ella. No podía decirle adiós ni soportar ninguna otra cosa que me dijera en una mañana como aquella, porque no había ninguna solución al alcance de nuestra mano y nada nos haría sentir mejor a ninguno de los dos. Así que la acaricié por última vez, salí de la cama y me dirigí al salón, donde estaba la mayor parte de mi ropa. Le dejé una nota con la esperanza de que ambos encontráramos algún tipo de consuelo y me fui sin mirar atrás, sin despedirme de aquel piso donde había alquilado durante dos meses un pedazo de felicidad.

Llegué a Hong Kong a las seis menos veinte de la tarde del día siguiente, aunque mi reloj de muñeca seguía marcando la hora de Nueva York. En el aeropuerto me estaba esperando uno de los miembros de la planta donde

empezaría el mismo lunes. Me dio la bienvenida y me llevó en coche hasta un bloque de apartamentos en el distrito de Wan Chai, situado en la parte norte de la isla. Yo miraba por la ventanilla, tratando de asimilar lo que veían mis ojos. El hombre, que afortunadamente tenía un buen nivel de inglés, me fue explicando por el trayecto dónde y cómo tenía que coger el metro para moverme por la zona y llegar al trabajo.

Una vez llegamos, me acompañó hasta dentro del edificio y me presentó al conserje. Después me proporcionó unas acreditaciones que iba a necesitar para acceder a la planta, me dio un par de indicaciones más y me facilitó su número de contacto. Tras esto, se marchó.

Con ayuda del conserje, subí las maletas al que ahora sería mi apartamento y allí me quedé. Solo, en el espacio de veinte metros cuadrados donde a partir de ahora viviría. No podía quejarme porque todo se veía limpio y estaba en buenas condiciones, pero... no parecía una casa real. Había estado en habitaciones de hotel más grandes que aquello, por no hablar que desde ese día en adelante tendría que tener los pies en la ducha cada vez que me sentara en el váter. La única ventana de la casa era bastante pequeña y si quería cocinar, tenía que hacerme a la idea de que mi cama estaría a pocos metros de los fogones. El único armario de la casa era insuficiente para albergar todas mis cosas y aunque el escritorio no estaba mal, necesitaba hacerme urgentemente con una silla para trabajar desde allí.

Hice un breve recorrido por la casa y me cabré cuando caí en la cuenta de que la nevera y los armarios estaban vacíos. Ni una toalla; nada de sábanas. Solo cuatro utensilios de cocina que, decididamente, habían visto tiempos mejores. Se me escapó un bufido. Cogí de mi cartera algo de dinero y salí de allí por patas. Necesitaba hacer la compra. Y necesitaba respirar.

«Bienvenido a Hong Kong, Will».

Así empezaron mis días allí. Días grises y multicolor al mismo tiempo, porque había paisajes nuevos, olores nuevos, caras nuevas, horarios nuevos, aire nuevo. Hasta yo me sentía nuevo, y no en el buen sentido.

Los primeros días fueron un caos. El intérprete que nos habían asignado había sufrido un contratiempo y tardaría más de lo previsto en llegar, así que tuve que defenderme como buenamente pude. Y eso incluía desde el traductor de Google hasta láminas con dibujos para hacerme entender en cuestiones básicas, como pedir un vaso de agua o, yo qué sé, pedir más papel higiénico.

Fueron días muy duros. La gente de la planta no sabía explicarme muchas cosas y yo era incapaz de entender aquellas que sí que me podían explicar.

Algunos trabajadores chapurreaban algo de inglés y más o menos me iba desenvolviendo, pero al salir a la calle todo volvían a ser símbolos desconocidos y palabras indescifrables. Olvidé lo que era subirme al taxi o al metro por inercia o entrar a una cafetería y dar los buenos días y las gracias como un gesto automático.

Lo pasé francamente mal y no era capaz de pensar prácticamente en nada más que no fuera sobrevivir, como planear dónde y qué comería, conseguir una señal de Internet decente o pedirle al conserje de mi edificio que me arreglara el agua caliente. Esos primeros días fueron horribles. Pasé más angustia de la que recuerdo haber pasado en mi vida, en el sentido figurado y también literalmente, porque devolvía con frecuencia. No sé si por los nervios o porque mi estómago estaba acostumbrándose a la nueva dieta que me había autoimpuesto a base de comida preparada de la tienda de la esquina, cuyos dueños se mostraban pacientes conmigo cuando me tiraba un siglo para aclararme con las monedas y pagar.

Fue un proceso duro, y entre las distintas cruzadas en las que me embarqué y las trece horas de diferencia con Nueva York, apenas pude mandar un mensaje a mi familia y a mi jefe para contarles que estaba bien y cómo iban más o menos desarrollándose las cosas. Pero no había intercambiado ni una sola frase con Olivia.

La segunda semana fue un poco mejor. Llegó el traductor, Rob, un chico un par de años menor que yo procedente de Quebec, Canadá. Hablaba francés, cantonés, un poco de alemán y ya había trabajado en Hong Kong antes. Hicimos migas enseguida, y gracias a él fui aprendiendo a sobrellevar el día a día. Memorice los trayectos que tenía que seguir sí o sí y empecé a frecuentar aquellos lugares de la ciudad en los que se hablaba inglés, que, por norma general, eran la mayoría.

Así que, cuando llevaba diez días allí, me decidí a escribir a Olivia. Nada muy elaborado, solo un mensaje para que supiera de mí y, con algo de suerte, poder saber yo algo de ella.

<Hola, Olivia, soy Will. Este es mi nuevo número, para que lo tengas. Llegué bien y sin problemas. Aún estoy adaptándome y haciéndome a la idea de los cambios. Espero que tú también estés bien.>

Se lo mandé a la una de la madrugada, o sea que ella lo recibiría a las doce del medio día del día anterior. Menuda mierda de cambio horario.

Olivia tardó cuarenta y ocho horas en contestar. Y dudo que se debiera solo a la diferencia de hora: *<Hola, yo sigo teniendo el mismo número. Me*

alegro de que hayas llegado bien.>

Era un mensaje jodidamente corto, pero era algo. Y tenía la marca Olivia, así que me di por satisfecho.

Contesté rápidamente por si había suerte de que la pillara con la guardia baja y pudiéramos mantener una mínima conversación. Le puse lo primero que se me pasó por la cabeza: *<Todo es muy diferente aquí. Seguro que tú apreciarías el encanto de este sitio y harías fotos increíbles. De momento estoy luchando por aprender a seleccionar qué comidas puedo comer y cuáles debo evitar. Aprendo muy despacio. Pienso en ti.>*

Ese mensaje nunca obtuvo respuesta. Tal vez el «*pienso en ti*» sobraba, dada nuestra situación y la forma en que me marché de su casa, pero no podía despedirme sin que lo supiera. Porque era verdad. A pesar de que todos mis sentidos estuvieran inmersos en descubrir un mundo nuevo, de que en mi cabeza se reprodujeran sin cesar sonidos a los que no conseguía dar forma y de que todo mi cuerpo estuviera sufriendo una especie de mutación, yo pensaba en ella cada día. La veía cada vez que cerraba los ojos. La veía riendo y hablando sin parar. Veía la luz de su mirada, su cara de concentración y su expresión de placer. La veía gritando, discutiendo conmigo los últimos días, con lágrimas en los ojos que se esforzaba por contener. Ella estaba dentro de mí y no podía hacer nada por evitarlo.

Los días siguientes fueron muy difíciles. Aunque ya tuviéramos al traductor dentro del equipo, eso significaba que empezaba el trabajo duro de verdad. Y qué trabajo... Allí todo era diferente a como se hacían las cosas en Nueva York. Los horarios, los métodos y las responsabilidades. Todo. Absolutamente todo. Para ponerme al día tuve que empezar a trabajar por las noches cuando llegaba al apartamento. Eran demasiados cambios y si quería seguir el ritmo y no quedarme atrás, tenía que ponerme las pilas.

La tercera semana volví a escribir a Olivia porque no lo pude evitar. Me odié a mí mismo por necesitarla tanto y por no haber sabido hacer las cosas mejor, a pesar de ello. Y en el fondo sabía que no era justo para ninguno de los dos que le escribiera porque ya no estábamos juntos; pero saber que ella estaba en el mundo era suficiente motivo para querer tener noticias suyas. Así que le escribí: *<Solo quiero saber de ti.>* Ya está. Cinco putas palabras. Y tardó treinta horas exactas en contestar. Su respuesta fue más larga de lo que yo esperaba, pero el contenido me sentó como si me golpearan en el hígado con un mazo:

<Mira, Will, te voy a ser muy sincera. Yo también quiero saber de ti. Me

mata que estés a doce mil kilómetros de aquí y que vivas tus días trece horas antes de lo que vivo yo los míos. Pero también habría querido que muchas cosas entre nosotros hubiesen sido distintas y no así. Así que esto es lo que hay. Tú y yo ya no estamos juntos, ni vamos a volver a estarlo. Haz tu vida allí, aquí o donde te lleve el viento, pero vuela solo. Traduzco: no me escribas más, por favor. Déjame ir, no intentes retener parte de mí a tu lado porque no soy tuya. Cuidate y sé feliz. Y no contestes a este mensaje. Esto sí es un nunca.>

Permanecí en estado de *shock* media hora. Leyendo y releendo el mensaje, tratando de buscar alguna frase que ocultase un significado distinto. Pero no lo conseguí. «*Esto sí es un nunca...*».

Olivia no era mía. ¿Lo había sido alguna vez? ¿Era yo realmente suyo? ¿Quería yo que fuéramos el uno del otro? Y no estoy hablando de posesión, porque yo no concibo eso de que alguien te pertenezca en el sentido literal de la palabra. Me refiero a sentirte de alguien. ¿Tendría ella razón y sería aquello lo que yo tanto temía?

Había sido clara. Yo no tenía derecho a hacerle aquello. No podía estar en su vida si no iba a quedarme en ella, así que cumplí con lo que me dijo y no le escribí más. A esas alturas la conocía bastante bien. Sabía que le había costado tomar la decisión de pedirme que me alejara del todo, porque Olivia solo toma decisiones drásticas cuando son necesarias y no ve otra solución posible, y se lo piensa mucho antes de hacerlo. Así que le di mi palabra en la distancia y cumplí con ella.

Pasado el bloqueo inicial, los días siguientes comencé a sentir algo muy parecido al alivio. ¿Fue algún tipo de mecanismo de defensa? No lo sé, probablemente. Pero lo cierto era que ahora que tenía «prohibido» acercarme a Olivia, podía empezar a olvidarme de ella. Pensé que me había salvado. Aún la quería, claro. Lo más seguro era que tardara en dejar de hacerlo, pero en la distancia sería capaz de contener mis sentimientos. No irían a más. O al menos eso creía.

Octubre y noviembre fueron meses de mucho estrés. El trabajo requería un ritmo exigente, y yo lo convertí en mi vida. Llegaba el primero a la planta y me iba el último, y la mayoría de veces seguía adelantando tareas cuando llegaba al apartamento. No tenía mucha vida social, pero tampoco me preocupaba. Salía de vez en cuando con Rob, Jian, uno de los trabajadores que quería mejorar su inglés, y a veces se apuntaba más gente. Para mí era más que suficiente.

Me fui adaptando a la vida en Hong Kong, donde todo era distinto. Necesitaba estar alerta y con todos mis instintos sumergidos en el día a día. Aunque seguía pensando en Olivia cada día, poco a poco fue tomando un segundo plano en mi mente. Lo cual, una vez más, sospecho que fue una cuestión de supervivencia.

Aprendí a apreciar el encanto de aquella ciudad y de la historia que la envolvía. Hong Kong había estado bajo el gobierno británico hasta 1997, por lo que conservaba ecos de la cultura milenaria china mezclados con los rasgos típicos de una gran ciudad occidental. Era muy diferente a todo lo que había conocido. Lo mismo te paseabas entre rascacielos de cien pisos de altura, que al girar en la calle próxima te encontrabas de frente con un templo de culto.

Aunque al principio me costó encontrarle el atractivo, conforme pasaban las semanas valoraba un poco más todas las singularidades que aquella metrópoli ofrecía. El gran impacto cultural seguía haciendo mella en mi día a día, pero fui adquiriendo herramientas que me permitían enfrentarlo mejor. Como me había aconsejado mi padre antes de irme, me planteaba pequeñas metas que me motivaran y que me ayudaran a no perder el norte. Fue una recomendación que extrapolé a lo laboral y a la realidad que me engullía cuando salía a la calle. Y la verdad era que funcionaba. Dadas las circunstancias y el cambio radical de vida, no me sentía mal. Estaba estable. Sentía que podía hacerme un hueco en esa ciudad. Sentía que estaba reconduciendo mi vida y que el camino que estaba empezando a seguir me llenaba. Pero como pasa con todas las estructuras que no se construyen sobre una base sólida, cualquier impacto, por mínimo que sea, puede ser causa de derrumbamiento.

Era una tarde de principios de diciembre en la que estaba haciendo limpieza del correo electrónico. Tenía algo así como quinientos mensajes en no deseados y otros doscientos en la bandeja de entrada porque desde que llegué a Hong Kong utilizaba solo la cuenta de correo del trabajo. Le había dado esa dirección a mi familia y a mis amigos para que la usaran para contactar conmigo en el tiempo que estuviera allí. Así que, después de dos meses sin meterme en mi cuenta personal, decidí entrar y hacer limpieza.

Borré, borré, contesté alguno y seguí borrando. Y entonces vi uno que no me esperaba y que me dejó sin habla. Era de un estudio fotográfico al que había llevado a revelar las fotos que hicimos en Montauk con la cámara de Olivia. Recogimos las fotos en papel en cuanto estuvieron, pero los de la tienda se habían molestado en mandarme un correo con las copias digitales.

Las descargué; ciento veinte en total. Las vi todas. Tres veces. Eran imágenes de la playa, del faro, del paseo marítimo, del desayuno, de la comida, de la cena. Las vistas desde la casa. La luna. Las nubes. Yo probando la temperatura del agua. Yo haciendo una bola de arena. Yo extendiendo una toalla. Y, por fin, una de los dos: Olivia y yo saliendo de la playa con el pelo revuelto y lleno de sal, la piel roja por el sol y las caras iluminadas por una sonrisa.

Ciento veinte putas fotos y solo una en la que aparecía ella. Una.

Me quise morir.

Corrí como un loco a por mi móvil que se estaba cargando en la mesita de noche. Lo arranqué de la corriente y me puse a buscar. ¿Dónde estaban las fotos de aquel fin de semana en Montauk? Recordaba que hicimos bastantes y que salíamos juntos en la mayoría. ¿Por qué no tenía ninguna? Busqué frenético durante varios minutos, hasta que caí en que todas habían sido tomadas desde el móvil de Olivia. Me cabreeé como un imbécil. Dejé el móvil bruscamente en la mesa y volví al ordenador.

Estuve mirando esa única foto durante lo que me parecieron horas, hasta que fui capaz de describir con los ojos cerrados aquella imagen que immortalizaba uno de los momentos más felices de mi vida.

Cerré los ojos y me sujeté la cabeza con las manos. Por mi mente no cesaban de desfilar fotogramas de esos tiempos; del fin de semana el Montauk y la semana de después, en mi casa. La semana que comprendí que estaba enamorado de Olivia. Fueron los mejores momentos de nuestra relación y los mejores días de mi vida, cuando ninguno de los dos sabíamos que estábamos inmersos en la calma que precedía a la tormenta.

A partir de ese día, la veía en todas partes. Me quedaba sin aire cada vez que me parecía distinguirla entre los rostros sin nombre de los cientos de chicas con las que me cruzaba. Me pareció verla una tarde en Central Escalator, la escalera mecánica cubierta más larga del mundo. También un día que llegaba tarde al trabajo y me abrí paso a empujones para entrar al metro. O en una comida de negocios que tuvo lugar en un restaurante flotante muy famoso situado en el distrito de Aberdeen.

Creí que estaba volviéndome loco. Ya no podía pensar en otra cosa.

Me imaginaba a mí mismo paseando con ella de la mano por los rincones de la ciudad en la que ahora vivía. Nos veía esperando en un banco a que se hiciera de noche para ver el *skyline* iluminado, recorriendo las tiendas de antigüedades que poblaban Hollywood Road o comprando pescado fresco en alguno de los puestos callejeros. En todos esos escenarios, Olivia iba con su

cámara en la mano, capturando momentos únicos. Me hablaba de qué le despertaba cada instantánea y lo relacionaba con alguna faceta íntima de su vida. Y yo la escuchaba una y otra vez y rezaba por llegar a tener las suficientes agallas como para abrirme de la misma forma ante ella.

Joder. Olivia. ¿Qué me había hecho? ¿Cómo podía ser que la echara más de menos entonces que al principio? ¿Es que no había tenido tiempo de acostumbrarme a estar sin ella? Habían pasado tres putos meses desde que me fui de Nueva York. Tres. Eso era más tiempo del que habíamos pasado juntos. Era una jodida locura que me sintiera como me sentía, si se analizaba todo desde un punto de vista objetivo. Pero era una realidad tan grande que hacía temblar todo a mi alrededor, especialmente porque todo lo que no tenía que ver con ella para mí había pasado a ser relativo.

Recuerdo la noche en la que el dique que me contenía por dentro reventó. Estaba sentado en el incómodo sofá del apartamento cuando empezó a fluir la tristeza, inundando aquello que me rodeaba. A la tristeza le siguió la rabia y a esta la decepción. Decepción por haber dejado que el miedo hubiese ganado la batalla, haciéndome perder lo único que me importaba de verdad. El miedo que me proyectaba la perspectiva de la pérdida me había carcomido por dentro y había acabado perdiéndola de igual forma. Lo había provocado yo mismo. Me había convencido tanto de que acabaríamos separados, que yo mismo había convertido la situación en real, haciéndola tangible hasta las últimas consecuencias.

Saqué una botella de vino de la nevera y me serví una copa que me permitiese tragar el nudo de angustia que amenazaba con ahogarme. Me reprendí en silencio por no haber sido valiente. Me reprendí por todos los miedos que llevaba auestas. Me reprendí por ser egoísta. Por anteponer mi propia seguridad y no apostar nada, por no arriesgarme a perderlo todo. No había contado con que lo perdería de igual forma.

Olivia... Noté el sabor salado de la tristeza mezclándose con mi saliva y hasta eso me supo a ella. Se me habían escapado las lágrimas sin darme cuenta, cuando ni siquiera era capaz de recordar la última vez que había llorado. Supuse que lloraba por ella; por ella y por toda la soledad que había estado acumulando y que ahora llenaba el centro de mi pecho.

Percibí cómo empezaba a resquebrajarse la coraza que me había puesto al aterrizar en Hong Kong. Puede que incluso la llevara adherida como una segunda piel desde hacía más tiempo. Me pasé el dorso de la mano por los ojos y dejé de llorar. Quería tranquilizarme y pensar.

Siempre me consideré un hombre autosuficiente, poco sentimental incluso. Creo que es otras de las muchas mentiras que me he contado a mí mismo. Yo podía ser reservado, pero necesitaba sentir el calor de los míos mucho más de lo que jamás reconocería. Y ahora estaba completamente solo en la otra punta del mundo, lejos de todo el que me importaba. Me sentía solo, pero solo de verdad. No estaba en casa. La gente de alrededor estaba disponible para salir a tomar una copa o para solucionar problemas del día a día, pero no satisfacían mis necesidades «afectivas», por así decirlo. No eran mi familia. Y mi gente de verdad estaba muy lejos. Apenas encontraba tiempo para poder hablar con mis padres ni con mis hermanos. Cuando yo paraba a comer, ellos estaban durmiendo; cuando iba a cenar, ellos se levantaban; cuando ellos se acostaban, yo ya llevaba varias horas trabajando. Así era imposible encontrar un momento para mantener una conversación. Solo intercambiábamos mensajes que obtenían respuesta con muchas horas de diferencia. Y lo mismo pasaba con mis amigos y compañeros, manteníamos un contacto muy esporádico.

Cuando iba por más de la mitad de la botella, dejé de beber. No me fiaba de mí mismo. Ya estaba calculando mentalmente qué hora sería en Nueva York y sabía que hablar con Olivia no era buena idea, y mucho menos en ese estado. Me tumbé en la cama con la ropa puesta y mientras todo me daba vueltas, recordé el tacto sedoso de su pelo en mis dedos; el calor de su piel suave y delicada entrando en contacto conmigo. Me vino a la mente una mañana de julio, compartiendo un perrito caliente en High Line. Olivia hablaba de su infancia y yo me sentí violento al percibir su nostalgia. Enseguida me esforcé por animarla, porque necesité ver su sonrisa. Suspiré y le pedí a quien quiera que estuviera ahí para escucharme que me permitiera volver a tenerla a mi lado, aunque solo fuera una última vez. Me dejaría la vida en memorizar cada matiz que la hacía única, para reproducirlos en mi interior siempre que quisiera.

Seguí pensando en ella, y recreándome en esa sensación inexplicable que me invadía al tenerla cerca, me quedé dormido.

Una semana antes de que llegara la Navidad recibí un correo de mi madre. En él me adjuntaba dos billetes de avión procedentes del aeropuerto de La Guardia, Nueva York, con destino Hong Kong para el 24 de diciembre. Uno a su nombre y otro al de Ed.

Hacía unas semanas que les había informado de que no iría a casa por

Navidad porque solo tenía dos días libres en todas las fiestas. Al parecer, mi madre no estaba de acuerdo en que pasara esas fechas solo. A mí me daba exactamente igual, la verdad. Probablemente por eso, ella habría hecho la reserva de aviones y de hotel sin consultarlo conmigo primero. Pero no me quejé. Me moría de ganas de abrazar a alguien.

Mi madre lloró como una magdalena al verme parado en el aeropuerto. Tenía el pelo más largo, la barba sin arreglar y había perdido peso, decía. Era culpa de estar viviendo en una ciudad extraña.

Me costó mucho convencerla de que llevaba una vida saludable y de que estábamos en un lugar civilizado, pero tras el primer día de turismo, pareció entenderlo. Hong Kong no tenía nada que envidiar en materia de avances a ninguna gran ciudad del mundo. Para según qué cosas, incluso me parecía que estaban más desarrollados que en Nueva York.

Mi madre y Ed quedaron fascinados por la ciudad. Habían viajado por todo el mundo, pero el contraste que ofrecía Hong Kong era algo que deslumbraba a todo aquel que visitaba la ciudad por primera vez.

En esos días recorrimos la isla de punta a punta y paseamos por los barrios más famosos. Visitamos algunas playas, los distritos vecinos, los templos más importantes y caminamos por los pasos elevados que se habían construido para despejar las calles del tráfico humano. Cogimos el teleférico para ir a la isla de Lantau, donde se encontraba el Buda más grande del mundo. Vivimos Hong Kong, que nos ofrecía el equilibrio perfecto entre tradición y modernidad. Nos sumergimos tanto en ella que casi no nos enteramos de que estábamos en Navidad.

Una de las últimas noches que ellos estuvieron allí, cenamos en el lujoso hotel donde se hospedaban. Ed se retiró nada más acabar el postre. Estaba agotado por el viaje y llevaba un par de días quejándose de ardor de estómago.

Mamá y yo nos sentamos a probar cócteles en la barra del bar del hotel. Me gustó tener ese tiempo para estar los dos solos. Me hacía falta tener una charla íntima con alguien y mi madre era la persona más indicada.

El cariño que me transmitió mientras hablábamos me aturdió ligeramente. El amor brillando en sus ojos, sus palabras adulando lo valiente que era por estar viviendo en un sitio tan distinto yo solo. Estaba muy orgullosa de mí, decía. Podría hacer cualquier cosa que me propusiese; según ella, yo era alguien muy especial destinado a grandes cosas.

No pude evitar sentirme como un impostor. Yo no era alguien de quien

estar orgulloso, ni tampoco era valiente. Di un trago al cóctel impronunciado que tenía delante y gracias al calor de las caricias de mi madre en el brazo, saqué fuerzas para sincerarme. Las palabras saltaban en mi garganta, pidiendo permiso para salir. Necesitaba sacar de dentro aquello que me torturaba día y noche.

—Mamá, la he cagado tanto...

Sin más, se lo conté todo. Absolutamente todo. Desde que vi a Olivia por primera vez en aquel restaurante hablando con George, hasta el último mensaje que habíamos intercambiado. Le hablé de lo que el sonido de su voz producía dentro de mí, de lo que había aprendido en el tiempo juntos, de todo lo que ella había sacado a relucir de mi interior. Confesé la certeza de haberme enamorado de alguien con quien sabía que encajaba a la perfección. Había encontrado a la mujer de mi vida, pero la había perdido por mis propios miedos. Y ahora, meses después, sentía que la situación era irreversible.

—Sigo muy enamorado de ella —susurré al terminar mi relato, y fue un gran alivio decirlo por primera vez en voz alta.

—Ay, Dios mío, William. Me alegro tanto...

Fruncí el ceño y la miré.

—Mamá, ¿has escuchado algo de lo que te he dicho?

—Sí, perfectamente. Es que estaba tan preocupada por si nunca encontrabas a nadie...

No añadió más, pero sabía que parte de ella creía que mi actitud de supuesta indiferencia hacia construir algo con una mujer venía motivada por los problemas que tuve con ella en el pasado.

—La he encontrado, pero la he perdido, mamá —dije cabizbajo—. No es motivo de alegría.

—Claro que sí, Will —insistió ella, apretándome el brazo con suavidad—. La has encontrado, la has perdido, pero podrás recuperarla.

—No creo que pueda. Ella no quiere volver a saber nada de mí.

—Porque estáis en continentes distintos, cariño. Pero cuando vuelvas, puedes ir a por ella. Lucha. Pónselo difícil. Por lo que me has contado, ella no debe de sentirse muy diferente.

El hielo de mi copa había empezado a derretirse. Le di vueltas mientras esbozaba un escenario en mi cabeza: yo yendo a por ella; ella diciéndome que no. Fue como una puñalada en la boca del estómago. Lo vi tan claro entonces...

—Olivia tenía razón. Hui porque la alternativa era tener algo demasiado

real. —Perdí la vista momentáneamente en el espejo que había al fondo del bar y en voz baja añadí—: Me asusta lo que siento por ella.

Mi madre me sonrió con dulzura, mientras mesaba su pelo castaño claro.

—Como a todos, Will. El amor es algo maravilloso, pero da miedo. Cualquier cosa que tenga tanto poder sobre nosotros puede ser peligrosa si se vuelve en nuestra contra. Cuando no tienes nada, no tienes nada que perder. Pero cuando lo tienes todo... —dejó aquella frase flotando en el aire, libre de colarse por algún rincón de mi cerebro.

No sé qué me aterraba más, si no tener una oportunidad real con Olivia, o tenerla, por si acabábamos fracasando de nuevo. Un escalofrío me recorrió la columna vertebral y me pellizcó la nuca.

—Si no saliese bien, mamá, si lo diera todo por ella y no saliese bien... No puedo ni pensarlo.

Giré la cabeza para mirar a mi madre, que pestañeaba lentamente. Su gesto se tornó algo más taciturno, y su tono al hablar, más serio.

—Escúchame, Will. Sé que no he sido el mejor ejemplo para ti. Como madre, desde luego. —Agaché las cejas y abrí la boca para rebatir ese comentario, pero mi madre no me dejó—. Calla, Will, déjame hablar. Decía que como madre he cometido errores muy graves, y tampoco he sido un buen ejemplo como mujer; como esposa. Engañé a tu padre con otro hombre y lo dejé. Sé que es algo que te ha marcado, aunque no quieras reconocerlo. Has vivido en tus propias carnes las consecuencias de un abandono y también has visto que la ruptura de una pareja sólida es una posibilidad real, no algo que le pasa a los demás. —Hizo una pausa—. Y lo siento. Lo siento de verdad.

Me quedé perplejo, sin habla. Ya habíamos tocado ese tema en el pasado, pero hacía años que lo habíamos aparcado. Seguía haciéndonos daño recordarlo.

Miré a mi madre, cuya expresión se había ensombrecido. Apoyó los codos en la barra y situó sus dedos trenzados bajo su barbilla. La tenue iluminación del bar hizo que sus ojos pareciesen más plateados y menos azules.

—Lo que voy a decirte ahora no se lo he dicho nunca a nadie —continuó diciendo unos segundos más tarde, mirándome solo de vez en cuando—. Han pasado más de diez años desde que dejé a tu padre y no ha pasado un solo día sin que lo haya echado de menos. Para mí, él ha sido el amor de mi vida. Me dio lo más valioso que tengo: tú y tus hermanos. Me hizo feliz durante muchos años, pero nos perdimos. Y si nos perdimos, fue porque dejamos de buscarnos. Uno no decide de quién se enamora locamente, Will. Es algo que

escapa de nuestro control, por más que queramos resistirnos. El amor está por encima de nosotros, pero está en nuestras manos cuidarlo para que no muera. Aunque aún quiero a tu padre, ese tipo de amor profundo e irracional que sentí en su día murió. Dejamos que muriera, porque no lo cuidamos como un amor así merece. Fuimos los dos. Durante años lo culpé por haber dejado de cuidarme, pero nunca he llegado a admitir en voz alta que yo también tengo mi parte de culpa. Él me descuidó, por las razones que sea, pero yo jamás hice nada por recuperar sus atenciones. Fue culpa de los dos, como siempre pasa en cosas de pareja. —Giró su cuerpo para verme mejor—. Aprende de nuestros errores, Will. Si quieres a esa chica y ella te quiere a ti, debes encontrar el camino de vuelta. Debes construirs una segunda oportunidad. Probablemente ella no lo haga, porque le has fallado y cuando vuelvas te tendrá miedo. Pero tienes que luchar. Pelea por ella hasta que te deje entrar de nuevo, y cuando volváis a estar juntos, sigue luchando. Lucha por que elija cada día de su vida seguir a tu lado. Si ella lucha por lo mismo, no os perderéis. Seguiréis juntos.

«Joder». La vehemencia que había empleado mi madre en su discurso había conseguido aturullarme. Di un largo trago a mi bebida. Olivia. Un futuro con Olivia. La posibilidad de que aquello funcionase. La posibilidad de que acabase para siempre. La ausencia de probabilidad de que se diera cualquier escenario, porque era demasiado tarde. No volver a ver su sonrisa. Rozarla con la punta de los dedos y perderla dos segundos después. Demasiado para mí. Demasiado que digerir en un mundo sin certezas y en un momento personal tan inestable.

La opción de seguir el camino de baldosas amarillas, sencillamente, me daba vértigo.

—Pueden pasar tantas cosas de aquí hasta que vuelva a Nueva York... Aún quedan nueve meses, como mínimo —dije, con la esperanza de desviar un poco el tema y rebajar la intensidad.

Mi madre sonrió con resignación y puso la cara que pone siempre cuando cae en la cuenta de que la conversación que mantiene es una causa perdida. Predicar en el desierto, lo llama ella.

—Aún tienes miedo, Will, es eso. No espero que se te pase de la noche a la mañana. Creo que todavía tienes golpes que recibir hasta que maduren tus sentimientos y encuentres las agallas para afrontar la vida a través de ellos. Todavía te quedan nueve meses para vivir con tus errores, para cometer errores nuevos y para superar todos los obstáculos, especialmente los que tú te

has autoimpuesto. —Me apretó más fuerte el brazo y clavó en mí sus pupilas—. Escúchame, William. Yo creo que en ti. Quien quiere, puede. Cuando estés completamente seguro de lo que quieres, sé que podrás conseguirlo.

Y con esa última reflexión, que me dejó clavado en la silla, acabó la conversación.

Mi madre volvió a llorar en mis brazos días después, cuando nos despedimos en el aeropuerto. Me imploró que me cuidara y me dijo una vez más cuánto me quería. Se me hizo un nudo en la garganta cuando la vi avanzar hasta el control rumbo a Nueva York. A casa. A nuestro hogar. Llevé la mano hacia mi cadera de manera inconsciente y acaricié por encima del vaquero el tatuaje que me había hecho unos días atrás. Tragué saliva. Solo me quedaban nueve meses más...

El tiempo siguió pasando, pero no lo suficientemente rápido. Cada día dedicaba un rato a torturarme con la idea de que Olivia podría estar rehaciendo su vida. *Tic-tac*, Will. Esa idea me ponía enfermo. Aún me quedaban meses de estar en Hong Kong, para entonces Olivia podría estar casada, embarazada o Dios sabía qué. A esas alturas, cualquier cosa me parecía posible.

Llegó marzo y seguía sin saber nada de ella. Nada. Como un gilipollas, esperé recibir un mensaje suyo el día de mi cumpleaños. Pero no llegó, claro. Me llevé la misma decepción que me había llevado en Navidad y en Año Nuevo. Ni una sola línea. Yo tampoco lo había hecho, pero porque estaba siguiendo sus deseos. Era lo único que me había pedido y, aunque me costase la cordura, mantendría mi palabra.

La noche que cumplí los veintinueve, salí con algunos compañeros. Cenamos en un restaurante de comida española y luego fuimos a un pub de la zona. Bebí más de la cuenta. Me sentía solo y desgraciado. Viendo a las chicas del establecimiento bailando a mi alrededor, me obsesioné con Olivia una vez más. ¿Qué estaría haciendo? Olivia. Olivia besando a otro, riendo con otro, gimiendo con otro. Di un trago al whisky que acababan de servirme. Olivia, cuyo brillo hacía que los hombres nos sintiéramos atraídos hacia ella como polillas a la luz. Olivia hablando. Olivia acariciando la piel de un hombre sin rostro. Olivia entre los brazos de alguien mucho mejor que yo, alguien que no tuviera miedo de tenerla de verdad... Noté cómo el esófago empezaba a arderme hasta hacerme sentir náuseas.

Soñaba muy a menudo con ella. Me veía a mí mismo volviendo a buscarla,

pero ella no estaba. Era algo que había soñado muchas veces. También soñaba que me la encontraba por la calle; ella sonreía agarrada a algún capullo y a mí ni siquiera me miraba. Si era sincero conmigo mismo, aquel era un escenario muy probable. Rebufé y pedí otro whisky con la esperanza de que ayudara a diluir las ideas que flotaban por mi sistema.

Tras media hora bebiendo solo, alguien se paró a mi lado. Tenía compañía.
—Hola, ¿ere Will, verdad?

Miré a la chica que me hablaba en la penumbra del local. Su pelo era negro como el azabache y sus ojos irradiaban energía.

—Sí, y tú eres Xia He, ¿no?

Era la prima de mi compañero Jian, que había venido a pasar unos días a Hong Kong. No conocía a mucha gente allí y había salido con nosotros esa noche. Apenas había hablado con ella, pero me había dado cuenta de que me miraba mucho durante la cena. Ya me había habituado a que las mujeres repararan en mí. La gente con rasgos occidentales llamábamos la atención enseguida en aquel lugar.

—¿Por qué *bebe* solo y triste? ¿Hoy no *cumple* años?

—Sí, veintinueve. Bebo solo porque me siento solo. Estoy muy lejos de mi casa.

Xia He me miró atentamente, como si estuviera procesando el significado de mis palabras. O igual no entendía muy bien el inglés. No sé.

—Pero no *está* solo, mira. —Con su mano diminuta señaló al centro de la pista de baile, donde estaban algunos de mis compañeros que habían decidido compartir conmigo la noche de mi cumpleaños.

Me volví para mirarla más detenidamente. Era guapa, pero no me pareció que destacase por ello. Agradecí por dentro su comentario, que había conseguido reconfortarme un poco. Le sonreí. Estaba cansado de ser arisco y de sentirme tan solo.

—¿Quieres beber conmigo, Xia He? —le pregunté, y entonces me di cuenta de cuánto esperaba ella ese gesto por mi parte.

—Pero tú *invita* —dijo con una sonrisa traviesa, sentándose a mi lado antes de que pudiera cambiar de opinión.

La invité a un par de rondas. Estuvimos hablando de cosas bastante trascendentales, pero al estar afectados por el alcohol no parecían ser serias para nada. Nos divertimos juntos. Ella me enseñó una cuantas palabras en cantonés y yo la ayudé a mejorar la pronunciación de mi idioma.

Que yo le gustaba a ella, era algo más que evidente; que no hice nada por

detenerla, también. Egoístamente, pensé que una noche entre las piernas de otra mujer me ayudaría a sentirme mejor. Así que, aunque no provoqué directamente que pasara algo entre nosotros, tampoco puede decirse que hiciera nada por atajar la situación.

Cuando salimos a la calle y todos se marcharon a su casa, Xia He se pegó a mí y sin más preámbulos nos besamos.

—*¿Quiere* jugar, chico que cumple años? —preguntó sobándome la parte delantera del pantalón, que empezaba a llenarse con una erección.

—Vivo a quince minutos —fue mi respuesta.

Nos metimos en un taxi, donde empezamos a comernos la boca salvajemente. Había más lengua que otra cosa, la verdad. Aquello era lo que era: solo físico.

Nada más llegar a mi apartamento, Xia He metió la mano dentro de mis calzoncillos y empezó a tocarme. Mierda, ni siquiera había caído en que no tenía preservativos en el apartamento. Pero era algo en lo que ella ya había pensado. No se había ni quitado la camiseta cuando ya había sacado un par de su diminuto bolso. La chica no perdía el tiempo.

—*Gusta* fuerte —dijo, mientras se deshacía también de los pantalones.

¿Sí? Pues iba a tener fuerte. Me la tiré de la forma más sucia que sabía. Solo era sexo. Empujar, sudar y vaciarme. Punto. Yo no buscaba nada más en aquello que aliviar una pulsión puramente orgánica. Lo necesitaba. Me la follé contra la pared, en la cama y luego en el suelo. Lo hicimos varias veces y no fui delicado ninguna de ellas, pero a ella le gustó.

Fue una noche que, aunque me satisfizo a nivel físico, acabó llevándome de vuelta a todas las veces que me había acostado con desconocidas. Había olvidado la diferencia entre follar porque sí y tener sexo con alguien con quien conectas a todos los niveles. No recordaba que el sexo por sexo dejara esa sensación de vacío, aunque fue algo que durante años creí que me llenaba. Son experiencias que, aunque parezcan partir del mismo punto, terminan siendo dolorosamente distintas.

Al día siguiente nos despertamos bastante tarde. Xia He se hizo un café rápido en mi cocina y se despidió de mí con una sonrisa esperanzada en la cara.

—Llama si *apetece* hacer algo el fin de semana —dijo apuntando su número en mi móvil.

Se quedaba en Hong Kong diez días más, pero supe que no volvería a verla desde el momento en que cerró la puerta. Cuando se fue, me sentí sucio.

Lamentable. Como si hubiera traicionado a Olivia, aunque aquel pensamiento careciese de lógica. Hasta donde yo sabía, ella podría haber follado con otro el día anterior. Pensándolo bien, en ese momento en Nueva York eran las nueve de la noche. Podría estar follando en ese preciso instante con cualquier tío lo suficientemente afortunado como para que ella le dedique su tiempo. Era una posibilidad tan real, que quise dormirme y no despertar en un mes. Me duché, me metí en la cama y no salí hasta que tuve que irme a trabajar.

Los meses que siguieron fueron los más complicados a nivel laboral desde que había llegado a Hong Kong. El proyecto que me había llevado hasta allí tenía dos partes diferenciadas. La primera, era conocer a fondo la planta fotovoltaica en la que trabajaba: qué cosas tenía buenas, cuáles menos buenas y qué podía mejorarse para obtener el máximo beneficio con el menor coste posible. Más o menos eso habían sido los primeros meses. Paralelamente, yo había ido trazando un plan de contingencia coordinado con la oficina de Nueva York para planificar los cambios que debían hacerse.

Tras haber finalizado esta fase, empezaba la segunda: la transformación. El objetivo final de mi estancia en Hong Kong era adquirir la planta, y para ello había que hacer varios cambios para adaptarla a lo que necesitábamos. Y eso supondría tomar decisiones que en muchos casos no serían agradables.

A principios de junio tuvimos que desplazarnos tres días a Taiwan para entrevistarnos con unos inversores finlandeses. Las reuniones tuvieron lugar en Taipéi, una ciudad situada en el extremo norte de la isla. Acudí con Rob, nuestro intérprete, y también con Jimmy, que había viajado directamente hasta allí desde Estados Unidos.

Fueron días intensivos, plagados de reuniones y de intercambios de opiniones, no siempre amistosos. Los finlandeses con los que habíamos quedado no eran gente fácil. Tenían un montón de exigencias y condiciones con las que nosotros teníamos que lidiar.

La última noche en Taiwan bajé a cenar y a tomar algo con Jimmy y Rob al bar del hotel. Celebramos que todo hubiera salido bien finalmente y brindamos por el verdadero comienzo de la segunda fase del proyecto, ahora que contábamos con la financiación.

—La intérprete te come con los ojos, tío —me dijo Rob, reclinado sobre la butaca.

—Sí, joder. Mírala. Está pidiendo a gritos que te acerques a ella.

Miré hacia la barra. Era la intérprete que trabajaba para los finlandeses.

Ya me había fijado en ella durante las reuniones: rubia, alta, delgada, buenas curvas y ojos color hielo. Estéticamente estaba muy cerca de la perfección, pero le faltaba algo que para mí se había convertido en imprescindible.

—No es mi tipo —contesté encogiéndome de hombros.

—¿Pero quién te crees que eres? ¿El puto Brad Pitt? Eso, amigo mío, es un escándalo de mujer. Es el tipo de cualquiera que tenga ojos en la cara. Ojalá fuera a mí a quien está follándose con la mirada.

—Rob tiene razón, William. ¿No te habrás cruzado de acera, verdad? Yo ahora soy un hombre de familia, pero si la llego a pillar en mis días de soltero, iba a enseñarle cómo se hacen las cosas fuera de los países nórdicos.

Nos echamos unas risas y seguimos bebiendo, sin más. Yo no tenía previsto activar el modo cazador; no me interesaba.

Unos minutos más tarde, Darlene, que así se llamaba la intérprete, se levantó de su asiento y, trayendo su copa consigo, caminó hasta detenerse donde estábamos nosotros.

—Perdonad, ¿tenéis fuego? —hablaba en general, pero se dirigía a mí.

Su voz sonaba aterciopelada y era delicada en sus movimientos. Tenía clase, y cuando tenía un objetivo en mente, no perdía las formas ni el tiempo.

—No —contesté—. Pero de todas formas aquí no se puede fumar.

—Oh, vaya. Qué tonta. —Se rio como supongo que se reían las damas de época—. ¿Os importa que me sienta con vosotros?

—Claro que no —dijo Rob, levantándose en el acto para acercarse a una butaca de la mesa de al lado—. Hace justo un momento que Will nos comentaba que se te veía muy sola en la barra.

Darlene sonrió, mostrándonos la hilera de perlas perfectamente alineadas que era su sonrisa. Con mucha elegancia, se sentó en la butaca libre, junto a mí. La miré de reojo. Al acomodarse, el dobladillo de su vestido de seda rosa palo dejó al descubierto un buen trozo de impecable piel blanca.

Estuvimos allí durante un buen rato los cuatro, hablando de cualquier cosa menos de trabajo. Darlene era lista y divertida, y muy, muy seductora. En la segunda copa que se tomó con nosotros, empezó a tomarse confianzas, especialmente conmigo. Me tocaba sutilmente el antebrazo, se acariciaba la piel de encima de su escote mientras se dirigía a mí o no apartaba la mirada de mi boca. Cuando casi al final de la noche acarició mi muslo izquierdo con su pierna semidesnuda, supe que era una invitación desesperada. Pero yo necesitaba un último empujón.

Tras pagar, Rob y Jimmy salieron de allí sin perder tiempo y me dejaron

solo con ella en la puerta del bar del hotel. Cuando los chicos ya no estaban dentro de nuestro campo visual, Darlene consideró que ya no eran horas de andarse con rodeos:

—¿Estás casado, Will?

—No. —No pude evitar que una sonrisa canalla asomara en mis labios. En algún sitio por ahí dentro, debía de seguir el viejo Will.

—¿Y tienes novia?

—Tampoco.

—Pues entonces solo me queda decirte que mi número de habitación es la 307. No te lo pienses tanto. —Se inclinó levemente para retirarme un mechón de pelo y al hacerlo restregó su cuerpo contra mi entrepierna, que no tuvo más remedio que responder—. Estaré esperándote.

Miré cómo cruzaba el hall haciendo sonar sus tacones con estilo, hasta que se metió en el ascensor.

Vale, a esas alturas, yo estaba bastante cachondo. Mis amigos tenían razón: era un espectáculo de mujer y había estado provocándome toda la jodida noche. Y me sentía muy solo. No busco justificarme, pero en ese momento, era un hombre de veintinueve años sin ningún compromiso con nadie, que se culpaba cada día porque había perdido a la única mujer que había significado algo en su vida. Llevaba nueve putos meses sin saber nada de ella. Nada. Y cada día que pasaba me quedaba menos esperanza.

¿Acaso pensaba yo que Darlene iba a cambiar algo de eso? No, claro que no. Pero sería un buen entretenimiento; una distracción. Y como hombre, tenía mis necesidades. Solo sería sexo. Una noche. Lo había hecho muchas veces, y sabía que durante unas horas podría fingir que no estaba tan solo. Se acabó de darle vueltas al asunto. Suspiré y me dirigí con paso firme hasta la otra punta del hall. Después, subí hasta la habitación 307.

El trabajo siguió absorbiéndome. Cada vez más. Fue una época muy dura. Tuve que despedir a gente con la que había trabajado codo con codo durante los últimos meses, ya que las tareas que desempeñaban no tenían cabida en el modelo de trabajo que planteábamos tras la transformación de la planta. Nunca me había visto en la tesitura de jefe, y aunque me gustaba la libertad para hacer ciertas cosas según mi criterio, la doble cara del poder no me hacía sentir cómodo del todo.

Mi vida social seguía bien y en cuanto a mi vida sentimental, todo avanzaba sin cambios. Sin noticias de Olivia y sin ninguna señal por mi parte

de que fuera a superarlo en esta vida o en la siguiente. Me acostaba cada noche con su sabor en mis labios, con su risa reproduciéndose en mi cerebro. Lo primero en lo que pensaba cuando empezaba un nuevo día era en ella. En qué estaría haciendo, si se sentiría sola, si sería feliz.

A menudo recordaba también mi último encuentro sexual, en Taiwan. Creo que fue ahí cuando me di cuenta de que estaba más jodido de lo que pensaba. Cuando subí a la habitación de Darlene, la intérprete, ella ya estaba desnuda en la cama. No hubo tiempo de reacción. Me arrancó la ropa y yo me puse uno de los preservativos que acababa de comprar en la parafarmacia del hotel. Tampoco hubo tiempo casi para preliminares, ella estaba preparada y yo pensaba que también. Pero no. En el primer polvo me costó muchísimo correrme. No entendía qué me pasaba, pero lo cierto era que no conseguía dejarme llevar. Disfrutaba, claro, pero no se activaba ese mecanismo que dispara el orgasmo. Al final, hice algo que me resulta bastante vergonzoso: recurrí a una fantasía que mi compañera no protagonizaba.

Nada más acabar, me metí en la ducha. Darlene quiso acompañarme, pero con mucha delicadeza la rechacé. Yo no quería ducharme con ella. Desde Olivia, se había convertido en un acto demasiado íntimo. Salí del baño minutos después con intención de recuperar mi ropa y volver a mi habitación, pero Darlene tenía otros planes. Quería seguir. Probablemente pensaría que yo era un amante excepcional si había conseguido durar tanto la primera vez, así que se puso manos a la obra para que hubiera una segunda. Y la hubo. Solo que la fiesta terminó sin mí. No hubo manera de darle otro final.

Pasé días frustrado después de aquello. Era algo que no me había pasado en la vida, al menos estando sobrio. No entendía qué me había ocurrido. ¿Acaso ya no era capaz de disfrutar del sexo como antes? Sabía que estaba todo en mi cabeza, pero eso no conseguía tranquilizarme en absoluto. Estaba trastornado. Busqué como loco en Internet sobre posibles causas de la eyaculación retardada, pero la mayoría eran de corte psicológico. Estrés, depresión, preocupaciones, falta de motivación. Yo tenía un combo de todas ellas y una en concreto que lo agrupaba todo: Olivia.

Pensé que me había dejado inservible para otras mujeres. Había puesto el listón demasiado alto y a su lado todo me parecía mediocre. O igual ya no me bastaba con el sexo por sexo. Igual lo que ocurría era que tenía que intentarlo con más fuerza. ¿Necesitaría algo más para que alguien me interesase de verdad? Tal vez debía esforzarme por conocer a una chica, invitarla a cenar, salir un par de veces y luego avanzar hacia el siguiente nivel; así que eso fue

lo que hice.

La chica en cuestión fue una americana de Seattle que estaba en el mismo curso de cantónes para principiantes al que me había apuntado meses atrás. Tenía el pelo largo y oscuro y unos ojos marrones preciosos. Me gustó ese aire inocente pero curioso que la envolvía. No había hablado nunca con ella, pero empecé a hacerlo. Cada día fuimos hablando un poquito más. Empecé a acompañarla a su casa después de las clases y un buen día le pedí su número de teléfono y una cita.

Salimos varias veces. La llevé a cenar, a conocer lugares que pudieran tener algo especial. Paseamos por los parques más importantes de la ciudad, subimos en tranvía hasta el Victoria Peak y hasta la llevé a ver la puñetera *Sinfonía de Lucas*, a ver si sentía algo viendo con ella aquel espectáculo de colores y música, pero no. A pesar de que la chica me gustaba, no me hacía perder la razón. No se detenía el tiempo por estar a su lado. No había vuelcos en el estómago ni aumento de pulsaciones. No había ni rastro de esas sensaciones que tras diez meses sin ver a Olivia yo ya daba por perdidas.

La primera noche que la besé, supe que no tenía sentido seguir. Cuando la acompañé hasta el metro le dije que lo nuestro no funcionaría. No era justo que la utilizara como conejillo de indias para cerciorarme de aquello que yo ya sabía: que nadie podía hacerme sentir como me sentía con Olivia.

Daba igual qué historias quisiera contarme a mí mismo: el sexo ya no era lo mismo por la simple y llana razón de que no era con Olivia. Todo había cambiado de nuevo. Mi mundo había vuelto a quedarse en blanco y negro desde el mismo momento en que me fui de su casa mientras dormía.

Olivia. Olivia. Olivia. Todo para mí era Olivia, pero no era en ella donde radicaban mis miedos, sino en mí mismo. Yo era el que se había enamorado de ella y era mi responsabilidad gestionar lo que sentía. No podía traspasarle esa carga. Tenía que madurar mis sentimientos y aprender a vivir a través de ellos, como había dicho mi madre. Yo era el único responsable de aprender a ser valiente para perseguir lo que de verdad quería. Tenía que dejar las inseguridades que el futuro me despertaba a un lado para conseguir ser feliz.

Ese día lo entendí por fin: si estaba tan profundamente enamorado de ella, si la vida sin Olivia ya no era vida para mí, tenía que hacer algo. Y tenía que hacerlo yo porque había sido yo el encargado de hacerlo saltar todo por los aires. La había cagado de verdad. Tuve miedo, no estaba preparado para pertenecer a nadie y Hong Kong había sido la excusa perfecta. Pero había aprendido a la fuerza que cualquier forma de vida en la que no estuviera

Olivia ya no me servía. Tenía que buscar otra vía. Quería ser valiente. Buscaría la manera de hacerlo posible.

Un mes después de haber tomado esa determinación en mi interior, llegó una nueva sorpresa. Durante una teleconferencia con la oficina de Nueva York me ofrecieron el puesto de director.

Si quería, sería el jefe de aquella planta que había ayudado a reformar. No puedo negar que aquello me ilusionó. Era mi proyecto. Era mía y estaba muy orgulloso del resultado. Pero, aunque me tomé un par de días de rigor para pensarlo, enseguida supe que no era eso lo que yo quería. Ya no. Necesitaba estar en casa. Quería volver.

Comuniqué a mis superiores la decisión y, aunque no terminaron de entenderme, la aceptaron.

Pocos días después, empezamos a cerrarlo todo de cara a mi vuelta a Nueva York. Se ha acabado eso de mirar a otro lado. Voy a volver a por Olivia. Está más que decidido. Tengo que volver. Tengo que intentarlo, porque si no me arrepentiré durante el resto de mis días.

Han pasado casi doce meses desde que me fui de Nueva York. Se dice que todo en la vida acaba pasando, pero en mi caso lo único que han pasado han sido los días. Lo demás ha ido creciendo en mi interior: la añoranza, la soledad y el cariño por mis amigos y mi familia. Mi amor por Olivia también se ha hecho más grande cada día. No se ha extinguido. Y da igual que haga meses que no la veo o que no escucho su voz. Da igual que no sepa nada de ella, porque su recuerdo aún vive dentro de mí y sé que todo lo que pasó entre nosotros fue real. Olivia es real, y yo la quiero tanto que empieza a dolerme.

Todavía me surgen dudas cuando pienso en mi vuelta. ¿Será una opción real el poder recuperarla? ¿Se alegrará mínimamente de verme? A veces, con el vértigo de haber tomado esta decisión, todavía me preocupa haber optado por un camino que vaya a condenarme. Pero en los momentos de lucidez me doy cuenta de que es el miedo al fracaso el que habla por mí, porque soy consciente de que estoy jugándome la poca cordura que me queda en esto.

Trato de tener presentes día y noche las palabras de mi madre para agarrarme a algo que me haga sentir mínimamente seguro: si alguien quiere, puede. Y no hay nadie en este mundo que quiera nada tanto como yo quiero recuperar a Olivia.

No sé qué me deparará mi vuelta, pero sí tengo claro cuál será mi primer paso, así que cojo el iPad y me acomodo en el sofá. Echo un vistazo al

calendario y empiezo a mirar opciones de vuelos de vuelta. Quedan muy pocos días y, por tanto, pocos asientos libres. Calculo mentalmente el cambio de hora para que me dé tiempo a hacer las cosas como planeo.

Tras casi una hora mirando combinaciones, al final me decanto por una. No es la más barata, pero es la única que me cuadra. Selecciono la opción de compra e introduzco mis datos. Unos segundos más tarde, mi bandeja de entrada suena indicando la recepción del billete.

Paso un rato con la mirada fija en la pantalla del iPad, memorizando los datos del vuelo, aunque está todo bastante claro. Llego el próximo domingo, así que no hay lugar a dudas: mi primera parada será The New.

¿Necesito que se detenga el tiempo?

*Hoy, 14 de septiembre de 2014.
The New, Brooklyn.*

«Habla, Olivia, por Dios», me digo a mí misma. «Di algo. Lo que sea».

De alguna manera, consigo que me salga la voz a través del nudo que se me ha formado en la garganta.

—Hola, Will. Cuánto tiempo —digo al fin, tratando de sonar indiferente. Evidentemente no lo consigo.

Dios, ¿pero por qué me sonrío así? Por un momento creo que va a tocarme, pero supongo que detecta en mi cara que no será bien recibido porque no lo hace. Solo sigue sonriendo.

—Olivia, menos mal. Pensé que no tendría la oportunidad de verte —dice con voz profunda, y la sonrisa desaparece lentamente de su cara. Pero no de sus ojos.

Pestañeo varias veces. Dios mío, su voz... La voz de Will. Creía que la recordaba a la perfección, pero estaba equivocada. Su voz tiene demasiados matices como para que su recuerdo se mantenga intacto con el paso del tiempo: la profunda vibración que imprime al hablar, cómo las palabras salen del fondo de su garganta, la manera en que su lengua impacta contra el paladar y los dientes al emitir los sonidos... Pero sin duda, lo que había perdido más fuerza en mis recuerdos es cómo me siento yo cuando pronuncia las seis letras que componen mi nombre. Nada puede compararse con la realidad.

Sé que tengo que contestar a lo que acaba de decirme pero me he quedado en blanco. Mierda. Rebobino los últimos segundos en mi mente.

—¿Oportunidad de verme? ¿De qué estás hablando?

Will sigue mirándome muy fijamente. Creo que a él también le está costando asimilar el hecho de que estamos interactuando, pero es difícil asegurarlo.

Se aclara la garganta y se rasca la mandíbula suavemente antes de volver a hablar:

—He estado aquí antes. Esta tarde. Hablé con Christina. Me contó lo de

Vancouver.

Inclino la cabeza levemente. «¿Christina? ¿Qué Christina? ¿La mía?».

—Pero... No entiendo. Esto es... raro. ¿Cuándo has vuelto?

—He llegado hoy. He venido aquí esta tarde para ver estabas, pero Christina me ha visto antes de que pudiera acercarme a ti. —Carraspea—. Me ha contado que te ibas.

—¿Tú me has visto?

—Sí, de lejos.

—Y yo... Yo no me he enterado. Pero Christina sí.

—Exacto.

—Y has hablado con ella. Y luego te has ido —digo despacio, tratando de ordenar las ideas. Creo que no he pensado tan lento en toda mi vida—. ¿Entonces? ¿Qué haces ahora aquí?

Sé que lo intenta, pero no puede evitar sonreír. Y esa sonrisa... Dios, esa sonrisa trae consigo el eco de un montón de sensaciones que chocan con mi realidad. Muevo nerviosamente el paraguas que aún llevo en la mano; al hacerlo, algunas gotitas caen al suelo.

Will enseguida contesta mi pregunta:

—Me quedé paseando por la zona. He estado dando vueltas sin sentido y he acabado de nuevo aquí hace un rato. Supuse que ya no estaríais y entré. —Sonríe de nuevo—. Y mira tú por dónde, has vuelto.

Sí, ¿eh? Mira tú por dónde.

—Liv, ¿has encontrado la bolsa? —dice una voz que se acerca a nosotros.

Me giro. Es Peter, el camarero, que me mira interrogante. Oh, mierda. Cierto. La ropa de Claire.

—Ah, cla-claro, sí —balbuceo—. La bolsa.

Voy a por ella. Esa bolsa es la razón de que ahora esté aquí, reencontrándome con Will después de un año. «Qué bien, karma, gracias. Gracias por todo».

Camino hacia delante bastante nerviosa, con cuidado de no tocar a Will. Paso por su lado hasta llegar a la mesa y me agacho para recogerla.

Cuando me doy la vuelta, ambos me están mirando. Will con cierto aire divertido que no entiendo y Peter con una bayeta en la mano.

Echo un vistazo rápido a la cafetería y me doy cuenta de que ya no queda ningún cliente, solo nosotros. Will y yo. La sección más cercana a la puerta ya tiene las luces apagadas y muchas de las sillas están subidas a las mesas para que puedan limpiar el suelo. Tampoco hay música en el ambiente, únicamente

se escucha el ruido lejano de la vajilla y del mobiliario arrastrándose.

Bien. Lo lógico es que salgamos de aquí para que puedan cerrar, pero no sé cómo proceder.

—Creo que es hora de irse —comenta Will, como si me hubiera leído la mente.

Hago algo parecido a un asentimiento. Me despido de Peter con un movimiento de la mano y echo a andar hacia la puerta. No veo a Will, pero lo oigo caminar detrás de mí. Me obligo a mantener la vista al frente y no girarme a mirarlo, aunque reconozco que me cuesta. Siento su presencia de una manera estúpidamente obvia. Es como si mi cuerpo lo detectara. Su olor, su forma de andar, el calor que irradia su piel aunque esté a centímetros de distancia... Dios. Demasiado.

Abro una de las hojas de la puerta doble de The New y la mantengo para que él pase primero. Me da las gracias con una sonrisa de medio lado y yo resoplo en mi interior mientras salgo a la calle.

Will se para pocos metros a la izquierda de donde queda la cafetería. Me está mirando. Avanzo hacia él algo torpemente, cargando con mi bolso, la bolsa y el paraguas. Me detengo a una distancia prudencial.

Ha anochecido pero ya no llueve. Menos mal, sería demasiado dramático. Nos quedamos observándonos el uno al otro sin pronunciar palabra alguna. Va pasando gente por nuestro lado. Algunos hablan, otros se ríen, otros susurran. Los coches circulan paralelos a la calzada y de vez en cuando se distingue el sonido de los neumáticos al deslizarse sobre los charcos que ha dejado la lluvia. Ocasionalmente suena algún claxon, pero nada de esto me importa, claro. Tengo a Will delante de mí. Ahora que estamos aquí fuera y me resulta más fácil conseguir que el aire pase a mi sistema respiratorio, no me cuesta tanto mirarlo.

Se lo ve agotado, incluso deteriorado podría decirse. Ha dicho que ha vuelto hoy, así que puede que solo esté cansado por el viaje en avión, pero, no sé... No parece que sea solo eso. Ha perdido peso desde la última vez que lo vi. Más de seis kilos, seguro. Tiene el pelo más largo que antes y sus ojos parecen más tristes, aunque su color azul intenso todavía consigue agitarme la respiración.

Seguimos en silencio. Will vuelve a sonreír de lado mientras me mira. Se me hace eterno el momento durante el cual su lengua asoma para humedecerle los labios antes de hablar. ¿Qué estará pensando?

—Estás... —empieza a decir, inclinando la cabeza—. Estás preciosa.

Venga ya.

—Oh, por favor. Ni se te ocurra ir por ahí.

—¿Por qué no? ¿Acaso no puedo hacerte un cumplido? —lo pregunta extrañado, pero sin perder el punto risueño. Pero a mí no me hace ninguna gracia.

—No, no puedes —contesto tirante—. Esto es demasiado raro. Llevamos un año sin vernos y de repente te presentas aquí, en mi territorio, y... Mira, te voy a ser sincera, no estaba preparada para esto.

—Si te sirve de algo, yo ya me había hecho a la idea de que no iba a verte. Que hayas aparecido también me ha pillado por sorpresa —dice, poniéndose más serio.

Parpadeo. Si me sirve de algo, dice... ¿De qué piensa que me puede servir? Decido no contestar a ese comentario. El silencio nos envuelve de nuevo, con más fuerza que antes. Cojo el paraguas, que ya está casi seco, y lo ato para mantenerme ocupada. Mi corazón va cogiendo velocidad y noto cómo una llamarada de irritabilidad empieza a crecer en mi interior.

Will lanza un suspiro prolongado. De su expresión ya ha desaparecido todo rastro de diversión. Hasta la voz le cambia, aunque suena decidido:

—Vamos a algún sitio, Olivia. Necesito que hablemos.

Lo miro sin dar crédito. ¿Es que cree que puede presentarse aquí sin más, con exigencias y exponiendo sus propias necesidades? Dios. Es tan egocéntrico...

Hasta aquí mi actitud zen.

—Necesitas que hablemos... Necesitas que hablemos. ¡¿Pero tú has perdido la cabeza?! ¡No puedes desaparecer de mi vida y aparecer sin más de la noche a la mañana! ¿Es que no lo entiendes? ¡Yo tengo otra vida ahora! Yo... yo me voy, Will. Tres meses. A otra ciudad. No tiene sentido. No es el momento de hablar nada.

—Dios, ¿te crees que no lo sé? ¿Por qué crees que me he marchado esta tarde? En cuanto Christina me ha dicho cómo estaban las cosas he cogido la puerta y me he ido. ¡Me he ido! Sin mirarte, sin hablarte, sin dejar que tú me vieras a mí. Me ha sentado como una patada en el estómago alejarme, te lo aseguro, ¡pero lo he hecho! ¡He intentado ahorrarnos esto! Pero aun así nos hemos encontrado, Olivia, no tengo la culpa de que haya pasado.

—Esto es demasiado. Yo... —me callo. Me callo porque me escuece la garganta con cada palabra que pronuncio y que él absorbe.

Will da un par de pasos hacia mí. Está peligrosamente cerca, aunque no

llega a invadir mi espacio personal. Irremediablemente, sentirlo a esta distancia hace que me ponga aún más a la defensiva.

—Olivia, por favor. Habla conmigo. Necesito que me escuches. Y sé que en el fondo tú también necesitas escucharme.

—¿Por qué dices eso?

—Por cómo estás reaccionando. Si no quedaran cosas que decir entre nosotros, no estaríamos así.

Entorno los ojos. Hijo de una hiena. Está tocándome la tecla a propósito, parece que quiera que pierda los nervios. Respiro... Respiro... Pero no, no puedo aguantarme.

—¡Claro que quedan cosas por decir! ¡Te fuiste de mi casa en mitad de la madrugada! ¡Como si yo fuera un rollo de una noche, por Dios! Y luego dejaste esa estúpida nota... ¿Qué pretendías? ¿Que me volviera loca a base de mensajes contradictorios?

Sin dejar de mirarme, retrocede un paso como reacción a la ira que desprenden mis palabras. Me siento un poco mal al ver cómo le cuesta tragar saliva, pero es que no me lo está poniendo nada fácil.

—Claro que no. Lo que hice, lo hice mal porque no supe hacerlo mejor — se defiende.

Parece triste. Me mira durante un buen rato mientras yo guardo silencio. Recorre mi rostro con su mirada. Noto cómo me mira el pelo, la frente, la nariz, la boca... Después vuelve a mirarme a los ojos, mucho más intensamente. Lo veo soltar el aire que nace en lo más profundo de su estómago. A continuación, cierra los ojos como si los párpados le quemasen; cuando vuelve a abrirlos, brillan más fuerte.

—Por favor. No te pido nada más, solo necesito que me escuches. Aunque sea una vez.

—Will, por favor...

No sé ni qué estoy pidiéndole en realidad. Por favor, cállate. Por favor, vete de aquí. Por favor, desaparece para siempre. Por favor, da marcha atrás en el tiempo y no te alejes de mí jamás...

Will se frota la cara y vuelve a coger aire. Percibo claramente cómo busca recuperar el control de sus emociones.

—Dame la oportunidad de explicarme, Olivia. Si luego no quieres verme más, prometo no volver a molestarte —lo dice firme, pero con un tono atormentado que me estrangula por dentro.

Le observo fijamente. Sus ojos parecen implorantes y me doy cuenta de

que nunca lo he visto así. Ni cuando discutimos cuando me enteré de lo de China. Ni los días de después. Ni cuando vino como un demente a buscarme la noche antes de irse. Nunca. Nuestra situación le ahoga a él también. Le hace daño.

A mi parte kamikaze le preocupa conocer qué cosas le habrán pasado en el último año que hayan activado esta facilidad en él para mostrarse tan frágil delante de alguien. Me duele verlo así. Por mucho daño que me haya hecho, no deseo que sufra.

Inhalo profundamente para llenar mi interior de aire nuevo. Vale. Está claro que voy a ceder.

—Está bien. Hablaremos. Pero no ahora. Tengo prisa —miento. Bueno, no. No miento. Tengo prisa por alejarme de él. Necesito una tregua urgente de las sensaciones de los últimos veinte minutos.

Will suspira, y lo hace con tanto alivio que algo me retuerce las entrañas.

—Vale. ¿Cuándo te va bien?

Veamos, necesitaré unas cuarenta y ocho horas para reponerme de esta visita. Y por lo menos otras veinticuatro para prepararme para la siguiente.

—El miércoles por la tarde.

—¿El miérc...? —Detiene su protesta en cuanto ve que mis cejas se alzan, desafiándole a que me discuta la elección de día—. Vale. Iré a recogerte al trabajo.

Niego con la cabeza, conteniendo una sonrisa amarga. «Pero si no sabes dónde trabajo, William...».

—Esta semana ya no tengo que ir —digo escuetamente.

—Vale. Pues pasaré a buscarte por tu casa.

—Bien. A las seis estaré abajo. —Acompaño mis palabras de un asentimiento rotundo y dejo claro que me voy ya mismo—. Adiós, Will.

Antes de que tenga tiempo de reaccionar, extiende un brazo y me acerca a él. Dios, si me abraza, grito. Pero no. Solo quiere mirarme desde una menor distancia, creo. Esto es lo más cerca que he estado de él en un año, así que supongo que es normal que me tiemblen las piernas cuando un golpe de su olor me invade los sentidos, ¿no?

Ay, señor... Aunque no me besa ni su piel toca la mía en ningún momento, lo siento en todas partes. Maldito sea por todo lo que consigue hacerme sentir y maldita yo que no me aparto.

—No sabes cuánto me alegro de verte, Olivia —susurra demasiado pegado a mí.

Siento el calor de sus dedos a través de la manga de la chaqueta. Parpadeo varias veces de forma automática al ser consciente de que mi reflejo viste sus ojos.

No digo nada. No puedo. Vale, ya está. Suficiente.

Me suelto y doy unos pasos hacia atrás, sintiendo sus ojos brillantes sobre los míos. Me doy la vuelta antes de que pueda ver en mi cara lo que me hace y comienzo a andar ligeramente en dirección a la avenida que queda perpendicular a esta calle. Tengo que alejarme de él. No escucho mis pasos repiquetear contra el asfalto porque en mi cabeza resuena un murmullo sordo que lo inunda todo.

Nada más llegar a la avenida principal un taxi pasa por delante de mí, pero no hago nada por pararlo. «Espabila, Olivia». Detengo al siguiente, que llega un minuto después. Abro, entro y vuelvo a cerrar. Me quedo inmóvil, sumida en un estado de mutismo que desconcierta al taxista.

—¿Adónde, señorita? —pregunta pasados unos segundos.

Me fijo en los ojos del señor, que me observan con cautela desde el espejo retrovisor interno. El sonido de un claxon unos metros más allá de nuestra ubicación vuelve a traerme al presente.

—Eh...

¿Adónde voy? No puedo irme a mi casa ahora. Estoy tan confusa que temo acabar haciendo alguna tontería de la que arrepentirme por la mañana. Y hay tantas cosas que no entiendo...

Sin pensarlo mucho, decido dar la dirección de la única persona que en este momento puede arrojar algo de luz a la situación.

—¿Liv? ¿Estás bien?

Christina me observa en el umbral de la puerta de su casa, visiblemente extrañada de que esté aquí. Lleva un camisón amarillo, las gafas puestas y el pelo recogido con un pasador que le regalamos nosotros. Echo un vistazo a la mesa detrás de ella y la veo llena de papeles. La he pillado trabajando.

—¿Puedo pasar? —pregunto con un hilo de voz.

Christina abre la puerta y tira de mí hacia el interior de su piso, sin mediar palabra. Dejo el paraguas y la bolsa con los jerseys en la entrada. No le veo la cara, pero puedo sentir sus ojos taladrándome la nuca mientras tomo asiento en el pequeño sofá.

Cuando la miro, su cara rezuma ansiedad. Se sienta a mi lado y me coge las manos. Las suyas están calientes; las mías, frías como el hielo.

—Deberías habérmelo dicho —digo sin más.

Parpadea un par de veces antes de cerrar los ojos con fuerza y morderse el labio inferior. No hace falta que diga nada más. Sabe perfectamente de qué estoy hablando.

—No me lo puedo creer. Habría jurado que...

—No ha venido a buscarme —aclaro—. Nos hemos encontrado.

Me mira preocupada, abriendo mucho sus ojos castaños. Aprovecho mientras procesa la información para quitarme la chaqueta y doblarla en mis piernas. Cojo aire despacio y lo voy soltando poco a poco. Acto seguido empiezo a contarle cómo ha transcurrido la última hora.

Christina me observa con cierto aire intranquilo a lo largo de mi discurso, pero no me interrumpe en ningún momento. De vez en cuando aprieta la mano que no me ha soltado desde que nos hemos sentado, tratando de infundirme fuerza. Me siento tan perdida en este momento que ya no sé ni lo que estoy diciendo. Es como si fuera una pesadilla. O como si me lo estuviera imaginando. No parece que sea real. No puedo creerme que haya estado con Will de verdad. Que lo haya visto, que haya hablado con él, que me haya tocado...

Ha pasado un año. Doce meses. Cincuenta y dos semanas. Trescientos sesenta y cinco días y seis horas, que es lo que tarda la Tierra en dar una vuelta completa alrededor del Sol.

Tanto tiempo luchando por expulsar su imagen de mi cabeza, por deshacerme de cada parte de él grabada en mi organismo, y de repente aparece delante de mí, como una aparición. Pero no ha sido una aparición. Ha sido real.

Exhalo el aire con fuerza. Creo que no lo he aceptado todavía.

—¿Qué has sentido al verle? —me pregunta Christina tras un rato en silencio.

—Que me faltaba el aire.

El resoplido que suelta mi amiga inunda su diminuto apartamento. Niega con la cabeza repetidamente con la mirada dirigida hacia el techo.

—Esto es absurdo, Christina. Fueron dos meses. Ha pasado un año. Debería haberlo superado ya.

Me sonrío con cariño.

—Te lo he dicho muchas veces, Liv. Las experiencias que nos marcan en la vida no se miden en tiempo. Se miden en intensidad. Lo que vosotros tuvisteis fue muy intenso. Es normal que volver a verlo te impacte y que te remueva

cosas.

—No me remueve cosas.

Vuelve a sonreír.

—En este momento estás en *shock*; date un par de horas. Ahora solo sientes que no ha pasado, que se trata de un sueño y que no es real.

Christina Sanders, neurocientífica de día y clarividente de noche. Perceptiva como ella sola.

—Dios, ¿qué voy a hacer?

—De momento esperar al miércoles —dice algo escéptica.

—¿Crees que no debería ir? —pregunto inquieta.

—No importa lo que yo creo. Piensa en qué necesitas tú. A ver, Livvy, dime. ¿Por qué has aceptado?

Sé que tiene razón. Esto ya lo he aprendido. Lo que importa es lo que necesito para mí misma. Parpadeo, deshago el moño y me hago una coleta para ganar tiempo antes de darle una respuesta.

—Porque no puedo vivir dándole vueltas. No quiero pasarme los próximos días pensando en qué querría decirme. Y porque creo que necesito cerrar bien la historia. No sé si es buena idea volver a verlo, pero estoy casi convencida de que no hacerlo a la larga podría ser peor.

Christina asiente. Me callo que verlo tan vulnerable como lo he visto hoy me ha desarmado por completo. Recordar cómo lucían sus ojos... me aturde un poco.

—Bien. Ahí tienes tu respuesta. Tú sabes mejor que nadie lo que te conviene, nena. Cualquier decisión que tomes será la correcta.

—Menos mal que me voy. Sea lo que sea lo que tiene que decirme, será una conversación corta. Sin mayor trascendencia.

Compartimos una mirada que habla por sí sola y entre las dos decidimos relajar un poco el ambiente. Christina se levanta del sofá y va al espacio de la estancia que llamamos cocina. Coge una cerveza para mí y llena un vaso con agua fría para ella. Vuelve al cabo de un rato con las bebidas y con un par de cuencos con cositas para picar y nos sentamos en el suelo. Sonrío al comparar el grado de protocolo de Claire cuando hace de anfitriona y el que nos caracteriza a Christina y a mí. Canapés caseros en platos de porcelana *versus* cacahuètes del supermercado. Nada que ver.

Christina empieza a hablarme de su misterioso ligue actual, al que hemos bautizado como doctor Encanto. Es un chico con el que tiene algo de historia y que la lleva por el camino de la amargura tratando de cazarla. Problema: es

del trabajo y es alguien importante en el campo que ella estudia.

No mezclarse con compañeros es la norma más sagrada de Christina, pero, a pesar de que es una de las personas más tozudas que conozco, el chico en cuestión le está comiendo terreno. Y a juzgar por cómo consigue que le brillen los ojos, no creo que ella en el fondo quiera evitar que lo haga.

Mientras seguimos con la cena, suena mi móvil. Doy un respingo, aunque por el sonido sé que solo es un mensaje. Me pongo un poco nerviosa por si es Will. Vale, un poco no. Me levanto del suelo como si tuviera un muelle debajo y prácticamente meto la cabeza dentro del bolso para rescatar el teléfono. Pero en la pantalla no pone William Hannigan, sino Aiden Gallagher.

Vuelvo a acomodarme en el suelo. Estoy tonta. ¿Por qué iba a ser Will? Llevo casi un año sin recibir un mensaje suyo; porque yo se lo pedí, dicho sea de paso. ¿A qué viene este sentimiento de... decepción?

Christina me observa en silencio con las cejas en alto. Yo no soy precisamente una experta en esconder lo que pienso ni cómo me siento, así que supongo que resulta obvio lo que he experimentado por una simple notificación en el móvil.

—¿Aún lo quieres? —pregunta masticando una patata con sabor a queso.

Ya sabía yo que no íbamos a aparcar el tema durante mucho rato, aunque tampoco esperaba que nos fuéramos a poner tan serias. Lanzo un suspiro.

—No lo sé, Christina. Creía que no. Que ya no era amor. Ahora... No sé. Supongo que no.

—¿Puedo decirte algo?

Sonrío.

—Me lo vas a decir de todas formas. —Acoplo la espalda en el bajo del sofá y modifico mi postura para poder mirarla mejor.

—Mira, Liv, siento ser yo la que te diga esto, pero yo creo que sigues sintiendo algo bastante fuerte por él.

—¿Y para qué me lo has preguntado si ya tenías una teoría?

—Para comprobar tus niveles de sinceridad.

Compongo una mueca no demasiado amistosa.

—No te enfades. No te lo digo para molestarte. Te lo digo porque no quiero que te engañes a ti misma. Quiero que sepas que cuando se trata de Will eres vulnerable. Y que lo tengas presente cuando hables con él. Abraza tus sentimientos, Liv, y luego actúa. Pero sé consciente de qué sientes y qué quieres. No tiene por qué coincidir una cosa con la otra, pero creo que es importante que contemples todas las variables.

Vuelve a tener razón, claro. Es que es de Will de quien estamos hablando, no de cualquiera. El chico con el que he estado hace apenas unas horas era él. Él. El mismo por el que perdí la cabeza desde el instante uno en el que me sonrió. Con el que recorrí cada rincón de Nueva York. Por el que me volví loca sin apenas tener en cuenta las consecuencias. Will es la persona que poseyó mi interior, pero es el mismo que me abandonó sin mirar atrás. El que jamás puso sobre la mesa la opción de salvarnos.

Noto una oleada de calor expandiéndose por todo mi cuerpo y algo parecido al corcho bloqueando mi garganta. ¿Será esto lo que se siente al ser consciente de que su vuelta es un hecho y no algo producto de mi imaginación?

Mi amiga sigue mirándome atentamente, esperando a que diga algo aclaratorio. O simplemente algo, en su defecto.

—No sé qué siento por él, Christina. No creo que sea amor —murmuro sin mucha convicción, porque en este momento me veo incapaz de poner nombre a lo que siento.

—No sientes indiferencia, Liv.

—Claro que no. Algo queda ahí, está claro. Pero no quiero volver con él ni nada de eso. Siento que yo ya... que no lo conozco.

Agacho la cabeza para no tener que enfrentarme a su mirada. Ella lee en mi cara que necesito zanjar el tema. He de despejarme antes de ponerme a ordenar ideas.

Continuamos cenando en son de paz y un rato más tarde anuncio que me voy. Yo mañana no madrugo, pero ella sí. Y sé que tiene que seguir trabajando porque con mi llegada la he interrumpido.

Christina me acompaña a la puerta y abre mientras yo cojo las cosas que he dejado aquí apoyadas. Me sonríe dulcemente y me abraza antes de dejarme salir. Yo sonrío. Me encantan los abrazos de Christina. Son especiales. Ella no es tan cariñosa como Claire, pero cuando quiere le sale la vena mimosa. Si fueran animales, Claire sería un perro y Christina un gato. Y aunque el cariño de un perro sea tierno y constante, no se puede negar que el ronroneo de un gato vale millones.

—Te quiero, Olivia Gallagher. Sé que no te lo digo a menudo, pero espero que lo sepas.

—Lo sé. Yo también te quiero. Aunque te odie por tener siempre razón. — Se ríe y yo también—. Pero gracias. Gracias por ser siempre tan clara y sincera.

—De nada, nena.

Apoyo la cabeza en el respaldo del taxi cuando emprendo la vuelta a casa. Mis ojos se pierden por la ventanilla. Voy siguiendo el destello de las luces de la noche neoyorkina hasta que van desapareciendo. Mientras lo hago, intento asimilarlo todo; pero me cuesta un mundo.

Dios. Will. Will aquí, de nuevo en Nueva York. Ha vuelto, pero no sé en qué circunstancias. ¿De visita? ¿Se queda? ¿Qué pretende? Parecía muy interesado en hablar conmigo, pero no sé por qué ni para qué ni sé nada.

Noto el corazón en la garganta. Lo noto y me molesta, porque sé que él es la causa. Yo estaba bien, estaba tranquila, y ahora mis emociones vuelven a fluir sin control dentro de mi cuerpo.

El domingo me voy a Vancouver. No puedo perder eso de vista por mucho que a él vaya a verlo el miércoles. Miércoles... Queda tan poco que no sé si estaré lista. Y ya no sé qué es lo que quiero. ¿Quiero que llegue el día? ¿O necesito que se detenga el tiempo?

¿No ves que quedan cosas por decir?

Es miércoles por la tarde y hace una tarde típica de principios de otoño. Aún no son ni las seis, pero ya empieza a notarse el descenso de las temperaturas. Solo llevo una camiseta roja y encima una camisa de cuadros, así que puede que acabe teniendo frío, pero de momento no me importa.

Me gusta pasear por Brooklyn. Caminando por cualquier calle de Nueva York tengo la impresión de que no ha pasado el tiempo. Nueva York siempre será Nueva York, da igual que estés lejos durante dos semanas, un año o diez; tiene ese encanto atemporal que siempre te sorprende y al mismo tiempo te reconforta. Es exactamente lo mismo que siento cuando veo a Olivia: la magia de lo nuevo mezclada con la seguridad de aquello que te es familiar.

Por más que lo intento, me resulta imposible explicar lo que sentí al verla de nuevo. Y no me refiero a observarla de lejos, sino a verla de verdad. Mirarla a los ojos, hablar con ella, que ella me viera a mí también... Dudo que haya en el lenguaje humano palabras suficientes para describirlo.

Nadie podrá saber nunca el alivio que sentí al comprobar que encontrarse conmigo la sacudió por dentro. A una parte de mí le aterraba que para ella todo hubiese quedado en el olvido y que verme la dejara indiferente. Enseguida quedó claro que no es así, así que decidí tomármelo como una señal de que aún queda algo real entre los dos; que muy, muy al final del túnel parpadea un destello de esperanza.

Camino unos pasos más hasta que distingo la fachada rojiza de su edificio. Todavía faltan dos minutos para las seis. Echo un vistazo a las escaleras de piedra, pero no la veo por allí. No esperaba que estuviera todavía, pero aun así se me pasa por la cabeza la posibilidad de que haya cambiado de opinión y vaya a darme plantón.

A las seis y diez aún no ha llegado y mi inquietud aumenta por momentos, así que me decido a llamarla para asegurarme de que nuestro encuentro sigue en pie. Busco su nombre en la agenda de mi móvil y sonrío al ver la foto que ilumina la pantalla cuando selecciono la tecla de llamada: es ella en Coney Island, comiendo un trozo de pizza cerca del mar.

Tras una sucesión de pitidos que se me hacen eternos, salta el buzón de voz. Vuelvo a intentarlo pasados un par de minutos, pero el resultado es el mismo. Alzo la vista hacia el portal en el momento justo que alguien sale. Me

apresuro a subir las escaleras de piedra sin pensar demasiado en lo que estoy haciendo. Sujeto la puerta a la señora que sale con su perro y paso al interior del edificio. Puede que no sea buena idea subir sin ser invitado, pero... me da igual. En este momento no soy capaz de pensar en una opción mejor.

Cuando salgo del ascensor cinco pisos más tarde, cruzo en un par de zancadas el pasillo enmoquetado que lleva a casa de Olivia. Toco el timbre sin perder tiempo. Transcurridos varios segundos, nadie sale a abrirme. Pongo la oreja en la puerta, pero no escucho nada. Vuelvo a tocar de nuevo hasta que percibo unos sonidos procedentes del interior. Una puerta cerrándose y pasos acercándose a la entrada. Acto seguido, la luz que se filtra por la mirilla se oscurece, indicando que alguien se está asomando desde dentro.

Mi pulso se acelera al escuchar el sonido inequívoco de la cerradura y de la manivela al girarse, pero cuando la puerta por fin se abre y la figura de un hombre semidesnudo que no conozco se yergue ante mí, se ralentiza hasta casi detenerse.

Siento una patada en el estómago. Dolor en las vísceras. Mis globos oculares clamando por salirse de su sitio. Examino al chico, sin dar crédito a lo que veo. Me cago en la puta. ¿Quién es este tío?

Viste únicamente unos pantalones verdes oscuros de cadera baja. El pelo húmedo y la toalla que lleva sobre el hombro izquierdo me dicen que acaba de salir de la ducha. Supongo que eso explica por qué cojones está dentro del piso de Olivia sin camiseta, mostrando su cuerpo de atleta. Porque esa es otra: este tío está en forma. Noto un pitido perforándome los oídos y el sabor de algo parecido a la bilis llenándome la boca.

Miro disimuladamente el 50 de latón que numera la vivienda para asegurarme de que no me he equivocado de casa. Trago saliva. Sí. A no ser que se haya mudado, en principio este es el piso correcto.

—Hola. ¿Está Olivia? —pregunto con una voz demasiado ronca que no parece la mía.

—No, no está. —El chico entorna los ojos y se apoya con un hombro en el marco de la puerta—. ¿Quién la busca?

Joder.

—Soy William. Soy... un amigo.

El desconocido alza las cejas y por un momento temo que monte algún numerito de novio inseguro a lo hombre de las cavernas; pero no lo hace. Únicamente se limita a observarme en silencio hasta que pasa algo que no entiendo: una sonrisa amistosa empieza a dibujarse lentamente en su cara. Es

una sonrisa que me desconcierta, pero que al mismo tiempo me resulta intensamente familiar.

Tratando de dejar a un lado todas estas sensaciones que me nublan el cerebro, decido mirarlo bien de nuevo: una desordenada mata de pelo castaño oscuro vistiendo su cabeza, nariz relativamente pequeña y ojos rasgados color miel.

La sonrisa del chico se ensancha tras tenderme la mano.

—Will. Soy Aiden Gallagher. Pasa. Mi hermana estará al caer.

Joder. Aiden. Aiden Gallagher. Lo miro fijamente hasta que por fin reacciono. Extiendo rápidamente el brazo para estrecharle la mano, al tiempo que intento recuperar el aliento. Mi cara tiene que ser un poema. Claro que es Aiden. Joder, si son dos putas gotas de agua.

Tras unos segundos más de *shock*, consigo sonreír. Le digo que es un placer conocerlo mientras me conduce al interior del apartamento y cierra la puerta.

—Habíamos quedado abajo —explico—. La he llamado, pero no contesta.

—Sí, se ha dejado el móvil aquí. No sé dónde tiene la cabeza —dice, girándose para ver la hora en los numeritos del equipo de música—. Pero seguro que ya está de camino.

Me cuenta brevemente que Olivia tenía cita para hacerse el reconocimiento médico rutinario que exige la empresa ante un traslado y a continuación se disculpa un momento para ir al aseo. Yo me quedo de pie cerca de la puerta, recorriendo el piso con los ojos.

Esta estancia es muy pequeña, pero está llena de tantos recuerdos que en cuestión de unos segundos vuelvo a sentir que me ahogo. Joder. Con esto no había contado. Es posible que no estuviera preparado para todo lo que siento en mi interior al estar aquí de nuevo.

Echo un vistazo al sofá color berenjena, donde tantas veces nos sentamos y tantas otras acabamos quitándonos la ropa; la barra de la cocina donde Olivia tiene la costumbre de dejar sus cosas y donde dejaba yo las mías siempre que venía; la mesa redonda de madera, donde lo hicimos la noche antes de que me fuera.

Una sensación de nostalgia me azota desde dentro y durante un segundo creo que estoy a punto de perder el equilibrio. Me rasco la mandíbula, ligeramente aturdido. Estas paredes encierran demasiadas cosas de los dos.

—Bueno, Will, así que has vuelto —la voz de Aiden acercándose a mí me saca abruptamente de mis pensamientos.

Me giro hacia él. Agradezco en silencio su presencia, porque sé que no es el momento de dejarme arrastrar por estas sensaciones. Tengo que permanecer sereno.

Aiden sigue sin ponerse la camiseta, pero ya no lleva encima la toalla. Toma asiento en el brazo del sofá, cara a mí, y se entretiene doblando una sábana que hay en el respaldo.

—Sí, volví el domingo. —Me apoyo en la pared para estar más cómodo. Seguimos a poca distancia, puesto que el salón es muy pequeño.

—¿Y cuáles son tus planes? —me pregunta—. ¿Estás de paso o por un tiempo más... duradero?

La mirada que Aiden me dedica es bastante elocuente y por su tono de voz, sé que no ha hecho una pregunta al azar por entablar algo de conversación. Ha escogido a conciencia sus palabras y les ha dado la entonación que pretendía.

Se me escapa una pequeña sonrisa, aunque sé que debo seguir serio. Lo conozco desde hace solo unos minutos, pero ya he decidido que el hermano de Olivia me cae bien. Me gusta que no se ande con rodeos y me gusta que no finja que no sabe quién soy ni de qué va esto. Conociendo a Olivia, le habrá contado todo lo que hay que saber sobre nuestra historia, incluido mi regreso a la ciudad.

—He vuelto para quedarme —digo con voz firme, manteniéndole la mirada.

Aiden compone una sonrisa críptica.

—Creo que sabes que no estoy hablando de quedarte en Nueva York — replica.

—Ya. Ni yo tampoco.

Aiden abre la boca para decir algo, pero justo en ese momento escuchamos un ruido de llaves dentro de la cerradura. Él agacha la cabeza, escondiendo la diversión que le produce la situación que se va a desarrollar en unos segundos. Yo me quedo de piedra junto a la puerta.

—Aiden —dice Olivia con indignación—, ¿te puedes creer que...?

Se calla de pronto cuando repara en mi presencia. Se le desencaja la mandíbula. Sus pestañas aletean sin control y su piel se enciende. Ha entrado con la vista puesta en su hermano, puesto que su ubicación queda de frente nada más abrir la puerta, así que en mí no ha reparado hasta que ha dado dos pasos. Ahora está asimilando el hecho de que estoy aquí, en su casa, a menos de un metro de distancia.

—Oh, Dios. Hola.

Le sonrío dulcemente.

—Hola.

Su corazón se acelera. Lo sé por cómo se le entrecorta la respiración. La atmósfera cambia dentro de estas cuatro paredes, volviéndose más densa.

Me gusta su manera de reaccionar ante mí, no puedo evitarlo. Me gusta que se quede sin palabras, que parpadee a toda velocidad y que no sepa hacia qué parte de mi persona dirigir su mirada. En el intervalo de cinco segundos, me ha repasado de arriba abajo y de abajo arriba, entreteniéndome su mirada en mi boca y después clavándola en mis ojos hasta atravesarme.

Sé que el mundo sigue girando a nuestro alrededor, pero ninguno decimos nada. Ella es la primera en apartar la vista unos segundos después. Se muerde el labio inferior y se toca el pelo nerviosa. Yo frunzo los labios, tratando de que mi sonrisa no se ensanche hasta el punto de ofenderla. En realidad no es una situación divertida, pero tiene algo... Algo muy nuestro.

A pocos metros de distancia de donde estamos parados nosotros, Aiden hace un ruido. Olivia dirige la vista hacia su hermano y sonrío al recordar que está aquí. Automáticamente se relaja, con la tranquilidad de quien sabe que juega en casa.

—Podrías ponerte la camiseta, ¿sabes? —le dice burlona—. No nos ofenderemos.

Sonrío de oreja a oreja, sin poder evitarlo. Ahí está, Olivia rompiendo el hielo como solo ella sabe hacerlo. Veo a Aiden sonreír con cariño, claramente porque él también conoce el truco.

—Así el efecto es más dramático, Livvy —le contesta con el mismo aire burlón que ha empleado ella.

Olivia entrecierra los ojos en dirección a su hermano, sonriéndole divertida. Él sonrío también y yo tengo la impresión de que están manteniendo algún tipo de diálogo telepático del que no podría ser partícipe aunque quisiera.

Aiden se hace con la camiseta que hay plegada sobre el otro brazo del sofá y se la pone, ante la atenta mirada de Olivia y la mía. Después se inclina sobre la mesita del centro y coge la cartera, el móvil, un juego de llaves y lo reparte todo por los bolsillos de su pantalón.

—Bueno, yo me voy ya —dice caminando hacia nosotros—. Aquí os dejo. He quedado con los chicos para tomar algo. ¿Nos vemos en casa de Matt y Neal luego? —Se agacha para estar a la altura de su hermana e intercambian un beso en la mejilla.

—Sí. Allí nos vemos —le contesta ella.

Se aproxima a mí y volvemos a estrechar las manos a modo de despedida.

—Nos vemos, Will.

—Adiós. Ha sido un placer.

Unos segundos más tarde, Aiden cierra la puerta y el ruido que hace la madera blindada llena el piso. Nos hemos quedado solos. Solos, ella y yo en su casa, donde los recuerdos de las horas que pasamos juntos aquí dentro se apelmazan, reduciendo el tamaño de la estancia y haciendo que nos sintamos mucho más cerca.

Olivia empieza a moverse nerviosa. La veo mirar hacia todas partes menos a mí. Se mira las puntas del pelo, dirige la vista hacia la puerta entreabierta del baño y echa un breve vistazo a la mesa del comedor, que queda a mi espalda. Me muerdo los labios por dentro. Ella también se está acordando de aquella última noche...

Intento no reaccionar de ninguna manera, así que me concentro solo en ella. Está muy guapa. Lleva unos vaqueros oscuros y una americana beige ligeramente arremangada que le otorga su habitual toque informal pero elegante. Hoy lleva el pelo suelto y me doy cuenta de que está bastante más largo que el año pasado. Trago saliva con dificultad. Está muy *ella*, solo que más.

Me acuerdo de esa canción de Racoon que habla de un hombre que ha estado fuera durante mucho tiempo y que cada día ha echado un poco más de menos a su chica. Por supuesto, me siento identificado con la canción en general, pero la parte que en este momento resuena en mi cabeza es aquella en la que dice: «*te ves como antes, solo que más bonita*». Eso siento al mirar a Olivia ahora; está igual de guapa que siempre, solo que más. Sonrío por dentro porque no sabía que eso fuese posible.

—Así que has conocido a mi hermano... —comenta de pronto, trayéndome de vuelta al presente.

—Sí, parece un buen tipo.

—Sí, lo es. —Pone cara de disculpa—. Siento haber tardado.

—No pasa nada. Ya estás aquí.

Nos miramos a los ojos y sé que ambos pensamos lo mismo: sí, estamos aquí, los dos solos en el mismo espacio donde estuvimos juntos por última vez. Donde nos besamos por última vez. Donde nos tocamos por última vez. Donde la necesidad por el otro nos dolía en la piel...

Suelto un suspiro y me paso las manos por la tela de los vaqueros. Creo

que lo mejor es que salgamos de aquí para mantener las cosas en terreno neutral.

—¿Te parece bien si vamos bajo? —propongo.

—Sí, claro. Por mí perfecto. —Se acerca a la encimera para recuperar su móvil, lo echa dentro del bolso y salimos de aquí.

—¿Y hasta cuándo se queda Aiden?

Estamos sentados el uno frente al otro en una cafetería cercana a su casa. El trayecto hasta aquí ha sido algo incómodo, especialmente el momento en el ascensor y cuando hemos pasado por la puerta del mejicano; pero nada comparado con los momentos tensos que hemos vivido dentro de su piso.

—Llegó ayer en plan sorpresa, pero se va mañana. Tiene que volver a Miami. Ha venido por trabajo.

Me empieza a contar atropelladamente cómo fue el momento de su llegada hasta que el camarero nos interrumpe, preguntándonos qué vamos a tomar.

Yo pido una cerveza y Olivia cambia de opción por lo menos tres veces (un café descafeinado, una coca-cola, un té helado). Después de volver loco al chico durante unos minutos, al final se decide por una gaseosa con hielo y limón.

No retoma la conversación cuando volvemos a quedarnos solos. Dirige la mirada de sus uñas al techo y empieza a dar vueltas a la esfera de su reloj. Sonríe levemente. No puede ocultar cómo se siente.

—¿Te pongo nerviosa? —pregunto, tratando de encontrar un equilibrio entre mi tendencia a sacar mi vena canalla con ella y la necesidad de mantenerme correcto.

Olivia despega los ojos de su muñeca y los clava en los míos.

—¿A quién? ¿A mí? —finge estar sorprendida—. No, qué va.

Alzo las cejas con intención y al final ella se rinde y compone una pequeña sonrisa.

—Vale, sí. Un poco.

Yo le sonrío de vuelta.

—No quiero ponerte nerviosa —aseguro.

—Ya... Yo tampoco quiero, ¿sabes?

Me paso una mano por la frente y le confieso:

—Yo también estoy nervioso. Esto no deja de ser...

—¿Raro? ¿Incómodo? ¿Violento? —me interrumpe.

—Iba a decir delicado. —Sonrío—. Pero sí, lo que tú has dicho también.

Nos miramos en silencio durante varios minutos hasta que el camarero vuelve y deposita las bebidas sobre la mesa, haciendo chocar el vidrio contra el plástico de la mesa. Nos deja también un cuenco con frutos secos y se marcha tras asegurarse de que no queremos nada más.

Olivia y yo nos miramos de nuevo. No me gusta este silencio maligno entre nosotros y sé que a ella tampoco, así que intento encontrar un tema desprovisto de espinas que nos ayude a asentar un clima relajado.

—¿Te apetece contarme lo del viaje a Vancouver?

Sé que hablar sin parar de algo que conoce es un mecanismo que la hace sentir en control de la situación, y yo quiero que se sienta segura conmigo.

Olivia esboza una sonrisa en respuesta, satisfecha de que la deje hacer gala de su lengua sin filtro. Acto seguido empieza a ponerme al día de su vida laboral en el último año. La escucho atentamente, pero soy incapaz de no reaccionar con naturalidad cuando me cuenta que dejó su trabajo por cuenta propia hace unos meses.

—¿De verdad te fuiste? Me alegro muchísimo. De verdad. Yo... —Me paso la mano por la nuca. No sé bien cómo me siento ahora mismo. Estoy contento y triste al mismo tiempo. Contento porque encontrara las agallas para tomar esa decisión; triste porque no estuve ahí para verlo—. Me alegro de que decidieras tomar una decisión tan importante por ti misma y para ti misma. Y me alegro de que hayas encontrado lo que estabas buscando. En serio.

Olivia parpadea varias veces y da un trago a su bebida. Cuando vuelve a dejar el vaso sobre la mesa, se le dibuja la primera sonrisa sincera de verdad desde que la vi el domingo.

—Gracias, Will.

Termina de contarme por encima cómo es su nuevo trabajo y los motivos que han llevado a su empresa a trasladarla temporalmente a la sede de Vancouver. Después encuentra las palabras para preguntarme por mí:

—¿Y... qué tal es China?

Yo sonrío y le explico que Hong Kong no puede considerarse una ciudad china al uso. Le hablo de los rascacielos de más de cien plantas y de los templos que se esconden al doblar la esquina de una calle principal. Le hablo del choque cultural y de lo que me costó hacerme con la comida; de la cantidad de gente que hay, de que la falta de espacio es un problema que restringe el tamaño de las viviendas y oficinas, de que los andamios que emplean allí están hechos de bambú, y no de hierro o aluminio. Le cuento por fin que me reincorporo al trabajo la próxima semana y que he vuelto a Nueva

York para quedarme, aunque no me lo ha preguntado en ningún momento. Asiente con la cabeza ante esta revelación, pero no muestra ninguna reacción en particular.

En general, le hablo de un montón de cosas inconexas pero que espero que la ayuden a dibujar un boceto en la cabeza de la ciudad en la que he vivido durante el último año.

A continuación, me pregunta directamente por el proyecto que llevé allí a cabo y yo se lo cuento todo. La hago partícipe de que la transformación de la planta fue un éxito y que descubrí que estoy capacitado para adquirir más responsabilidades en lo referente a la coordinación y gestión de un equipo. Doy un largo trago a mi bebida. La verdad es que, tras hablar con ella durante la última media hora de asuntos que no están relacionados con nuestra situación sentimental, me siento bastante más relajado que al principio. El lenguaje corporal de Olivia me indica que ella también. Me gusta pensar que de alguna manera hemos dado con la fórmula para hablar tranquilos, como dos viejos conocidos que buscan ponerse al día. Sé que, a pesar de todo, en el fondo ambos nos alegramos de que al otro le haya ido bien.

—Por cómo hablas de tu trabajo allí, cualquiera diría que te han condecorado —comenta sonriendo.

Se me dibuja una sonrisa de medio lado. Me es imposible camuflar la sensación de triunfo y superación que me despierta este tema. He hecho muchísimas cosas mal en el último año, pero de esa parte estoy muy orgulloso. De mi desempeño laboral en Hong Kong es de lo único que no me arrepiento.

—En realidad me ofrecieron dirigir la planta —confieso.

Olivia abre mucho los ojos, reflejando su sorpresa.

—¿En serio? ¿Tú? ¿Director de tu propia planta? Dios, eso es... Eso es... En fin. Algo grande.

—Sí, sí que lo es.

Se me queda mirando fijamente unos segundos antes de preguntar:

—¿Y por qué no...? —Duda—. ¿Por qué no lo aceptaste?

La miro como si me estuviera costando entender esa pregunta. No sé si me está poniendo a prueba o si de verdad piensa que me hubiera quedado a vivir a trece mil kilómetros de aquí.

—¿Hubieras preferido que me quedara allí para siempre, comiendo aletas de tiburón y rezando a Buda cada mañana? —intento sonar gracioso, pero no lo consigo. Que hubiese preferido que me quedara en Hong Kong es una idea que me molesta.

Veo cómo se ensombrecen sus preciosos ojos color miel. Rebufo por dentro, arrepentido de no haber manejado mejor el comentario.

—No es eso... —murmura entrecortada—. Es que...

Olivia se calla. Vale. Ya está, Will. Ya la has cagado. Todo estaba yendo bien, pero estamos a punto de descarrilar.

Echo una breve mirada al pequeño establecimiento, donde apenas hay cuatro mesas más aparte de la nuestra. Se escucha una tenue música de fondo y el ruido metálico de las cucharillas al chocar contra los platos y tazas. La gente ríe y conversa a nuestro alrededor y el ambiente que se forma resulta agradable, pero a nosotros dos vuelve a envolvernos una atmósfera vibrante plagada de errores, resistencias y muchísimas preguntas.

Cuando vuelvo a mirar a Olivia, he tomado una determinación. Yo vengo con mis cartas preparadas de casa, y sé que este es uno de esos momentos decisivos en los que hay que enseñar el as guardado bajo la manga.

—No lo acepté porque tenía un motivo de peso para volver —sentencio, y lo digo mirándola directamente a los ojos, para que no hagan falta más palabras.

Olivia se revuelve incómoda en su asiento.

—Ya. Claro —contesta escéptica, escondiéndose tras esos muros que ha vuelto a levantar—. Espero que no estés hablando...

—Ya sabes de qué estoy hablando, Olivia —la corto—. Lo primero que hice nada más aterrizar es ir a buscarte. No hay que ser Sherlock Holmes para deducir por qué.

Me mira como si no se creyera lo que está oyendo. O como si no quisiera creerlo. Agacha la cabeza y hunde la mirada en el fondo de su vaso, ya vacío. Percibo cómo un montón de ideas flotan sin rumbo por su cerebro.

—Pues entonces lo de Vancouver no podría haber llegado en mejor momento, porque volver a verte es solo un paréntesis que me confunde más que otra cosa .

Retrocedo un poco en mi asiento. Joder, Olivia. Sus palabras me impactan directamente en la boca del estómago. Si lo que busca es hacerme daño, va por buen camino.

—Lo siento, no quería ser tan borde —se disculpa al ver que sus dardos han dado de pleno en la diana.

—Pero eso no quiere decir que no te sientas así. —Siento un nudo de angustia formándose en la garganta, pero me obligo a ignorarlo y a razonar que es normal que se ponga a la defensiva conmigo. Todavía no he tenido la

oportunidad de explicarme con el corazón en la mano. Suavizo un poco el gesto y continuó—: Me gustaría que pudiéramos hablar del tema.

—No hay nada de qué hablar —dice con un movimiento de cejas que acompaña a su áspero tono de voz.

—Sabes que eso no es verdad.

Suelta un soplido y se recoloca en su asiento.

—Vale, Will, tienes razón. Hay mucho de qué hablar, pero es que no quiero hacerlo. ¿Qué sentido tiene? Tú y yo formamos parte del pasado.

Cierro los ojos. Sus palabras me hacen daño de nuevo, pero esta vez hago caso omiso a mi lado conciliador.

—Eso no es cierto, Olivia. No lo creas ni por un segundo. Para mí no eres mi pasado, eres mi presente. Y quiero que seas mi futuro.

Abre los ojos, casi con horror. ¿Me he pasado? Se le endurece de nuevo la expresión, pero su mirada denota que se siente algo perdida. Mierda, sí. Me he pasado.

—No digas eso, por favor —dice y su voz vuelve a ser suave como siempre, aunque con un toque de tristeza que marchita por completo su expresión—. No es verdad.

—Para mí no hay más verdad que esa. —Me encojo de hombros—. He vuelto por ti, y esperaré todo el tiempo que haga falta hasta que me dejes acercarme. Quiero pensar que aún queda algo de esperanza. —Miro a nuestro alrededor—. Al fin y al cabo, aquí estamos, ¿no?

—No saques conclusiones precipitadas. Estoy aquí porque necesitaba darle un cierre a esta historia. La última vez que estuvimos juntos te fuiste sin despedirte siquiera. Es evidente que todavía quedaban cosas por decir.

Suspiro hondamente. No es la primera vez que saca a colación el hecho de que me fui de su casa en mitad de la noche sin decirle adiós. Bueno, le dije adiós, pero ella no lo sabe.

Me siento en la obligación de aclarar ya mismo esa parte.

—Olivia, ese día me porté como un gilipollas. —Me detengo para rectificar—. Bueno, fui gilipollas en general, pero me refiero al hecho de que me fuera de tu casa mientras tú aún dormías. Tienes todo el derecho a estar enfadada porque yo mismo sigo echándomelo en cara cada día. —La miro a los ojos y ella se cubre la boca discretamente con el dorso de la mano—. Estabas dormida entre mis brazos y lo único en lo que podía pensar era en que si abrías los ojos y me pedías que me quedara, no podría irme. Y no podía ser. Por el trabajo, pero también porque no estaba preparado. Tenías razón en

muchas cosas de las que me dijiste. Me asusté y me fui y de verdad que no sabes cuánto lo siento.

Permanece callada unos segundos sin dejar de observarme. Hace una especie de movimiento negativo con los ojos y noto desde mi asiento su actitud crispada.

—Esto —nos señala— es una locura, Will. Lo intentamos y no pudo ser. Te fuiste y ahora llegas cuando yo me voy a ir y...

—Lo sé, créeme que lo sé. Pero esperaré. Esperaré a que vuelvas de Vancouver y me concedas la oportunidad de empezar de cero —digo con excesiva firmeza.

Olivia me mira alucinada. ¿Demasiado directo?

—¿Empe...? No me lo puedo creer. Esto no está pasando.

Sí, demasiado directo.

—¿Quién te ha dicho que yo quiero empezar de cero? Lo que pasó entre nosotros casi me destroza —dice con dureza.

La miro, muy sorprendido de que haya dicho eso. Vuelve a costarme tragar saliva. Olivia intenta coger aire y tranquilizarse un poco. No debe de quedarle demasiada paciencia.

—Mira, Will, eres una persona con serios problemas para dejar entrar a la gente. Te asusta la intimidad, por eso huyes. Ya aprendí la lección. No quiero volver a pasar por eso.

No me asusta la intimidad, pienso. Lo que me asusta son las consecuencias desastrosas que pueden haber si pierdes a la persona con la que creas intimidad; pero me callo la observación porque ahora no es el momento de hablarlo.

—Siento haberte hecho daño, Olivia —digo en su lugar—. Si te consuela, yo también lo he pasado mal. Ha sido el peor año de mi vida.

—¿Cómo me va a consolar eso? —pregunta exasperada, alzando los brazos—. Que tú también hayas sufrido no ayuda a borrar el dolor que me causaste.

Clavo la mirada en la mesa. Sé que tiene razón. Yo podría haber ardidado en el mismísimo infierno, pero eso no la habría mantenido alejada de las llamas.

El silencio vuelve a instalarse entre nosotros. Aunque está perceptiblemente disgustada, no puede dejar de mirarme. Creo que en algún punto detecta la angustia que habita en mis ojos. Creo que es consciente de que sí, soy gilipollas, pero que sufro por ella de verdad. Y creo que ser consciente de ello la ablanda un poco.

Como el hombre egoísta que sé que soy, intento aprovecharme de la compasión que percibo en su rostro. Intento sacar provecho de mi propia debilidad para llegar a ella. No estoy orgulloso de hacerlo así, pero mucho me temo que ahora mismo es la única manera con la que voy a poder hacerla reaccionar.

—Dime que aún queda algo que pueda hacer —le suplico, y por alguna razón no me avergüenza mostrarme así de vulnerable—. Por favor, Olivia.

Espero que pueda ver en mis ojos que estoy siendo honesto. Repito que no me enorgullezco de tomar esta vía, pero no la estoy engañando. Me siento así de verdad. Estoy desesperado por que me vuelva a abrir las puertas de su vida.

—Te recuerdo que me voy de la ciudad en tres días —señala pasados unos minutos.

Suspiro con cierto alivio. No sé si ella es consciente de que esa respuesta no es un no rotundo, pero yo sí. Y pienso agarrarme a ello con uñas y dientes.

—Lo sé. Prométeme que lo pensarás. El tiempo que estés fuera.

—No voy a prometerte nada, Will. Y no tienes derecho a pedírmelo.

De nuevo, tiene toda la razón.

Soy consciente de que tendría que callarme lo que viene a continuación, pero es que no puedo. Siento que he perdido cierto control en lo que estoy diciendo. Son palabras que llevan abrasándome por dentro demasiado tiempo. Tiene que saberlo.

—Sé que tengo problemas para dejar entrar a la gente, pero lo que no sabes es que a ti te llevo dentro de mí. Desde hace mucho. Nada de lo que sentía por ti antes ha cambiado, Olivia. Al contrario; ha crecido un poquito más cada día, aunque hayamos estado lejos. No pararé hasta demostrarte que es así.

Cierra los ojos como si llevara piedras adheridas a los párpados. Permanece así unos segundos hasta que coge aire lentamente y exhala despacio, separando un poco los labios.

—Vale. No puedo seguir hablando de esto. —Abre los ojos y agarra el bolso que cuelga de su silla—. Me voy, tengo que ir a casa de Matt.

Mierda.

—Déjame acompañarte.

—No. Necesito estar sola. Por favor.

Se levanta y yo me levanto también, no sé bien por qué. Olivia se tensa porque cree que voy a intentar retenerla para que se quede.

—En serio, Will, no —dice interponiendo su brazo entre nosotros.

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que empezamos a atraer las miradas del resto de gente de la cafetería. El camarero nos mira de reojo y la chica que está en la caja registradora se detiene con unos cuantos billetes en la mano para observarnos mejor. Olivia lo nota también y se esfuerza por sonreír para tranquilizar al personal. Se acerca un poquito más a mí y baja la voz:

—No puedes llegar después de un año y comportarte como si fueras a ir a por todas. Esto no funciona en una sola dirección. Tú no decides cómo, cuándo y dónde. No puedes aparecer diciéndome que aún sientes algo por mí cuando fuiste el único culpable de nuestra separación. No puedes —recalca—. Demasiado me cuesta asimilar el hecho de que volvemos a estar en la misma ciudad, ni hablemos de lo que supone para mí que me digas esas cosas.

Estamos tan cerca que me arde la piel aunque no nos toquemos. Me pierdo en su rostro mientras trato de asimilar sus últimas palabras.

Al ver la confusión que empaña sus ojos me doy cuenta de que estoy siendo muy injusto con ella diciéndole todas estas cosas. Yo llevo semanas preparándome para esto; ella solo ha tenido tres días. Y aunque yo quiero serlo todo con ella, no quiero ser injusto. Si quiero abrir la veda para un futuro con Olivia, he de hacer las cosas bien desde el principio.

—Tienes razón. Lo siento. —Me froto los ojos—. Se me ha ido de las manos.

—Sí —dice ella, aún dolida.

—Perdóname —insisto—. Entiendo que necesites tiempo para asimilarlo todo. De verdad que sí, solo es que... Estás aquí delante después de tanto tiempo y hay tantas cosas que... —Me detengo con un suspiro—. Me cuesta controlarme, ¿sabes?

Ella suspira, como si de pronto estuviera exhausta.

—Sí. Sé lo que se siente cuando te acechan más emociones de las que crees que puedes gestionar.

Me mira, tratando de mantener ocultos los secretos que se esconden en su interior, y ya no sé si habla de mí, de nosotros, de algo más o de todo a la vez.

Exhalo lentamente.

—Prometo contenerme la próxima vez —le aseguro.

—Muy bien. Sé que sabrás conseguirlo. Siempre fuiste un chico muy listo.

Ese comentario me hace sonreír, porque sé que es su manera de normalizar las cosas y, sobre todo, porque está dejando entrever que sí que habrá una próxima vez. Pero no diré nada al respecto. Decido seguir su ejemplo y dejar las aguas tranquilas; dicen que una retirada a tiempo es una victoria.

—Venga, ve a casa de Matt. —Hago un gesto impreciso con la cabeza, como dándole mi beneplácito. Aunque no lo necesita, claro.

Olivia suspira aliviada y consulta la hora en su reloj de muñeca. Acto seguido hace el amago de buscar el monedero dentro del bolso para pagar su consumición.

—No, no. Yo me encargo. Por favor.

Me mira y cierra su bolso. Esto no lo va a discutir.

—Está bien. Gracias.

Le sonrío y le digo que no hay de qué. A continuación empieza a moverse nerviosa. Creo que no sabe cómo despedirse. La veo hacer el intento de alargar el brazo o de irse sin más vuelta de hoja, así que decido tomar yo la iniciativa y hacerlo fácil. Me acerco un poco más y le deposito un suave beso en la mejilla. Es corto, pero suficiente: ella se estremece y a mí se me dispara el pulso.

Vale, esto es de todo menos fácil; es su piel en mis labios y huele tan a ella que mi cuerpo entero reacciona. Noto un nudo de calor formándose en mi estómago y, a juzgar por su sonrisa tensa, a ella le pasa algo parecido.

—Adiós, William —dice cuando me separo, sin prácticamente mirarme a la cara.

Se da media vuelta en dirección a la puerta. Respiro hondo, sintiendo cómo mis pulmones se llenan de esa electricidad que desprendemos cuando estamos juntos.

S sonrío por dentro. Olivia, seguimos siendo tú y yo. Eso no podemos negarlo.

Me quedo de pie al lado de la mesa y la observo desaparecer de mi vista a través del grueso cristal de la cafetería. Permanezco de pie unos minutos hasta que me invade la inquietud de no saber, exactamente, en qué punto nos hemos quedado.

¿Seguirás aquí?

El corazón sigue golpeándome salvajemente dentro del pecho y me retumba en la garganta. Llevo así desde el domingo. Me resulta bastante molesto porque tengo la sensación constante de que estoy sufriendo un ataque de ansiedad, aunque sepa que no es así. Soy plenamente consciente de que todo está en mi cabeza.

—¿Dices que tenía la cara desencajada? —pregunta Matt divertido.

—Desencajada se queda corto —le contesta Aiden—. Creí que iba a darle algo.

Mis amigos se ríen sin parar. Les hace mucha gracia cómo relata mi hermano el momento en el que Will subió a mi casa y él abrió la puerta. Hace ya varias horas de eso. Supongo que a mí también me haría gracia si la conversación que hemos tenido Will y yo después en la cafetería no se reprodujera en bucle en mi cabeza.

—Pero, por Dios... ¡Si sois idénticos! —exclama Christina, dejando el vaso sobre el mantel de plástico que cubre la mesa.

Aiden se descojona.

—Me da a mí que cuando vio que no llevaba camiseta dejó de interesarse por cómo eran mis facciones.

—Aun así, ha visto fotos tuyas en casa de Liv. ¡Tendría que haberse dado cuenta!

—Creo que hasta veía borroso. En serio, tuve que hacer un gran esfuerzo por no reírme.

Esbozo una pequeña sonrisa desde mi asiento porque reconozco que la imagen tiene su punto cómico. Aunque si hubiera sido al revés, yo habría caído al suelo redonda seguro. Tendrían que haber llamado a un equipo de paramédicos para que procediese a la reanimación. Mejor no pensarlo. Voy a servirme más agua pero la jarra está vacía, así que me pongo en pie y me dirijo a la cocina a rellenarla.

La casa de Matt y Neal me gusta mucho. Es un piso de dos habitaciones muy cerca de la zona donde vivo yo, en Brooklyn. Está decorada según el estilo industrial, con ladrillos rojos a modo de paredes y ventanas negras de hierro. No solemos venir mucho por aquí porque la anfitriona por excelencia suele ser Claire, pero este piso también es grande y acogedor, por mucho que

lo habiten dos hombres solteros.

—Ay, Liv, de verdad... —dice Claire con carita de pena cuando vuelvo a sentarme en la mesa—. Pobre...

—¿Cómo que pobre? Se lo tiene merecido —rebate Matt.

—Ya, pero Claire tiene razón. No ha tenido que ser agradable para él encontrarse a un tío medio desnudo en casa de Olivia cuando había quedado con ella —señala Neal.

Claire, a su lado, le sonrío por su aportación y le aprieta el brazo con cariño. Neal le devuelve la sonrisa. Yo evito poner los ojos en blanco.

Tal vez haya llegado el momento de comentar que hace varios meses que Neal y Claire aclararon las cosas. No están juntos como pareja, pero son uña y carne. Lo hacen todo juntos y hablan más entre ellos que con cualquiera de nosotros.

A estas alturas, lo único que me sorprende más que la adoración con la que Neal trata a Claire, es el brillo que se ilumina en los ojos de ella cuando lo mira a él.

Esos dos se aman locamente. En serio, sé que no soy la única que se ha dado cuenta porque es demasiado obvio. Hasta Aiden, que los ve mucho menos, me lo comentó hace meses. No tiene sentido lo que hacen. Desconozco qué narices pasa por sus complicadas cabezas porque este tema está completamente vetado. Para ellos y para nosotros. Claire nos prohibió hace ya tiempo que preguntáramos nada más sobre el asunto, así que... eso. Que no tiene sentido.

—Ya, bueno, supongo que no —continúa Matt—. Pero no está de más que sufra un poco.

Todos se muestran más o menos de acuerdo con esa afirmación y enseguida cambiamos de tema para que cada uno cuente sus últimas novedades.

Aiden ha sido el rey en la reunión que ha tenido en la NYU de esta mañana. Claire y Neal irán a ver *Los Miserables* al teatro en diciembre. Christina sigue poniendo las cosas difíciles al doctor Encanto y Matt se ha acostado con una mujer que le saca quince años.

Yo me río, pero participo poco. Miro mi móvil con más frecuencia de lo habitual, aunque ni siquiera sé qué espero encontrarme cada vez que echo un vistazo a la pantalla de bloqueo.

—¿Qué pasa, Liv? Estás muy callada —advierde Claire cuando me toca hablar a mí y no doy señales de que vaya a iniciar alguna historia.

—Nada, hoy estoy pensativa. Solo eso —miento.

Por alguna razón, no me apetece hablar ni de Will ni de nada que esté mínimamente relacionado. Sé que empezarán a emitir juicios y opiniones y primero necesito aclararme yo en soledad.

—¿Ha pasado algo antes con Will? —pregunta Aiden preocupado.

Lo miro conteniendo una mueca irónica. ¿Además de que me haya dicho que soy la razón de que haya vuelto? ¿Que no soy su pasado, sino su presente, y que quiere que sea su futuro? ¿Que pretende que empecemos de cero? Aparte de eso, no, no ha pasado nada más. Voy servida, gracias.

No digo esto en voz alta, claro, porque podríamos pasarnos el resto de la noche descuartizando cada frase que ha dicho Will hasta que me explote la cabeza. Doy un buen trago de agua para deshacerme de esta molesta sensación que tengo de que mi lengua ha sido sustituida por un trozo de cartón.

Los miro a todos disimuladamente, que me miran a su vez sin entender mi actitud reservada. Suspiro. Para ser sinceros, yo tampoco termino de entenderme.

Dios, ¿qué me pasa? Son mis amigos y mi hermano, las personas a las que les he confiado todo siempre. ¿Cómo es posible que no les haya contado a tiempo real la conversación que acabo de tener con Will en la cafetería?

—¿Liv? —Christina ladea la cabeza y me clava los ojos de esa manera tan suya.

Suspiro de nuevo y me dispongo a hacer una especie de resumen de lo que ha pasado esta tarde. Les comento solo la idea general: que Will espera que con el tiempo podamos retomar el contacto porque, supuestamente, aún le importo. Me callo las frases más peliagudas que ha dicho, que han sido muchas, así que al final acabo relatándoles una versión sosa del encuentro que no se terminan de tragar. Pero, gracias al cosmos, nadie insiste. Todos aquí me conocen y saben que si no he dado ya una conferencia al respecto, es porque realmente no me siento con fuerzas de remover el tema.

Cada uno recibe mi aportación a su manera y retoman con naturalidad la conversación que manteníamos antes. Yo expulso el aire con alivio y entre más risas y comentarios, terminamos la velada.

Mis últimos días en Nueva York transcurren a un ritmo indeterminado; a veces rápido y otras lento.

Ya han pasado varios días desde el domingo, el día que volvió Will, y aún dudo si todo ha ocurrido de verdad o si estoy sufriendo un brote psicótico y he roto por completo con la realidad.

Pienso en él cada minuto de cada día desde que lo vi en The New. Me siento como si hubiera retrocedido a esos meses de agonía tras su marcha, en los que a duras penas conseguía liberar mi mente de él durante más de un minuto entero. No dejo de preguntarme si en realidad nunca conseguí expulsarlo de dentro, sino que lo enterré bajo un millón de capas que con su vuelta él se ha encargado de deshacer.

Me sigue pareciendo increíble todo lo que me dijo el miércoles en la cafetería. Temo por su salud mental, aunque también por la mía. No sé qué pensar. No sé si realmente está arrepentido, si se siente culpable o si se ha montado una película alternativa en la que todo puede acabar bien, a pesar de sus errores.

Después de la cena en casa de los chicos, los he ido poniendo al día. Una vez me di cuenta de que lo más probable era que no me aclarase de aquí al próximo lustro, decidí que no perdía nada por comentar las novedades con ellos. El primero fue Aiden. Lo hablamos de camino al aeropuerto y él simplemente me aconsejó que me diera tiempo para asimilarlo todo y valorar si de verdad creo que merece la pena dejar que se me acerque de nuevo. No nos juzgó ni a Will por intentarlo, ni a mí por planteármelo, lo cual supuso un gran alivio.

Entre mis amigos hay diferencias de opiniones. Matt opina que debo hacerme la dura para comprobar si cuando Will se vea en la obligación de arrastrarse, sigue dándose las de caballero afligido. Neal y Christina me piden calma y reflexión. Ambos defienden que todos merecemos una segunda oportunidad, pero que solo tiene sentido concederla si se tienen las cosas claras de verdad; por el momento, no es en absoluto mi caso. Y Claire... bueno, creo que Claire no es objetiva en estos temas. Es una romántica empedernida para el resto de la humanidad, pero juega a los amigos del alma con su alma gemela, lo cual es estúpido. Así que no sé cómo tomarme su visión peliculera de los hechos. Para ella, Will es el prototipo de hombre atormentado al que le cuesta abrirse al amor. Según su punto de vista, tras un año de sufrimiento lejos de casa, Will por fin se ha dado cuenta de que tiene que luchar por mí y va a dejarse hasta su último aliento en ello. Y da igual cuánto intentes razonar con ella: de ahí no la sacas.

En fin. En eso podrían resumirse los dos últimos días. Ahora mismo estamos en el mejicano de bajo de mi casa. Mi avión sale mañana al medio día y esta es mi cena de despedida. No hemos hablado de Will en toda la noche ni de ningún otro tema que requiera que tome más tequila del necesario.

Mis amigos han pedido comida para un arsenal, pero al final hemos acabado con todo. Christina ha pensado que esta noche sería un buen momento para que los camareros nos dediquen el numerito musical a ritmo de ukelele que nos llevan prometiendo meses, por ser sus clientes estrella. Nos han cantado un par de rancheras y, en la efusividad del momento, lo que quedaba del margarita de Neal ha quedado desparramado entre la falda de mi vestido y su pantalón.

Tras limpiar el estropicio, Matt me ha obligado a dar un discurso de despedida y Claire se ha emocionado mientras yo les decía, entre risas y palabras arrastradas, que los echaría de menos. Ha sido tierno pero divertido; todos estamos algo achispados y se nota.

Después de un brindis final y más chupitos de tequila con el consabido ritual del limón y la sal, pagamos la cuenta.

En la calle hace más fresquito que antes. No voy muy abrigada, así que agradezco para mis adentros estar cerca de casa. Salimos riéndonos a carcajadas por una historia que nos ha contado Matt acerca de un compañero suyo y un problemilla de... velocidad.

—Yo creo que es el mayor miedo de una mujer cuando está soltera, ¿no? Que el próximo chico con el que se acueste sea eyaculador precoz —digo con la seriedad de quien trata un tema de relevancia gubernamental.

Mis amigos se ríen y detenemos nuestros pasos a escasos metros de la puerta del mejicano.

—Creo que es incluso peor que la disfunción eréctil —continúo diciendo—. Si no funciona, no funciona. Pero que te hagan creer que sí y que luego la cosa...

—Liv... —me corta Claire de pronto, con los ojos a punto de salirse de las órbitas.

Pongo los ojos en blanco. A veces no entiendo que se ponga en plan puritana con nosotros.

—¿Qué? Es verdad. El objetivo del sexo es tener un orgasmo y si él acaba demasiado pronto, es una putada. Imagínate que estás entregada al momento y entonces...

—Liv, en serio, deberías...

—Ay, de verdad, no seas tímida, Claire. A todas nos aterra que nuestro próximo ligue no dé la talla. Yo me moriría si me pasase. Es normal que busquemos disfrutar al máx...

—¡Olivia! ¡Calla!

¿Pero qué...? Me doy la vuelta para ver qué narices está mirando con esa cara de espanto y me doy de bruces con un pecho masculino. Se me encienden todas las alertas internas. Reconozco su olor antes de haberle visto la cara. Es Will, por supuesto.

Tardo unos segundos de más en alzar la vista para mirarlo y cuando lo hago, su sonrisa me fulmina por completo. El alcohol me baja de la cabeza al estómago de golpe y siento que me mareo. ¡Dios! ¿Pero por qué? ¿Por qué? ¿Es que ya no voy a poder vivir tranquila en esta ciudad?

Creo que empiezo a ver un poco borroso. Me maldigo a mí misma por tener tan mala suerte. Will me sujeta con suavidad por los hombros para que no pierda el equilibrio; debe de haber percibido que me tiemblan las piernas cual cervatillo que está aprendiendo a caminar. ¿Por qué me pasa esto? ¿Y por qué está tan guapo?

Por la expresión divertida que viste su rostro, deduzco que ha escuchado mi opinión acerca de la importancia de alcanzar el orgasmo y la preocupación que me suscita el sexo con una persona nueva. Magnífico. «Eres tan oportuna, Olivia...».

Recordar mis palabras de hace un momento provoca que mi mente se quede en blanco y que mi filtro mental se colapse. No sé ni cómo consigo articular palabra, pero desgraciadamente lo hago.

—Eyacular —balbuceo, a modo de saludo.

Ay, Dios, no. No, no, no. Olivia, no. Mierda.

—Quería decir hola. —Carraspeo—. Hola, Will.

Se muerde el labio inferior para no sonreír más de lo que ya lo hace. Qué maldito.

—Buenas noches, Olivia.

Intenta sonar serio, pero, dado que su pecho vibra por las carcajadas que está conteniendo, no queda creíble.

Hago un esfuerzo sobrehumano por salir de la típica neblina mental que se adueña de la percepción humana tras unas copas. Mientras trato de centrarme, Will se pone a saludar a mis amigos.

Abro mucho los ojos para enfocar bien las reacciones de todos: Matt le pone cara de pocos amigos, Neal se muestra amable, Christina le dedica una mirada cómplice y Claire le sonríe con los ojitos brillantes, como si acabase de encontrarse con alguien a quien admira profundamente. Pongo los ojos en blanco. Me parece que ha visto demasiadas veces *Oficial y Caballero*...

La situación no resulta demasiado tensa, gracias a Dios. Solo intercambian

unas cuantas palabras de cortesía y ahí queda todo. Tras ello, mis amigos retroceden sabiamente unos pasos para dejarnos intimidad. O lo que es lo mismo: para que no los escuchemos reírse de mi metedura de pata. Aunque se los oye igual. La discreción no es su fuerte.

Una vez solos, respiro hondo para tranquilizarme un poco y me esfuerzo por controlar mi voz y que suene firme y clara.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—No lo sé muy bien.

Alzo las cejas y me limito a observarlo muy fijamente. Aunque parece que la impresión ha disminuido mi nivel de embriaguez, sigo un poco lenta en lo que a procesos cognitivos se refiere. Nada tiene sentido en mi cabeza. Se me ocurren un montón de cosas que expliquen por qué está aquí, y la mayoría ni siquiera son factibles.

—¿Me estás siguiendo? —pregunto indignada—. Porque te juro que...

—No, no. Ha sido una corazonada —explica rápidamente—. Supuse que hoy cenaríais aquí.

—Pero...

—Solo quiero unos minutos de tu tiempo, Olivia. Por favor.

Madre mía, este chico no se entera de nada... Da igual que no me haya mostrado muy receptiva a tener contacto con él. Aquí está. Y está muy guapo. Y la verdad que me desarma el hecho de que venga a buscarme sin saber si lo recibiría, que me conozca lo suficiente como para saber dónde elegiría pasar mi última noche en la ciudad y que sonría de esta nueva manera un tanto tímida, que no llega a perder su punto pícaro de siempre.

A todo esto hay que añadir que es su primer viernes en Nueva York después de un año, y que en vez de quedar con sus amigos, como sería lo lógico, ha decidido plantarse aquí para mendigarme unos minutos. Resoplo por dentro. Esto es demasiado para mis marchitadas defensas.

«Maldito seas, William Hannigan. Cómo te gusta ponérmelo difícil».

—Primero tengo que despedirme de mis amigos —digo, dejando escapar un suspiro—. En privado, si no te importa.

—No, no. Claro. —Me sonrío de nuevo y se hace a un lado para que pase hasta donde están ellos.

Para cuando llego donde están Matt, Neal, Claire y Christina, empiezo a ser consciente de que he accedido a hablar con él. Todos han dejado de reírse. Me miran preocupados al darse cuenta de que Will sigue parado a unos metros de nosotros, esperándome.

Neal es el primero en hablar, con una sombra de cautela brillando en sus ojos castaños:

—¿Qué crees que pretende?

—No lo sé.

—Igual deberías escucharlo. Tal vez solo quiera despedirse.

—Liv... Esto puede ser una cagada monumental —expone Matt—. ¿Eres consciente?

—Chicos, me voy mañana. Nada de lo que me diga cambiará eso. —Echo un vistazo hacia donde está, mirando en dirección opuesta a nuestra ubicación para darnos privacidad—. Puede que no sea buena idea, pero algo me dice que debo escucharlo por si... No sé.

—Si quieres hablar con él, habla, Liv. No te justifiques. Eso sí, recuerda tener clara tu postura en todo momento. —Christina me sonrío—. Escucha lo que tenga que decirte, pero sigue siendo fiel a lo que piensas tú.

Asiento, mientras trato de empaparme de sus consejos. Son los últimos consejos que me darán en persona hasta dentro de un tiempo. Sonrío con cierto aire melancólico porque sé que es el momento de la despedida. Tres meses me parecen de repente una eternidad.

Entre abrazos, alguna broma y palabras de ánimo, nos despedimos. Mis amigos se encargan de dejar su huella personal impresa en la despedida. Durante los entrañables minutos que paso diciéndoles adiós en la puerta de nuestro restaurante mejicano, olvido por completo que Will está a escasos metros de distancia. Pero una vez se marchan y dirijo mis pasos hacia él, se me remueve todo por dentro.

—¿Qué estás haciendo aquí? De verdad —le pregunto al llegar a su lado.

—¿Necesito una razón para haber venido? Solo quería verte.

—Sí, Will. Sí la necesitas.

Asiente.

—No podía quitarme de la cabeza nuestra conversación del otro día. No me gustó cómo te fuiste. Y no quería que fuera nuestra última conversación hasta dentro de tres meses.

Exhalo lentamente y lo miro mientras calibro sus palabras. La verdad que no quiero decirle que se vaya, pero, ¿cuáles son mis opciones? Aquí en la calle no quiero hablar. Tengo frío. Tampoco quiero que vayamos a un bar; seguro que acabo cediendo a la tentación de beber algo, y esto ya tiene suficiente pinta de desastre de por sí sin que yo añada más alcohol al asunto.

Mi piso es la única opción medio aceptable, aunque resulte violento. Pero

creo que prefiero la seguridad de mi casa al ambiente que podamos encontrarnos en cualquier pub de esta zona.

—Está bien —cedo—. Subamos a mi casa.

Will alza las cejas sorprendido, pero se recompone enseguida y no comenta nada sobre la elección de sitio. Creo que es consciente de que tras esa invitación no hay segundas intenciones por mi parte.

Caminamos unos pocos metros sin hablar apenas y cuando entramos en mi portal, pasamos los dos dentro del ascensor casi sin mirarnos. Mi pulso se vuelve loco nada más poner un pie dentro del reducido espacio, que para colmo de males, tiene una bombilla fundida que nadie se ha molestado en cambiar en días. No estamos a oscuras, pero la iluminación es demasiado suave. Mis sentidos se agudizan al instante. Creo que hasta soy capaz de escuchar el oxígeno rodeándonos.

—¿Margarita? —pregunta Will cuando se cierran las puertas de aluminio.

Al principio no entiendo lo que dice. Lo miro frunciendo el ceño y él señala con un movimiento de cejas la falda de mi vestido negro, donde la mancha del margarita de Neal que hemos desparramado durante la cena ya se ha secado.

Le explico brevemente lo ocurrido mientras examino el rodal que ha quedado de recordatorio.

—Bueno, al menos no vas de blanco. —Y su sonrisa es tan, tan canalla cuando lo dice...

Claro. ¿Cómo no he caído en esto antes? Noto un escalofrío de pies a cabeza. La primera vez que Will subió a mi casa, la primera vez que nos acostamos, entramos en este ascensor los dos juntos y mi blusa blanca estaba empapada, dejando perfectamente claro cómo era mi ropa interior. Trago saliva, aún algo aturdida por los restos de alcohol que circulan por mi organismo. Malditas sean las casualidades. Esta escena tiene demasiados elementos comunes con aquel día.

A mi cabeza acuden de pronto *flashes* de él y yo besándonos sin respirar dentro de este mismo ascensor. Siento en la lengua los primeros besos que me dio dentro de mi casa; sabían a limón porque acababa de lamer la piel de mis pechos cubierta de granizado. Recuerdo cada uno de los estremecimientos que recorrieron mi cuerpo, su mirada embelesada al moverse dentro de mí y la complicidad que envolvió aquel encuentro, y todos los que vinieron después.

Vaya por Dios... Aprieto los muslos sin poder evitarlo, pero no levanto la vista. Me ha excitado recordar ese episodio. Si lo miro y él me está mirando

también, me delataré seguro. Trago saliva y pido a todos los cielos que no se haya dado cuenta de que mi respiración ha cambiado.

Tensión sexual: 1 - Olivia: 0.

Will me dedica una sonrisa de medio lado cuando salimos del ascensor, que habla por sí sola. Bien. Creo que sabe perfectamente en qué he estado pensando estos segundos eternos que ha durado la subida al quinto piso.

Nada más entrar en mi casa, enciendo las luces. Me arrepiento de inmediato porque está hecha un desastre. Hay maletas por todas partes y varios *post-it* pegados por los muebles que me recuerdan todo lo que tengo que coger antes de irme.

Will echa un vistazo a su alrededor, estudiándolo todo. Me perturba tenerlo aquí, con su mirada analítica y su pose elegante, en sintonía con la situación. Eso es algo que siempre me ha gustado de él: la honestidad que destila que hace que los demás percibamos si está o no donde quiere estar. Eso, y lo difícil que le resulta no mostrar su maldita sonrisa (la versión ladeada, como ahora, o aquella otra que enseña su dentadura perfecta).

Rebufo por dentro. Me parece que me vendría bien algo de tiempo a solas para tranquilizarme.

—Voy a... —Hago un gesto señalando mi ropa.

Él asiente y yergue su postura.

—Sí, claro.

Entro en mi habitación y cierro la puerta con un golpe suave. Apoyo la espalda en la madera, mientras trato de dosificar el aire que hago pasar a mi interior.

Cuando noto que mis pulsaciones vuelven a un ritmo normal, me quito rauda y veloz el vestido y lo dejo tal cual a los pies de mi cama. A continuación abro mi armario para seleccionar qué ponerme, pero claro, está casi vacío. La mayoría de mi ropa está guardada en las maletas, y con lo que me ha costado cerrarlas no voy a ponerme a buscar ahora el modelito adecuado. Tendré que conformarme con lo poco que no he empacado.

Descuelgo un viejo vestido morado con escote de barco que uso para estar por casa. No es muy bonito y apenas le queda color después de tantos lavados, pero la otra opción disponible es la camiseta con la que voy a dormir esta noche, que no tiene un pantalón asignado. Así que este vestido es mi mejor baza, aunque solo me cubra hasta mitad de los muslos.

Al salir al comedor de nuevo, veo que Will sigue quieto en el mismo lugar que estaba. Nos sonreímos comedidamente y no me pasa inadvertida la mirada

que me dedica. Carraspea con disimulo. Sus ojos corretean por todo mi cuerpo, entreteniéndose especialmente en mis piernas. Detecto un brillo sospechoso en su mirada. Un brillo que conozco muy bien... Lo veo tragar saliva con fuerza y desviar rápidamente la mirada hacia su bolsillo para sacar su móvil. Empieza a toquetearlo nervioso y yo me río por dentro. Bien, no soy la única.

Tensión sexual: 2 - Olivia: 0 - Will: 0 también.

—Siéntate si quieres —le digo mientras paso por su lado.

Voy a la cocina y me lleno un vaso de agua con hielo. Sigo fiel a esa absurda teoría mía de que beber agua diluirá el alcohol en el momento. Le ofrezco un vaso a Will, que acepta con un «vale» escueto. Preparo las bebidas para los dos y después tomo asiento a su lado.

Esto es muy surrealista. ¿De verdad está pasando? ¿Cómo me he visto en la situación de tener a Will en el sofá de mi casa, mirándome fijamente, mientras nos preparamos para tener una conversación sobre...? ¿Sobre qué? Ni lo sé.

—Empieza a hablar —digo con nerviosismo—. Dime por qué estás aquí.

Él toma un largo trago de agua antes de contestar.

—No hay más razones que las que te he dicho abajo, te lo juro. Después de nuestra conversación del otro día, nos quedamos en un punto demasiado abstracto. Y en estos momentos creo que lo único bueno que podemos hacer el uno por el otro es tener una mínima idea de a qué atenernos.

Doy un trago al agua fría y dejo el vaso en la mesita del centro. Sé que para él eso de saber qué esperar de alguien, y qué espera ese alguien de él, es algo importante. Will siempre ha sido una de esas personas que se caracterizan por ser claras en ese sentido. Recuerdo vagamente una conversación con George en la que me dijo algo al respecto, cuando Will y yo ni siquiera estábamos juntos.

Sé que él es así, y por mucho que me resista aceptarlo, ahora mismo tiene toda la razón en lo que dice. Yo no fui nada clara con él. Le dije que no tenía derecho a esperar nada de mí, pero tampoco le dije claramente que no lo hiciera. Will es consciente de que dejé una rendija abierta, y hará lo que sea por desentrañar qué significa. Aunque ni yo misma lo sepa.

—No he pensado en lo que me dijiste. No he tomado ninguna decisión de nada.

—No he venido buscando ninguna respuesta. —Se rasca la nuca y, tras unos segundos, se decide a llevar nuestro encuentro de otra manera—. ¿Lo has

pasado bien en la cena?

—Sí, muy bien. —Sonríó al recordar la noche de hoy, que a estas alturas ya me parece que ocurrió en otra vida—. Han convencido a los camareros para que nos tocaran el ukelele. Hemos tomado chupitos de tequila. Me han obligado a dar un discurso de despedida. —Niego con la cabeza, medio riendo—. Ha estado genial.

Will esboza una sonrisa divertida.

—Me lo puedo imaginar.

Me mira sin decir nada hasta que se decanta por otra pregunta sencilla:

—¿Lo tienes ya todo preparado?

—Sí, salvo las cosas que utilizaré hasta antes de irme.

—¿Estás nerviosa por el viaje?

—Un poco. Me gusta pensar que soy valiente, pero la verdad es que estoy cagada de miedo. No sé si encajaré en la oficina o si habrá buen ambiente o si... No sé. —Me encojo de hombros—. Supongo que son las dudas normales.

Se inclina hacia delante apoyándose en las rodillas y ladea la cabeza para seguir mirándome a los ojos. Estamos sentados uno al lado de otro a una distancia prudencial, pero para mí esto sigue siendo demasiado cerca, por mucho que no nos toquemos. Al fin y al cabo, estamos respirando el mismo aire.

—Te va a ir bien, Olivia. Estoy seguro. Los primeros días serán raros. Echarás de menos tu casa, a tus amigos y todo lo que tenga que ver con tu vida aquí. Pero saldrás adelante, créeme. Con el paso del tiempo todo será más fácil y estarás satisfecha de comprobar que has sabido hacer frente a los cambios.

Le sonrío sin poder evitarlo y le doy las gracias por sus palabras. Me retiro un mechón de pelo de la cara mientras lo hago. Creo que está hablando de él mismo y de su experiencia en Hong Kong. Está intentado hacerme ver que si él pudo sobrevivir allí, yo podré hacerlo sin ningún problema en Vancouver.

Tras unos minutos más de miraditas silenciosas, me pide que le cuente el momento exacto en el que decidí que dejaría mi antiguo trabajo. Parece que está buscando temas de conversación que no tengan que ver directamente con nuestra relación y que nos permitan ganar en comodidad. Quiere saber las circunstancias que me llevaron a plantearme en serio el cambio de empresa y cómo manejé el asunto.

Mi lengua sin filtro se acuerda de él y de lo mucho que nos gustaba hablar

de la vida, así que se hace cargo de la situación en un abrir y cerrar de ojos.

Le cuento todo, con pelos y señales. Le hablo de mis constantes decepciones. De la presión para que continuase formándome en la línea que a ellos les interesaba, sin tener en cuenta mis aspiraciones. Le relato la reunión en la que decidí plantar cara al que era mi jefe y, al hacerlo, me parece detectar un destello de orgullo en los ojos azules de Will. Pero no comenta nada y yo tampoco indago. Después le hablo de mi búsqueda loca de empleo, dando un rodeo para no mencionar nada referente al accidente de mi madre, que tuvo lugar en esa misma época.

Más adelante, Will también me cuenta cosas de su vida en Hong Kong. Se centra especialmente en detalles que me comentó por encima el miércoles, referentes a su trabajo y al impacto cultural que le supuso instalarse allí. Trato de ponerme en su piel mientras me explica lo mal que lo pasó hasta adaptarse al tipo de comida, al ritmo de vida y a muchas costumbres que allí están normalizadas, pero que aquí suenan a otro planeta.

—Hasta entonces, todo lo que yo sabía de la cultura china era que me encantan los tallarines tres delicias, por mucho que abusar de ellos me provoque ardor de estómago.

Me río por su comentario y sigue hablando. Yo permanezco calladita mientras lo escucho hablar. De vez en cuando parpadeo con fuerza porque me parece increíble estar compartiendo espacio y tiempo con él. Me embebo del sonido de su voz, que sigue teniendo esa tonada dulce pero masculina que tanto me gusta. Me pierdo en la naturalidad de sus gestos, en la vibración de su garganta, en los movimientos de sus manos para enfatizar algunas ideas. Es demasiado familiar y demasiado inalcanzable al mismo tiempo. Es una sensación muy diferente a todo lo que he sentido estando con él hasta la fecha, pero por alguna razón, no deseo que acabe.

Will ha logrado que me relaje en su compañía. Que conecte con la Olivia que él mismo despertó; que conecte con él de nuevo. Aquello que nos hacía únicos y especiales late con fuerza en este salón, aunque no hablemos de ello. Miro disimuladamente el reloj y me doy cuenta de que llevamos más de una hora hablando en el sofá. Me apetece hacer un comentario al respecto en voz alta, pero finalmente no lo hago. No quiero estropearlo.

Seguimos con lo nuestro: le hablo del viaje a Miami de este verano y él de un curso de cantonés para principiantes, en el que solo estuvo unos meses. Todo lo que nos contamos sigue una trayectoria sencilla. Sin pretensiones. No buscamos ponernos al día, solo nos comportamos como dos personas que

deciden contarse cosas acerca de cómo ha sido su vida en los últimos doce meses.

Nos reímos en algunos puntos de nuestros respectivos discursos. Siempre hemos tenido cierta facilidad para hacernos reír y estar así me traslada momentáneamente al día que lo conocí, cuando me acompañó a por el regalo de Claire y yo tuve un intercambio de opiniones con la dependienta. Trato de tener la mente abierta, como aquella tarde. He de convencerme de que nuestra situación actual es como una especie de lámina en blanco, en la que no hay nada escrito ni un pasado en el que recrearse. Me gusta esa sensación, aunque en el fondo sepa que es falsa. Me ayuda a seguir dejándome llevar con calma mientras hablamos.

Me río a carcajadas cuando me cuenta una anécdota ridícula que le pasó en Hong Kong (más digna de mí que de él, para ser sinceros). Tiene como protagonistas a Will y la Central Escalator, las escaleras mecánicas cubiertas más largas del mundo. Por lo que cuenta, son unas escaleras que cubren ochocientos metros de altura en desnivel. A cierta hora del día invierten la trayectoria, convirtiéndose en escaleras de bajada en vez de subida. Hacen un par de cambios diarios y Will desconocía su funcionamiento, hasta que un día lo aprendió a la fuerza al verse atrapado por no poder ir en la dirección deseada.

Tras minutos riéndome de su historia, decido parar y serenarme. Me fijo enseguida en que Will luce una expresión extraña. Subo las piernas al sofá para estar más cómoda e intento averiguar qué pasa:

—¿Will? ¿A qué viene esa cara?

Sonríe enigmáticamente.

—No, a nada en especial.

No, ¿eh?

—De los dos, yo no soy la única que miente fatal, ¿sabes?

Se ríe y, al hacerlo, se agita la parte alta de su pecho. Sonrío. Me gusta lo que su risa produce en mí. Me gusta incluso más si sé que soy yo la que la provoca. Me fascina esa capacidad que tiene de hacerme sentir la mujer más interesante, sexi y divertida sobre la faz de la tierra. Siempre ha sido así, desde el primer momento. Dios, había olvidado esta sensación.

—Estaba pensando... —Will apoya el codo en el respaldo del sofá, girando su cuerpo hacia mí.

—¿Si? —lo animo.

—¿Estás segura de que quieres que lo diga?

Me muerdo la lengua instintivamente. Será maldito... Ahora no estoy nada segura, pero... ¿Es que tiene que sonreír así por alguna razón? Lo hace a propósito. Seguro.

—Venga, dílo ya —digo con resignación, a sabiendas de que probablemente me estaré arrepintiéndome en unos segundos.

—¿Segura?

—Venga, Will.

Él asiente.

—Estaba pensando en lo mucho que me gusta tu risa —dice con suavidad—. La tenía guardada en algún rincón de mi cerebro.

Madre mía. Eso es... bonito. Tanto que hace que la voz se me congele en la garganta. Mis ojos se abren hasta que me tira la frente. ¿Por qué ha tenido que decir eso? ¿Por qué? ¿Y por qué su mirada brilla más ahora? ¿Y por qué noto que se me ha parado el corazón ante ese comentario?

Aunque no me veo, imagino que mi cara estará invadida por una mueca sin forma. Sé que ahora mismo es imposible reflejar todo que siento.

—Perdona, pero has sido tú la que ha insistido —dice Will, aunque no creo que sea una disculpa sincera.

Me levanto del sofá para cerrar del todo la ventana. Siento que mi cuerpo está a punto de ponerse a tiritar a causa de unos múltiples escalofríos salidos de la nada.

—Ya, ya. Lo sé.

Me siento de nuevo mientras él me observa. El aire se ha vuelto denso y está cargado de electricidad. Empiezo a ser hiperconsciente de cada movimiento, sonido y respiración que ocurre en el salón. Me agobian las palpitations que siento en la garganta.

—Me resulta imposible no sentir ciertas cosas —explica en voz baja—. Y si insistes, no soy capaz de callármelas.

Suelto un suspiro y me echo hacia atrás sobre el respaldo, cubriéndome la cara con las manos. Esta no es, desde luego, la imagen de una chica que siente indiferencia ante una situación. Malditos Will y su facilidad pasmosa para hacerme temblar por dentro.

Inevitablemente, surgen sus palabras del otro día dentro de mi cabeza: «lo que no sabes es que te llevo dentro de mí. Desde hace mucho. Nada de lo que sentía por ti antes ha cambiado, Olivia. Al contrario; ha crecido un poquito más cada día, aunque hayamos estado lejos».

Respiro hondo. Pensar en eso me enreda más todavía.

Cuando destapo mis ojos, veo que Will me está mirando. Está muy cerca. Me incorporo lentamente y al hacerlo nuestras cabezas quedan a escasos centímetros la una de la otra. El calor de su cercanía me temple por dentro y achicharra lo que queda de mi vena sensata. Desde aquí puedo olerlo con tanta claridad que detecto que ahora usa un gel de ducha diferente, aunque la piel de su cuello desprende el mismo aroma de siempre. Todas las sensaciones que tengo asociadas a su cercanía se me acumulan en el pecho y durante unos horribles segundos temo ser incapaz de reprimir un sollozo frustrado.

Will sonrío con una calidez que se me mete en los huesos. No sé si esto lo está torturando o si está dándole vida. Su expresión es imposible de descifrar.

Creo que estoy perdiendo la capacidad de razonar, si no, no me explico cómo fracaso en contener el impulso de acercarme a él.

Con sumo cuidado, me decido a alzar el brazo derecho hasta llevar los dedos a la altura de su cara. Lo hago a cámara lenta, porque es increíble ver cómo la expresión de Will va asimilando cada uno de mis movimientos. Poso la yema de mis dedos en la piel suave de sus mejillas recién afeitadas. No puedo creerme que esté haciendo esto. Juro que me arden los dedos.

Will cierra los ojos como si no pudiera soportar mi contacto, pero el suspiro de alivio que deja escapar dice otra cosa. Lo miro hipnotizada, siguiendo el lento recorrido de su nuez de Adán mientras hace pasar la saliva. Cuando vuelve a abrirlos, sus ojos se oscurecen y me miran con intensidad, pero con un toque de cautela que espero estar reflejando yo también. Siento el calor de su mirada resbalar por todo mi cuerpo.

Sin necesidad de pedir permiso, Will enreda sus dedos en mi pelo. Lo hace cuidadosamente, dejando serpentear los mechones entre el dedo anular y el corazón. Me sonrío con reserva y yo parpadeo despacio. Parecemos dos niños asustados.

Nerviosa, me humedezco el labio inferior provocando que su mirada se pose en mi boca. Mi mirada vuela a la suya. Trago saliva. Quiero besarlo. Siento un cosquilleo en los labios porque necesito hacerlo.

Es oficial: ya he dejado de pensar. Me acerco más a él hasta que se tocan nuestras frentes. Ahora es obvio que los dos estamos pensando en lo mismo.

«Olivia, en serio, tienes que dejar de beber ahora que él está en la ciudad. Mira lo que estás provocando».

Busco culpar al alcohol por fundir los filtros de mi cordura, pero en el fondo sé que no es por eso. Will desprende un fuerte magnetismo que me empuja a él. La conexión entre los dos sigue siendo demasiado intensa como

para poder ignorarla cuando bajamos la guardia. Sé que ambos queremos seguir adelante. Lo deseamos. No es lujuria, es... otra cosa. Es anhelo y necesidad y mil cosas más en las que no debería estar pensando. Sé que él también está excitado. Su respiración se ha descompasado ligeramente y veo el pulso latir con fuerza en su garganta.

Will esboza una media sonrisa y se acerca con elegancia hasta que su nariz roza la mía. Cuando siento nuestros alientos confundiendo, ya tengo claro que es un error. Pero también tengo claro que no voy a detenerme. Deslizamos los labios entre los del otro, atrapándolos en una delicada caricia. Siento la electricidad sacudiendo mi cuerpo al instante. No nos movemos casi, pero el simple roce es suficiente para entrecortarme la respiración.

Will se retira y yo reprimo un grito de frustración al sentir que se aleja. Enseguida me doy cuenta de que no lo hace porque quiera tomar distancia; simplemente busca verme mejor. Se hunde en mis ojos y yo hago lo mismo, pestañeando con lentitud. Nos miramos como si no nos creyéramos lo que acaba de pasar, pero no nos atrevemos a pronunciar palabra. Estoy confundida. Pienso que lo mejor sería hacer algún comentario de esos míos y fingir que esto no ha pasado, pero entonces Will acuna mi cara con su mano derecha y se inclina hacia delante. Encaja nuestras bocas de nuevo y me besa una vez, y otra, y otra, y yo siento que podría morirme ahora mismo, que no pasaría nada.

Gimo cuando su lengua sale al encuentro de la mía y la acaricia como si fuera de cristal. Parece que tenga miedo de hacer algún movimiento brusco por si acaso me desintegro. Me toca la mejilla y baja sus dedos para sentir también mis clavículas y mi cuello. Lo hace con tanta dulzura que se me eriza cada milímetro de la piel. Me estremezco por dentro. Aquí está: Will, yo, la chispa.

Me aturden todas estas sensaciones. Me abrumba lo mucho que deseo seguir adelante, aunque una voz en mi interior me grita que me detenga. Me quema cada centímetro de piel que toca y el resto de mí vibra aclamando su contacto. Pero sé que no debo continuar. «No, Olivia, no. No puedes hacer esto. Este chico no es cualquiera. Es Will. Will se fue. Estuvo a punto de destrozarte. Tienes que parar antes de que ninguno podáis hacerlo».

Me recreo en el sabor de nuestro beso unos segundos más y me obligo a detenerme. Me odio a mí misma por ello, pero sé que es lo mejor. Esto va a hacerme daño.

A Will se le escapa un gruñido cuando me separo y yo tardeo unos segundos

en poder abrir los ojos.

—Will, creo que...

Hablo entrecortadamente. Me falta el aire. Cualquiera diría que vengo de correr la maratón.

—Sí, lo sé. Deberíamos parar o... Deberíamos parar.

Suelta un suspiro que me pone los pelos de punta. Se echa para atrás en el asiento y eleva por encima de la cabeza ambos brazos. Su camiseta se levanta ligeramente y yo no puedo evitar dedicarle una miradita a esa zona. Me muerdo el labio al ver su entrepierna abultada. No es buena idea fijarme demasiado en ello, así que desplazo la vista a la piel que se muestra ante mis ojos hasta que... Un momento. ¿Qué es eso que se intuye por encima del hueso de su cadera? ¿Es un tatuaje? Hago un esfuerzo por verlo mejor, pero solo distingo parte de los trazos de tinta que saludan por encima de la cinturilla de sus calzoncillos. Parecen parte de una letra china. Vaya. Eso es nuevo. ¿Qué significará? Valoro preguntárselo pero creo que estaría totalmente fuera de lugar hacerlo, dada la situación, así que me muerdo la lengua.

Will exhala una última vez antes de inclinarse hacia delante. Me mira rápidamente y dice:

—Será mejor que me vaya a casa.

Sí. Será lo mejor. Asiento y me pongo en pie. Él hace lo mismo. No puedo explicar por qué me entristece que se vaya, pero así es. No me entiendo. Mi cabeza es un caos total.

Caminamos los pocos pasos que nos separan de la puerta hasta pararnos frente a la madera blindada. Sé que me toca hablar a mí.

—Lo siento —le digo, bajando un poco la vista.

Él retrae levemente las cejas.

—¿Por qué lo sientes?

—Siento haberme dejado llevar. Ha sido culpa mía.

Se ríe moderadamente y se agacha un poco para mirarme mejor a los ojos.

—Ni se te ocurra disculparte por eso. ¿Crees que yo no quería besarte?

Parpadeo.

—No es eso, Will. Es que no está bien que lo haya hecho. Para mí, que nos hayamos besado no cambia nada entre nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que no significa que vaya a pensar en nada de lo que hablamos el otro día.

—Vale. ¿Y por qué ha ocurrido, según tú?

—Pues porque yo estoy un poco nerviosa, tú estabas ahí, en mi sofá, y yo... Evidentemente aún hay atracción entre nosotros. Lo que quiero decir es que aún me gustas, independientemente de lo que haya pasado.

«Bien. Vas bien, Olivia. Caos. Contradicciones internas. Disonancias por doquier. Bravo. Estarás dejándoselo todo clarísimo».

—Comprendo —dice él, al cabo de unos segundos.

—No quiero que confundamos las cosas, y menos ahora. Lo siento si te he dado una impresión equivocada. Yo... Este no es el camino que quiero tomar.

Will me observa en silencio y me da la impresión de que intenta leerme la mente. Por un momento, incluso temo que lo haga.

—No te preocupes. No llegué a pensar... —se calla. Sacude la cabeza y encaja los hombros—. Bueno, sea como sea, no me arrepiento.

—¿Podemos hacer como que no ha pasado? Por favor.

Exhala.

—Está bien. No sacaré el tema si tú no quieres.

—Te lo agradecería. No estoy orgullosa de...

—Oye, Olivia. Tranquila. En serio. —Me sonrío, pero me apena comprobar que la sonrisa no se refleja en sus ojos—. Creo que puedo lidiar con ello. Lo hemos parado a tiempo. Solo ha sido un beso.

¿Cómo que solo ha sido un beso? ¿Está loco? Solo un beso... Su boca, mi boca. Nuestros alientos mezclándose. Mi piel de gallina y mi pulso enloquecido solo por notar su calor deslizándose por mi piel. Su evidente erección que, por cierto, aún no se ha bajado del todo, y sus ojos brillantes alterándome la respiración. Sí, claro, Will. Solo un beso.

—No pasa nada —insiste—. No le des más vueltas, ¿vale? Estamos bien.

—¿Estamos bien? —Arrugo la nariz—. ¿Bien de qué?

—De esto que estamos haciendo.

Se me escapa un suspiro sonoro. Creo que no lo entiende. No estamos haciendo nada, ¿no?

—Está claro que no pienso con claridad si estás tan cerca. Mira lo que acaba de pasar —murmuro, hablando más conmigo misma que con él—. En realidad, es bueno que me vaya. Me vendrá bien volver a tener mi espacio.

No necesito espacio porque me agobie. Es otro tipo de espacio. Necesito construirme una protección sólida y a su lado es imposible porque él funde cada uno de mis intentos con su intensidad. Esta noche ha sido la prueba de fuego y me he quemado viva. No quiero eso para mí misma.

—Está bien. Mira, olvida si quieres los últimos diez minutos y

quedémonos con que hemos conseguido hablar como personas normales durante una hora y media, ¿vale? Simplemente nos hemos dejado llevar. Es preferible que nos quedemos con ese recuerdo durante los meses que vamos a estar sin vernos.

Lo miro ladeando la cabeza, sin entender.

—Los tres meses que vas a estar en Vancouver —aclara—. Cuando vuelvas, seguiré aquí, Olivia. Por mucho que respete que no tengas las cosas claras, por mucho que no vaya a intentar convencerte de nada, eso no va a cambiar. Voy a estar aquí cuando vuelvas. Te estaré esperando.

Me quedo muda. Muda. Él se fue en su día, pero ahora que soy yo la que se marcha, va a estar esperándome. Me cuesta muchísimo entender el razonamiento que sigue en su cabeza. No comprendo los motivos que lo llevan a decir estas cosas.

Will coge aire y decide no alargar más este extraño momento en la puerta de mi casa. Menos mal, porque yo no soy capaz de moverme ahora mismo, ni hablemos de tomar una decisión lógica.

Pasa la mano cerca de mi cuerpo para empuñar la manivela. Oigo el *clic* de la puerta y me hago a un lado para dejarle abrir. Me sonrío con ternura mientras se sitúa en el rellano, al otro lado del umbral.

—Que tengas mucha suerte en Vancouver. Espero que todo te vaya bien.

Da un paso adelante hasta pegarse a mí de nuevo. Alzo la cara para mirarlo y me entran ganas de gritarle que olvide todo lo que acabo de decir y que vuelva a besarme como en el sofá, pero no, no lo hago. Aún queda algo de cordura ahí dentro.

Will suelta el aliento y deposita un suave beso en mi frente. Es corto, pero tan dulce que tengo que cerrar los ojos para no perder el equilibrio.

—Adiós —susurra y se da media vuelta.

Cierro la puerta antes de cambiar de opinión y perseguirlo como una loca por el pasillo de mi planta. Estoy fatal. «Tranquilízate un poco, Olivia, que se supone que eres una persona coherente».

Arrastrando los pies, me las apañó para llegar al sofá y me dejo caer sobre él.

Hacía muchísimo tiempo que no sentía tantas cosas dentro. ¿Cómo voy a poder apaciguarme a mí misma? Siento que voy a explotar.

Me llevo la mano al pecho, donde mi corazón late descontrolado por completo. Juro que retumba tanto que me duelen las costillas. Madre mía, Will, ¿pero qué me haces? No conseguí comprenderlo en su día y no sé si

podré hacerlo cuando vuelva a verlo dentro de tres meses.

Recapacito un instante sobre esas últimas palabras que ha dicho antes de despedirse. Tengo la corazonada de que hablaba en serio. No lo decía por decirlo. Algo me dice que sí, que estará. Que Will seguirá aquí cuando regrese.

6

¿Estaré ahí para ti?

Creí que después de haber pasado un año viviendo en Hong Kong cualquier nueva situación me parecería fácil. Al fin y al cabo, durante doce meses aprendí a vivir bajo los estándares de una cultura diferente y fui el máximo responsable de un proyecto que al principio desconocía, y al que acabé convirtiendo en mío.

Desgraciadamente, las expectativas que tracé en mi cabeza no iban por buen camino. Sí, había superado obstáculos que ni siquiera pensé que podrían aparecer en mi vida, pero me equivocaba al pensar que por ello había adquirido un arma secreta que me facilitaría enfrentarme a cualquier otro reto de ahí en adelante.

Retomar mi vida en Nueva York no ha sido sencillo. Por un lado, está la situación con Olivia, pero de eso hablaré más adelante. De cualquier manera, ella no entra en la categoría de aquellas cosas que consideraba haber aprendido a manejar. Creo que eso ya ha quedado claro.

Ya han pasado tres meses desde que volví. Es mucho tiempo. O poco, según se mire. Han sido meses complicados; de reencuentros y encontronazos. De redescubrir mi sitio, aunque en ocasiones haya estado a un paso de volver a perderme.

Cuando llegué, todo era igual, aunque de una manera distinta. La ciudad lucía como de costumbre, mi casa era la de siempre, mi gente no había cambiado y tenía el mismo trabajo, pero yo era tan diferente en tantas cosas, que no sé cómo no contemplé antes que volver a acomodarme aquí sería algo más que un proceso rutinario.

Mi error fue pensar que la persona que volvía a aquella vida era la misma que se fue, así que puede decirse que fallé por completo en el planteamiento.

No se trataba de un periodo de adaptación a algo nuevo ni tampoco era volver a lo antiguo; era reintegrar lo conocido en el esquema que había impreso en mí la evolución del último año. Era comprender que las experiencias que vamos viviendo renombran conceptos, llenan espacios y suprimen aquello que ya no nos sirve. Aunque me costó entenderlo, aprendí que aquello no iba de readaptarme o de hallarme de nuevo, sino de reinventarme en el mismo lugar; algo mucho más complicado.

La faceta de mi vida que se vio más afectada fue el trabajo. Al principio,

allí yo era una especie de héroe. Un héroe inconsciente, dicho sea de paso, pues nadie entendía que hubiese rechazado la oferta de dirigir la planta de Hong Kong.

Pasados aquellos días iniciales en los que fui la atracción principal de la oficina, todo volvió más o menos a la normalidad que yo recordaba de mis rutinas allí.

Lo más delicado fue aceptar la vuelta a la dinámica de las decisiones unilaterales, de las que yo no formo parte en este lugar. Tras un año gestionando mi propio equipo, volver a ser un simple trabajador que acata el criterio de otros no fue fácil. Nunca he tenido problemas con obedecer la voluntad de aquellos que están por encima de mí, pero hay que tener en cuenta que hasta entonces no conocía lo que hay al otro lado del liderazgo. Ni siquiera había dedicado mucho tiempo a pensar en todo lo que conlleva ser jefe más allá de mandar. Y yo tenía una manera muy diferente a la de mi supervisor a la hora de tratar a mis subordinados.

No he llegado a tener problemas reales en la oficina, pero he tenido que salir a la calle a coger aire en más de una ocasión. Meter al Will que ha sido jefe en un espacio donde no tiene demasiada voz se ha hecho duro en algunos momentos, pero afortunadamente, no todo lo que he vivido a mi vuelta ha sido difícil. Hay otros aspectos de mi vida que compensan con creces todos los momentos de tensión.

He vuelto a la vida familiar. A las comidas en sitios pijos con mi madre y Ed, a mis escapadas a Providence de fin de semana, a los planes con Larry, Colin y Cassie. A las reuniones de trabajo con personas que son amigos. He vuelto a mi piso de cincuenta y cinco metros cuadrados, a un salón que por sí solo es casi más grande que el piso donde he vivido un año entero en Hong Kong. Vuelvo a tener armarios con capacidad de albergar toda mi ropa y todas mis cosas están ahora al alcance de mi mano. Nunca he sentido apego por lo material, pero hasta que no pasas una buena temporada durmiendo fuera de tu habitación, creo que no entiendes bien eso de «se está mejor en casa que en ningún sitio».

En resumidas cuentas, no han sido unos meses del todo malos. He acumulado muchos más recuerdos que merezca la pena conservar que en el último año, y he vuelto a sentir el calor de un hogar, así que solo por eso debo dar las gracias.

Ahora volvamos a Olivia. A mi entender, nosotros también éramos un concepto que necesitaba volver a definirse. Había que identificar los patrones

mediante los cuales cabía esperar que nos relacionáramos a partir de ahora. No era cuestión ni de conocernos de nuevo ni de anclarnos en el pasado, sino de tener en cuenta quiénes fuimos para diseñar quiénes queremos ser a partir de ahora.

A lo largo de estos meses, he dado muchas vueltas a qué estrategia me conviene seguir con ella. No quería atosigarla, pero no soportaba la idea de que me sintiera lejos. Quería darle el espacio que sé que necesitaba para calibrarlo todo, pero que al mismo tiempo tuviera claro que no pasa un solo día sin que piense en ella. Para mí, que Olivia tenga presente que no he cambiado de opinión acerca de lo que le dije antes de marcharse, es vital para que todo tenga la oportunidad de fluir llegado el momento.

Pero, ¿cómo hacerlo? ¿Cómo encontrar el equilibrio entre una cosa y la otra?

El primer mensaje que me animé a mandarle fue una noche de domingo. De nuevo, el cambio de hora jugaba su papel en nuestro día a día: para mí eran las doce de la noche, para ella solo las nueve. Era el final de su primera semana en Canadá y la excusa que empleé fue saber cómo le había ido esa primera toma de contacto con la ciudad. Su respuesta fue corta y concisa y pasaron varios días hasta que me decidí a mandarle el siguiente. La dinámica no fue diferente aquella vez, pero el simple hecho de que me contestara para mí ya era una victoria. Si no hubiera querido mantener contacto, me lo habría dicho sin más. Estoy seguro.

Estuvimos casi dos meses comunicándonos de esta manera, como si hubiéramos retrocedido a la época de los telegramas. Al principio, yo preguntaba, ella contestaba. Me contaba que todo le iba bien, se interesaba por cómo estaba yo, pero nunca hacía amago de ir más allá.

Yo dejaba pasar un tiempo variable entre el día que me decidía mandarle un mensaje y el siguiente. A veces dejaba pasar más de una semana, a veces pocos días, a veces ninguno. Ella nunca me escribía por propia iniciativa.

Con el tiempo, empecé a dejar caer sutilmente información sobre cosas que me acontecían. Tonterías, como hablarle de que el fin de semana lo había pasado haciendo de canguro de mi sobrino o que mi televisión se rompió y tuve que comprar una nueva. Nimiedades, la verdad, pero no sé qué fue lo que dije, que poco después de esa variación por mi parte se produjo un cambio en ella. Empezó a preguntarme cosas, buscando darme conversación. Pasó de *<Yo todo bien. ¿Qué tal el trabajo?>* a *<¿Cómo ha ido el día?>*, *<¿Se te hace raro volver a trabajar con la misma gente?>*, *<¿Notas diferente la ciudad?>*

>. Eran preguntas aparentemente sencillas, pero eran la antesala de conversaciones mucho más largas que las que habíamos estado teniendo.

Así hemos pasado el último mes: hablando por mensajes. Se ha convertido en parte de mi rutina, aunque no hablemos todos los días.

Ahora que el contacto vuelve a ser una variable más o menos constante en nuestra «relación», solo queda esperar a su regreso. Al menos, he conseguido pavimentar una especie de camino de vuelta a ella.

Podría decirse que en estas estamos ahora, aunque aún queda mucho por hacer. ***

23 de diciembre de 2014.

Hoy parece ser un día como otro cualquiera, pero no lo es. Es una mañana de finales de diciembre y los termómetros marcan temperaturas próximas a cero. El cielo está cubierto de nubes y el sol se filtra a través de ellas, empapándolo todo de una suave luz grisácea.

Hace un rato que he aparcado mi coche a pocos metros de la calle donde me hallo ahora. Desde mi ubicación puedo ver la fachada verde de una cafetería a la que no tardaré mucho en entrar, porque si sigo aquí fuera, lo más probable es que en un rato empiece a formarse escarcha en mi gorro gris de lana.

Saco el móvil del bolsillo de mi abrigo y trato de desbloquearlo, pero el inventor de las pantallas táctiles no debió de pensar en la gente que usa guantes en invierno, porque no responde ante el tejido.

Echo un vistazo a mi alrededor y decido entrar directamente en el establecimiento; al fin y al cabo, vayan las cosas como vayan, necesitaré comer algo.

En el interior, veo a un chico de unos veintipocos situado detrás de la amplia barra de madera que queda a mano derecha. Me hace un gesto con la cabeza mientras seca una bandeja y yo le devuelvo el saludo. Alzo brevemente la mirada hacia la televisión que tiene puesto el canal internacional de noticias y continúo avanzando por las baldosas que cubren el suelo. Aparte de mí, en la cafetería solo hay una pareja en la barra devorando un desayuno completo y dos chicas sentadas en una de las mesitas haciendo el test de una revista de moda. Me fijo en la decoración navideña que cubre cada rincón, dotando al local de un aspecto aún más cálido y familiar.

Me voy deshaciendo del gorro y los guantes hasta que escojo mi propia mesa, prácticamente al fondo. Me sitúo detrás de la silla, de cara a la puerta, y dejo mi abrigo sobre el respaldo.

Suspiro al acomodarme frente a la mesa. Estoy bastante nervioso. Me paso las manos por el pelo con el fin de evitar que luzca aplastado después de haberme quitado el gorro. Empiezo a coger aire a un ritmo tranquilo, rezando para que eso sea suficiente para recuperar el control de mis emociones. Resulta absurdo que después de haber permanecido en el pasado un año entero sin ver a Olivia, la perspectiva de encontrarme con ella tras solo tres meses de separación me ponga de esta manera.

Cojo el móvil y ante ese gesto, el camarero desiste de acercarse a mi mesa a tomarme nota. A continuación, pulso el icono del telefonito verde de mi móvil y voy bajando con el dedo índice hasta dar con el nombre de Olivia. Con dedos temblorosos, coloco el teléfono en mi oreja y me dispongo a escuchar la sucesión de pitidos.

Al sonar el quinto, empiezo a temer que no vaya a contestarme. Llevamos tanto tiempo sin hablar por teléfono que prefiero no hacer la cuenta.

—¿Will? —La voz de Olivia suena extrañada cuando por fin contesta, pero experimento una llamarada de calor en mi vientre solo por escucharla pronunciar mi nombre.

—Estoy en el Café Elysian. En la calle Washington.

—¿La calle qué? —Hace una pausa significativa—. Un momento, ¿estás en Nueva Jersey?

—Sí. Localidad de Hoboken, para ser exactos. Acabo de llegar. Había pensado en pedir desayuno para dos. ¿Te apetecería acompañarme?

—Pero... —Olivia se calla y el sonido de sus exhalaciones se cuela por mis oídos a través de la línea telefónica. Pasan cinco segundos de silencio. Diez. Quince. Hasta que al final dice—: Está bien. Dame veinte minutos.

De alguna manera se las apaña para llegar solo en diez. Y de alguna manera, yo me las apaño para poder seguir respirando cuando la veo entrar y noto que me busca con la mirada acelerada.

Mis labios dibujan una sonrisa por cuenta propia. Olivia. Aquí está. Su cercanía espira una ráfaga de alivio que consigue descongestionar mi pecho de una sensación que no sabía que lo oprimía. Es como si todo mi cuerpo reaccionara ante su sola presencia. Es algo primario, inmediato e inevitable; es superior a mí.

El corazón empieza a latirme más fuerte cuando me encuentra. Me mira como si no pudiera creerse todavía que haya venido hasta aquí, y creo que está esforzándose por tapar las ganas que tiene de echarse a reír. Mi sonrisa se intensifica. Está tan guapa y tan ella, que tengo que contenerme al máximo para

no correr hasta donde está y abrazarla hasta fundir mi cuerpo con el suyo.

Mientras se acerca, pienso que esta es la primera vez que la veo cubierta con tanta ropa desde que la conozco. Lleva la cabeza enfundada en un gorro, un abrigo de paño gris humo que le cubre hasta las rodillas, botas, guantes, bufanda y un bolso enorme colgando de su hombro, como de costumbre.

Detiene sus pasos al llegar frente a mí y ladea la cabeza sin decir nada. Se hunde en mis ojos, traspasándome como siempre y hablándome a través de ellos. Han pasado tres meses, pero creo que daría igual que solo hubieran pasado tres horas; la electricidad que desprendemos cuando estamos juntos es demasiado intensa como para fingir que no existe. Estoy seguro al cien por cien de que ella también la nota.

Doy un paso más para verla mejor. La distancia a la que estamos ahora me permitiría contar cada una de sus pestañas si me esforzase. Paso las manos por la tela de mis pantalones y busco algo que decir que me permita volver a tomar conciencia con el momento presente:

—Qué poco has tardado —digo, sabedor de que ella es capaz de llegar tarde a una cita en su propio apartamento.

—Mi padre iba a salir de casa y me ha acercado. —Le quita importancia a ese hecho con un gesto de la mano—. Will, no... no entiendo. ¿Qué haces aquí?

—Pasaba por el barrio.

Ahora sí, sonreímos los dos. Decido actuar con la mayor naturalidad posible. Me acerco un poco más y me inclino hasta dejar un beso en su frente cubierta por el gorro de lana blanca. Huele a ella, a esta ciudad y al café que probablemente acabe de tomarse. Me separo de inmediato y doy un paso atrás. Me cuesta, pero no me atrevo a tocarla mucho por si acaso luego no quiero soltarla. No es a eso a lo que he venido, me recuerdo.

Le sonrío de nuevo, encajo los hombros y en voz baja le digo:

—Feliz cumpleaños, Olivia.

Respira hondo y a continuación suelta el aire despacio. Las comisuras de sus labios se elevan lentamente y cuando me mira a los ojos de nuevo, su expresión se ha dulcificado.

—Gracias —susurra.

La miro risueño y le hago un gesto para que se siente en mi mesa. Se quita la ropa de abrigo, la deja como puede en la silla y después la recoloca para sentarse frente a mí. La veo tocarse el pelo nerviosa unos segundos antes de empezar a hurgar por sus bolsillos en busca de un coiletero.

Mientras observo su ritual de cambio de peinado, se acerca el camarero. Yo acabo de pedir, pero le he dicho que esperase a traerme el pedido hasta que mi acompañante llegara. El chico y ella se conocen, deduzco, porque se saludan con familiaridad. Supongo que es el encanto de una ciudad pequeña como Hoboken: todo el mundo acaba conociendo a todo el mundo.

Cuando volvemos a quedarnos solos, me percató de que Olivia está llevando a cabo un escudriño visual de mi persona con muy poco disimulo. La miro divertido y me decido a tantear el terreno.

—¿Por qué me miras así?

Se aparta una pelusa de la manga del jersey y tamborilea las uñas sobre la mesa, tomándose su tiempo para contestar.

—Es que estás... diferente. Bueno, diferente no. Estás más tú. Parece que has vuelto a tu peso de antes.

Sonríó. Tiene razón. He aumentado cinco kilos en los últimos tres meses.

—Estar de nuevo en casa tiene ese efecto.

Hace algo parecido a un asentimiento y vuelve a quedarse pensativa. Me preocupa cuando se calla, porque me hace pensar que está incómoda. No necesariamente conmigo, sino con la situación. Ni siquiera cuando éramos desconocidos dejábamos de llenar los silencios con nuestras risas y confesiones.

—¿A qué has venido, Will? —pregunta por fin.

—Es tu cumpleaños. Me apetecía verte. —Le sonrío con sinceridad—. Esta mañana he hecho la maleta para irme a Providence, fui a por mi coche y pensé... ¿Por qué no desviarme y aprovechar para que Olivia me cuente su aventura canadiense?

—Bueno, tampoco estás del todo desinformado, ¿no? —dice burlona, haciendo alusión al hecho de que últimamente hablamos con relativa frecuencia.

—Ya, pero me gusta la adrenalina del directo. Oírte hablar sin parar y esas cosas.

—¿Y esas cosas?

«Verte. Olerte. Sentir que estás cerca. Esas cosas», pienso. Pero mi nueva estrategia es callarme este tipo de observaciones, así que cambio de tema en el mismo momento en el que el camarero deja lo que hemos pedido frente a nosotros.

Pasamos un buen rato hablando mientras devoramos el desayuno. Le explico mi periodo de re-adaptación en mi trabajo y ella me habla con

entusiasmo de los proyectos que ha llevado a cabo en Vancouver. Como siempre, me quedo tonto escuchándola hablar. Siempre me ha fascinado la manera que tiene de explicarse; es una de las muchas cosas que adoro de ella. Me cuenta que llegó ayer al medio día y que fue directamente a casa de sus padres, por lo que aún no ha vuelto a Nueva York desde hace tres meses.

La cafetería se llena con el sonido de nuestras voces. La gente entra y sale del establecimiento cada pocos minutos y nosotros seguimos sentados en la mesa del fondo hablando relajados, riendo de vez en cuando. Sin tensiones. Sin hacer alusión a ninguno de los motivos por los que a ambos nos late el corazón más deprisa cuando nos miramos a los ojos. El ambiente es distendido y las palabras fluyen libremente y sin resistencias. En ocasiones, incluso me parece vislumbrar ecos de aquella mágica complicidad que nos caracterizaba en su día.

—Me alegro de haber venido —le digo cuando ya nos hemos acabado el contenido de nuestros platos y más de la mitad del zumo.

Olivia sonrío, apartando la mirada durante medio segundo.

—Aún no puedo creerme que estés en Hoboken.

—Yo no me puedo creer que no hubiera estado nunca en la ciudad donde creciste. Tiene algo familiar, como si la conociese de siempre.

—Es raro tenerte aquí, pero parece que encajas. En cierto modo, hasta tiene su encanto. Aunque no te lo creas mucho, ¿eh? A todo el mundo le gustan las sorpresas de cumpleaños.

Sacudo levemente la cabeza, sonriendo por su comentario. Sé que una frase así en boca de Olivia es lo más parecido a un cumplido que voy a obtener por el momento.

—Pues tengo una sorpresa más.

Ella se asombra por mi declaración y compone una expresión traviesa. La miro, sonriendo pero algo indeciso. Aún no sé cómo proceder con este tema, así que hago un comentario tonto para ganar tiempo que consigue hacerla reír.

Justo en ese momento, un chico que hay sentado en la barra se gira hacia nosotros. No está demasiado cerca, pero sí lo suficiente como para que haya escuchado la risa de Olivia con claridad. Veo cómo entrecierra los ojos y cambia de postura para observarnos mejor. Ella no se ha dado cuenta de nada porque está de espaldas a él y yo no quiero mirarlo mucho para no dar la imagen de tío celoso que no soporta que otros miren a su chica.

Trato de centrarme de nuevo en la situación que tenemos entre manos en la mesa, pero me resulta imposible cuando el desconocido se levanta y noto que

empieza a andar hacia nosotros.

Camina despacio, con cierto aire cauto en el movimiento de sus piernas. Tiene el pelo corto y castaño y probablemente alcance el metro noventa de estatura. Se detiene junto a nuestra mesa apenas dos segundos después. Me mira a los ojos como si intentase adivinar algo. Yo me tenso, sintiendo que un mal presentimiento se me atasca irremediablemente en la garganta.

—¿Olivia? —murmura el desconocido poniendo una mano sobre su hombro.

Ella se gira, sonriendo aún por mi comentario de antes, pero cuando mira al chico a la cara todo rastro de diversión desaparece de su rostro. Se transforma al instante, perdiendo la naturalidad de su postura. Abre mucho los ojos hasta que las cejas pierden su forma habitual. Se tambalea levemente.

—Elliot.

La piel de su cuello se tiñe de escarlata. Se ha sofocado. Traslada su mirada del chico a mí y algo me dice que la situación le resulta incómoda y perturbadora. Observo cómo se obliga a dibujar una sonrisa, pero sé que no es auténtica. Hay que ser ciego para no detectar la diferencia.

Olivia se levanta para saludarle y siento un puñetazo en la boca del estómago cuando se pone de puntillas para abrazarlo y él la entierra entre sus brazos. Esto es claramente un reencuentro, y la evidencia de que entre ellos dos hay historia, me golpea con fuerza.

Los miro desde mi asiento, tratando de no reaccionar de ninguna manera. Doy un sorbo a mi zumo de naranja y saco el móvil, fingiendo que reviso algo. Deslizo el dedo sobre la superficie de cristal para desbloquearlo. Miro las notificaciones. Cambio la iluminación de la pantalla. Actualizo la aplicación del correo. Intento mantenerme ocupado, pero aun así los vigilo de reojo.

Están cerca. Se tocan. Bastante. Sobre todo él, que ha aprovechado el abrazo para pegarla a su cuerpo y olerle el pelo.

—Felicidades —le dice cuando se separan. Retrocede un poco para poder verla mejor—. ¿Has recibido las flores?

—Eh... Sí. Son preciosas.

¿Flores? ¿Flores? Olivia no es una chica de flores. Me lo dijo en nuestra tercera cita. Igual este tío solo es un aspirante.

—¿Y has leído la tarjeta? —pregunta de nuevo, en un tono más bajo y cargado de significado.

Olivia traga con dificultad. Se siente incómoda. Vale. Puede que el tal Elliot sea algo más que un aspirante. Se respira tensión real entre ellos.

—Sí.

El chico me echa una mirada tan breve como elocuente, que no nos pasa desapercibida ni a mí ni a la chica objeto de la atención de ambos. Se frota los ojos con las manos y sonrío con incredulidad.

—La verdad que no esperaba verte hoy, Olivia. Ha sido una sorpresa inesperada. ¿Qué planes tienes para el resto del día?

Ha vuelto a llamarla Olivia. Me sienta como una patada en los huevos que la llame así y no Liv, ni Livvy, como la mayoría.

Sé que en este tiempo he perdido todos mis derechos en lo referente a ella; cosas difíciles de recuperar, como su cariño, su confianza o su cercanía. Pero por alguna razón, el haber perdido también el privilegio que para mí siempre supuso el ser de las pocas personas de su círculo de allegados que la llama por su nombre completo, me duele especialmente.

Siento algo retorciéndome los intestinos, aunque sé que no tengo derecho a ponerme celoso. He de mantener la perspectiva de cómo funcionan las cosas. Yo me fui. Es normal que ella siguiera adelante con su vida. No soy la única persona en el mundo que se ha dado cuenta de lo especial que es Olivia. Me repatea. Siento náuseas solo de imaginarlo, pero es algo con lo que ya contaba. No puedo hacer nada por cambiarlo; únicamente debo enfocarme en lo que pase a partir de ahora.

Elliot continúa mirándola como si estuviera hechizado. Va cambiando el peso de su cuerpo de una pierna a la otra cada pocos segundos. Le pone nervioso la presencia de Olivia, aunque dudo que sea una cuestión de inseguridad o timidez. Es fruto de un sentimiento que nubla los sentidos y te hace perder un poco el control de tus propias emociones. Cuando algo como eso te pasa, sientes como si te estuvieran sacudiendo por dentro, por eso Elliot se muestra inquieto; lo sé porque yo me siento de la misma manera.

Ella sigue hablando, haciendo gala cada vez con más facilidad de su desparpajo habitual. Le cuenta que tiene una cena navideña con su familia. *Una* cena, no *La* Cena; no el acontecimiento anual del que tantas veces me ha hablado con entusiasmo en el pasado. Escuchar eso me hace sentir algo de alivio. Fuera lo que fuese lo que hubo entre ellos, no debieron de ahondar mucho, me digo.

—Sigue en pie lo de mañana, ¿no? —le pregunta Elliot mirando hacia mí de nuevo, esta vez con mucho menos disimulo.

—Claro. A las doce, ¿verdad?

—Once.

—Ay, sí. Eso. Once.

Ambos se callan. Elliot ladea la cabeza en mi dirección, como si yo llevara colgado un cartel de luces que llama irremediablemente su atención. Su expresión es de total desconfianza. Olivia traslada su mirada de uno a otro, y entonces cae en la cuenta de lo violento que resulta para Elliot no saber quién soy; en su expresión se refleja que no ha dejado de preguntárselo desde el mismo momento en el que se han saludado.

Yo continúo observándolos a ambos desde mi sitio, sin pronunciar palabra. Olivia me mira fugazmente antes de coger aire para hablar.

—Elliot, este es... Bueno... Es...

Decido ponerme de pie, creyendo que así haré las cosas más fáciles a todos.

—Soy William—digo mientras le tiendo la mano al chico—. Will.

Los ojos de Elliot chispean cuando escucha mi nombre. Casi oigo las piezas de su cabeza colocarse en su sitio. Estrecha mi mano con fuerza y algo me dice que este tío sabe quién soy, aunque a mí su nombre no me suene de nada.

—Elliot.

—Un placer.

Él asiente y yo decido volver a sentarme para dejarles espacio, plenamente consciente de que no pinto nada en esta escena.

Olivia y Elliot se miran con cierta reserva e intercambian un par de frases más sobre cosas cotidianas, pero afortunadamente la situación no se alarga.

—Bueno, Olivia. Me alegro de haberte visto. Cualquier cambio referente a mañana, lo hablamos por móvil, ¿vale? Espero que pases un buen día.

—Gracias, Elliot. Nos vemos mañana.

Se despiden con otro abrazo y Olivia vuelve a tomar asiento frente a mí. Ninguno de los dos decimos nada. Veo a Elliot dirigirse a la barra, dejar un billete sobre la superficie de madera y caminar en dirección a la puerta, a pesar de que su vaso sigue lleno de algo que parece coca-cola.

Fijo de nuevo la vista en Olivia. La tensión entre los dos es ahora una invitada más en nuestra mesa. Se siente tan violenta que no me extrañaría que cogiese sus cosas y saliera también a la calle.

Desplazo las manos de mi regazo hasta situarlas sobre la madera y busco desesperado algo que decir que rompa este silencio y normalice la situación.

—Vaya. Elliot—comento, jugueteando con mi vaso casi vacío.

Ella pestañea e inspira con fuerza.

—Sí, es... un amigo.

—Ya. ¿Hace mucho que sois amigos?

—No, no mucho. Nos conocimos hace unos meses.

Pasea la mirada de una mano a la otra; de ahí a las molduras que decoran el techo y después a mi rostro de nuevo. Está aturdida. Casi podría afirmar que se siente culpable, aunque no tenga motivos reales para ello. No me gusta verla así, así que le sonrío para aflojar la tensión.

—No voy a montar en cólera si me dices que ese tío y tú fuisteis algo más que amigos, lo sabes, ¿no?

Suspira con la mirada perdida.

—Ya. Lo sé. Además, tampoco tendrías derecho a hacerlo. Seguro que tú también has hecho nuevas... amistades, en este tiempo. —A juzgar por la cara que pone, no parece que le haga mucha gracia la idea. Sacude la cabeza y vuelve a hablar—: De cualquier manera, Elliot y yo hacía mucho que no nos veíamos. Dejamos de vernos cuando me fui a Vancouver.

Da un trago a su bebida y deja la frase ondeando entre nosotros. Mientras observo cómo vuelve a dejar el vaso sobre la mesa, una idea relampaguea en mi cabeza:

—La noche antes de que te fueras, cuando nosotros... ¿tú y él no...?

Olivia abre mucho los ojos y su expresión cobra vida de nuevo.

—¿Qué? No. Dios, Will. No. ¿Por quién me tomas?

—Tranquila. No te habría juzgado en caso afirmativo. Sé que entre nosotros todo es bastante... complejo.

Vuelve a soltar aire con fuerza. Se siente turbada por toda la situación; por ella, por mí y ahora todo se ha intensificado tras la visita del tal Elliot. No sé si porque todavía siente algo por él o porque se ha dado cuenta de que él aún se muere por ella.

Desconozco qué puedo decir que vaya a hacerla sentir mejor. Busco su mirada y le sonrío con cierto aire melancólico.

—Sigue loco por ti, ¿sabes?

—¿Quién? ¿Elliot? ¿Por qué dices eso? ¿Cómo lo sabes?

—Por cómo te mira.

—¿Y cómo me mira?

«Como te miro yo», me apetece decirle. Pero no lo hago. En lugar de eso, suelto aire por la nariz y doy el último trago a mi zumo. Esta conversación desfila peligrosamente cerca del límite de lo que podemos considerar amistoso o sencillo.

—¿Esta noche entonces tienes la cena navideña de cumpleaños? —Cambio de tema radical, pero los ojos de Olivia me indican que no le molesta que dejemos de hablar de Elliot.

—Sí. ¿Te lo puedes creer? Un martes. La mayoría de la gente que está invitada no trabaja mañana, por las fiestas. De todas formas, seremos pocos. Mi madre no tenía muchas ganas de líos este año.

Sus ojos se ensombrecen durante unos segundos, no sé bien por qué. Parece que acabe de acordarse de algo que deja a su paso una estela amarga. Enseguida sacude la cabeza para deshacerse de lo que sea que ha venido a su mente y veo en su mirada que busca una salida.

—¿Qué me estabas diciendo antes? Habías empezado a decir algo de una sorpresa.

—Ah... Sí.

Dudo varios segundos antes de buscar la cajita que aguarda en mi abrigo. Si cuando el ambiente entre nosotros era cómplice y distendido ya estaba inseguro por darle este regalo, después del encuentro con Elliot me dan ganas de volverme con él a mi casa y esconderlo bajo la cama.

Es algo muy especial. Para mí significa cosas y sé que para ella también cuando lo vea. Me entristece la idea de que el recuerdo de este momento se vea empañado por la sombra que ha dejado la aparición de un hombre con el que ella tuvo algún tipo de relación durante el tiempo que estuvimos separados. Pero sé que si me echo para atrás y me niego a dárselo ahora, voy a parecer gilipollas.

Suspiro y saco la caja del bolsillo interno de mi abrigo. La miro unos segundos antes de dejarla sobre la mesa. Dejo una mano apoyada sobre el papel brillante con el que yo mismo la envolví, mientras observo cómo Olivia la mira atentamente, sin saber aún si mostrarse ilusionada o escéptica.

—En realidad es una tontería —digo titubeante, aunque sé que no lo es—. No sé si...

—¿Me has hecho un regalo? —me corta, mirándome con las cejas en alto.

Yo asiento con rigidez y ella ladea la cabeza al darse cuenta de que estoy inquieto.

—¿Te preocupa que no me guste?

—No. No es eso. Sé que te va a gustar. Me preocupa que creas que me he pasado de la raya. Pero es tuyo y ya no se puede devolver.

—¿Por qué?

—Ábrelo. Ahora te lo explico.

Extiende la mano sobre la mesa y mete sus dedos entre los míos para hacerse con el regalo. Nuestra piel centellea al entrar en contacto durante unos segundos. Olivia me mira y tira de la cajita hacia ella, hasta encajarla en su mano. Con dedos temblorosos, se deshace del brillante papel dorado hasta que queda al descubierto una caja cuadrada de piel roja con el logo de la marca.

Dirige la vista hacia mí con los ojos abiertos de par en par y yo noto mi pulso martillar mucho más fuerte en mi garganta. Se me seca la boca y me entra el impulso de arrancarle el regalo de las manos y salir corriendo; hasta tragar saliva me cuesta la vida.

Olivia abre con sumo cuidado la caja. Creo que tiene miedo de descubrir qué contiene, porque parte de ella ya sabe lo que es.

Cuando sus ojos ven el reloj por primera vez, se iluminan como una noche salpicada de estrellas. Lo examina, tocándolo como si no pudiera creer lo que está sosteniendo entre sus dedos. Hace un movimiento imperceptible con los labios y me parece ver un pequeño temblor en su ceja izquierda. Al inclinarlo para observarlo mejor, un destello sale de sus manos y se refleja en sus ojos color miel.

Echo un vistazo al reloj desde mi posición, aunque lo he visto mil veces: platino, esfera redonda de color gris oscuro. Precioso. Elegante pero informal, como su nueva dueña.

Olivia continúa en silencio y no alcanzo a descifrar su expresión. Cada vez estoy más nervioso. No sé si está tan emocionada que no se ve capaz de decir nada o si está planteándose tirarme el reloj a la cabeza.

Creo que es el sonido que emite mi pulso enloquecido lo que provoca que, pasados unos segundos, alce por fin la cabeza para mirarme.

—Will. Esto... Dios mío...

Sus ojos brillan y se me entrecorta la respiración. Apenas le sale la voz. Me agarro con fuerza al borde de la mesa para contenerme y no ponerme en pie para ir a por ella.

Dejo escapar el aire por mi nariz y, fingiendo calma, contesto:

—Por eso sabía que te gustaría.

—¿Cómo es posible que te acuerdes?

Esbozo una sonrisa.

—Tengo muy buena memoria.

Mi mente viaja hasta nuestra segunda cita, una noche de julio. La recogí del trabajo y recorrimos las calles de Chelsea uno al lado del otro, sin atrevernos a tocarnos todavía pero con la anticipación vibrando en cada poro

de nuestra piel. Nos paramos en un escaparate y ella me habló de un reloj que había pertenecido a su abuela y que no había podido heredar. Gracias a que vimos un modelo actual de ese mismo diseño, tuve la oportunidad de asomarme por primera vez a su interior, impregnando el ambiente entre los dos de un cariz íntimo que no nos abandonaría durante el resto de la noche.

Echo un vistazo a Olivia, que permanece callada mirando el reloj. No sé si por su cabeza estarán pasando recuerdos de aquella velada; tal vez no la recuerda como la recuerdo yo. Quizá para ella solo fue una cena más de las muchas que tuvimos y sus sentimientos empezaron a ahondar más adelante. O igual le pasó como a mí, y la chispa prendió casi de inmediato. No puedo saberlo.

Esa noche, cenando con ella en un restaurante italiano y tomando *panna cotta* de postre, supe que aquello que empezaba a tomar forma entre nosotros era totalmente distinto a cualquier otro sentimiento que me habían despertado otras personas. Sé que suena estúpido, pero apenas cuarenta y ocho horas después de mi primer encuentro con Olivia tuve claro que acabaría a sus pies. Y el reloj que ahora descansa entre sus dedos simboliza la certeza precoz de ese sentimiento. Por eso lo compré y por eso significa tanto para mí poder dárselo ahora.

—¿Esto lo has grabado tú? —pregunta con los ojos aún brillantes y la voz suave.

Desde aquí no la veo, pero se refiere a la inscripción que mandé a hacer hace apenas una semana y que se esconde en la cara interna de la esfera del reloj.

—Sí. Es una de las razones por las que no puedes devolverlo.

—¿Es la misma letra que tienes tatuada en la cadera?

Arrugo la frente, mirándola extrañado.

—¿Cómo...?

—Aquella noche, en mi piso. Hiciste un movimiento cuando estábamos en el sofá y se te levantó la camiseta. No pude verlo entero, pero más o menos se intuía la forma. —Hace una pausa antes de añadir—: ¿Qué significa?

Respiro hondo.

—La traducción más exacta al inglés sería «hogar». Me lo hice en Hong Kong, justo hoy hace un año.

Llevo la mano inconscientemente a mi cadera izquierda. Me aturde un poco pensar en aquel día en el que decidí hacerme el tatuaje. Estaba solo, aún no habían llegado mi madre y Ed y sabía que llamar a Olivia el día de su

cumpleaños no era buena idea, por muchas ganas que tuviera de escuchar su voz. Medité sobre todo lo que había aprendido en el tiempo que llevaba viviendo en China y pensé que me vendría bien un recordatorio permanente, para no olvidarme nunca de todo lo que sentí al vivir esa experiencia.

—Me encanta. De verdad. No... no sé qué decir.

Agacho la mirada, guardándome una sonrisa.

Olivia me mira con intensidad, aunque me da la sensación de que no es capaz de mantener la mirada durante mucho tiempo. Se dispone a dar un trago a su vaso, pero se da cuenta de que está vacío. Se aclara la garganta y vuelve a mirarme.

—¿Por qué decías que no podía devolverlo? Has dicho que la inscripción es una de las razones, ¿cuáles otras hay?

Inspiro con fuerza. Esta es la parte más difícil de explicarle. No sé cómo va a reaccionar.

—El ticket está doblado dentro de la caja. Léelo bien y lo entenderás.

Olivia frunce el ceño y coge el ticket de donde le he dicho. Con dedos algo torpes, despliega el papel blanco y lo extiende sobre la mesa, alisándolo levemente con el dorso de la mano. Inclina la cabeza hacia delante para verlo mejor.

La observo mientras lee atentamente las palabras impresas. La tinta de las letras ha perdido fuerza, pero aun así puede leerse perfectamente la fecha de compra: 30 de agosto de 2013. Lo compré cuando aún estábamos juntos. Lo compré apenas unas horas antes de enterarme de que me iba a Hong Kong y lo tengo conmigo desde ese día, porque perdí la oportunidad de dárselo.

Sus ojos releen varias veces la línea que deja constancia del día que adquirí el reloj. Creo que no lo ha entendido de entrada, pero veo cómo poco a poco va haciéndose a la idea. Sabe qué día lo compré y seguro que ya ha entendido por qué no se lo di entonces. La expresión de tristeza que cruza fugazmente su rostro segundos más tarde, me lo confirma.

—Pero...

Cierro los ojos cuando veo dolor al fondo de su mirada.

—Deja que te lo explique. ¿Te acuerdas de cuando se rompieron las cañerías de tu piso? Lo compré esa semana. Te acababas de ir a Nueva Jersey y me apeteció hacerte un regalo que explicara por mí lo mucho que me importas. —Me cuesta tragar saliva bajo el incesante examen al que me someten sus ojos, pero sigo hablando porque necesito sacarlo y ella merece una mínima explicación—. Después todo se complicó demasiado como para

dártelo, pero es tuyo. Lo he guardado desde entonces y... para mí significa mucho que lo tengas.

Olivia parece algo desorientada por la emoción que condensan mis palabras. Se toca el pelo, nerviosa, y al verla asentir repetidamente para sí misma, se me pasa por la cabeza que está intentando aterrizar en el aquí y el ahora para mantener el control de la situación.

—Si querías que tuviera claro lo mucho que te importaba, no hacía falta que me compraras nada, Will. Con que te hubieras comunicado conmigo habría bastado.

—Ya lo sé. Ahora lo sé. Entonces no. —Trenzo los dedos sobre la mesa, cerca del papel de regalo arrugado, y clavo mis ojos en ella para que pueda absorber mi realidad a través de ellos—. Olivia, tú apareciste de pronto y cambiaste mi vida. Me cambiaste a mí, por completo. Pero no me diste herramientas para hacer frente a esos cambios. Después, con todo lo que pasó, me asusté y no supe estar a la altura. Sé que no era responsabilidad tuya enseñarme a hacer bien las cosas; era solo mía. Y ahora he aprendido y quiero demostrártelo.

—¿Con esto? —Mueve la cabeza para señalar el estuche que contenía el reloj.

—No. Eso es un regalo. Llevo mucho tiempo queriendo dártelo, pero no es la manera en la que quiero llegar a ti.

—¿Y cuál es, entonces?

—Tiempo. Tiempo contigo, a tu lado. Quiero volver a estar en tu vida. Quiero ganarme tu confianza de nuevo. Quiero demostrarte que voy a estar ahí para ti, pase lo que pase. Esta vez no voy a cagarla.

Permanece con los ojos entornados en mi dirección durante unos segundos antes de decir:

—Yo no quiero retomar la relación que teníamos, Will.

—No te estoy pidiendo que tengamos una relación. No es mi objetivo.

—¿Y cuál es tu objetivo, si puede saberse?

—Tú. De momento me conformo con tenerte dentro de mi espacio visual. Verte de vez en cuando, hacer cosas juntos. No necesito nada más.

El camarero nos sorprende en ese momento parándose a nuestro lado y preguntando con un tono de voz demasiado elevado si queremos tomar algo más. Ambos le decimos que no y se dispone a retirar los restos de nuestro desayuno. Pocos segundos después, vuelve a dejarnos solos, dejando tras de sí el sonido de los vasos y platos chocando unos con otros.

Olivia no me ha quitado la vista de encima en este corto espacio de tiempo. Sus labios están levemente fruncidos y sus pestañas aletean enloquecidas. Está rumiando lo que sea que vaya a decir a continuación:

—No va a haber sexo entre nosotros —sentencia.

Me muerdo la lengua. Ya imaginaba yo que saldría por ahí. Respiro hondo antes de contestar:

—Yo no busco sexo contigo, Olivia.

Ambos nos sumimos de nuevo en un silencio denso tras la rotundidad de mi afirmación. Las palabras me han salido con un tono más serio de lo que pretendía, con una determinación que provoca que sus cejas se alcen sorprendidas. No con escepticismo, sino con cierto aire retraído, como si se avergonzara por su comentario.

—No es que no quiera, esa aclaración está de más. Pero no es lo que busco —le aseguro.

Hace algo parecido a un asentimiento y le da las gracias al camarero, que acaba de volver con la cuenta en un platito de plástico marrón.

Insiste en pagar ella, como agradecimiento a que haya venido hasta aquí y porque es su cumpleaños, dice. Saca su monedero y deja un billete y unas cuantas monedas al tiempo que le hace una seña al chico para que vuelva.

Miro el reloj y me doy cuenta de que llevamos aquí una hora y media, a pesar de que acabemos de llegar al meollo de la cuestión. Me decido de inmediato a aclarar el tema y exponer las bases del proyecto que tengo en mente.

—¿Entonces? ¿Qué te parece? ¿Estarías dispuesta a intentar ser algo así, como amigos? Podemos ir al ritmo que tú quieras. Como si de entrada solo quieres verme una vez al mes, me parecería bien. Solo eso. Salir de vez en cuando. Un almuerzo. Una cena. Ir alguna vez al cine... En realidad, si lo piensas, sería algo parecido a lo que estamos haciendo hoy.

—¿Ah, sí? ¿Algo parecido a lo de hoy? ¿Con regalos del pasado incluidos? Porque eso no me parece terreno muy amistoso, Will. ¿Qué quieres que te diga.

«*Touché*».

—Está bien. Es cierto. Lo de hoy ha sido una excepción. Era algo que tenía que darte y, además, es tu cumpleaños, así que no cuenta. —Le sonrío—. No volveré a tener gestos que vayan más allá del tipo de relación que te estoy proponiendo. Solo quiero poder verte de vez en cuando. Pon los límites que creas necesarios. Me conformaré con lo que te haga sentir cómoda. Te lo

prometo.

Olivia sonríe con sordina. Se humedece los labios y niega levemente con la cabeza. Hay algo tan familiar en sus gestos, que solo puedo pensar en lo mucho que me gustaría poder abrazarla y sonr er pegado a su boca.

—Te gusta tanto ponerme las cosas difíciles... —dice, acariciando distraídamente su nuevo reloj.

—Creía que esto era sencillo.

—S . Lo es. Por eso lo digo. La parte difícil es decirte que no. —Se calla un segundo y su expresión se torna más seria—. Me cuesta confiar en ti, Will. No quiero volver a meterte en mi vida, aunque sea solo como amigos, y que dentro de un tiempo te canses o te agobies o lo que sea y desaparezcas. Yo... no quiero eso. No quiero.

—Te juro, escúchame bien, te juro que jams  voy a irme de nuevo. Te lo juro. Un día te explicar  bien las razones por las que hice las cosas que hice. Es pronto para hablar de eso, pero te prometo que lo har . Hasta entonces, permítame acercarme a ti de nuevo. Sin pretensiones. Solo t  y yo.

Soy ligeramente consciente de que mi voz ha sonado más categor ca y áspera de lo habitual. Sus ojos parecen algo asustados por la vehemencia que salpican mis palabras, así que me retiro y me froto la cara con fuerza, como si así pudiera rebajar la intensidad de los últimos minutos.

—Necesito pensarlo un poco —dice pasados unos segundos—.  Podemos hablarlo cuando acaben las fiestas?

Hago un gran esfuerzo para que la decepción que me producen esas palabras no me hagan cerrar los ojos. La miro, sin decir nada, y suspiro abatido. Tenía esperanzas reales de que tras estos meses hablando de vez en cuando accediera con más facilidad. Los hombres podemos llegar a ser unos auténticos gilipollas engreídos, parece ser.

—Claro.

Me digo a mí mismo que esto no es un fracaso. Que solo está asustada. Que necesita tiempo para sentir que no est  dejándose llevar, pero me resulta imposible no contemplar la idea de que ya no siente nada por mí. Igual no sabe cómo rechazarme y ser delicada en el proceso, aunque juraría que lo que flota entre los dos es la misma electricidad que nos unió en su día. Química en estado puro. La sent  cuando volvimos a vernos cuando llegó de Hong Kong. La sent  cuando, días después de reencontrarnos, volví a saborear su boca en el sofá de su casa. Y la he sentido hoy, prácticamente desde que ha cruzado la puerta de la cafetería.  Cabe la posibilidad acaso de que est  interpretándolo

todo mal? ¿Es posible que mis sentimientos por ella estén nublando mi juicio de la situación?

Olivia busca mis ojos, inclinando un poco la cabeza. Se ha dado cuenta de que su respuesta ha sido un golpe para mí.

—Will, escúchame. Necesito reflexionar hasta qué punto me interesa implicarme. ¿Lo entiendes? No te estoy diciendo que no, pero, ¿de que sirve que te diga que sí hoy y que nos acabemos viendo una vez cada año bisiesto?

—Sí. Tienes razón.

Asiento resignado, porque sé que la tiene. Prefiero que se lo piense bien a que me diga hoy que sí, por el calor del momento, y que en llegar a su casa se arrepienta y me cierre las puertas en la cara. Pero aun así, me jode. Por mucho que entienda su postura, y juro por Dios que la entiendo, me duele ver sus dudas materializadas en los metros de distancia que necesita interponer entre ambos. Me duele que el haber hecho mal las cosas en el pasado nos haya llevado a un camino plagado de minas. Me duele que tenga que plantearse si quiere implicarse conmigo porque el hecho de que le fallase en el pasado ha implantado en ella la duda de si volveré a hacerlo. Me duele la certeza de saber que sus reticencias son enteramente culpa mía.

Olivia me observa, pero no añade nada más. Creo que hasta aquí ha llegado la conversación. Ya está todo dicho por ambas partes. Vuelvo a mirar el reloj. Si quiero llegar a Providence a la hora de la comida lo mejor es que salga ya, aunque parte de mí no tenga ganas de decir adiós todavía.

Ahora está en sus manos decidir si nos volveremos a ver. Yo ya he movido ficha. El próximo movimiento debe salir de ella.

Cojo aire y desplazo la vista hacia su rostro.

—Se me está haciendo un poco tarde y le he dicho a mi padre que llegaría a comer. ¿Te parece bien si te llevo ya a casa?

Mi coche no está muy lejos del Café Elysian. Cuando entramos, los cristales están empañados por el frío y por unas pequeñas gotas de lluvia que han humedecido las calles. Enciendo la calefacción rápidamente para ir caldeando el ambiente antes de ponernos en marcha. Aún me quedan horas de carretera aquí dentro.

Olivia mira a su alrededor, como si estuviera intentando recordar la última vez que estuvo aquí. Yo me acuerdo perfectamente: volvíamos de Montauk y cargamos el coche con todas sus cosas para la mudanza exprés a mi casa tras su problema con las cañerías.

Nos ponemos los cinturones y arranco sin más demora el motor. Olivia

empieza a indicarme por dónde debo circular para llegar a casa de sus padres. Hay bastantes más coches que hace unas horas, pero aun así el tráfico es fluido.

Dentro del coche está sonando el bis final de una canción de Bon Jovi que termina segundos después, dando paso a una de mis favoritas. Olivia gira su cuerpo hacia mí sorprendida cuando reconoce la nueva melodía.

—¿Lo tenías preparado?

Sonríó abiertamente.

—Te juro que no. Está puesto el CD de grandes éxitos de Bon Jovi en modo aleatorio, como siempre. Aunque si hubiera tenido que elegir alguna canción para este momento, probablemente habría elegido esta.

Es incapaz de camuflar la sonrisa que empieza a asomar en sus labios, pero aparta la mirada rápidamente hasta perderla por la ventanilla. La canción en cuestión es *I'll be there for you*. Estaré ahí para ti. Justo una de las frases que acabo de decirle en la cafetería.

La mayoría de la canción nos pilla en un semáforo que se hace eterno. No hablamos ninguno de los dos mientras suena. Olivia bucea sin remedio por la letra y yo la miro de reojo. Hay demasiadas frases que parecen sacadas directamente de mi cerebro: «*Puedo prometerte un mañana, pero no puedo comprar el ayer*», «*No estuve ahí cuando eras feliz; no estuve cuando estuviste triste*», «*Le rezo a Dios para que me des otra oportunidad*», «*Las palabras no alcanzan a expresar lo que puede hacer el amor*».

Esto es demasiado hasta para mí. Ahora solo puedo pensar en lo cerca que estamos y en lo cerca que quiero seguir estando de ella durante toda la vida. En el mismo espacio. Escuchando los mismos sonidos e inhalando el mismo oxígeno.

Olivia me saca de mis pensamientos de pronto, indicándome por dónde debo girar a continuación. La canción ya reproduce su final, así que lo peor ya ha pasado; aunque la sensación de vacío que apelmaza mi estómago no ha hecho amago de remitir.

Avanzo sin superar el límite de velocidad por una zona residencial típica. Voy fijándome en las aceras llenas de árboles, en las casas rodeadas por discretos jardines y en la cantidad de niños que van en bici, seguidos muy de cerca por sus padres. Olivia de vez en cuando me señala algún sitio destacable, como la casa de alguno de sus amigos o la zona donde estaba su colegio. La decoración navideña luce en todo su esplendor en cada una de las calles por las que pasamos. Pasear por aquí de noche, con todo iluminado,

tiene que ser una pasada.

—Aquí es. Esa es mi casa. —Señala con la mano una parcela que queda unos pocos metros más adelante.

Detengo mi coche junto a un cubo de basura y a través de la ventanilla echo un vistazo a la vivienda en la que ha crecido Olivia. Parece bastante grande; de dos alturas, por lo menos. Está pintada de un gris muy claro, en contraste con las tejas oscuras que la rematan en lo alto. Se accede a ella por un camino de piedra que cruza el pequeño jardín. La puerta de madera blanca que da la bienvenida a la casa cuenta con tres estrechos escalones que conducen hasta la entrada principal.

Me fijo en que ciertas partes de la fachada visten un convencional decorado con motivo de las fiestas. Sonríe al ver las luces de colores y una corona navideña saludando desde la puerta. A Olivia le pega haberse criado en un sitio así, pienso para mí mismo.

—Bueno, ¿te ha gustado la ciudad? —me pregunta, mientras se desabrocha el cinturón.

—Mucho. Hoboken huele a ti, ¿sabes?

—¿A mí?

Le sonrío.

—Sí, a ti. A estar en casa.

Olivia me mira y de pronto parece perdida. Sabe lo que siento por ella. Tiene que saberlo. Profundizo en sus ojos y durante un instante fugaz percibo que lo que sentía por mí aún palpita dentro de ella. Sé que está ahí; tal vez ella no es consciente o no quiere serlo, pero ahí está y tengo que darle la confianza suficiente para que vuelva a sacarlo a la superficie.

Es tan evidente la corriente que nos empuja al otro, que me extraña que no haya abierto la puerta para salir a la calle. Suspiro pesadamente y me quito el cinturón, rompiendo la conexión mágica que hemos conseguido crear en los últimos segundos. Siento de verdad cargarme este momento, pero si quiero conseguir aquello que me propongo, la mejor opción es salir de este coche antes de dar un paso del que ella no esté del todo segura.

Olivia tarda unos segundos en reaccionar antes de abrir para reunirse conmigo en el exterior. En cuanto estamos los dos fuera, bordeo el coche hasta subir a la calzada donde está parada.

—Espero que tengas un feliz cumpleaños —le digo mirándola de frente.

—Gracias. Y muchas gracias por el regalo. De verdad, Will. —Me sonrío con una mezcla de reserva y dulzura—. Es perfecto.

Las bajas temperaturas provocan que salga una nube de vaho cada vez que abrimos la boca, pero yo solo puedo pensar en que la manera en la que se le iluminan los ojos cuando habla del reloj es un regalo para mí.

Siento una oleada de calor extendiéndose por todo mi cuerpo mientras me recreo en su cercanía. Son las ganas que tengo de tocarla, me digo. La miro a los ojos una vez más, sin sentir apenas el frío glacial que me quema la cara. Quiero besarla. Quiero abrazarla y sentirla pegada a mi cuerpo. Quiero pasarme la vida entera respirando en ella. Pero de momento, debo conformarme con menos.

Me acerco para darle un casto beso en la mejilla. Apoyo una mano en su brazo enfundado en el abrigo para llegar mejor y me permito perderme unos segundos en la sensación de tenerla contra mi piel. Noto su nariz fría rozar mi pómulo derecho en el proceso. Noto su respiración algo agitada y noto cómo ella también roza con sus labios mi piel cubierta por una creciente barba. Cierro los ojos para agradecer su calidez en silencio.

—Gracias a ti por aceptarlo —digo mientras me separo—. Me alegro de que te haya gustado.

—Hablaemos cuando vuelva a la ciudad, ¿vale? —dice en voz bajita y hace un esfuerzo por sonreír de nuevo—. Feliz Navidad, Will.

Asiento y le sonrío por última vez.

—Feliz Navidad.

Sin más, se da media vuelta y empieza a caminar. Da pasitos pequeños, como si quisiera alargar todo lo posible estos breves momentos en los que solo son unos metros los que nos separan.

Yo me quedo apoyado en la carrocería de mi coche. Observo su manera de andar sobre las baldosas de piedra que conducen a su hogar. Observo cómo se recoloca el bolso en el hombro para sacar las llaves y cómo se ajusta el gorro de lana. Y por último, miro cómo introduce la llave en la cerradura, cómo empuña la manivela y cómo me dedica una última mirada, antes de desaparecer de mi campo de visión tras la puerta de su casa.

¿Abrirte la puerta y no darte la llave?

Entro en casa de mis padres tras lanzar una última mirada a Will. Él continúa mirándome de una manera que amenaza con disolver la fuerza de voluntad que me estoy demostrando a mí misma al alejarme de él. Trato por todos los medios de no focalizarme en las sensaciones que revolotean frenéticas dentro de mi vientre desde que me llamó, hace apenas dos horas, para decirme que estaba en Nueva Jersey. Respiro hondo para mis adentros. Tengo que ser fuerte.

Cierro la puerta planeando hacer algún gesto melodramático del tipo apoyar la cabeza en la madera y lanzar un suspiro de damisela atormentada, pero mis planes se van al garete cuando me doy cuenta de que, a mi derecha, mi madre y mi tía Grace están escondidas entre las cortinas, mirando por la ventana que da a la entrada principal de la casa.

—¿Qué estáis haciendo?

—Shhh. Aún no se ha ido —contesta mi tía en voz muy baja.

Las miro como si les faltara un tornillo a cada una y avanzo dos zancadas hasta llegar hasta ellas. Me hago un hueco entre las dos y me asomo, aunque ya sé qué voy a encontrarme: Will. Ay, Dios. Sigue ahí, el muy peliculero. Estará congelándose, pienso mientras rezo por que no se haya dado cuenta de que tiene espectadores en primera línea desde dentro de la casa.

Le echo una breve mirada desde mi ventana, pero retrocedo enseguida. No quiero encontrar en su expresión el mismo anhelo desquiciante que me ataca a mí por dentro. Sigue estando demasiado cerca y esos aires que se gasta ahora de caballero conquistador lo lanzan a otro nivel de atractivo; uno al que no estoy muy segura de poder resistirme durante mucho tiempo.

—Ya está. Ya se va —anuncia mi madre, corriendo y ahuecando las cortinas blancas hasta eliminar las huellas de sus pinitos en el mundo del espionaje.

Tanto ella como mi tía se giran para mirarme, esperando una explicación. Me pregunto cuánto tiempo exactamente llevaban observándonos...

Mi madre dirige brevemente la vista a las flores que me han mandado esta mañana, que descansan en el aparador de la entrada. Las ha colocado ahí tras haber recibido ella misma al repartidor que traía el ramo.

—Ese no era Elliot. —Me mira burlona, con las cejas en alto y sus ojitos

verdes demostrando que sabe demasiado.

Dios. Elliot. Casi había borrado nuestro encuentro de mi mente.

—No. No lo era —confirmo con cierta sequedad.

—Venga ya, Livvy. No te hagas la misteriosa y dinos quién era ese portento de hombre. Si yo tuviera unos años menos, no lo habría dejado subirse al coche. O en todo caso, me habría subido yo también, pero para montármelo con él dentro, no sé si me explico...

No puedo evitar que se me escape la risa al escuchar las ocurrencias de mi tía.

—Grace, por Dios, tus hijos están en la habitación de al lado —dice mi madre, fingiendo que no le hace gracia el comentario de su hermana.

—¿Y qué? Ya son mayorcitos. A ver si se creen que no sé que eso que esconden bajo el colchón son revistas pornográficas.

Miro hacia el salón, donde están mis primos de quince y diecisiete años jugando a la Wii con mi hermano. Espero por su propio bien que sigan ajenos a esta conversación.

—Era Will —les digo cuando me giro de nuevo hacia ellas.

—¿Will? ¿El coreano? —pregunta mi tía.

—No es coreano. Es de Nueva York. Y se fue a China, no a Corea.

—O sea que sí que era él —apunta mi madre.

—Sí.

Ambas me miran, pero no dicen nada más. Saben que este es un tema delicado y son lo suficientemente prudentes como para no indagar; al menos por el momento.

Mi madre y mi tía son muy diferentes a pesar de ser mellizas, pero ambas se caracterizan por tener un fuerte sentido de la... curiosidad. Así que, si no estoy segura de querer darles una exclusiva en el recibidor de mi casa, lo mejor es que me vaya de aquí, como quien no quiere la cosa.

Hago un par de comentarios absurdos sobre la cena de esta noche y enseguida subo a mi habitación a dejar el abrigo, el bolso y el reloj, y de paso, para tranquilizarme un poco antes de bajar de nuevo para ayudar con los preparativos.

La fiesta navideña de cumpleaños vuelve a ser un éxito. La de hoy es aparentemente más tranquila que otros años. En total somos veintidós personas, que no es nada en comparación con las cincuenta que hemos llegado a ser aquí dentro. El ambiente es cálido y distendido y la casa está preciosa.

Esta vez mi madre no tenía ganas de llenar esto hasta los topes, así que hemos llamado solo a la gente más cercana, con la que compartimos el resto del año. Tampoco ha querido complicarse mucho a la hora de cocinar. De hecho, la mayoría de las cosas son compradas o preparadas y casi todos los invitados han aportado algo: un postre, una botella de vino, algo de picar. Si no fuera por el árbol, las luces de colores y la tarta con un veinticinco y un veintiséis, parecería una reunión informal entre amigos.

Cenamos todos en la mesa en forma de L que ha preparado mi madre en el salón y después la gente se va repartiendo por toda la planta baja de la casa. Mis amigos, que como cada año están invitados, han encontrado un rinconcito alrededor de la chimenea en el que saborear tranquilamente sus copas rebosantes de *glühwein* (vino caliente; típico de Alemania).

Mientras la bebida va calando en nuestro organismo, les voy contando mi peculiar desayuno de cumpleaños del día de hoy.

—El reloj es precioso —reconoce Christina cuando se lo enseño a todos. Lo llevo puesto esta noche. Es demasiado perfecto como para dejarlo guardado en la caja.

Todos le dan la razón con un asentimiento. La verdad es que es tan bonito y me alegro tanto de tenerlo, que casi consigue difuminar la intensidad de aquello que simboliza. Cada vez que recuerdo las palabras de Will de esta mañana al dármele, me tambaleo por dentro. Sus ojos. Su voz. Sus gestos. Él... Que haya venido hasta aquí solo para dármele. Dios. Yo qué sé. Todo.

Les cuento a mis amigos y a mi hermano, que acaba de unirse a nosotros, lo que ha pasado en la cafetería. Will, Elliot, Will, el reloj, su propuesta de «amistad»... Demasiadas horas guardándomelo para mí sola.

—Habría pagado por ver el encuentro con Elliot —dice Neal divertido.

—Yo habría pagado por que no hubiese ocurrido nunca. Lo he pasado fatal, sobre todo después de haber recibido un ramo de flores esta mañana con una nota suya.

Dios, la nota... *«Espero que los veinticinco te traigan toda la felicidad que mereces. Espero que nuestros caminos no nos lleven demasiado lejos, para poder ser testigo de tu alegría y dejarme cautivar por tu sonrisa una y otra vez».*

No me considero una persona presuntuosa, pero... ¿parece, o no parece una declaración de intenciones?

—O sea, que los tienes a los dos detrás, ¿no? —pregunta Matt, con esa característica mueca guasona que tiene la capacidad de inquietarme—. Mírala,

con la cara de mosquita muerta que tiene. Menudo peligro. Eso es que sabe hacer más cosas con esa boquita, además de hablar como una cacatúa...

Todos se ríen. Todos menos yo, que le lanzo una mirada asesina, y mi hermano, que prefiere seguir pensando que soy un ser etéreo e incorrupto.

—Tío, que es mi hermana...

—Ah, es cierto. Liv es virgen. —Le guiña un ojo y Aiden ladea la cabeza, con aire divertido.

Durante lo que queda de noche, nos vamos moviendo por el salón hablando con el resto de invitados y degustando los dulces que hay estratégicamente colocados por toda la casa. De fondo está puesto un CD recopilatorio de canciones navideñas de ayer y de hoy. El alcohol empieza a hacer estragos en algunos de los presentes, entre ellos mi padre y mi tío, que ya se han pasado al ron.

Voy paseándome. Saludando a unos y a otros. Todo al que no había visto hasta hoy me pregunta por mis meses fuera. A unos les cuento lo básico y con otros me exployo en determinados puntos. Justo cuando planeo volver a reunirme con mis amigos, me intercepta George que, aunque aún no lo he dicho, está invitado a la fiesta como cada año, junto con sus padres.

—Ey, Liv. Apenas hemos podido hablar esta noche. ¿Qué me cuentas sobre Vancouver?

Le sonrío y, haciendo gala de mis depuradas habilidades para contar cien veces lo mismo y no parecer desgana en el intento, procedo a hablar por enésima vez de mis últimos tres meses en tierras canadienses. Me extiendo explicándole lo bien que me recibió el equipo de allí desde el primer momento y la libertad que me dieron para participar en la campaña de Navidad por la que fui traspasada.

Le hablo de dos buenos amigos que hice: un chico y una chica algo mayores que yo, que estaban secretamente enamorados el uno del otro pero que no terminaban de decidirse a consumir su amor. Me llevaron varias veces con sus amigos y consiguieron que no me sintiera sola ningún día de los que estuve allí. La verdad que estoy muy contenta en general con cómo me han ido las cosas en Vancouver. Me ha venido bien pasar este tiempo fuera, aunque al principio estuviera un poco baja de ánimos.

—Me alegro de que haya ido bien, aunque supongo que al final tendrías ganas de volver a casa. —Nos sonreímos y él me observa, cambiando la copa de mano—: Dime, ¿has sabido algo de Will últimamente?

Lo miro sorprendida, frunciendo levemente los labios. No entiendo. ¿Por

qué pensará George que puede ser buena idea que tengamos esta conversación?

—Sí. Hablamos de vez en cuando.

Me mira como si intentara saber algo más, pero yo no claudico ante la insistencia que percibo en sus ojos. No pienso darle más información. Me toco distraídamente las puntas del pelo, con un falso aire despreocupado. No sé de qué lado está George ni qué espera sacar de esto. Puede que Will lo haya mandado de incógnito. Sería raro, pero aun así creo que más me vale no hablar más de la cuenta con él.

—Espero que ahora que has vuelto podáis veros de vez en cuando. Es un buen tío, Liv. No encontrarás a mucha gente como él.

Lucho para que no se me descuelgue la barbilla ante ese comentario. ¿Por qué se mete? Me viene fugazmente a la cabeza cuando intercedió para que avisáramos a Will, tras el accidente de mi madre. Puedo entender que sea el aprecio hacia Will el que medie en su intento de calmar las aguas, pero George y yo no somos del tipo de amigos que se meten en los asuntos del otro y debería saber que decirme estas cosas es pasarse de la raya.

Como aún no sé bien cómo proceder, me decido a mostrar cierta indiferencia en mi siguiente comentario, a sabiendas de que lo más probable es que mi actitud desenfadada no quede del todo creíble.

—Ya, bueno. Supongo que no, pero, ¿quién sabe? Hay muchos peces en el mar, ¿no? Solo tengo veinticinco años.

George me mira, ladeando la cabeza con cierta seriedad.

—¿No crees que cuando encuentras a una persona con la que encajas no debes dejarla escapar? Porque me consta que Will es de ese pensamiento. He estado hablando bastante con él los últimos meses y... no sé. Igual merece la pena que te plantees darle una oportunidad.

¿Will hablando de mí con George? ¿George haciendo de casamentero? ¿Puede acaso ser más surrealista esta situación?

—No sé por qué me estás diciendo todo esto sobre Will, George. La verdad que me sorprendes. Cuando lo conocí prácticamente hiciste campaña de prevención.

—Cuando lo conociste no había mostrado interés por la misma chica durante más de veinte minutos seguidos. Perdona si no contemplé que tú fueras a ser diferente.

—Es que no lo fui —rebato a la defensiva.

—Eso no es cierto, Liv. Lo sabes. Mira, sé que la cagó cuando lo de Hong

Kong. No sé bien la historia, ni tampoco me interesa, pero sé que él es consciente de que fue culpa suya. Está bastante jodido, ¿sabes?

Clavo los ojos en el envoltorio del pastelito que acabo de comerme y a continuación desplazo la vista hacia él de nuevo, que me mira algo intranquilo. Dejo escapar un sonoro suspiro.

—No entiendo qué ganas con esta conversación, George. ¿Te ha pedido él que investigues?

—No. Claro que no. —Recorre mi rostro con la mirada y se pellizca el puente de la nariz al darse cuenta de que no estoy cómoda hablando esto con él —. Está bien. Siento meterme donde no me llaman. Simplemente, los dos sois... Pues eso. Amigos míos. No me gusta veros así. Él tiene las cosas claras, Liv. Quiere compensar sus errores. Tal vez no sea mala idea que lo dejes intentarlo.

Me da una palmadita en el hombro y me sonrío afectuosamente antes de dejarme allí para irse a hablar con mi hermano, que nos mira desde el otro lado del salón.

Respiro hondo mientras lo veo alejarse y trato de asimilar lo que acaba de decirme. «Ay, Will. De verdad, ¿cómo te las apañas para estar siempre presente en todas partes?». Chasqueo la lengua. No me lo explico.

Uno de los amigos de mi hermano ve que acabo de quedarme sin compañía y se me acerca sonriente con ganas de hablar. Es un chico majo con el que salíamos de vez en cuando durante la época del instituto. Hace meses que se trasladó a Hawai para abrir su negocio soñado: una escuela de submarinismo en el corazón de la isla.

Aunque las cosas que me cuenta me parecen interesantes, a los diez minutos de estar hablando con él me disculpo para ir a la cocina. Necesito un vaso con agua fría que elimine la sensación de sequedad que se ha adueñado de mi boca, fruto de mi conversación de hace un rato con George.

Camino hacia allí sorteando a mi tía, que ya se ha fijado en el reloj que llevo y se muere de ganas por preguntarme de dónde lo he sacado. Cuando por fin llego a la cocina, unas voces susurrando desde dentro me retienen en la puerta. Trato de no hacer ruido y arrimo un poco la oreja. Reconozco una voz masculina y otra femenina en medio de lo que parece una conversación bastante íntima. Desde el cristal de la vitrina me llega el reflejo de ambas figuras paradas muy cerca la una de la otra. Juraría que se están acariciando, pero la penumbra que los envuelve no me permite asegurarlo. Tardo apenas dos segundos más en descubrir que se trata de Claire y Neal. Claire y Neal

bien juntitos, teniendo un *tête à tête* clandestino, lejos del resto de la fiesta. En actitud romántica, dicho sea de paso. Con esas voces suyas que tan bien conozco rasgadas como nunca antes las había oído.

Hace semanas que venimos sospechando que estaban escondiéndonos algo, pero acaba de dejar de ser una idea descabellada fruto de las ganas que todos tenemos de que abran los ojos de una vez, para pasar a ser un hecho constatado. Acabo de toparme con la primera prueba sólida de que ha habido un verdadero giro en su relación. Me tapo la boca para no hacer ningún ruido que delate mi presencia y me alejo despacio de la puerta de la cocina. No quiero robarles la privacidad que al parecer buscan.

Mientras trato de controlarme para no ir corriendo a por Matt y Christina y contarles lo que acabo de ver, voy pensando que alguien tiene que escribir la historia de amor de Claire y Neal. Creo firmemente que alguien debería apuntar todo lo que han vivido en una libreta y darle sentido con palabras, para que el resto de mortales por fin lo entendamos. Sonrío para mis adentros y encamino mis pasos de vuelta al salón.

La velada sigue viento en popa. Neal y Claire vuelven de la cocina poco después que yo, por separado y fingiendo que todo entre ellos es absurdamente normal. El ambiente dentro de la residencia Gallagher es tranquilo. Familiar. Reconfortante. Aunque yo en ocasiones me pierdo en los resquicios melancólicos que habitan dentro de mí. Las navidades suelen ser una época nostálgica, en general. Los anuncios publicitarios, la iluminación de las calles y la música se conjuran para traer a tu mente recuerdos pasados. O al menos eso me pasa a mí esta noche. Ver a mi familia junta me alegra y me hace sentir en paz, pero también hace que tenga más presente que de costumbre los momentos terribles vividos meses atrás, tras el accidente de mi madre. En mi día a día intento no pensar en ello demasiado, pero de vez en cuando me asalta sin remedio.

Cerca de la una de la madrugada, Aiden se sienta junto a mí en los escalones que conducen al piso de arriba mientras devoro los restos de la tarta de cumpleaños. Ya ha empezado a irse la gente. Mi hermano me pasa un brazo por los hombros y busca en mi mirada qué me ha llevado a este momento de soledad tan poco típico en mí en situaciones sociales como la de hoy.

—¿Todo bien?

—Sí. Solo necesitaba un momento. —Ladeo la cabeza y relajo mis hombros—. Para dar las gracias. Ya sabes.

Aiden sonrío.

—Se la ve contenta esta noche, ¿verdad?

Ambos nos giramos hacia la derecha, para ver a nuestros padres reírse a carcajadas de la historia que está contando el señor Stevens, el padre de George. Yo asiento. No hace falta que hagamos más aclaraciones; mi hermano y yo nos entendemos perfectamente. Durante los días horribles en los que no sabíamos si mamá volvería con nosotros, ambos pedimos en silencio, a quien quiera que esté ahí para escuchar las plegarias de los que nos sentimos desesperados, que no nos arrebatase momentos como este junto a ella; que pudiéramos tener noches entrañables como la de hoy durante muchos años más, todos juntos. Aunque ninguno de los dos seamos creyentes, somos conscientes de que algo o alguien percibió nuestro sufrimiento, y de vez en cuando necesitamos dar las gracias .

—Ha sido una buena noche. Diferente a la de otros años. Como más auténtica, ¿no? —Hago un gesto afirmativo y Aiden pierde la vista en los escalones de madera que quedan bajo a nosotros durante unos segundos, antes de cambiar de tema—. ¿Has vuelto a hablar con Will?

Suelto aire y niego con la cabeza. Aunque me cuesta, me abstengo de volver a consultar mi móvil. No he vuelto a saber nada de él en todo el día. Sé que es lo mejor, y lo más seguro es que esté guardando las distancias por mí, más que por él, pero aun así, una leve punzada de decepción me agujonea el estómago y me incita a escribirle por mí misma. Es muy difícil resistirse a los gestos que ha tenido hoy; a la manera tan intensa que tiene de mirarme, al evidente magnetismo que nos empuja a los brazos del otro... Pero he de mantener la mente tan fría como sea posible. No puedo escribirle así sin más. No puedo ponerle las cosas fáciles, porque no identifico ningún elemento sencillo en esto y porque no debo actuar como si estuviera viviendo nuestra situación como un proceso simple.

Me paso una mano por la frente, sintiendo una especie de puño apretándome el estómago. Cada vez que pienso en él, soy incapaz de ignorar esa dichosa certeza que invade mi pecho hasta presionarme las costillas.

—Tranquila, Livvy. Todo va a salir bien. —Mi hermano me aprieta afectuosamente el hombro al tiempo que palmea mi rodilla derecha—. Ya lo verás. Confía en mí.

«¿Qué será *bien* en este caso, Aiden? ¿Acaso lo sabes tú? Porque yo aún no lo he descubierto».

A la mañana siguiente acudo bastante puntual a mi encuentro con Elliot.

Puntual es a las once y cinco minutos, pero quiero pensar que aún entra dentro de los márgenes socialmente convenidos de la puntualidad.

Como nos vimos ayer, nuestro saludo es bastante tranquilo. Dejamos toda la intensidad impresa en el abrazo que nos dimos ayer en el Café Elysian. Nos sonreímos con cariño y entramos en el bar frente al que hemos quedado.

Pasamos un rato poniéndonos al día. Le cuento algunas anécdotas destacables sobre Vancouver y él me confiesa que está planteándose montar su propia consulta, en Jersey City. Aunque está contento con su trabajo en la clínica, cree que es el momento de arriesgarse a abrir algo que sea suyo.

A lo largo de estos meses, Elliot y yo hemos hablado de vez en cuando. Ha habido alguna conversación telefónica y bastantes más vía mensaje. No tiene nada que ver con el contacto que he estado manteniendo con Will, claro. Ni siquiera se le parece. Las conversaciones con Elliot, por lo general, han sido más fáciles, aunque mucho menos significativas.

Cuando terminamos de ponernos al día, Elliot se decide a sacar el tema de Will. Sabía que acabaría haciéndolo. A Elliot le gusta moverse por terreno descubierto, sin ocultismos ni medias verdades.

—Entonces, ¿estáis juntos de nuevo?

—No. Hablamos y eso de vez en cuando, pero no hemos vuelto. No van por ahí los tiros.

«¿O sí?», me replanteo automáticamente en mi interior. No siento que esté mintiendo a Elliot, pero sé que tampoco estoy ofreciéndole una verdad absoluta. Todo es tan malditamente confuso con él... Con Will, quiero decir.

—Si llego a saber cómo estaban las cosas, nunca te habría mandado las flores —asegura pensativo—. Pensé que como habíamos seguido hablando en este tiempo, tal vez podríamos... retomar el contacto cuando llegases. Pero ahora sé que no es buena idea.

Desplazo las manos de encima de la mesa hasta enredarlas en mi regazo. Lo miro detenidamente. Creí que todo había quedado claro entre Elliot y yo cuando me fui. Quedamos en que cada uno haría su vida, así que no contemplé que nuestras conversaciones tuvieran un motivo oculto más allá de un amigo preocupándose por otro que ha cambiado de ciudad. En ningún momento llegué a pensar que hablar conmigo estuviera dando falsas esperanzas a Elliot acerca de nosotros.

—Elliot, yo... Pensé que estaba todo claro. De haber sabido que tú... lo habría cortado antes.

—Está bien, Olivia. No pasa nada.

—Yo pensaba que... No sé. Cuando intentas olvidar a alguien, ¿no es mejor no saber nada?

—¿Eso fue lo que intentaste hacer con Will?

Asiento despacio.

—¿Y acaso funcionó?

Me quedo callada, con la mirada perdida y sin saber qué narices debo contestar a eso. Elliot sonríe con cierto aire de suficiencia y enseguida se apiada de mí.

—No hay nada escrito sobre cómo superar una ruptura con alguien. Cada uno tenemos nuestra manera. Lo importante es saber si de verdad quieres o crees que puedes conseguirlo. Mi objetivo no era olvidarte, me gusta pensar que soy más pragmático que eso.—Hace una pausa durante la que yo me limito a observar cómo juguetea con los hielos que hay dentro de su vaso de refresco. Tarda poco en volver a hablar—: Lo que quiero decir es que si mantuve el contacto contigo fue porque quería saber de ti. No lo hice para retenerte. Se dio así, porque estabas allí sola y porque yo aquí no tenía a nadie más que ocupara mis pensamientos. Y tal vez, si las cosas fueran distintas, habría insistido en retomar el contacto ahora que volvemos a estar cerca, pero ya he visto con mis propios ojos que no va a ser posible. Ni ahora, ni nunca, probablemente.

—Elliot...

Hace un gesto negativo con la cabeza, indicándome que no dé más importancia a esta conversación de la que realmente tiene.

—He visto cómo miras a Will, y sé que no serás feliz con nadie mientras lo mires así a él. No voy a mentirte: hasta ayer, me habría gustado ser yo. Pero cuando llegué a mi casa, reflexioné mucho sobre el tema. Lo que yo quiero es encontrar a alguien que se sienta así conmigo y solo conmigo. Y aunque ahora me duela, ese alguien no eres tú.

Permanezco en silencio porque, ¿qué puedo decir? Will aparte, Elliot ya sabe lo que hay. Sabe que me preocupo por él, pero no como a él le gustaría. Tiene que encontrar a una persona que le dé lo que está buscando.

—Encontrarás a ese alguien. Mereces encontrarla, Elliot. Pero tienes razón, no soy yo.

Cuando me despido de Elliot un rato después, sé que será la última vez que hablemos por iniciativa propia. Hasta el final, él se muestra atento y afectuoso conmigo. Siempre ha sido un sol de chico y sé que, tarde o temprano, alguien se dará cuenta y no lo dejará escapar.

Nos miramos a la cara al decirnos adiós y ambos entendemos que hemos sacado de lo nuestro todo aquello que podíamos obtener, y aunque tanto él como yo guardaremos un bonito recuerdo del otro, no tiene sentido esperar que podamos llegar más allá.

Tras un último abrazo en la puerta del bar, Elliot y yo emprendemos caminos opuestos. No me giro para verlo marchar, y espero de corazón que él tampoco lo haya hecho.

Tras los días de Navidad, vuelvo a Brooklyn antes de fin de año. A mi casa. A mi querido piso que llevo sin pisar más de tres meses. Dedico los primeros días a ponerlo todo en orden. Deshacer maletas, organizar armarios, hacer limpieza general y tirar papeles inservibles.

Al día siguiente a mi vuelta me dejo caer por la oficina. No me incorporo hasta la próxima semana, pero tenía que pasarme a dejar unas cosas y firmar un par de formularios. Me alegra reencontrarme con muchos de mis compañeros, y hago un esfuerzo por pasar por alto las miradas malintencionadas de otros a los que no parece sentarles muy bien que durante los próximos días vaya a ser la niña mimada con la que todos quieren hablar de Canadá.

Estar en Nueva York de nuevo me traslada, como siempre, a un estado mental en el que Will hace cameos con una frecuencia bastante preocupante. Aunque creo que lo de estar en Nueva York es una excusa, porque da igual donde nos encontremos uno u otro: Will posee un rincón de mi mente con su nombre grabado a fuego, en el que solo tiene cabida él.

A pesar del frío glacial que está haciendo hoy, por la tarde decido dar mi último paseo antes de que acabe el año. Mis pasos nos llevan a mi cámara y a mí hasta Prospect Park. La humedad que sale del lago potencia el olor a césped y a invierno que se respira en el centro de Brooklyn. Mientras camino, trato de poner un poco de orden en mis pensamientos. Hago balance del último año, especialmente de los últimos tres meses y medio.

Recuerdo cuando volví a ver a Will por primera vez en The New, aquella tarde de septiembre en la que sentí que el suelo se inclinaba bajo mis pies y que moriría a causa de la presión que ejercía sobre mis pulmones mi propio esternón. Recuerdo no querer aceptar que su vuelta era un hecho y recuerdo la angustia que desprendía la siguiente vez que nos vimos, cuando me confesó que había vuelto para quedarse y que no me había olvidado. Estaba tan confusa aquel día que apenas recuerdo la mitad de las cosas que le dije en la

cafetería.

Sé que Will es sincero cuando me dice lo que siente por mí. Jamás he dudado de sus sentimientos, porque cuando me mira, la fuerza que escapa de sus ojos los hace tangibles. Lo que Will y yo creamos al estar en la misma habitación es cosa de dos, y no soy tan tonta como para negarme a mí misma lo que aún siento por él. Recuerdo las palabras de Luke hace unos meses, cuando vino a verme al hospital. Me dijo que si Will ha conseguido que me sienta como me siento, necesariamente él se tiene que sentir de la misma manera. Y sé que debo creer a Luke, no solo porque me conozca bien y sepa mucho de la vida, sino porque también dijo que Will volvería a por mí y lo ha hecho.

Los últimos meses he estado dando vueltas a si debo o no aceptar el acercamiento que Will busca. Aunque una parte de mí se muere de ganas de redescubrir todas las sensaciones que me despierta, y aunque me haya asegurado que lo haremos todo a mi manera, lo cierto es que estoy demasiado asustada como para dar el paso.

Sigo dudando de esa faceta cobarde suya que lo llevó a alejarse de mí en el pasado. ¿Cómo puedo saber que cuando volvamos al punto en el que estábamos antes, (y seamos sinceros, sé que si todo va bien podríamos llegar a encontrar el camino de vuelta hasta ese lugar), no va a volver a asustarse y a dejarme tirada? La respuesta es fácil: no puedo saberlo.

Doy una segunda vuelta al parque, paseando entre los árboles desnudos por la llegada del invierno, y voy tomando unas cuantas fotos del lago y del paisaje grisáceo que queda de fondo, hasta que veo claro que solo tengo dos opciones: o cierro la puerta a Will definitivamente o se la dejo entreabierta, aunque no le dé la llave para que pase al interior siempre que quiera.

La noche de fin de año la pasamos en un local de moda de Manhattan con unos amigos del trabajo de Matt. Es muy difícil que te dejen entrar en este sitio, especialmente en una noche como esta, pero uno del grupo está bien relacionado en esto de la vida nocturna neoyorkina.

De nosotros, estamos todos menos Neal, que tras la noche de mi cumpleaños se fue a Albany a pasar las fiestas con su familia. No vuelve hasta pasado mañana.

Pasamos un buen rato en la parte de abajo, donde hay una sala con música comercial. Un poco antes de que den las doce subimos a la planta superior, que está más tranquila y tiene mejores vistas de la pantalla gigante que conectará en directo con Times Square en unos minutos.

Claire toma asiento en una de las mesas y se dedica a mirar compulsivamente su móvil cada dos por tres. Nosotros tres la miramos burlones sin decir nada, porque sabemos de sobra de quién espera tener noticias. Tanto uno como otro siguen sin soltar prenda de lo que quiera que haya pasado entre ellos, pero al menos Claire ha dejado de fingir que no hay nada más que saber.

—Seguro que te llama a las doce —le digo con cariño, dejándome caer a su lado.

Claire me mira con sus enormes ojos azules brillando de manera irreal a causa de la iluminación de la discoteca.

—Lo sé. Es solo que... Estoy un poco preocupada, ¿sabes? Su familia está viviendo un momento complicado.

—Sí. Eso comentó el otro día. Pero sabe que estás ahí para él. Que todos lo estamos, de hecho. —Ladeo la cabeza y le sonrío—. Seguro que te tiene presente en todo momento.

Ella asiente, pero su mirada sigue enturbiada; por la ansiedad y por el alcohol, pienso para mis adentros.

—¿Crees que tendrás noticias de Will a las doce?

Bonito cambio de tema. Compongo una mueca y me encojo de hombros. No he sabido nada de él desde el día de mi cumpleaños, así que dudo que me diga nada hoy. La verdad que ya he perdido la esperanza de que me escriba él si no le escribo yo primero.

—No lo creo. Creo que está esperando algún movimiento por mi parte. En realidad es mi turno. Él lleva meses llevando la batuta en esto.

—¿Y por qué no lo haces esta noche? Es la ocasión perfecta. Estoy segura de que lo está esperando.

Suspiro y agacho un poco la cabeza. La música suena demasiado alta como para mantener una conversación como esta, pero Claire intenta retener mi mirada y me coge la mano para mitigar mi reticencia a darle una respuesta.

—Si le escribo, ya habré decidido.

—¿Y qué te frena a decidirte?

«Dudas. El riesgo. Volver a acostumbrarme a él y que se desvanezca».

—¿Tú de verdad crees que es buena idea, Claire?

Mi amiga deja escapar el aire con fuerza.

—Mira, Liv, si algo he aprendido en los últimos meses es que hay trenes que solo pasan una vez por la misma estación y a veces somos idiotas y los perdemos. Si nos damos cuenta a tiempo de que verdad queremos subir, solo

nos queda la opción de cambiar la ruta para conseguirlo.

La miro entrecerrando los ojos. Subo el tono de voz para que la música no nos haga perdernos ni un solo detalle de esta charla:

—¿Estás hablando de ti?

—Estoy hablando de Will —contesta evasiva—. Que la cagara una vez no significa que le importes menos, Liv. Hay gente a la que le cuesta hacer bien las cosas a la primera. No somos perfectos.

Vale, sí. Está hablando de ella. Me dedica su sonrisa de «no me preguntes más que ya te estoy dejando ver demasiado» y retira la mirada. Estoy a punto de hacer un comentario ingenioso cuando Matt se planta de golpe detrás de nosotras, gritando para hacerse oír sobre el bullicio que llena el local:

—¿Qué hacéis ahí? ¡Parecéis dos ancianitas perdidas entre la muchedumbre! Venid a la barandilla, Christina ha cogido sitio para todos.

Claire y yo compartimos una última mirada y nos levantamos, pero antes de juntarnos con el resto de la gente, se acerca a mí y me dice al oído:

—Confía en tu instinto, Liv.

Llegamos junto al resto de la gente cuando pocos segundos antes de que empiece la cuenta atrás. A través de la pantalla vemos cómo miles de personas esperan congregadas alrededor de Times Square, cuyas luces brillan con más fuerza que cualquier otra noche del año. Desde la discoteca donde estamos, la gente empieza a cantar a voz en grito los números en orden descendente que dan la entrada al nuevo año.

La gente aplaude y vitorea cuando la famosa bola cae y damos la bienvenida al 2015. Mis amigos y yo nos enterramos los unos a los otros en un abrazo al tiempo que vuelven a poner la música. Todo el mundo empieza a besar y a abrazar a todo el mundo, y enseguida empiezan a verse móviles en manos de gente que quiere felicitar el año a quienes no están a su lado.

Veo el móvil de Claire brillar casi de inmediato y la luz de su sonrisa me da fuerzas para hacer lo que en el fondo quiero hacer.

Son las 0:03 cuando le escribo. Mis dedos tiemblan, pero esto es lo que me dice mi instinto que haga.

<Feliz año nuevo, William.>

Miro la pantalla de mi móvil con el pulso enloquecido mientras mis amigos bailotean a mi alrededor. La música apenas se oye en mi cabeza; únicamente retumban los latidos desbocados de mi corazón. Gracias al cosmos, la respuesta vibra en mis manos en menos de un minuto:

<Feliz año para ti también. Que el nuevo año traiga a tus días toda la

felicidad que siempre has buscado y que estés siempre rodeada de gente que te quiere para compartirla.>

Me quedo mirando el móvil con cara de tonta. Ay, Wiliam... Eso me ha llegado. Aunque parezca una frase sacada de una típica felicitación, en mi interior todo suena diferente cuando lo dice él.

Continúo mirando la pantalla aún brillante. Suelto aire con fuerza y con dedos algo torpes, envío un simple <Gracias.>

Will no contesta en los minutos que siguen. Claro, he sido la reina de la mensajería rancia. ¿Qué va a contestar a un simple gracias después de unas palabras tan bonitas? «Vamos, Olivia, puedes hacerlo mejor».

Fijo de nuevo la vista en la ventana de nuestra conversación y desplazo mis dedos hacia el teclado. De alguna manera, tengo la certeza de que él está haciendo exactamente lo mismo, allá donde esté. Siento nuestra conexión como una onda en el aire que vibra contra mí, esperando que añada algo más, suplicándome que dé un paso adelante.

<¿Nos vemos la semana que viene?>, envío. Aparece como leído al instante pero nada indica que esté escribiendo, así que añado rápidamente: <Hay una exposición de fotografía en una galería de Harlem que quiero ver. ¿Te gustaría venir conmigo?>

También lee eso, pero no contesta. Pasa un minuto, dos, tres... Mis pulsaciones aumentan alcanzando niveles casi taquicárdicos. La música potencia las inseguridades de mi interior. La gente a mi alrededor me aturde porque me recuerda que el mundo no se ha parado por el hecho de que haya escrito estos mensajes. Siento que me va a explotar la cabeza, hasta que por fin su respuesta se ilumina con fuerza en la pantalla:

<No se me ocurre una manera mejor de empezar el año.>

¿No sabes que haría cualquier cosa?

Dicen que el día de hoy es el más frío en lo que llevamos de año. No es que signifique mucho, ya que estamos solo a día 8 de enero, pero hace un frío de cojones.

Son las siete de la tarde y me hallo al aire libre, resguardado solo por una carpa de lona a pesar de las temperaturas bajo cero. No obstante, no podría importarme menos.

A mi lado, Olivia se pasea sobre las baldosas de piedra que cubren el patio. Se desliza entre el resto de asistentes a la exposición, observando con la cabeza inclinada las fotografías exhibidas en paneles portátiles. Va analizando las imágenes a todo color que encierran figuras geométricas en la naturaleza. Sonríe al mirarla sin que se dé cuenta. Está muy guapa esta tarde. No es que sea una novedad, pero sus mejillas sonrosadas a causa del frío y la manera en la que se refriega los brazos para entrar en calor, intensifican las ganas que tengo de tenerla cerca, en mi cama. Nos imagino a los dos muy pegados bajo mi edredón para quitarnos el frío del cuerpo de aquí al próximo verano. Nos imagino viendo una película en mi sofá, con las piernas enredadas cubiertas por una gruesa manta de lana y con una bebida caliente en las manos. Nos imagino de la mano viendo la lluvia caer y en medio millón más de escenarios posibles.

Al llegar frente a una lámina predominada por un majestuoso tigre de bengala, Olivia se gira hacia mí. Finge no darse cuenta de que llevo un rato mirándola fijamente.

—Se me van a congelar las orejas aquí dentro. Recuérdame por qué nos hemos quitado los gorros.

Le sonrío.

—Por respeto.

Nos hemos dejado puestos los abrigos, pero los gorros y guantes descansan dentro de su bolso. La exposición está montada en el patio trasero de una galería de Harlem, resguardada por una carpa blanca que abarca la totalidad del terreno. No hace tanto frío como en el exterior, pero no es lo mismo que estar entre las cuatro paredes de un local climatizado.

Cuando la he recogido en la parada del metro hace apenas media hora, Olivia me ha explicado que la exposición que íbamos a ver está enmarcada

dentro de una tendencia actual en jóvenes fotógrafos, caracterizada por buscar objetos cotidianos en la naturaleza. Se la recomendó un compañero del trabajo hace un par de semanas, y como está inmersa en el proceso creativo de una campaña, dice que va buscando inspiración en cada sitio que pisa. Sin embargo, creo que ha desistido de encontrarla aquí esta tarde. No está muy contenta con el contenido. Va acelerada, criticando algunos de los trabajos en voz bajita para que solo la oiga yo.

—No es solo que carezcan de sentido a nivel técnico, es que algunas son feas. No me dicen nada.

Seguimos avanzando con ojos curiosos. Mientras ella se queda unos pasos rezagada, con el ceño fruncido al examinar la foto de una coliflor que pretende simular el cerebro humano, yo paso a la siguiente.

—Esta es bonita. —Le señalo con la cabeza una composición de pequeñas fotografías organizadas en el tríptico que ahora queda delante de mí.

Olivia se acerca, entrecierra los ojos para enfocarla y suelta una carcajada. Yo también sonrío. Estoy de coña, claro. Es de estética dudosa, como todas las demás. Es cierto que no soy ningún entendido, pero la verdad que ninguna de las fotografías que hay por aquí me ha dicho nada de momento. Además, me fío del criterio de Olivia, que hasta ahora no ha dado su visto bueno a ninguna.

Tras un rato más de dar vueltas entre imágenes difusas, Olivia se rinde.

—No sé cómo voy a inspirarme con esto, en serio. Venga. Vamos a cenar algo. Aún podemos salvar la tarde.

Nos dirigimos a un pequeño bar a solo dos manzanas de la galería. No tardan mucho en darnos una mesa al lado de la ventana. Con una sonrisa, el camarero nos deja una carta para cada uno y toma nota de lo que vamos a beber.

Apenas tres minutos después nos traen dos copas de vino blanco y una jarra de agua, a petición de Olivia. Decidimos pedir un poco de todo para cenar y cuando volvemos a quedarnos solos, hacemos un análisis de la exposición entre risas, poniendo en entredicho desde la dudosa aclimatación del sitio hasta el nivel de las obras.

—Creía que te informabas bien sobre todas estas cosas. Críticas, reseñas, opiniones... Me sorprende que no lo hayas hecho esta vez.

Olivia sonrío misteriosa, al tiempo que saca servilletas del bote que queda en el centro. Reparte unas cuantas entre los dos y vuelve a mirarme.

—Está bien. Lo admito. Tuve que improvisar.

—¿Cómo?

—Cuando te dije de vernos esta semana, quise ofrecerte algún plan mínimamente atractivo y en el momento solo me vino a la cabeza la exposición. Me la habían recomendado hacía unos días, pero no sabía mucho acerca de ella y cuando aceptaste... no quise darle más vueltas.

Alzo las cejas, risueño pero sorprendido.

—¿Para qué ibas a necesitar engatusarme con un plan? ¿Es que no sabes que te habría acompañado a hacer la compra si me lo hubieses pedido?

Me mantiene la mirada un segundo y sonrío.

—¿Y en qué lugar me habría dejado eso? Tenía que estar a la altura de las circunstancias después de tu aparición en Hoboken. Al menos la primera vez.

Su desparpajo me hace sonreír. Me gusta cuando se muestra así, natural. Jugando inconscientemente a provocarme, como cuando nos conocimos. No sé si lo hace porque el hecho de que la exposición haya sido un fracaso nos ha acercado de alguna manera, porque ya lleva media copa de vino o porque ha tomado una determinación respecto a lo nuestro.

—La primera vez, ¿eh? Entonces... ¿debo suponer que estás de acuerdo en que nos veamos de vez en cuando? Porque en realidad, aún no hemos hablado del tema...

Sonríe con cierta reserva. No contesta de entrada. Se entretiene en rellenar de agua el vaso que tiene vacío, dejando a un lado la copa de vino. Por enésima vez en lo que va de tarde, intento fijarme si bajo las mangas de su jersey se esconde el reloj que le regalé, pero una vez más no consigo averiguarlo. Da un trago sin dejar de mirarme con los ojos bien abiertos.

—Pensé mucho en lo que me dijiste, ¿sabes? En lo de hacer cosas juntos, sin pretensiones de más. Sin nada complicado de por medio. Solo... eso. Vernos. —Vuelve a dejar el vaso sobre la madera de la mesa y pincha un pedacito de queso de la ensalada que nos acaban de traer

—¿Y qué te parece? ¿Crees que es factible?

—Creo que podemos vernos alguna vez y ver qué tal se nos da. Pero estarás de acuerdo conmigo en que es un poco complicado. Nosotros, en realidad... nunca hemos sido amigos.

Trato de ordenar mis ideas, ignorando la sacudida que me da el estómago. Me paso la mano por la barba mientras encuentro las palabras para transmitir lo que quiero sin desviarme de la línea.

—Tampoco pretendo que seamos simples amigos ahora. Los dos sabemos cómo funcionan las cosas, y ya te dije que no persigo algo claro en esto. Lo

único que quiero es verte de vez en cuando. Me gusta estar contigo y no quiero renunciar a pasar tiempo juntos ahora que volvemos a estar en la misma ciudad. Quiero que sepas que estoy aquí. —Hago una pausa significativa—. Pero bueno, tampoco quiero presionarte para que hagas nada que no quieras hacer.

—En realidad no sé qué espero de esto. No sé si tiene sentido o si es la mayor estupidez que he hecho en mi vida. Pero... no quiero quedarme con la duda. Algo dentro de mí me dice que tengo que probar. Le di muchas vueltas después de mi cumpleaños.

Sonrío.

—Eso espero. Te tomaste tu tiempo.

—¿Es una queja? —pregunta con condescendencia.

Sonrío de nuevo.

—No, una observación. La espera fue un infierno, no te voy a engañar, pero prefiero que lo hayas hecho así si de esta manera estás segura de la decisión que has tomado.

Olivia asiente, vuelve a pinchar algo y se lo lleva a la boca. Yo doy un bocado a un pedazo de pan, tomándome mi tiempo para masticar antes de preguntarle:

—¿Lo estás?

Traga rápidamente.

—¿Si estoy qué?

—Segura. Quiero saber si estás segura de que esto es lo que quieres que hagamos.

Parpadea despacio, haciendo que me pierda en el recorrido de sus pestañas durante ese breve espacio de tiempo.

—Eh... Bueno. No. Sí. Supongo. Estoy todo lo segura que se puede estar en una situación como esta. —Se encoge de hombros y me dedica una mirada falsamente despreocupada—. ¿Lo estás tú?

Le sonrío a través de la calidez que habita en mi pecho. Me encanta esa actitud desenfadada que finge para no revelar demasiado. ¿Cómo me puede gustar tanto la forma de ser de una persona? Adoro cada uno de esos gestos que durante un tiempo de mi vida tuve el lujo de explorar de cerca. No dudo al contestarle. Por mucho que nuestra relación esté ahora mismo en esta suerte de limbo abstracto, hay cosas que deben ser dichas en el momento preciso.

—Pocas cosas tengo más claras en esta vida que el hecho de querer pasar tiempo contigo.

Mi declaración queda entre los dos, flotando en el aire que ambos respiramos. Veo sus pupilas dilatarse, pero la sonrisa críptica que se dibuja en su cara me indica que no va a entrar en el juego.

Seguimos cenando dentro de este bar plagado de universitarios. Parece ser que la zona en la que nos encontramos está de moda estos días. La música suena bastante alta y el ambiente es bullicioso en general. La verdad que es un sitio más apropiado para una noche de cervezas con amigos que para estar con tu chica, aunque por otra parte, soy plenamente consciente de que ahora mismo no puede decirse que Olivia sea mi chica. Tal vez por eso no sepa hasta qué punto este ambiente nos ayuda o nos sumerge en patrones que no terminan de casar con nosotros.

—¿San Valentín? —le pregunto un rato más tarde, en medio de su explicación acerca del trabajo que está preparando actualmente—. ¿No es un poco tarde para eso? Queda poco más de un mes

—Sí. La mayoría de las campañas grandes ya están en marcha, pero esto es una exigencia de un cliente... especial. Es un proyecto pequeño y de última hora. Quería algo impactante que presentar pocos días antes. Algo enfocado a contentar a los clientes que ya tiene, más que para captar clientes nuevos. Ya veremos lo que sale.

—¿Y cuándo tienes que presentar tu idea?

—El lunes nos reunimos todos a primera hora. Al salir de la reunión, tiene que estar todo claro para empezar esa misma tarde.

—¿Y ya sabes sobre qué quieres hablar?

—Bueno... Tengo una idea, pero aún sin forma.

Se pasa una servilleta para eliminar los restos de aceite que la comida ha dejado en su boca. El hecho de que se muestre esquiva, suscita mi curiosidad.

—¿Te apetece contármela?

Olivia se aclara la garganta y cambia su postura. A continuación, asiente.

—A ver... Había pensado algo que mezclara dos escenas de... bueno, de pareja. La temática, obviamente, es la que es. Es San Valentín. Pero lo que yo había pensado era jugar con dos imágenes: una que mostrara una pareja en sus inicios y otra que ya esté consolidada.

Me acomodo en la silla para escucharla mejor.

—¿Y qué buscas reflejar de cada una?

—Bueno... La que se está conociendo, pues eso, ya sabes. La inocencia de lo que crees que puede ofrecer la otra persona, la ilusión, la complicidad creándose... La química del principio, aunque también las dudas, los

límites... —Se muerde el labio con nerviosismo—. No sé si sabes a lo que me refiero.

—Claro. Perfectamente. Ese vuelco en el estómago que inexplicablemente es más intenso cada día. —Nos miramos fijamente a los ojos y algo me retumba en las costillas. Hago un esfuerzo por no sonreírle demasiado—. ¿Y la otra pareja?

—Pues... las tradiciones, la confianza, el amor asentado. El... el hogar. Sentir que el otro es tu casa. Un domingo en la cama, las discusiones, los detalles...

—La lucha —señalo pensativo.

Olivia arruga la nariz.

—Ese es un concepto muy negativo. ¿Te parece que todo lo que puede ofrecer una relación estable son problemas y batallas?

Sonríó con suficiencia ante su postura defensiva.

—No, Olivia. No es eso lo que creo. No me has entendido. Estaba recordando algo que me dijo mi madre hace un tiempo acerca de que el secreto para que una relación dure, es luchar por que la otra persona elija cada día seguir a tu lado —le explico con suavidad—. Perseverancia. Atenciones. Aprender con cada discusión a ser mejor para el otro... Es una lucha en el sentido de que hay que esforzarse a diario y no bajar la guardia, no porque lleve implícito connotaciones negativas.

Su boca se moldea hasta formar una especie de O. Yo siempre he evitado este tipo de conversaciones como el gato al agua cuando han salido en el pasado. Parpadea varias veces y carraspea rápidamente para disimularlo.

—Vaya. Esa es una reflexión... profunda.

Suspiro.

—Sí, lo es. A mí me ha ayudado a ver ciertas cosas de otra manera y a darme cuenta de que todos merecemos algo así.

—No todo el mundo quiere eso de la vida —rebate.

—Ya. Todo el mundo no, pero hay gente que sí. ¿Acaso tú no?

—¿Te refieres a si busco una relación estable? —Me mira mostrándose algo tensa ante la conversación que se está desarrollando entre nosotros.

—No, me refiero a si aspiras a tener algún día ese tipo de relación por la que merece la pena luchar cada día. Con sus momentos buenos, con los malos. Una inversión a largo plazo. La búsqueda de un proyecto común y para siempre.

—No creo que lo difícil sea plantearse ese tipo de relación, sino encontrar

a la persona con la que tenerla.

—En eso estoy de acuerdo. Con suerte, te pasa una vez en la vida — susurro tiñendo la frase de una convicción absoluta, concienzudamente abierta a interpretaciones.

Los ojos de Olivia se me clavan con fuerza cuando mi voz se cuele en su cabeza. El silencio flota en el aire y las palabras no pronunciadas nos martillean a ambos por dentro.

Ella es la encargada de romper el hielo apenas unos segundos después.

—¿Cómo nos hemos puesto tan profundos?

Noto la comisura de mi labio superior curvándose en un gesto de resignada comprensión. Está buscando una vía de escape.

—Hablábamos de tu trabajo. —Doy un largo trago de agua para deshacerme de la sensación extraña que me ha invadido la boca. Sin darme cuenta, uso el vaso de Olivia. Ella observa el recorrido de mi mano al volverlo a dejar en su sitio, pero no dice nada—. Espero que hayas sacado alguna idea nueva a la que dar vueltas.

—Si acabo usando algo de lo que has dicho en este proyecto, tendrás que darle las gracias a tu madre de mi parte.

Le sonrío y me obligo a mantenernos en esta nueva zona de confort que estamos dibujando. No quiero faltar a mi palabra, aunque sé que es cuestión de tiempo hasta que la cosa se complique. Tanto ella como yo llevamos una máscara que se cuartea cada vez que nos acercamos un poco más al otro. No es una cuestión de presunción por mi parte, es que Olivia está aquí, cenando conmigo. Y está porque lo ha decidido ella. Se decantó por la opción que me mantenía cerca.

Nos acabamos la cena y pedimos el postre. La conversación versa sobre temas poco complicados. Mi trabajo, su trabajo, nuestros amigos. La vuelta a la rutina en Nueva York. Risas. El último artículo que ha leído en el Huffington Post sobre el cambio climático. Hipótesis sobre la posible vida que lleva la gente que nos rodea. Alguna que otra anécdota...

—Estoy pensando una cosa... —empieza a decir cuando un rato después pedimos la cuenta.

—Tú dirás.

—Como ahora somos amigos, si salimos a cenar, tendremos que pagar a medias, ¿no?

—¿Cómo?

—Sí, supuestamente ya no está entre tus objetivos seducirme, ¿verdad?

Estoy aquí por iniciativa propia y sin intereses ocultos, así que lo lógico es que cada uno pague lo suyo.

—¿Sabes qué? —Me inclino hacia ella y en tono burlón le aseguro—: Yo no veo la lógica por ningún sitio.

Olivia suelta una carcajada que vibra en mi estómago. Mis labios se curvan hacia arriba. No hay ningún sonido en el mundo que me impacte tanto como su risa.

—Porque tienes pocas amigas hembras, William. Pero te aseguro que si yo saliera a cenar frecuentemente con Matt, él y yo solos, pocas veces me invitaría él y yo me limitaría a sonreír y dar las gracias.

—¿Con esto quieres decirme que tú y yo vamos a salir a cenar frecuentemente?

Vuelve a reírse y de nuevo siento ese cosquilleo que nace en mi estómago y que asciende hasta anidar en mi garganta. No recordaba lo mucho que disfruto al flirtear con ella. Los últimos recuerdos que guardo de momentos con Olivia están impregnados de aquella intensidad desquiciante que lo absorbía todo. Creo que en este tiempo hemos olvidado que la magia entre los dos nació aquí. En la sencillez, en tratarnos como si nos conociéramos de toda la vida, al mismo tiempo que nos comportábamos como no lo habíamos hecho con nadie antes.

—Qué facilidad para volver la situación a tu favor —comenta sarcástica—. Me refería a que si un día esporádico saliera con él, podría invitarme. O yo a él, según la situación. Pero aunque salimos bastante, no es habitual que salgamos él y yo solos; siempre vamos con más gente. En cambio, contigo sí somos dos. Da igual si salimos una vez al mes o al año. No suele venir nadie más.

—Entiendo, pero creía que había quedado claro que no es la misma situación conmigo que con Matt.

—Vaya. Y yo que había entendido que tenía derecho a poner mis propios límites y que tú aceptarías mis deseos como un perrillo faldero...

Chasqueo la lengua al tiempo que agito la cabeza con diversión.

—Vale. Con que esas tenemos... Bien: negociemos. Dime, eso de pagar a medias, ¿es una regla inamovible? Quiero decir, ¿siempre tiene que ser así? —Olivia me mira divertida pero sin entender lo que quiero decir—. Piensa en esta situación: ¿si la semana que viene quedásemos y a mí se me antojase cenar en un tailandés y tú cedieras aunque no te apeteciese mucho, podría, como premio a tu concesión, invitarte yo a ti?

Da un trago a su copa y me sonrío ampliamente.

—En ese caso lo aceptaría, siempre que si la situación fuese al revés, estuviéramos en igualdad de condiciones.

—Muy bien. Trato hecho, pero hoy invito yo. Un placer hacer negocios contigo. —Levanto mi copa hacia ella y le guiño un ojo—. ¿Algo más que quieras debatir?

Cuando un rato después llega la hora de decir adiós, noto un remolino de emociones presionando mi caja torácica: alegría porque esta noche ha sido un híbrido entre un encuentro entre amigos y una segunda primera cita, tristeza por los muros que me impiden acercarme tanto como me gustaría, ilusión porque la complicidad entre los dos hace titilar una luz de esperanza y miedo de que haya sido todo un espejismo.

A pesar de que hay un millón de cosas que me gustaría decirle antes de que suba al taxi que está esperándola frente a nosotros, tengo que seguir siendo fuerte y hacerlo fácil:

—Lo he pasado muy bien, Olivia —digo situándome más cerca de ella—. Ha sido la mejor exposición de fotografía en la que he estado.

—Nunca habías estado en una hasta hoy —apunta con pillería.

—Ya. Por eso lo digo.

Se ríe.

—Siento que haya sido una mierda, pero la verdad que yo también lo he pasado muy bien. Gracias por haberme acompañado.

Contengo una sonrisa.

—Gracias a ti por habérmelo pedido.

La luz de las farolas nos alumbran a ambos mientras pensamos qué decir a continuación. La incertidumbre acerca de cuál puede ser una despedida adecuada en nuestro caso empieza a pellizcarme el esófago, hasta que Olivia se pasa la mano izquierda por el pelo y, en un acto reflejo, decido interceptarla antes de que la devuelva al bolsillo de su abrigo.

Tiro de sus delicados dedos y los llevo hasta mi boca, con la aparente intención de decirle adiós como se despedían los caballeros de las señoritas en los años 70. Las pestañas de Olivia revolotean con fuerza. Demoro más de lo necesario los segundos que mi boca roza la calidez que desprende su piel a través del guante y antes de soltarla, tiro de la manga del abrigo hasta dejar al descubierto su muñeca. Ahí, en contraste con su piel y lanzando destellos gracias a la iluminación nocturna, me encuentro con el imponente reloj de platino que he soñado con verle puesto durante más de un año.

Mi mirada vuela hasta encontrarse con esa franja luminosa como el ámbar que son sus ojos. Olivia traga saliva con dificultad, evidenciando que nota la corriente que circula entre los dos.

—¿Pensabas decirme en algún momento que lo llevabas puesto?

Me acerco un poco sin darme cuenta, sin soltarle la mano. Olivia no muestra signos de que le incomode que esté a punto de invadir su espacio personal, ni tampoco hace nada por desembarazarse de mí.

—Quería ver si aguantabas sin preguntármelo —admite, con la culpa brillando débilmente en sus ojos.

—Esta era mi última oportunidad. Llevo toda la noche queriendo averiguarlo. ¿Me estabas poniendo a prueba?

—Sí.

Trago el nudo de ganas que me bloquea. De ganas de decir, de hacer y de demostrarle mil cosas para las que sé que no está preparada. Que no está preparada ella, porque yo apenas puedo sostener todas estas sensaciones que en mi interior luchan por explotar.

—Pues la curiosidad me estaba matando, ¿sabes?

Tal vez mi tono es demasiado efusivo, tal vez mis ojos se lo cuentan a gritos o tal vez lo escucha a través de mi silencio, porque Olivia empieza a alejarse casi de inmediato y eleva la apuesta a favor de su línea defensiva.

—Bueno, igual no te va mal sufrir un poco.

Noto cómo desciende la temperatura en mi interior ante esas palabras, lo que provoca que el calor que me había inducido su cercanía se evapore al instante.

—Igual no —contesto tirante.

Olivia compone rápidamente una mueca de arrepentimiento. Doy un paso atrás, soltándole suavemente la mano. Su mirada se oscurece y me fijo en cómo se muerde los labios por dentro.

—Dios. Perdona. No pienso que debas sufrir. No lo mereces. Nunca he pensado que lo merecieses.

Suspiro hondamente.

—En realidad sí lo merecía. Lo merecía y lo necesitaba. El sufrimiento puede ser bueno, ¿sabes? Aunque no lo parezca. A veces sirve para poner las cosas en perspectiva. Te ayuda a ver qué es lo que quieres y te da fuerzas para luchar por conseguirlo.

Si no hubiera sufrido por haberla perdido, probablemente no habría reunido el valor que necesito para recuperarla y no volver a dejarla marchar,

me recuerdo.

—Aun así, siento haber sonado tan brusca. Perdóname.

Asiento despacio para hacerle saber que está disculpada. No puedo cabrearme con ella por algo que yo mismo pienso.

El silencio nos azota de nuevo y Olivia se desespera por hacer algún comentario que nos devuelva al terreno que esta noche hemos definido como normal.

—Te has vuelto muy sabio de repente, ¿no?

Le sonrío con tristeza.

—De repente no. Me ha costado lo mío.

Parpadea varias veces seguidas. Tenemos que acabar con esta conversación.

—Tú sigues siendo única para romper el hielo —añado con una mueca que pretende ser divertida—. Venga, sube al taxi. Se te va a hacer muy tarde.

Ella suelta el aire con fuerza y me dedica una sonrisa algo tímida antes de dirigir sus pasos hacia el borde de la calzada.

—Lo he pasado muy bien. De verdad. —Me toca brevemente el brazo, haciendo hincapié en lo positivo de la noche de hoy. No quiere irse con una mala sensación del final. Y la verdad que yo tampoco.

—¿Tanto como para repetirlo dentro de poco?

Un chispazo de tranquilidad se filtra en la nueva sonrisa que dibuja tras notar mi tono optimista.

—¿Quién sabe? Mándame un mensaje un día de estos y te digo si me decido por una fecha cercana.

Me da un beso rápido en la mejilla, como quien no quiere la cosa. Se mete en el taxi pero no cierra la puerta.

«Muy hábil», pienso mientras la observo acomodarse en la parte trasera del vehículo. Vuelve a dejar la pelota en mi tejado.

—Sabes de sobra que lo haré —le aseguro agachándome un poco para mirarla a la cara.

Antes de cerrar la puerta, alcanzo a escuchar su tono cómplice al contestar:

—Tal vez por eso lo he dicho.

Sonrío para mis adentros y me quedo parado en la calzada hasta que el taxi se pone en marcha.

No sé cuánto tiempo podremos sostener este tira y afloja. De verdad que no lo sé. Lo único que sé es que pienso disfrutar de cada segundo que dure.

¿Somos valientes?

Contemplar cómo caen los copos de nieve fuera de la ventana de la oficina me ha mantenido abstraída durante los últimos minutos. Son simples cristales de hielo, pero hay algo en ese movimiento que dibujan desde que caen del cielo hasta que se deslizan sobre la calzada que me resulta hipnótico; y yo necesitaba poner mi cerebro en pausa durante unos minutos.

Suspiro y echo un vistazo al móvil, que ha perdido brillo sobre la mesa. A pesar de la calefacción, siento frío en la nuca. Como un pellizco de esa nieve que ahora cubre las aceras. Sé que la culpa es del mensaje que acaba de llegarme: *<Sabes que odio tener que decirte que no, pero lo cierto es que ya tengo planes. ¿Hablamos para lo del sábado?>*

Ha pasado más de un mes desde que Will y yo empezamos a quedar de nuevo. Un mes de vernos cada semana; de conversaciones esporádicas, comidas improvisadas y cenas disfrazadas. De acostumbrarnos a teñirlo todo de una camadería que trata, en vano, de que lo que fuimos quede parcialmente oculto. De seguir una progresión que provoca que continuar encontrando razones para mantenerme alejada sea cada día un poquito más difícil.

Habrà quien me lea y diga, ¿para qué quieres mantenerte alejada si accediste a estar disponible para verte con él de vez en cuando? ¿Qué narices buscas con esta... pseudo-relación, Olivia? Y que quede claro desde ya que me uno a ese grupo de personas que cuestiona mis acciones, porque no tengo una respuesta. No tengo muy claro qué estoy haciendo. Mi vida ahora es como un péndulo que se agita entre los polos contradictorios de un mismo continuo. Ni sí, ni no. Ni dentro, ni fuera. Dame espacio, pero no te alejes demasiado. Déjame decidir a mí, pero no cargues la responsabilidad sobre mis hombros.

Hasta yo sé que lo que estoy haciendo no es razonable, se mire por donde se mire. Y si acaso se me olvida, tengo a mi alrededor gente con la suficiente confianza como para hablarme claro cada vez que lo consideran.

—Liv, lo que estás haciendo no es justo. Ni para ti, ni para él. Decidiste que estuviera en tu vida, y ahora debes ser consecuente; dejar que sea siempre él el que te busque, no lo es. No puedes jugar al gato y al ratón, y menos para probarte a ti misma que estás en control de la situación.

He pasado los últimos días dando vueltas a esa conversación que mantuve con Christina, desmenuzando cada argumento a favor y en contra; desnudando

las razones que me llevan a actuar de una forma determinada y exponiéndolas a la luz del sol para ver cómo brillan de manera distinta.

Christina tiene razón, claro. Para no variar. No tiene sentido poner trabas a un camino que yo misma elegí, por eso esta mañana he decidido proponerle un plan a Will por mi cuenta y riesgo y por eso estoy cabreada como una mona porque me haya dicho que no.

Ay, las expectativas. Qué malas amigas son de la gente que espera demasiado.

Horas más tarde, doy por finalizada la jornada y encamino mis pasos hacia la zona de *outlets* que hay en Union Square, muy cerca de mi oficina. No me apetece irme a mi casa, así que paso un buen rato olisqueando ofertas por las tiendas y autoconvenciéndome de que darse un capricho de vez en cuando no es un pecado mortal.

Cuando me doy por satisfecha y salgo de nuevo a la calle, una ráfaga de aire glacial me golpea en la cara. Enrollo la bufanda de lana roja alrededor de mi cuello y ajusto el gorro para que me proteja las orejas. Hace un frío horrible. En el cielo el sol ya se ha extinguido, pero la luz de las farolas se refleja en la fina capa de nieve que ha vestido las aceras de blanco. Aprieto mis pasos en dirección al metro, exhalando con cada respiración una nube de vaho que se mantiene en el aire unos pocos segundos. Cruzo la avenida cuando el semáforo marca la luz verde y continúo avanzando por la calzada, paseando frente a los establecimientos de Greenwich Village.

Mientras camino, voy justificando para mí misma que he comprado prendas que necesito. Hago una lista mental de las situaciones en las que puedo usarlas y me armo de argumentos que alivien la disonancia post-compra. En esas estoy cuando algo dentro de una de las cafeterías llama mi atención como lo haría un faro en una noche de niebla. En solo un segundo mi cerebro se detiene. Mis pies frenan por cuenta propia sobre las baldosas. No derrapo sobre la nieve de puro milagro. El aliento se me queda atravesado en la garganta y todos mis sentidos se agudizan.

Es Will. Will sentado dentro de una de las cafeterías. Will sentado dentro de una de las cafeterías con una chica. Will sentado dentro de una de las cafeterías con una chica guapa y sonriente, que probablemente sea la razón por la que ha rechazado mi plan de esta tarde. Se me nubla la vista. ¡Es una cita!

Me obligo a respirar hondo y a contemplar la posibilidad de que esa chica sea su hermana, pero he visto las suficientes fotos de ella como para saber que no lo es.

No puedo creer que esté siendo testigo de esto: Will en plena cita, flirteando con otra. Qué hijo de una hiena.

Retrocedo unos pasos para mirarlo sin ser descubierta, cosa que no será difícil, puesto que estamos a una distancia considerable y él parece estar muy entretenido. Cojo aire hasta quemarme la garganta con el hielo que se respira en el aire. Menudo maldito. Malditos los dos, de hecho, con sus sonrisitas y sus cabezas a escasos centímetros la una de la otra mientras miran algo en el móvil. Ella habla. Él se ríe. Comentan. Se miran y se vuelven a reír.

Dios. Vaya par de gilipollas.

Me llevo una mano hacia el pecho, donde mi corazón galopa con furia a través del abrigo. Tengo que respirar y procesar lo que siento. ¿Estoy cabreada? ¿Rabiosa? ¿Por qué? ¿Por mi orgullo herido tras su rechazo del primer plan que he ofrecido por propia iniciativa en semanas? ¿Porque no me ha dicho que la razón de su negativa era que había quedado con otra? ¿Porque ha dicho que no le gusta decirme que no, pero aun así se lo ve a gusto con su cita? ¿Porque ella parece una princesa de cuento de tez inmaculada, mientras que mi aspecto blanquecino me hace pasar por la prima fea de Casper? ¿Porque mi parte ingenua había llegado a creer que Will seguía realmente interesado en mí... y solo en mí? ¿O solo por el hecho de que esté mirando a otra?

Dios. Me estoy ahogando. No puedo ponerme así. He de hacer ejercicio de relativización.

A ver, Olivia, razona. ¿No es acaso de esperar que un hombre encantador, soltero y sin compromiso conozca a gente? ¿No sé de buena tinta que ese magnetismo suyo es imposible de ignorar una vez se cruza en tu camino? Will es joven. Guapo. Con un futuro prometedor y una labia que hipnotiza. Y como todos, tiene necesidades. Necesidades que yo dejé claro que no pensaba satisfacer. Yo misma endurecí los límites al decirle que no esperase nada de mí. Si nos paramos a pensar, salta a la vista que no le estoy ofreciendo nada. ¿No es incluso lógico que intente ampliar su abanico de opciones? Sí. La respuesta es sí. Entonces... ¿por qué me sigue costando tanto respirar?

Continúo observando con lupa su intercambio de miraditas y gestos cómplices desde el exterior. Ya ni siquiera tengo frío. Siento ganas de llorar y eso que me cabrea. Noto una estampida de alfileres pinchándome el pecho, pero decido ignorarlos y pensar qué hacer.

Valoro llamar a mis amigas para pedirles consejo, pero descarto la idea al segundo. Sé lo que dirían: Claire me recomendaría dar media vuelta y

enfrentarme a él más tarde en un despliegue de comentarios pasivo-agresivos que lo pongan entre la espada y la pared; por otra parte, Christina (tras su típico discursito de asimilar lo que siento y bla, bla, bla) probablemente me animaría a entrar dentro del local para tirarle el contenido de su bebida por la cabeza.

Ninguna de las dos opciones me parece que vayan conmigo, pero sé que tengo que actuar rápido, así que, tras un chute mental de valor, decido improvisar y entrar dentro de la cafetería.

El olor a café y a bollería industrial me impregna las fosas nasales mientras camino de incógnito hacia el mostrador que queda a mano derecha. Solo tengo a dos personas por delante en la cola para pedir. Mientras espero, me quito los guantes y el gorro y me dedico a mirar a través de un espejito hacia el otro lado de la sala, donde Will y su acompañante siguen parlotando.

Siento de nuevo esos pinchazos horribles agujereándome el pecho. Santo Dios, ¿tiene sentido esta reacción? Parezco una niña caprichosa que no quiere compartir un juguete que erróneamente cree que le pertenece.

—Buenas tardes, le atiende Stacey, ¿qué va a tomar?

Miro a la simpática dependienta que me mira con una sonrisa. Parece salida de la nada, pero las luces de neón que resplandecen tras ella me recuerdan dónde estoy. Tardo unos segundos en entender que la cola ha avanzado y que la risueña Stacey me está hablando a mí.

—Ah... Yo... Pues... Un café solo —digo sin pensar demasiado en lo que estoy pidiendo.

—¿Grande, pequeño o mediano?

—Mediano.

—¿Para tomar aquí o para llevar?

—Para llevar.

Pulsa unas cuantas teclas y un sonido robotizado anuncia la impresión de mi ticket de compra.

—Serán dos con ochenta, por favor.

Unos minutos más tarde, mientras observo el vaso de cartón humeante que sostengo en mi mano, me doy cuenta de que no tengo ni idea de qué hacer a continuación. Todo parece moleestamente maravilloso a mi alrededor. La música que dispara el hilo musical ameniza el ambiente, las charlas de la gente parecen divertidas y yo me encuentro en un extremo del local, junto a la cola de gente que espera ser atendida mientras sujeto un café que no voy a tomarme y tres bolsas de ropa recién adquirida que, no nos engañemos, no

necesito realmente.

Para colmo de males, a esta distancia Will está mucho más guapo que de lejos. La iluminación del local arranca destellos dorados a su pelo y los ojos le bailan cuando se ríe. Veo cómo él y la chica juntan las cabezas para ver mejor la pantalla del móvil que ella sujeta entre sus dedos. Sus hombros se rozan al hacerlo. Están tan cerca que me dan ganas de gritar. Mi respiración se entrecorta. Si se besan, llamaré a la policía para que organice una redada de urgencia en este local. Lo juro.

Maldito Will por hacerme desvariar de esta manera. Maldito. Maldito. Maldito. Maldito una y mil veces.

Como si hubiera podido oírme pensar, en un ágil movimiento de cabeza Will levanta la vista y nuestras miradas se encuentran desde lados opuestos de la sala. Casi oigo el ruido que hacen al chocar la una contra la otra. Aprieto la mandíbula y me obligo a mantenerle la mirada. Parte de mí quiere salir corriendo, pero estoy paralizada de cintura para abajo.

Will tarda unos segundos en asimilar el hecho de que acabe de cazarlo en una situación de estas características. Ladea la cabeza confuso. Percibo un leve fruncimiento de cejas y a continuación diviso la chispa de una sonrisa luchando por formarse en sus labios. Parece contento de verme, lo cual me lleva a preguntarme si es idiota. ¿Le parecerá divertida esta situación? ¿Creerá que me lo tengo merecido por marcar tanto la distancia entre los dos?

La indignación se abre paso en mi interior, insuflando vida a mis piernas en el acto. Sin pensar mucho, comienzo a trazar con ellas el camino que lleva hacia su mesa.

El corazón se me acelera en el momento que Will se aclara la garganta y aparta la silla para ponerse de pie. Echa una rápida mirada a su acompañante y ella sigue con los ojos la dirección de sus pasos, que bordean la mesa para llegar hasta mí.

Cuando está a escasos centímetros de distancia su mirada me atraviesa y se ancla en mis pupilas.

—¿Olivia?

Ojos brillantes. Sonrisa de buen chico. Dientes blancos. Jersey granate con camisa azul marino asomando por debajo. Barba de dos días que siento el impulso de tocar. Intento de acercamiento físico por su parte.

No. Demasiado para Olivia.

—Vaya. Will. Qué coincidencia. —Hago un movimiento extraño para recolocar el bolso en mi hombro, sin derramar el café y manteniendo en

equilibrio las bolsas que sujeto con el otro brazo.

—Pues sí... —Me mira de arriba abajo, intentando procesar mi imagen. Parece dulcemente desconcertado—. ¿Acabas...? ¿Acabas de salir de trabajar?

—Sí —miento—. Se me ha hecho tarde al final.

Se humedece el labio inferior. Echa una mirada a las bolsas que llevo en los brazos que no encajan con mi historia, pero no dice nada al respecto. Sé que está pensando en el mensaje que le he enviado esta mañana. Un destello de culpabilidad aparece entonces en sus ojos. Parece recordar que no está solo.

Carraspea y gira levemente su cuerpo en dirección a la chica que nos observa con interés desde la mesa.

—Olivia, ella es...

Le sonrío y la llama con un movimiento de cabeza. Yo quiero morirme. No obstante, ella parece cómoda en la situación. Dibuja una amplia sonrisa, se levanta y camina hasta situarse al lado de Will. Se aparta un rizo rubio del hombro y me tiende la mano.

—Soy Sara.

Parpadeo varias veces y me obligo a sonreír. Tengo que parecer mentalmente equilibrada, aunque parte de mí quiera empezar una lluvia de patadas voladoras en plan ninja. Deposito el café que acabo de pedir sobre la mesa y acepto su mano.

—Olivia. Encantada.

Doy un paso atrás y me concentro en respirar despacio. Se me da fatal fingir calma cuando un puño de cólera me está apretando la garganta.

Miro a Will, que luce una expresión indescifrablemente risueña. La tal Sara me mira a mí como quien mira a la Divina Providencia y yo no sé qué cara tengo, pero ahora mismo daría un riñón por evaporarme sin ser vista.

—Bueno, yo me voy —digo tirante, pasados unos pocos segundos—. No quiero molestar.

—¡No molestas! —asegura Sara—. ¿Quieres quedarte con nosotros?

Que... ¿qué?

La miro como si estuviera loca al tiempo que Will señala una de las sillas vacías de madera que esperan junto a la mesa a ser ocupadas.

—Claro. Quédate. —Su sonrisa dulce, sincera y guasona al mismo tiempo hace que me cuestione si no habrá diluido algún tipo de sustancia psicotrópica en su bebida.

¿Es que nadie más se da cuenta de lo violento de la situación? Estoy a

punto de fingir un agudo dolor de estómago o algo por el estilo, cuando alguien me llama golpeándome suavemente la espalda.

—¿Olivia?

Me giro y me encuentro de frente con la expresión sonriente de Larry, uno de los amigos de Will de toda la vida.

—¿Larry? ¡Larry! ¡Hola! ¡Cuánto tiempo!

Gracias a Dios por su repentina aparición. En realidad solo lo he visto un par de veces, pero me alegro tanto de no verme en desventaja en este escenario que me lanzo a sus brazos como lo haría una fan histérica.

—Sí. Qué alegría verte. No sabía que venías —dice sonriente, sin mostrarse incómodo por la efusividad de mi saludo—. Qué calladito te lo tenías, Will.

Ambos amigos se sonríen y entiendo entonces que Larry está invitado a este encuentro. Igual Will lo ha llamado para que conozca a la tal Sara, aunque lo que no entiendo es cómo puede pensar que yo sería invitada a algo así.

—No, no. Ha sido casualidad —aclaro—. Yo he entrado y...

—¿Has venido a por un café y te los has encontrado? —contesta Larry al verme señalar torpemente la mesa donde descansa mi café para llevar.

—Sí. Justo eso. Necesitaba café.

—Tú no tomas café por la tarde —apunta Will con escepticismo.

—¿No?

—No. Más de uno al día le da taquicardia —le explica a Larry.

A continuación me mira con intensidad y yo me quedo momentáneamente sin habla por el hecho de que recuerde ese detalle.

—Sí, pero... —empiezo a decir para justificarme. Me quedo en blanco. «Piensa, piensa, piensa»—. Tengo muchísimo trabajo y... seguramente me acueste tarde esta noche. Ya sabéis, trabajando, así que...

—¿Querías café para mantenerte espabilada?

Bingo. Bendito Larry. En su otra vida debió de ser mi ángel de la guarda.

—Sí. Exacto. Estoy agobiadísima. Tengo mucho trabajo atrasado y me faltan horas. Tengo que rendir.

«Claro que sí, Olivia. Todo muy coherente. Estás tan agobiada que te has ido de compras y has cargado tres bolsas». Will vuelve a mirar hacia ellas, pero una vez más no comenta nada.

—Bueno, entonces... —empieza a decir Larry pasados unos segundos—, ¿has conocido a mi novia?

¿Qué dice? ¿Qué novia?

—¡No sabía que tenías novia!

Santo Dios... No irá a venir ella también, ¿no? Dos parejas y Olivia. Tengo que irme de aquí.

Larry me sonríe y se dispone a explicarse, cuando de pronto recuerda algo que tiene que compartir con Will y Sara.

—Por cierto, chicos, en la tienda de la esquina no quedaban ninguna mantita de las que vi para Dolly. Habrá que probar suerte mañana.

Lo miro extrañada ¿Quién será Dolly? ¿La novia de Larry? Pues no seré yo quien le diga que tiene nombre de actriz porno.

—Pobrecita —comenta con dulzura Sara—. Le tocará dormir esta noche sin taparse otra vez. Acabará metida en nuestra cama.

Un momento... ¿La novia de Larry en la cama con Will y Sara? Compongo una mueca de espanto. Creo que voy a vomitar.

—Olivia, ¿todo bien? —me pregunta Will mientras Larry y Sara citan una lista de tiendas que pueden seguir abiertas a esta hora.

—Claro. Genial —digo luchando por eliminar el sarcasmo de mi voz.

—Puedes quedarte, si te apetece.

—No, no creo...

—¡Ah! Lo que sí que he encontrado ha sido una correa nueva —anuncia Larry, dirigiéndose a todos de nuevo—. La sujeción de esta es más firme. Cuando se la ponga tendrá más sensación de libertad porque podré controlar mejor sus movimientos.

¿Correa? ¿Sujeción firme? ¿Controlar movimientos? Madre mía, ¿están hablando de sado?

—¡Qué bien! —exclama Sara—. ¡Eres mi héroe!

Cuando ya estoy imaginando algún truco de escapista a lo Houdini para salir de esta situación tan surrealista, Sara se lanza a los brazos de Larry y le da un beso bien sonoro en la boca. A mí se me descompone la cara. Creo que me estoy mareando. Ahora sí que no entiendo nada de nada. A no ser que... Ay, Dios. No. ¿Un trío? ¡¿Un trío?!

—Olivia... ¿Pasa algo? —Will me mira preocupado. Me agarra el brazo con suavidad para que fije mis ojos en él.

—¿Eh? No... Pero... —Dios, tengo que preguntar. Tengo que saberlo. Miro a Larry—. ¿Tú no tenías novia?

Larry me mira como si acabara de aterrizar con mi nave espacial originaria de Marte buscando vida inteligente en este planeta.

—Claro. Sara. —Le pasa un brazo por la espalda—. Ella es mi novia.

Se me descuelga la mandíbula al entenderlo. Ay, por Dios. Sara. Sara es su novia. La novia de Larry, no la chica de Will. Siento como si me hubieran pinchado un globo por dentro.

—Ah. Dios. Yo creía que... —Echo una mirada a Will, pero muy breve, no quiero que resulte demasiado obvio lo que he estado pensando los últimos minutos—. Entonces... ¿quién es Dolly?

Todos se ríen sonoramente. Arrugo la frente. Obviamente me falta información para entender el chiste.

Will vuelve a tocarme el brazo y suaviza su expresión.

—Sara es la novia de Larry. Empezaron a salir cuando yo estaba en Hong Kong —me explica—. Dolly es la perrita que adoptaron hace un par de semanas.

Dibujo una O con la boca. Para detective está claro que no voy.

—¿Quieres ver una foto? —me pregunta Sara sonriente, mostrándome su móvil.

Asiento por inercia mientras ella se acerca a mí desprendiendo algo parecido al orgullo maternal. Pone frente a mis ojos una imagen de la pequeña Dolly mordisqueando una pelotita. A pesar de mi aturdimiento mental, sonrío como acto reflejo al verla. Es la bolita de pelo más adorable que he visto en mi vida.

—Qué bonita es.

Sara me sonrío con cariño y pasa a enseñarle esa misma foto a Larry. Los dos se ponen a mirar con cara de bobos la colita peluda de Dolly.

Will aprovecha que ahora mismo no estamos en el campo atencional de sus amigos para acercarse a mí.

—¿Qué pasa, Olivia? —pregunta con su puntito canalla demasiado pronunciado para mi gusto—. ¿Seguro que estás bien? Tienes cara de haberte pegado un buen susto.

Será maldito el muy engreído...

—Sí. No. ¿Qué? Yo... trabajo demasiado.

Will se me acerca un poco más mostrándome una sonrisa descarada. Me pongo más nerviosa aún. He pasado un rato tan malo en los últimos quince minutos y ahora siento tanto alivio de repente, que no sé si quiero lanzarme a sus brazos o retorcerle el pescuezo. Le odio.

—Uy. Mirad qué hora es. Tengo que irme ya porque... Ya sabéis. Es la hora. La hora de irme, digo.

—¿Seguro que no te quieres quedar? —insisten Larry y Sara.

—No. No. Imposible. —Empiezo a retorcerme sobre mí misma como una sanguijuela—. Tengo que irme, de verdad. Me alegro de volver a verte, Larry. Ha sido un placer conocerte, Sara. Y a Dolly.

—¿Hablamos más tarde? —pregunta Will intentando retenerme mientras yo agito la mano a modo de despedida.

—Sí, sí. Claro. Más tarde. Adiós.

Salgo corriendo a la calle, donde me dan ganas de estrangularme a mí misma al recolocarme la bufanda. ¿Se puede ser más imbécil?

Empiezo a cruzar a zancadas la avenida, farfullando contra mí misma, cuando alguien grita mi nombre a mis espaldas.

—¡Olivia! ¡Olivia!

Me giro y veo a Will corriendo hacia a mí con la chaqueta a medio abrochar, sosteniendo algo en la mano. Me quedo clavada en el suelo y lo miro, sintiendo una mezcla de arrepentimiento y ternura por dentro. Dios. Soy lo peor. Solo me ha faltado clavarle un tenedor en la yugular.

—Se te olvidaba tu café —explica expulsando una nube de condensación por su boca al hablar.

—Oh, vaya. Gracias. Qué tonta —contesto, pero no hago amago de cogerlo. Ya ni siquiera recordaba haberlo comprado.

Will me mira frunciendo el ceño. Tiene cara de estar muriéndose de frío, pero al mismo tiempo transmite que no tiene prisa por entrar.

—¿Seguro que estás bien? —Da un paso más hacia mí. Ya no sonrío tanto como antes.

—Sí. Perfectamente.

—¿Hay algo que quieras... no sé... hablar?

—¿Qué? No.

—No sé... Me había parecido...

—Solo estoy cansada, Will —le corto—. Ha sido un día extraño.

Suspira y se revuelve el pelo. Su mirada desprende demasiadas cosas. Sé que se muere por explicarse aunque no haya hecho nada malo.

—De verdad que siento haberte dicho que no esta mañana. Me ha gustado mucho recibir tu mensaje, pero tenía planes con ellos desde el fin de semana y...

—Claro. No pasa nada. Ha sido... algo improvisado.

—Aun así, me habría gustado poder decirte que sí.

—No te preocupes. Habrán más ocasiones. El sábado, por ejemplo —le recuerdo, esforzándome por sonreír.

Me mira con cierta seriedad. Los ojos le brillan por la luz de las farolas y su nariz empieza a ponerse roja por el intenso frío de la noche de febrero. Sé que está barajando decir algo significativo, pero también sé que no estoy preparada para escucharlo. No con el caos que reina ahora mismo en mi cerebro.

Suspiro y me froto el brazo derecho.

—Entra si quieres. Hace frío y... te están esperando.

Will me observa en silencio durante unos segundos y después asiente con lentitud. Parece levemente decepcionado.

—Vale. Está bien. Ya hablamos para lo del sábado, entonces.

—Sí.

Nos despedimos algo tirantes y cada uno nos vamos por nuestro lado.

Hasta que no llego al metro unos minutos más tarde, no me doy cuenta de que Will no ha llegado a devolverme el café.

—¿Estamos seguros de que es legal estar a esta hora por la calle?

Will se ríe apoyado en su coche, que está aparcado enfrente de mi portal. Observa cómo voy bajando las escaleras de piedra despacio, en plan zombi. Me tiende la mano para ayudarme a bajar el último escalón y coge de mi hombro la funda de la cámara. Su sonrisa me acaricia la frente cuando deposita un beso sobre ella y yo sonrío lánguidamente al ver sus ojos empañados de sueño. Apenas son las siete de la mañana y él ya luce absurdamente increíble, teniendo en cuenta la hora que es.

Nada más sentarme, noto que ha puesto la calefacción para caldear el interior del coche. Nos ponemos los cinturones y compartimos una sonrisita. Acto seguido, Will arranca el motor y se incorpora al tráfico.

Nos miramos en silencio de vez en cuando, pero no hablamos. Aún tengo demasiado sueño como para que se me active el mecanismo conector cerebro-boca. Will se da cuenta.

—Pararemos en la primera gasolinera que veamos para repostar y para que te tomes el café —anuncia.

—¿Cómo sabes que aún no he tomado café?

Sonríe misteriosamente mirando al frente, pero no contesta.

Tal y como ha dicho, paramos en la primera gasolinera que encontramos tras abandonar la ciudad. Llenamos el depósito y después entramos en la cafetería de la estación de servicio. Escojo una mesa en la que sentarnos mientras Will va a pagar. Vuelve al cabo de pocos minutos con algo de

bollería y dos cafés en la mano; el suyo doble y el mío como a mí me gusta: solo y con mucho azúcar.

Desayunamos tranquilamente, intercambiando miraditas cómplices de vez en cuando. En cuanto la glucosa empieza a calar en mi organismo, recupero el habla.

—Cuéntame otra vez el plan.

Will deposita su café en la mesa de plástico y apoya la mano en su mejilla.

—Llegamos a la nave. Nos la enseñan. Yo hablo con el proveedor y mientras, tú haces las fotos.

Asiento.

—¿Alguna directriz técnica?

—No, en principio no. Lo veremos sobre el terreno.

Will está empezando un nuevo proyecto en su trabajo y actualmente se encuentra en la fase de ir buscando localizaciones. El otro día me pidió que le echase una mano fotografiando algunas de las instalaciones que cree que pueden encajar y así surgió nuestra excursión de hoy a North Fork, Long Island.

—¿Quieres conducir tú? —me pregunta cuando volvemos al coche un rato después con los depósitos de cafeína recargados.

—¿Me dejas conducir tu coche?

—¿Por qué no te iba a dejar?

—No sé. Mi padre nunca me deja el suyo. Creo que no se fía.

Sonríe, pasándome la llave.

—Correré el riesgo.

Clavo los ojos en el llavero y vuelvo a mirarlo a él.

—Vale, pero yo estoy al mando. No puedes jugar conmigo al profesor de autoescuela, dándome indicaciones cada pocos metros. —Pulso el botón del cierre centralizado y abro la puerta del conductor—. Prométemelo.

—Te lo prometo —contesta riendo.

Will cumple bastante con su palabra. No me hace ninguna indicación a lo largo del trayecto, aunque de vez en cuando lo veo echar miraditas de reojo al cuenta kilómetros, vigilando que no supere la velocidad permitida.

Hace un día frío pero soleado. A lo lejos, un pequeño grupo de nubes nos saluda con la sutil amenaza de visitarnos horas más tarde. Disfruto mucho del viaje. Me encanta conducir. Me gusta la sensación de deslizarme sobre el asfalto y de sentir las formas geográficas desdibujarse ante mis ojos al pasar a toda velocidad. Bon Jovi nos acompaña en su versión acústica durante la

mayor parte del trayecto mientras mi atractivo copiloto y yo hablamos sin parar, de esto y aquello. Él tiene el acierto de no hacer alusión a nuestro encuentro en la cafetería con Larry y Sara en ningún momento, así que todo fluye con facilidad.

Llegamos a North Fork a la hora prevista. Nada más ver el cartel de bienvenida, Will pone el GPS para dirigirnos exactamente a la ubicación de la nave; diez minutos después dejamos el coche en la parte trasera.

La nave está a las afueras del pueblo, en un espacio abierto con escasa vegetación donde el frío se siente de manera distinta. Tanto Will como yo vamos con ropa informal pero abrigada (él con vaqueros, una sudadera oscura gruesa y botas y yo con unas mallas negras y un jersey *oversize* gris perla y todo el equipo de abrigo, guantes y gorro). Aun así, caminamos bastante juntitos, como si nos quisiésemos proteger el uno al otro de las temperaturas próximas a cero.

Dentro de la nave hace casi más frío que fuera. El espacio es amplio, pero muy gris y vacío. No había estado en ninguna nave industrial en mi vida, aunque si alguna vez he pensado en una, sin duda tenía este aspecto.

No hemos dado ni dos pasos por la estancia cuando de la nada aparece un hombrecillo con el pelo muy blanco y un cortavientos color granate que se dirige hacia nosotros.

—Buenos días. ¿Puedo ayudarlos? —pregunta mirándonos con una sonrisa profesional.

—¿Señor Dawson? William Hannigan. Hablamos por teléfono.

—Ah, sí. Hannigan. —Extiende el brazo y estrecha con firmeza la mano de Will—. Bienvenido.

—Gracias, señor. Le presento a mi... A Olivia. Gallagher. Ha venido a ayudarme con las fotos. —El hombrecillo se limita a mirarnos en silencio, por lo que Will se apresura a añadir—: Me dijo que no había ningún problema.

—No, no. Claro. Ningún problema. Fotografíen todo lo que quieran. Un placer, señorita Gallagher.

—Olivia —respondo yo con una sonrisa.

El señor Dawson acepta mi mano a modo de saludo y a continuación se dispone a explicar a Will cómo ha organizado la visita. Empieza a hablar y a señalar con las manos algunos puntos clave. Echo un vistazo hacia el fondo, donde diviso una amplia superficie metalizada iluminada con un flexo y cubierta de papeles. Una vez dejan todo claro entre ellos, me da vía libre para moverme por allí y tomar las fotos que considere oportunas. Me indica dónde

quedan las escaleras para acceder al piso superior y me da algunos consejos acerca de la iluminación.

Antes de ponerse a trabajar, Will me lleva a un lado y me explica exactamente qué necesita que fotografíe, cómo y por qué. Yo no entiendo mucho de maquinaria, pero creo que he sabido captar su demanda.

—Bueno, eso es todo, creo. Cualquier cosa, avísame, ¿vale? Puedes interrumpirme sin problema. Estaré ahí, por si tienes cualquier duda.

—Tranquilo, William —le sonrío—. No me voy a la guerra. Me las apañaré.

Nos pasamos toda la mañana dentro de la nave. Ellos a lo suyo y yo a lo mío. Will de vez en cuando me busca con la mirada y me sonrío, aunque la mayoría del tiempo está enfrascado en su reunión con el señor Dawson. Pasean a lo largo y ancho del espacio para que le enseñe todas las posibilidades que ofrecen las instalaciones y después los veo cotejar datos sobre unos planos.

Cuando considero que ya tengo las muestras suficientes, me siento en unas viejas sillitas de plástico que he descubierto en el piso superior y me dedico a observarlos atentamente. Y cuando digo observarlos, me refiero a Will.

Estudio sus movimientos. Su cara de concentración. Cómo se ajusta las gafas. La manera en la que gesticula y señala con ímpetu determinados puntos de los planos. Su manera de tomar notas. La fuerza de su voz al exponer sus ideas.

Su postura transmite control de la situación, pero también ganas y entusiasmo. Se nota que sabe lo que hace y que al mismo tiempo disfruta haciéndolo. Pienso que es una de las cualidades más atractivas que se puede encontrar en una persona: esa mezcla perfecta entre ambición y honestidad que caracteriza a la pasión.

Tras un rato observándolo, vuelvo a sacar la cámara de la funda que cuelga de mi hombro. No reflexiono demasiado sobre por qué lo hago, solo dejo volar la cámara entre mis dedos. Mis manos, con vida propia, toman una fotografía de la escena. Y luego otra, y otra, y otra más hasta crear una secuencia que habla de un hombre que ama su trabajo y que tiene la capacidad de proyectar esa ilusión en los demás.

Capturo la esencia de aquello que Will transmite y me concentro en que todo lo que experimento al mirarlo se inmortalice en la imagen, de manera que si dentro de diez años vuelvo a mirarla, pueda experimentar lo mismo que ahora: admiración y respeto.

Un rato más tarde, tras haber reanudado mi paseo por la planta superior a la espera de que Will acabe, percibo a lo lejos el sonido de su voz.

—¿Alguna recomendación para comer, señor?

—Pues ya que han venido hasta aquí, les recomendaría el restaurante que hay en la cuarenta y ocho, al lado de la playa. A su novia le encantará. Tendrán que coger el coche, pero merece la pena. Si busca en Internet encontrará la dirección exacta. Las vistas son increíbles.

—Suenan bien. En terminar lo vemos.

Desde mi ubicación no los veo, pero puedo detectar una sonrisa en la voz de Will .

—Seguro que su novia podrá divertirse un rato con la cámara —continúa diciendo el señor Dawson—. A las mujeres hay que mimarlas de vez en cuando, señor Hannigan. Hágame caso, que llevo felizmente casado más de treinta años y sé de lo que hablo. Usted y la señorita hacen una bonita pareja. Cuídela. Es muy afortunado.

—Soy muy consciente de ello. Gracias, señor.

Ay, madre. Bonita pareja... Contengo la respiración desde donde estoy durante unos segundos. Se me escapa una sonrisa bobalicona, pero me doy cuenta y la borro enseguida.

Poco rato después, Will viene a buscarme y nos despedimos del señor Dawson en la puerta. Le damos las gracias por todo y luego veo a Will trastear su móvil con cara de concentración antes de subirnos al coche. Me pide las llaves que he guardado antes en mi bolso y anuncia que conducirá él hasta el lugar donde comeremos.

—¿Adónde me llevas? —pregunto fingiendo que no he escuchado su conversación de antes cuando ya vamos de camino.

—Es una sorpresa. No mires el GPS —me pide, tratando de aparentar seriedad.

Cuando el aparatito nos indica, accedemos a una zona de aparcamiento descubierto en la que Will deja el coche. Bajamos, cogemos todas nuestras cosas y avanzamos por el suelo cubierto de asfalto. Sigue haciendo sol, pero ya no tanto como antes. Desde aquí se escucha perfectamente el sonido del mar, y el aire que nos llega tiene esa esencia salina tan característica de los pueblos costeros.

A pocos metros advertimos una casa de altura baja color blanco coronada en lo alto por unas tejas rojizas y cuya entrada está enmarcada por un toldito con rayas rojas y blancas que ondea a causa del viento. Antes de llegar a la

puerta, un cartel verde botella nos recibe anunciando el nombre del sitio. Miro a Will, que sonrío como si fuera el propietario del lugar. Me pone una mano en la parte baja de la espalda y siento un suave cosquilleo recorriendo mi piel mientras me conduce al interior.

Apenas cruzamos la puerta, nos viene a recibir un camarero.

—Buenas tardes. ¿Señor Hannigan?

—El mismo.

—Pase, su mesa está lista. El señor Dawson acaba de llamar avisando de que vendrían. Ha insistido en que les ubiquemos en su mesa habitual. —Nos sonrío con tanta amabilidad que llega a ser desconcertante—. Acompañenme, por favor.

Avanzamos tras él por la planta baja, caminando al ritmo que nos marca. No hay tanta gente como imagino que debe de haber en temporada estival. El ambiente es cálido y está iluminado de manera natural por la luz del sol que entra por unos enormes ventanales que diviso a lo lejos. La verdad es que el sitio es bastante bonito. Mobiliario de madera oscura, manteles blancos, vajilla de porcelana. Un agradable aroma a sopa de marisco flotando a nuestro alrededor. La promesa de un verano junto al mar...

Voy tan concentrada mirándolo todo, que me quedo muda cuando, con una sonrisa, el camarero nos indica cuál será nuestra mesa. No por ninguna de las razones que acabo de citar, sino porque nos ubican justo al lado de la ventana. Con vistas al mar. Abro la boca por lo sobrecogedor de la imagen. El *sound* de Long Island se extiende sobre nosotros, reflejando el sol ante nuestros ojos. Parece que estemos flotando sobre él.

Miro hacia los dos hombres que me acompañan y los descubro evaluando mi reacción con satisfacción. El camarero tiene a bien marcharse para dejarnos intimidad y Will me sonrío al colocar de nuevo su mano al final de mi espalda. Me estremezco por dentro sin remedio. Aunque en las últimas semanas hemos ido superando en cierta forma la barrera física, me perturba cada vez que me toca. Da igual lo casual o amistosa que sea la caricia. Soy hipersensible a su cercanía.

—¿Te gusta?

—¿Cómo no va a gustarme? ¡Es una pasada! —digo con entusiasmo, acercándome más a la ventana.

—Sí que lo es. Fue escuchar que las vistas eran increíbles y... No sé. Pensé que te gustaría.

Me giro de nuevo hacia él, que me observa con esa mirada suya que se me

agarra tan dentro. Siento un millón de burbujas bailando en mi estómago.

—Pues bien pensado. Ya sabes lo que dicen: a las mujeres hay que mimarlas de vez en cuando, señor Hannigan.

Will suelta una sonora carcajada y el sonido de su risa surcando el aire me acaricia por dentro.

Los dos hacemos gala de nuestro buen humor durante la comida. Todo lo que pedimos está delicioso, en consonancia con el ambiente. Will se mete conmigo y con mi velocidad al volante cada dos por tres y yo le contesto llamándole nenaza. Recordamos algunas anécdotas del pasado que nos hacen reír y tardamos más bien poco en entrar en terreno de flirteo. Como viene siendo costumbre en las últimas semanas, él me lanza indirectas que yo acepto con elegancia y luego contraataco dejando en tela de juicio mi interés en ser cortejada. Aunque sé que fingir indiferencia no cuela: es obvio que me encanta.

—¿Me enseñas las fotos que has hecho esta mañana? —me pregunta cuando durante el postre saco la cámara para tomar un par de instantáneas de las vistas desde el restaurante.

—Claro.

Desactivo el visor, pulso la opción de visualización de imágenes y le doy la cámara. Will saca las gafas de la funda que guarda en su chaqueta y ante ese gesto, recuerdo de pronto las fotos que le he hecho cuando lo observaba trabajar. Dios. No. No puede verlas. Sabrá que lo he estado mirando como una *groupie* desesperada.

—Ay, no. He cambiado de opinión —digo con nerviosismo, extendiendo un brazo para recuperar mi cámara.

Will vuelve la vista hacia mí y alza las cejas con sarcasmo.

—¿Has cambiado de opinión?

—Sí. Creo que es mejor que las veas cuando estén editadas.

Me mira con aire escéptico, arrugando la nariz. Su sonrisa se torna mordaz en medio segundo.

—Olivia... ¿Qué tienes aquí que no quieres que vea?

—¿Eh? —Aprieto la mandíbula. Mierda. No contaba con que la clarividencia fuera otro de sus dones. Will me mira con malicia y tarda menos de un pestañeo en ponerse a buscar entre las imágenes—. No, Will. Por favor...

Hago el amago de levantarme para recuperar mi cámara. Will se ríe de mi reacción. Sabe que oculto algo que me resulta embarazoso. Echa la silla hacia

atrás y empieza a pasar las fotos más deprisa mientras yo me pongo de pie. Rebusca en las imágenes con una mueca de diversión en la cara provocada por mi actitud quinceañera. Dios. Aún no las ha encontrado y ya quiero morir.

Sigue buscando, sigue y sigue hasta que al fin da con ellas. Lo sé por cómo se ajusta las gafas y por el regocijo que detecto en su expresión.

—Muy interesante... —Su sonrisa se va ensanchando hasta resultar insultante—. No sabía que la inspiraba hasta este punto, señorita Gallagher

—Joder...

Vuelvo a mi sitio mortificada y me dejo caer en la silla. Cojo una servilleta con la que cubrirme la cara. Ya no hay nada que pueda hacer. La risa de Will resuena en mis tímpanos sin descanso. Madre mía, le habré hecho unas veinte fotos desde todos los ángulos posibles y está viendo todas y cada una de ellas...

Me pongo a dar pataditas en el suelo con impotencia mientras reprimo una sucesión de gruñidos contra la tela. Dios. ¿Por qué? ¿Por qué?

—Te ha faltado hacerme una de espaldas —apunta con guasa. Se está descojonando—. Ahora si quieres me levanto y lo arreglamos. Creo recordar que tenías debilidad por mi culo, igual te interesa añadir una imagen a tu colección...

Ay, Dios. Matadme. Matadme ya.

Él sigue riéndose como si le fuera la vida en ello, el muy cretino. Qué vergüenza, por Dios santo. Esas fotos tienen un sello muy personal (el mío admirándole en la distancia, concretamente).

—Quiero irme a casa —gimoteo a la servilleta.

Finalmente, Will rebaja la intensidad de su risa. Se acomoda en su silla y carraspea, tratando de ponerse serio.

—Venga, no seas tonta. ¿Puedes quitarte la servilleta de la cara?

—No, gracias.

—Olivia...

—Es que no quiero que pienses que te observo como una loca que te desea en la distancia —lloriqueo a través de la tela. Sus carcajadas suenan con fuerza de nuevo—. ¡Deja de reírte, por Dios te lo pido! Seguro que ahora estás pensando que soy una acosadora que te mira sin que te des cuenta. Una especie de voyeur o algo así.

Se queda en silencio de nuevo y noto extenderse su brazo desde la otra parte de la mesa para juntar mis dedos con los suyos. Tira con delicadeza de la tela dejando mi cara al descubierto, pero no soy capaz de mirarlo a la cara.

Me arden las orejas de puro bochorno. Will no me ha soltado la mano todavía. No deja de mirarme, y me sonrío con tanta dulzura que siento de nuevo el impulso de taparme. O de esconderme bajo la mesa.

—Mírame un momento. No pienso nada de eso, ¿sabes por qué? —Clava sus ojos en mis pupilas, obligándome a no apartar la vista. Su mirada me quema. Trago saliva con fuerza mientras niego con la cabeza—. Porque si tú me dejaras, Olivia, yo podría pasarme la vida entera mirándote a ti. Así que no quiero que te avergüences por esto, ¿de acuerdo?

Me da un vuelco el estómago. Lo observo de reojo y se me dispara el pulso. Puede que esté a punto de expulsar el corazón por la boca. ¿De dónde narices sacará cosas como esta? Lo miro y él me mira y la atracción que sentimos el uno por el otro de pronto es tan evidente, que igual nos acaban echando del restaurante por impúdicos. Si estuviéramos más cerca, creo que ya me habría lanzado a su boca. Así de claro. Hace días que me comen las ganas de hacerlo y cada día me resulta un poco más difícil lograr contenerme. Hoy, más que nunca. Así que doy las gracias por la distancia a la que están nuestras sillas.

—De acuerdo —contesto una eternidad después.

Will asiente con rotundidad, queriendo zanjar la cuestión. No está serio, pero tampoco da señales de querer seguir con la conversación, lo cual agradezco. Me devuelve la cámara, la guardo y nos olvidamos del tema. Lo escondemos junto con todas las cosas que nos sobrevuelan y de las que no hablamos. Poco a poco, intentamos recobrar el tono que ahora se considera normal entre nosotros, pero como cada vez que cruzamos la línea, resulta un poco más difícil.

El frío nos azota cuando salimos un rato más tarde y decidimos dar una vuelta por la zona. Disfrutamos de la ausencia de vida que se respira en el pueblo, que seguramente renacerá con la llegada del verano. Compartimos un gofre con chocolate que compramos en una cafetería cercana y nos sumergimos en una de nuestras conversaciones de camino a la playa.

Paseamos por allí durante un largo rato, a pesar del aire y de las nubes negras que ahora ocupan gran parte del cielo. La temperatura va descendiendo conforme avanza la tarde. He hecho algunas fotografías, pero ya hace un rato que he guardado la cámara. Will y yo caminamos junto al mar, y el sonido de las olas mientras conversamos está poniéndome melancólica. Hablamos de la familia. De estar en casa y de aquellas pequeñas cosas que no valoramos lo suficiente en el día a día. Me habla de la soledad que experimentó en Hong

Kong y de un espectáculo nocturno que tiene lugar allí cada noche del año. Me confiesa que la primera vez que lo vio pensó en mí, porque sabía que me habría gustado presenciar aquella danza de música y luces. Me va hablando de un montón de cosas bastante personales referentes a esa época y de pronto, me sorprende a mí misma sintiendo una punzada de celos en la boca del estómago. Estoy celosa de Hong Kong y de todo aquel que compartió tiempo con Will durante su estancia allí. Celosa de las calles que pisó, de los lugares que visitó, de la gente que trabajó con él, de los que le hicieron compañía cuando se sentía solo y de los que fueron testigo de cada vez que sonrió. Se me enfría la garganta. No entiendo a santo de qué viene esto ahora. Yo jamás he sido una persona celosa, y si alguna vez he sentido celos, ha sido como reacción a una situación concreta o por alguna causa justificada (obviamente, por favor, mi numerito de hace unos días con Larry y su novia). Jamás había sentido celos de una manera tan potente y abstracta a la vez como ahora.

—Ey, ¿todo bien? —pregunta Will, posando un segundo la mano sobre mi hombro.

Yo asiento despacio y Will decide no insistir. Noto mis pasos hundiéndose más en la arena. Siempre se da cuenta de todo.

—Háblame del tatuaje —le pido sin más pasados unos segundos.

—¿Qué quieres saber?

—No sé. ¿Todo?

Compone una mueca burlona.

—¿Todo?

—Está bien. Todo no. Algo fácil. ¿Por qué te lo hiciste?

—Algo fácil... —repite con ironía.

Ambos sonreímos con complicidad, pero volvemos a quedarnos en silencio. Durante los segundos que siguen solo escuchamos los sonidos que bordean la playa. Pienso que no va a contestarme. En realidad no tiene por qué hacerlo. Sé que ese tatuaje es más de lo que parece, y Will no es una persona que se abra con facilidad.

—Estaba solo, Olivia. Y triste —dice al cabo de un rato con un tono de voz taciturno que no recuerdo haberle escuchado nunca—. Pensaba que los dos primeros meses serían los más duros, pero me equivoqué. La verdad es que mientras luchas por hacerte un hueco y adaptarte a tantos cambios, hay cabida para poco más en tu cabeza. O al menos así lo viví yo. Pero cuando me establecí... La sensación de todo aquello que me hacía falta fue llenándose cada vez más. Ahí empezó mi verdadero calvario. —Me mira de reojo y da

una patadita a una piedra que se cruza en nuestro camino—. Ya sabes que aunque al principio no lo parezca, soy una persona bastante reservada.

Sonrí con cierta tristeza.

—Algo sospechaba, sí.

—En mi tiempo en Hong Kong me di cuenta de que imponer distancia con la gente que considero cercana es una pérdida de tiempo. No me aporta nada. A veces identificamos como debilidades aquello que en realidad tiene el poder de hacernos más fuertes, y yo desde hace años he estado viendo la vida desde el prisma equivocado. Verme allí solo, sentir que me hacían falta tantas cosas que yo mismo me había negado... No sé. Nunca había estado tan perdido. —Se encoge de hombros, con la mirada fija al frente. Desde mi posición percibo el remolino de sentimientos que esta narración le genera. No debe de ser fácil para él estar contándome todo esto—. Cuando me hice el tatuaje, hacía días que me obsesionaba la idea de grabar en mi piel lo que había significado para mí el haberme marchado a Hong Kong. Quería algo que me permitiera recordar cada día de mi vida la lección que estaba aprendiendo a golpes. Buscaba un tatuaje que guardara esa idea y encerrara el sentimiento. —Gira la cabeza para mirarme un segundo. Me sonrío con nostalgia—. Me acordé de ti y de tus fotografías. De esa reflexión tuya de que una imagen es capaz de capturar una idea, y que con solo verla, eres capaz de experimentar de nuevo todas las sensaciones y pensamientos que te produjo en un primer momento. Nunca lo había visto tan claro como ese día, así que fui... y lo hice.

Me envuelvo a mí misma con los brazos mientras lo observo en silencio. Siento la cara congelada y mucho frío por dentro. No solo por las bajas temperaturas, sino por lo que ha provocado en mi interior el discurso de Will. Miro a lo alto y descubro unas pocas gotas de lluvia que empiezan a caer tímidamente, pero no digo nada. No quiero que acabe este momento.

—¿En serio lo pasaste tan mal?

Suspira.

—Sé que no es lo que quieres escuchar, pero la verdad es que si dijera que no te estaría mintiendo.

Vuelvo a quedarme callada. Algo a lo que no consigo poner nombre me duele muy dentro. Escucho el viento y las olas romper cerca de nosotros. Un trueno a lo lejos. Una bandada de aves revoloteando a toda velocidad, huyendo de la inminente tormenta. Todo se ha vuelto tan gris de repente...

—¿Qué piensas? —quiere saber Will.

Me giro para mirarlo mejor y decido sincerarme:

—No me gusta la idea de que sufieras. Quiero decir que, cuando te fuiste, una parte de mí deseaba que lo pasaras tan mal como yo. Ya sé que es horrible. Pero ahora te visualizo en esas condiciones y no... no me gusta. Siento haberlo pensado en su momento.

—No te disculpes, Olivia. Eres humana. Es normal que pensaras así.

—Ya. Sí. Lo sé. Pero aun así... quiero que sepas que siento que lo pasaras mal.

—Yo ya no lo siento, ¿sabes? —dice con una sonrisa triste—. Me hizo más fuerte. Ya te lo he dicho alguna vez: necesitaba pasar por ello para llegar al punto en el que estoy ahora.

—¿Y qué punto es ese?

—El de ser valiente.

Nos detenemos sobre la arena para vernos mejor. Podría ser el inicio de un momento importante, pero la lluvia está empezando a caer con tanta fuerza que ya no podemos seguir ignorándola. Ambos miramos hacia arriba, para hacer esa estupidez de comprobar que realmente está lloviendo. Suena otro trueno precedido de un relámpago y Will y yo echamos a correr. Salimos de la playa a toda velocidad, corriendo como dos locos. Llueve a cántaros. Nos cubrimos con las chaquetas y chapoteamos sobre los charcos hasta llegar al coche, que gracias a Dios no está demasiado lejos.

—¡Me cago en la puta! —exclama Will al cerrar la puerta—. ¡Me ha entrado agua en los pies!

Nos miramos el uno al otro y nos da la risa tonta. Estamos empapados. Mi gorro está chorreando y la humedad me está desgraciando el pelo. Ponemos la calefacción a tope y Will acciona el limpiaparabrisas para deshacer la cortina de agua que cubre los cristales.

—Dios, qué desastre —pienso en voz alta al ver el estado de mi ropa—. ¿Por qué nos pasa esto? En las películas siempre encuentran un granero en el camino en el que refugiarse.

Will se gira hacia mí y dibuja una sonrisa ocurrente en la cara. Noto cómo se enciende mi piel al instante.

—Ah, sí. La típica escena del granero...

—¡Oye! —Le doy en el brazo fingiendo estar ofendida—. ¡No pienses en eso!

—¿Cómo sabes lo que estoy pensando?

—Lo veo en tus ojos —ratifico, muy digna.

—No he sido yo el que ha proyectado la imagen en nuestros cerebros. Si

estamos pensando en ello, ha sido por tu culpa.

Suelto una carcajada que ni siquiera intento suavizar. Qué maldito y qué razón tiene.

—No juegas limpio.

—Lo sé —asegura sonriéndome—. Pero tú tampoco.

Nos miramos de reojo y volvemos a reírnos los dos. Antes de que pueda decir nada para defenderme, Will me dedica una mirada cargada de intención y arranca el motor.

No dejo de mirarlo en todo el camino de vuelta.

Llegamos a Brooklyn casi a las nueve de la noche. A lo tonto hemos pasado todo el día fuera, aunque se me ha pasado tan rápido que bien podrían haber sido solo unas horas. Casi siento pena cuando Will detiene el coche cerca de mi portal y pone las luces de emergencia. Se quita el cinturón y lo interpreto como que va a acompañarme hasta la puerta, por lo que sin más dilación abro la puerta del copiloto y salgo a la calle.

A los pies de mi portal, quedamos en comer juntos algún día de esta semana para ver el resultado de las fotos (la excusa más mala que se ha escuchado en la era de la fotografía digital, pienso para mis adentros). Comeremos juntos porque simplemente queremos hacerlo.

—Bueno... Pues esto es todo. —Will se acerca un poco más, obligándome a alzar la cabeza para mirarlo a los ojos. Me altera un poco estar a esta distancia, pero procuro que no se me note—. Gracias por haber venido. Ha sido el mejor día que he tenido en muchísimo tiempo.

Le sonrío como una imbécil sin poder remediarlo.

—Tengo que confesar que para mí también. Parece que se nos da bien la costa.

—Tal vez. —Sonríe de nuevo, mirándome con tanta intensidad que hasta me vibran las pestañas—. O tal vez quepa la posibilidad de que solo seamos nosotros.

—Es posible... —Me aclaro la garganta. ¿Soy yo o aquí hace mucho calor a pesar de los diez grados bajo cero que marca el termómetro de la esquina? —. Bueno, será mejor que suba ya antes de que coja una pulmonía.

En mi tono de voz se nota que me estoy poniendo nerviosa, pero Will no hace nada por devolverme mi espacio personal. Al contrario, me da la sensación de que cada vez avanza un milímetro más y que respiramos a menos distancia.

—Estamos muy cerca, ¿no te parece? —le pregunto.

Se ríe.

—No. No me lo parece. —Continúa mirándome, sonriendo con una seguridad que me repatea—. Déjame abrazarte.

Pestañeo.

—Pero...

—Por favor.

Imagino que accedo, porque lo siguiente que sé es que estoy enterrada en sus brazos, ahogándome en su olor tan dolorosamente familiar y templándome por la calidez que emana. Notando sus dedos jugando con mi pelo, aún húmedo por la lluvia. Percibiendo su aliento rozar mi cuello. Sintiéndome protegida gracias a la presión de su cuerpo contra el mío. Experimentando una corriente de deseo que me asfixia. «Maldita sea, Will. ¿Cómo es posible que consigas que sienta esto?».

Cuando creo que estoy a punto de romperme y de darle permiso para que me recomponga, Will decide poner fin al momento depositando un beso de fuego en mi mejilla. Apenas me mira al decirme adiós, y a mis cuerdas vocales les cuesta un mundo emitir sonido alguno.

Finjo que busco las llaves en el bolso mientras él sube al coche, pero solo estoy hechizada por la melancolía que desprendía la última sonrisa que me ha dedicado.

El coche de Will se pone en marcha y las luces delanteras relucen en un pequeño charco que queda delante. El sonido de los neumáticos anuncia que se aleja.

¿Cómo consigo contenerme para no correr tras él? Todo un misterio.

¿Un punto de inflexión?

Algo ha cambiado. Lo noto, pero no puedo decir cuándo pasó. No sé si fue el sábado pasado en Long Island o esta misma noche. Tal vez ocurrió cuando casi pierdo los papeles al verme tomarme un café con otra o aquella vez que insinué que fantaseaba con volver a verla desnuda, pero hemos cambiado. Ella ha cambiado. Se siente en el aire. Se siente en nuestra respiración y en cada mirada. Lo siento cada vez que se ríe y cada vez que finge esa actitud desenfadada que me vuelve loco.

Mientras entramos en el único local *lounge* que merece la pena en el barrio de Tribeca, voy repasando en mi mente la noche de hoy: una botella de vino a medias, su característica caída de pestañas, esa falda tan corta, cuando me ha rozado el antebrazo durante más segundos de los habituales y... el deseo. El deseo electrizante que nos confunde, nos agita y nos acerca. La batalla de incitación que ha provocado que lleve toda la noche tenso dentro de mis pantalones. Las malditas ganas que tengo de volver a besarla y de perderme dentro de ella.

Vuelvo la cabeza para mirarla y sonrío. Las luces del establecimiento pintan reflejos plateados en su cara. Parece feliz esta noche. Olivia me devuelve la sonrisa entornando los ojos. Sé que algo trama y no puedo evitar que mi sonrisa se ensanche, como siempre que juega a hacerse la mística conmigo.

—¿Quieres ir tú a por las bebidas? —pregunta girando sobre sus tacones para mirarme.

Echo un vistazo hacia la barra, donde una hilera de unas seis personas espera para ser atendida. Calculo una cola de más de diez minutos. Me vuelvo de nuevo hacia ella y sonrío con suficiencia. Qué listilla.

—Buen intento. ¿Qué tal si lo echamos a suertes?

Su expresión es de inocencia absoluta, pero a mí no me engaña.

—Está bien. Me parece justo. ¿Al mejor de tres?

Nos lo jugamos a piedra, papel o tijera como hemos hecho otras veces... y Olivia pierde los tres asaltos. Chasquea la lengua y niega con la cabeza.

—Karma, lo llaman...

Me encojo de hombros sonriendo.

—Iré a coger sitio.

Avanzo unos pasos hasta que encuentro un sofá libre en la parte este de la sala. Echo un vistazo a la mesita de centro, que está ocupada por las consumiciones de los clientes anteriores. Enseguida aparece un camarero dispuesto a recogerlo todo; una vez se marcha, tomo asiento.

Me entretengo viendo cómo las luces dibujan formas de colores sobre la tapicería blanca, hasta que al cabo de un rato noto el mullido sofá hundirse a mi lado.

—¿Will? —me llama una voz femenina. Giro la cabeza para ver quién es —. Me había parecido que eras tú.

La sonrisa que me encuentro me resulta vagamente familiar, pero tardo un par de segundos en procesar de quién se trata. Cuando lo hago, mi mandíbula se contrae involuntariamente.

—¿Heather? Hola. ¿Qué tal?

El olor dulzón del perfume que lleva se cuela por mis fosas nasales cuando se acerca para darme un beso en la mejilla. A continuación se aparta un poco y me sonrío. Yo también sonrío.

—Bien. Muy bien. Cuánto tiempo sin vernos.

—Sí. Es cierto. —Le sonrío de nuevo con amabilidad—. ¿Cómo va todo?

Heather es una chica con la que tuve algo en el pasado. Algo muy pasajero que terminó como terminaban la mayoría de mis historias en aquella época: de mutuo acuerdo y sin dramas. Me observa pestañeando coquetamente y seguidamente se busca las mañas para entablar conversación. Que qué tal me va, qué tal le va a ella, dónde trabajamos. Ese tipo de cosas y varias sonrisas. A los pocos minutos de conversación superflua, empiezo a sentirme incómodo. Echo un vistazo con disimulo hacia la barra, pero no veo a Olivia. ¿Dónde se ha metido? Han pasado más de diez minutos.

Por aquí, Heather sigue con su despliegue. Me parece grosero pedirle que se vaya, pero sé lo que puede pensar Olivia si nos ve desde lejos. Lo peor: no estaría equivocada. Heather es una persona sexualmente arrolladora. No es mala chica, pero no la recuerdo como alguien especialmente centrada, y ahora mismo, ella y su vestido demasiado ceñido están sentados muy cerca de mí.

—Me ha gustado mucho verte —confiesa con un tono de voz cargado de intención.

—Sí, claro...

—Dime. —Se acerca un poco más y posa sus dedos en mi muslo izquierdo —. ¿Tienes planes para luego?

—Pues sí, de hecho...

Justo en ese momento alguien deja unas bebidas sobre la mesa. Un *gin-tonic* y un *Cosmopolitan* que se mecen dentro del cristal de sus copas. Alzo la cabeza y lo único que veo son los preciosos ojos color miel de Olivia brillando peligrosamente en mi dirección.

—Ey. —Sonrío con alivio—. Ahí estás.

—Sí. Aunque pueda parecer lo contrario, sigo aquí.

A mi lado izquierdo, en el sofá, noto cómo Heather se tensa. Desliza sus uñas con fuerza por mis pantalones y después retira la mano. Me fijo en cómo pestañea varias veces con cierto aire incómodo. Cuando vuelvo a girarme para mirar a Olivia, la encuentro observándonos con las cejas casi a la altura de su cuero cabelludo.

Me aclaro la garganta y actúo como si esta situación no tuviera nada de raro.

—Heather, esta es Olivia. Olivia, Heather.

Ambas mujeres se saludan desde sus posiciones con educada frialdad. Si Olivia y yo no estuviéramos en el punto abstracto en el que estamos ahora, probablemente la escena me haría gracia o alimentaría mi ego, pero lamentablemente no es así.

Mientras empiezo a estrujarme los sesos para tratar de deshacer esta situación, Olivia toma la iniciativa y se sienta en el brazo del sofá, a mi lado. Me dedica una mirada que no logro descifrar y, pillándome del todo desprevenido, enreda sus cálidos dedos entre mi pelo y me acaricia la nuca. Como si lo hiciera todos los días. Como si las muestras de afecto fueran inevitables entre nosotros, y no algo a lo que aspirar. La piel se me pone de gallina al segundo. Ella ya no me mira, pero la seguridad y ferocidad que visten su rostro acentúan aún más mi confusión. Y me la ponen dura de nuevo.

—¿Eres de Nueva York, Heather? —pregunta como si tal cosa sin dejar de tocarme.

—Eh... Bueno, vivo aquí. Pero nací en Long Island.

—Vaya, qué coincidencia. Nosotros estuvimos allí el fin de semana pasado. ¿Verdad, Will?

Hago un gesto afirmativo con la cabeza y clavo mis ojos en Olivia, que desafía con inteligencia y mucha sutileza a Heather. Juega a hacerse la tonta, como si no supiera de qué iba la cosa antes de que llegara. Pero claro, lo sabe perfectamente. Todos nos damos cuenta. Está dejando claro que ella está aquí conmigo y Heather empieza a sentirse demasiado violenta. Me siento mal por ella, pero ver a Olivia en este rol, reaccionando así ante una posible

amenaza... Joder. No tengo palabras.

Antes de que la situación descarrile, un camarero aparece de la nada con unas cuantas servilletas que entrega a Olivia con una sonrisa. Heather aprovecha el momento de distracción para ejecutar su maniobra de escape y despedirse rápidamente. Pronuncia algunas palabras con nerviosismo y se aleja bajándose el vestido, como si de pronto le incomodara su longitud. Olivia la observa con los ojos entornados hasta que la perdemos de vista. Acto seguido, aleja la mano de mi nuca y deja escapar el aire con fuerza. Me hace un gesto para que me mueva y se sienta a mi lado, en el sofá.

La examino con el desconcierto grabado en mi rostro, pero con una sonrisa triunfante en los labios. Me apetece pedirle que vuelva a tocarme, pero primero he de sacar tajada de lo que acaba de pasar.

Le dedico una sonrisa de oreja a oreja mientras ella da un trago considerable a su bebida.

—Ni se te ocurra decir nada —me advierte dejando de nuevo la copa en la mesa sin mirarme.

—¿Te refieres al hecho de que acabes de marcar territorio?

—Cállate. No sé por qué lo he hecho.

Estiro uno de mis brazos sobre el respaldo del sofá y me recreo observándola un rato.

—Pues déjame decirte que ha sido lo más excitante que he visto en mucho tiempo.

Olivia agita la cabeza y se lleva la copa a los labios para evitar sonreír. Como si no la conociera...

—¿Puedo preguntar quién era? —dice a continuación—. ¿Alguna amiga especial?

Y... vuelve a ponerse la máscara de indiferencia fingida. Se le da de pena, pero, joder, qué sexi le queda eso también.

—Lo fue hace años —admito—. Durante una pequeña temporada.

—Define temporada.

—No sé, ¿una semana? Puede que dos. —Me encojo de hombros mientras ella me mira con gesto irónico—. Antes de ti conocí a muchas chicas, pero nunca nada serio. Ya lo sabes.

Asiente despacio con sus ojos fijos en los míos.

—¿Y después? —se atreve a preguntar.

—¿Después?

—Sí. Después de mí —aclara, y yo noto la adrenalina disparándose bajo

mi piel en el acto. Nosotros no hablamos de esto, es una de las reglas tácitas que rigen nuestra actual relación. —Perdón. Da igual —añade rápidamente—. No contestes.

—No pidas perdón. A ver, dime, ¿qué es exactamente lo que quieres saber? Pregunta lo que quieras. Te contestaré.

—Tu vida sentimental no es asunto mío —contesta con cierto aire adolescente que causa que mis cejas se alcen con sarcasmo.

—¿Estás segura de eso? Porque hace un rato me ha parecido lo contrario.

—Hace un rato a tu amiga le ha faltado restregarte las tetas por la cara — afirma molesta—. Puede que lo que hagas con tu vida privada no sea asunto mío, pero preferiría no tener que ser testigo de ciertas cosas.

Mi sonrisa se ensancha. La tengo donde quería.

—¿Estás celosa?

—¿Perdona?

—Te estoy preguntando si te pone celosa pensar en mí con otras.

—¿Cómo que otras? ¿Es que acaso tienes un harén esperándote en casa?

—No seas tonta. Nadie me espera en ningún sitio. En todo caso, el que espera algo aquí soy yo. ¿No crees?

Me llevo la copa a los labios y doy un trago sin dejar de mirarla.

—No sé a qué te refieres.

—Claro que sí, pero podemos fingir que no un rato más. Ah, y tampoco hace falta que me digas si estás celosa. —Le guiño un ojo y, en respuesta, ella deja escapar un resoplido.

—Esta conversación se está yendo de madre.

—Posiblemente —admito.

—¿Hasta cuándo crees que será un problema?

—¿El qué?

—Tú. Yo. La supuesta neutralidad.

Alzo las cejas, suponiendo que es el alcohol el que habla por ella. Esa pregunta es demasiado directa para la cultura de evitación que se ha instaurado entre nosotros. La observo atentamente y ella me mantiene la mirada. Hace ese gesto que hace con la nariz siempre que algo la inquieta, pero no se achanta.

—Olivia... Creo que será un problema siempre que nos engañemos a nosotros mismos. Tú y yo hemos sido pareja. Puede que fuera poco tiempo, pero eres la única mujer a la que he considerado mi novia en más de diez años. Nosotros tuvimos algo de verdad, es normal sentir celos.

—¿Aunque no estemos en ese punto? —pregunta con esa necesidad suya de enfatizar la distancia.

—Claro. El tema de las terceras personas es muy delicado y habrá situaciones en las que no se pueda evitar que las sombras de otras personas se proyecten a nuestro alrededor. Así que, de verdad, pregunta lo que quieras saber. Igual es mejor que quede todo claro.

Deja escapar un prolongado suspiro que se pierde entre las notas de *Don't dream it's over*, que suena en estos momentos a nuestro alrededor.

—No creo que sea buena idea —admite—. No entiendo por qué tú sí.

—¿Sinceramente? Porque la duda de qué cojones pinta Elliot en tu vida me carcome desde Navidad. No quiero que a ti te pase lo mismo.

—¿Elliot? —Su nariz se arruga como si el tema no fuera con ella.

—Sí. Elliot. No sé quién es. No sé qué fuisteis. No sé qué sois a día de hoy. Y vale, puede que tengas razón y no sea asunto mío, pero quiero saberlo.

—¿Estás celoso? —pregunta imitando mi tono de antes.

—Joder, sí. Mucho.

Abre mucho los ojos, reflejando sorpresa.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Dios, Olivia. ¿Cómo iba a no estarlo? ¿En serio necesitas que te explique las razones?

—No, no, es solo que... me sorprende. No me pareció que te molestases cuando nos encontramos con él.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Que meara a tu alrededor? No tenía derecho a decir nada. No soy tan gilipollas.

Su mirada se suaviza un poco al percibir en mi tono que realmente esa escena no fue agradable para mí. Vuelve a dar un trago a su bebida para ganar tiempo.

—No era mi intención hacerte pasar un mal rato. Aunque tienes razón al decir que no tenías derecho a nada. ¿Es que acaso tú no has estado con más gente desde que lo dejamos?

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? —pregunto con el ceño fruncido.

—No estás contestando a mi pregunta. Así que imagino que eso es un sí.

—No he *estado* con más gente. Sí, he follado con otras, pero eso no es estar. Tú y Elliot tuvisteis algo más que sexo. Pude verlo.

Me mira contrayendo las cejas, endureciendo su expresión.

—Dios. ¿Te estás oyendo? —pregunta elevando la voz—. ¿Has follado

con otras? ¿En plural? ¡Plural! ¿Y te molesta que yo tuviera algo que no fuera sórdido con Elliot?

—Me parece muchísimo más significativo tener algo de verdad con alguien que acostarse con veinte personas distintas —rebato, intentando mantener la calma.

—¿Te has acostado con veinte mujeres desde que lo dejamos?

—¿Qué? ¡No! Dios, es un decir. Solo me he acostado con dos. Cosa de una noche en ambos casos.

—Ay, Dios mío. Demasiada información. —Cierra los ojos con fuerza y un segundo después los vuelve a abrir—. ¿No irás a decirme ahora alguna gilipollez como que no significó nada y que no recuerdas sus nombres, verdad? Porque eso es asqueroso.

—Claro que recuerdo sus nombres. Y todo el mundo significa algo, Olivia. Siempre. Quien diga lo contrario miente.

—¿Si fue cosa de una sola noche cómo pudieron significar algo? No lo entiendo.

Respiro hondo.

—No digo que esas chicas marcaran un antes y un después en mi vida. Fue todo muy superficial, pero ambas experiencias me enseñaron mucho de mí mismo y de la manera que tengo a veces de enfrentarme a las cosas. Vivir esas situaciones me abrió los ojos, no porque ellas me dieran algo especial, sino precisamente porque no lo hicieron. Aprendí qué importa cuando te relacionas con otra persona y que no es fácil conectar de verdad.

—Como nosotros, quieres decir.

Parpadeo sorprendido, pero le mantengo la mirada.

—Exacto. Como nosotros. Después de haber vivido lo que viví contigo... Mira, no es fácil. Te cambia. Estar con esas chicas me lo confirmó. Por eso significó algo.

Veo la comprensión brillando en sus ojos mientras asimila lo que quiero decir. Acabo de admitir que nada fue igual para mí después de ella. Asiente despacio y se queda en silencio. No dejamos de mirarnos durante minutos enteros, como si de esta manera pudiéramos ser capaces de comunicarnos mejor que con millones de palabras.

—Sigo queriendo saber lo de Elliot —le recuerdo.

Olivia exhala lentamente y asiente varias veces seguidas.

—Me lo imaginaba. Está bien —cede—. ¿Qué es lo que quieres saber?

Me aclaro la garganta y me inclino levemente hacia ella con gesto serio.

—¿Seguís en contacto?

—No. Se terminó. Hace ya tiempo.

—Pero seguíais hablando, ¿no?

—Sí, pero desde Navidad ya no. Cerramos del todo el capítulo.

—¿Cómo os conocisteis?

—Es de Nueva Jersey.

—¿Fue algo repentino o tuvo que trabajarse el terreno?

—Ni una cosa ni la otra.

—¿Cuánto duró?

—Unas cuantas semanas.

—¿Fue algo serio?

—Sí. No. Supongo.

Entorno los ojos.

—No recordaba que fueras tan parca en palabras.

—Ni yo que tú fueras tan comunicativo.

Sonrío.

—Creo que con que uno de los dos imponga distancia es suficiente, ¿no crees?

Ella me mira recelosamente y parpadea, mordiéndose el labio; yo lanzo un suspiro. Me observa con sus preciosos ojos llenos de interrogantes y noto un pinchazo en lo alto del pecho, como si estuviera paseándome por el borde de un abismo. Siento el impulso de acortar distancias y le retiro un mechón de pelo de la cara para estar más cerca. No sé por qué lo he hecho, pero me gusta comprobar que se estremece ante el contacto de mis dedos en su piel. ¿Sentirá ella también esta especie de energía que nos empuja hacia el otro?

Veo cómo al mirarme de nuevo le cuesta tragar saliva y cómo su respiración ha cambiado. Cojo aire de nuevo.

—No voy a perder el tiempo poniendo más obstáculos entre nosotros, Olivia. Quiero que lo sepas todo de mí. Me esfuerzo por ser transparente contigo y espero obtener lo mismo de ti algún día, pero eres tú la encargada de marcar el ritmo al que avanzamos. No voy a presionarte, pero no me culpes por querer hacerte fácil el camino.

Asiente despacio sin dejar de mirarme. Parece que esté tomando una determinación. Le acaricio despacio la mejilla y a continuación desplazo la mano hacia su rodilla, cubierta solo por la media de color negro. No quiero ceder espacio justo ahora.

Los ruidos del local han desaparecido. Solo registro los puntos de luz que

la iluminación proyecta sobre nosotros. Olivia agita las pestañas y me da la impresión de que el aire que contiene le estuviera quemando. Va a decir algo. Me mira a los ojos y bucea en ellos, como si allí pudiera encontrar la fuerza que necesita para seguir adelante.

—Elliot era el fisioterapeuta de mi madre —dice por fin, dejando escapar las palabras entre sus labios como si dolieran.

—¿Fisioterapeuta?

—Sí. Hizo la rehabilitación con él. Yo la acompañaba a las sesiones y así nos conocimos. Pero no fue hasta que a mi madre le dieron el alta que me pidió salir.

Mis cejas se retraen. Su mirada se ha vuelto seria y detecto un mundo de dolor al fondo de sus ojos. Un escalofrío me reptó por la espalda hasta aterrizar en mi nuca.

—¿El alta? ¿Rehabilitación? Estoy un poco perdido.

—Mi madre tuvo un accidente en marzo del año pasado —explica.

—¿Accidente?

—Sí.

—¿Qué clase de accidente?

—De coche. Yo estaba con ella.

La miro confuso y siento un dolor seco penetrando en mis costillas.

—¿Te pasó algo a ti?

—No. —Me mira fijamente y dulcifica un poco su expresión—. No, tranquilo. A ella la atropelló un camión mientras yo estaba dando vueltas con nuestro coche. Lo vi todo desde ahí.

Parpadeo varias veces seguidas. ¿Pero qué coño dice? Me desconcierta que se muestre tan tranquila cuando yo empiezo a sentir como si algo estuviera a punto de reventarme por dentro.

—Olivia... ¿Qué...? No entiendo. ¿Fue...?

—¿Grave? Sí. Estuvo en coma dos días.

—¿Qué estás diciendo?

—Mi madre tuvo un accidente que casi le cuesta la vida. Yo fui testigo. El recuerdo está borroso, solo recuerdo estar con ella tirada en el asfalto. Apenas respiraba. Después vino la ambulancia y lo siguiente que recuerdo es estar en el hospital.

Pestañeo de nuevo aturdido. Habla atolondrada, como siempre, intentando camuflar su dolor para que no lo perciba. Un centenar de pensamientos rebotan en mi cabeza, pero soy incapaz de atrapar ninguno para darle forma. Percibo

un zumbido pellizcando mis oídos y un sabor metálico me llena la boca.

—¿Will? —me llama Olivia tras segundos de oscuro silencio.

—Joder.

—Sí. Fueron días horribles.

—¿Pero ella está bien? —consigo preguntar.

—Sí, sí. Se salvó. Estuvo dos días en coma y más de dos semanas ingresada. Las heridas de la cabeza fueron intervenidas a tiempo, pero la hinchazón fue lo que la mantuvo en coma durante tantas horas. No tuvo secuelas a nivel cerebral, pero casi pierde la pierna.

Me quedo callado, escrutando su rostro en silencio. Abro la boca para decir algo, pero no lo consigo; me lo impide el malestar que se me ha alojado en el pecho.

—¿Will? ¿Estás bien? —vuelve a preguntar preocupada.

—Sí —me obligo a decir pasados unos segundos, pero enseguida me doy cuenta de que no voy a ser capaz de fingir normalidad ahora mismo—. No. No puedo... No puedo creerme que hayas pasado por algo así y yo no me haya enterado. ¿Estás bien?

—Sí —me asegura—. Ahora sí.

—Joder, Olivia. ¿Y antes? Tuvo que ser horrible para ti. Dime que no estuviste sola.

—No. No, Will. Claro que no. Estaban mi padre, Aiden, mis amigos. El resto de la familia. No estuve sola en ningún momento.

—Pero yo... Yo no... Joder.

—Tranquilo. Lo pasé mal, pero todo salió bien. Mi madre está bien. Yo estoy bien. Ya ha pasado.

Miro al suelo al notar que me falta el aire. Ya ni siquiera la escucho. Suelto su rodilla y me llevo ambas manos al pelo.

—No me lo puedo creer.

—Will... Me estás asustando un poco.

Mi mente se sumerge en una espiral de cosas que ya creía superadas y que proyectan en mi pecho una apremiante sensación de asfixia.

—No, no... Creo que necesito salir.

Me pongo en pie de un salto sin pensar en nada más que buscar aire nuevo que respirar. Empiezo a andar entre los sofás llenos de gente en busca de la salida. A través del barullo que encharca el local, escucho la voz de Olivia llamarme a mis espaldas. Pero no me detengo.

Nada más salir a la calle, una brisa helada me abofetea la cara y el cuello.

Me pongo el abrigo rápidamente. El frío me entumece el cerebro cuando detengo mis pasos a escasos metros del local. No, no voy a irme sin Olivia. Cojo aire y me paro frente a un banco a esperar que salga.

Apenas un par de minutos después, la veo cruzar a zancadas la puerta del pub.

—¿Will? ¿Qué acaba de pasar ahí dentro?

Mantengo la cabeza agachada. Intento reaccionar, pero no sé qué decir.

—¿Puedes mirarme un segundo? —vuelve a preguntar con voz aguda—. ¿Qué te pasa?

—Me siento como una mierda ahora mismo.

—¿Por lo que te he contado?

Alzo por fin la cabeza para mirarla a la cara y encuentro su rostro crispado y confuso. Incluso así, iluminada solo por la noche neoyorkina y con los ojos lanzando chispas de desconcierto, me parece tan hermosa que me duele hasta mirarla. Me duele imaginar todo lo que habrá sufrido y me hace sentir aún más culpable por cómo pasaron las cosas.

—Porque me entero casi un año después de que tu madre estuvo a punto de morir y de que yo ni siquiera tuve la oportunidad de decirte que todo iba a salir bien. O de consolarte. O de coger tu mano o de... —Hago un movimiento con la cabeza para volatilizar parte del dolor que se me ha anclado dentro, pero apenas consigo aflojar la soga me aprieta la garganta—. Yo qué sé.

—Pero Will, no pasa nada. Estoy bien. Todo fue bien.

—Joder, Olivia. Eso ya lo sé. Pero lo sé ahora, un año después. Tú también lo sabes ahora. ¿Pero qué me dices de los días en los que no sabías qué pasaría? Las noches de hospital, la incertidumbre... Tú sufrías y yo no estuve a tu lado. No sabes cómo me siento en este momento. Me siento...

«Fatal. Una mierda. Un desgraciado».

—No te lo he contado para que te enfades —me reprende, poniendo los brazos en jarras.

—No. No estoy enfadado contigo, Olivia. Estoy enfadado conmigo mismo. Muchísimo. Hacía meses que no me sentía así.

Me acerco un poco más a ella hasta que nuestros cuerpos casi se tocan. Me perturba su cercanía tanto como la necesito. Su mirada es reservada, pero no se aleja.

—No ganas nada poniéndote de esta manera —me increpa—. No fue culpa tuya.

Trago saliva.

—¿Ah, no? Fue culpa mía no estar a tu lado. Fue culpa mía que las cosas acabaran como acabaron y fue culpa mía que nuestra relación se destrozara hasta el punto de que pasases por algo así y no pensases en acudir a mí en ningún momento. Y no te culpo por no haberlo hecho, porque no me lo merecía. Por eso con quien estoy cabreado es conmigo, no contigo.

El tono que estoy empleando es demasiado duro, demasiado inquisitivo. Olivia me estudia con cautela, aunque parece decidida a encararse conmigo. Está perdiendo la paciencia. Parecemos dos personas que se preparan para enfrentarse por primera vez a la realidad de lo que un día fueron a través de una larga lista de palabras guardadas.

—Mira, siento que te haya impactado la noticia, pero no podía dejar que lo supieras.

—Lo sé. Te juro que...

—No. No lo sabes. —Sonríe con cinismo—. No podía soportar la idea de que lo supieras y que no estuvieras a la altura de lo que necesitaba de ti. Hacía tantos meses que no hablábamos... Pensaba que igual ya no te acordabas de mí. Que solo era un recuerdo de tu último verano en Nueva York y que jamás llegué a importarte de verdad.

Frunzo la cara contrariado.

—Es imposible que llegaras a pensar eso.

—¿Imposible? —pregunta a la defensiva—. ¿Cómo que imposible? ¿Tú te acuerdas de cómo pasaron las cosas?

—Olivia, escúchame...

—No. No podía arriesgarme a que te enteraras y quedarme como una imbécil esperando un mensaje tuyo. ¿Es que no lo entiendes?

—¿Mensaje? ¿Crees te habría mandado un simple mensaje? ¿Crees que no habría cogido un puto avión al día siguiente para estar contigo?

—Yo no creo nada, Will. Te repito que en esa época no sabía nada de ti.

—No me puse en contacto contigo porque tú me lo pediste —le reprocho—. Me costó muchísimo esfuerzo mantenerme alejado. Mucho. Lo hice por ti, no porque no me importara si hablábamos o no.

—Pues en ese caso creo que deberías darme las gracias. En el fondo te lo puse fácil.

—¿Pero de qué cojones hablas? ¿Fácil, dices? No tienes ni idea de lo que estás diciendo. Te aseguro que fue de todo menos fácil.

Pestañea y veo un millón de sombras cruzar su rostro.

—Supongo que era difícil saberlo desde la otra parte del mundo.

Contengo una risa amarga. No puede estar hablando en serio.

—¿Lo era? No era difícil. Tú sabías lo que sentía por ti. Estaba escrito por toda mi cara. Cada vez que te miraba, cada vez que te tocaba. Es imposible que no lo supieras.

—Pues mira, ahora que lo dices, sí. Creía que lo tenía claro, pero entonces te fuiste.

—¡Porque soy imbécil! Pero no porque no me importaras, joder.

—Es muy fácil hablar ahora, Will, pero la realidad es que cuando las cosas se ponen difíciles actúas por instinto de supervivencia. Lo dejaste muy claro. Entiende que después de eso no me queden garantías de nada cuando se trata de ti.

Retrocedo unos pasos, sintiendo el frío que llena el aire colarse por mis venas hasta congelarme por dentro. Mis labios se aprietan con acritud.

—Eso es un golpe bajo, Olivia.

—Pero es la verdad. Cuando tenías que dar un paso al frente, me dejaste tirada. Aprendí a la fuerza que tú... Que no puedo esperar nada.

—¿De verdad crees eso? Entonces, ¿qué coño estamos haciendo? Si de verdad piensas que no puedes fiarte de mí, ¿por qué estamos volviendo a acercarnos? No te engañes a ti misma. Estás cabreada y lo entiendo, pero si de verdad creyeses que entre nosotros no hay nada que hacer no estarías aquí. — Se queda callada y yo cojo aire para seguir hablando—. Si estás aquí es porque lo deseas tanto como yo. Deja de fingir lo contrario.

Frunce el ceño con tanta fuerza que tiene que haberse hecho daño. «Sí, cariño. Yo también sé dar donde duele». Da un paso atrás y su postura se torna beligerante, como la de un animal herido que necesita proteger su espacio. Sus ojos se aferran a los míos y veo el resentimiento que se esconde en sus pupilas.

—Vete a la mierda —suelta con desdén, haciendo resonar cada letra en el aire.

Mis cejas se elevan.

—¿Perdona?

—Que te vayas a la mierda, Will —repite irritada—. ¿Por qué eres tan egocéntrico? ¿Por qué tienes que hacer que siempre sea todo sobre ti? ¿Por qué? ¿Eres consciente de lo que me ha costado hablarte de lo de mi madre? ¿Por qué has tenido que estropearlo?

—¿Pero qué te pasa? ¡Yo quiero que me lo cuentes, joder! ¡Quiero que seas sincera conmigo! ¿Crees que no significa nada para mí que lo hayas

hecho? ¡Es el primer acto de valentía que veo por tu parte en casi seis meses!

Sus ojos vuelan a los míos y me fulminan sin clemencia.

—¿Pero tú quién te crees que eres para dar lecciones de valentía?

—La persona que cruzó medio mundo para pelear una segunda oportunidad contigo.

Deja escapar un jadeo de incredulidad. Me mira furiosa, reforzando su coraza, y leo en sus ojos su intención de escapar.

—Que te den.

Intenta apartarme de un manotazo para irse, pero no se lo permito. Mi cerebro se desconecta al instante y quedo reducido a puro instinto. Alargo el brazo y la atraigo con fuerza hacia mí. Noto cómo se tensa de pies a cabeza mientras envuelvo su cuerpo con mis brazos. Antes de darle la oportunidad de procesar nada de esto, llevo mi boca a la suya con decisión y las hago chocar. Cojo aire y acaricio sus labios con los míos sin llegar a nada más. Solo eso. Su boca. Mi boca. El calor de su aliento colándose en mi interior. Las ganas de entrar en ella abrasando mi pecho y sacudiendo mi entrepierna.

Abrimos los ojos casi al segundo y nos separamos como si quemásemos. Demasiado intenso para un simple roce. Su boca se abre y deja escapar el aire agitada.

Nos sumergimos en un denso silencio de confusión y ganas, pero no apartamos la mirada. El ardor que ambos sentimos se propaga hasta el otro a través de las capas de ropa que llevamos. Apenas respiramos. Olivia me observa de una manera que logra sacudir mi mundo interno. Me pregunto qué estará pensando. Sus ojos están llenos de dudas y anhelo y sé que en el fondo me suplica que no me aleje, aunque ella tenga ganas de echar a correr. Tomo la determinación de no hacer nada y la dejo decidir, así que pasamos un buen rato sin pronunciar palabra, ignorando la gente que pasa a nuestro alrededor. Solo retándonos en silencio.

Tras unos segundos que se me hacen eternos, Olivia parpadea y hace pasar un nudo de indecisión por la garganta. Respira hondo y lentamente se acerca otra vez hacia mí. Veo el fuego que se esconde en ella refulgiendo en el ámbar de su mirada. Pega su cuerpo al mío y sin mediar palabra, se eleva para llevarme a su boca de nuevo y me besa de verdad.

Algo hace clic en mi interior cuando siento la desesperación con la que esta vez su boca busca a la mía. Mi mente se queda en blanco. Me olvido de dónde estamos y del tiempo que ha pasado. Solo me dejo llevar. Llevo mis manos a su rostro y le devuelvo el beso con ansia, dejando escapar las ganas

contenidas. Nuestros cuerpos se colapsan al estallar la chispa que llevamos aguantando tantos meses. La pasión que hemos estado reprimiendo toma el control del momento. Olivia me tira del pelo y yo gruño en su boca. Nos besamos con violencia, con movimientos bruscos y sin respirar. Dejándonos la piel en cada segundo. Ella se aprieta contra mí y yo hundo demandante mi lengua en su boca, desesperado por reencontrarme con cada rincón.

El beso se vuelve más y más salvaje por momentos. Gemimos. Nos calentamos. Nos veneramos. Son todos los besos que no nos hemos dado en uno. El alivio. El deseo. La pena. La rabia. Las ganas. La esperanza.

Me pierdo en el leve sabor del cóctel que ha tomado antes mezclado con su saliva, en la humedad de su boca y en los soniditos de excitación que emite su garganta. Su lengua se enrolla con la mía y me pide más y más, instándome a que entregue todo lo que tengo para darle. Intento bajar el ritmo para alargar el momento y empapar me de todas estas sensaciones que creía perdidas, pero es que no puedo. Hacía demasiado tiempo que no sentía esto. La última vez que lo sentí fue estando con ella, pero ahora es incluso más intenso que entonces.

El mundo entero parece haber desaparecido, pero poco a poco la realidad empieza a picotear en mi interior. Hago un esfuerzo por detenerme de manera gradual. Con los ojos aún cerrados, me despido de su boca con un último beso. Sé que tenemos que parar; los dos lo sabemos.

Respiramos hondo sin decir nada y Olivia entierra su cabeza en mi pecho. Yo la abrazo y permanecemos así, tratando de recuperar el aire. Beso su pelo repetidamente mientras su mejilla se roza contra la tela de mi abrigo.

El frío de la noche vuelve a calar en mis huesos conforme voy tomando conciencia del momento presente. Pasado un tiempo, me separo un poco y noto cómo traga saliva antes de alzar la cabeza en busca de mis ojos, que la reciben expectantes.

Tras segundos de medirnos en silencio, le pregunto:

—¿En qué estás pensando?

Me mira.

—En si podríamos ir a tu casa.

Pestañeo, extrañado.

—¿A mí...?

—Quiero que hablemos —aclara—. Que hablemos de verdad. Quiero hablarte del accidente, pero no en la calle o en un pub rodeados de gente. ¿Te parece bien?

Nos miramos en la penumbra de la noche, calibrando el significado de lo que acaba de pasar y de las posibles implicaciones de su propuesta. No sé cuáles esperaba que fueran sus primeras palabras, pero después de la discusión que hemos tenido habría apostado a que impondría distancia, no a que la acertaría.

Inhalo con fuerza y sin reflexionar mucho, decido aprovechar la oportunidad.

—Claro que me parece bien. Vamos.

Mi casa está a poco más de diez minutos de la puerta del local donde ha sucedido todo. Caminamos hacia ella sin tocarnos y sin apenas cruzar palabra, como si temiésemos que al hacerlo se fueran a diluir las sensaciones de los últimos minutos.

Cuando giro la llave en la cerradura y pasamos al interior, el salón se llena al segundo de los chispazos de anticipación que ambos desprendemos. Dejamos los abrigos sobre la encimera de mi cocina y Olivia comienza a caminar pausadamente, avanzado por la estancia. Parece sobrecogida, como si estar entre estas cuatro paredes después de tanto tiempo hiciera tambalear su equilibrio interno.

Suspiro y me paso las manos por el pelo. ¿Cómo habremos llegado a este punto en tan poco tiempo? Del tonteo cómplice de las últimas semanas, a gritarnos en la calle y de ahí a comernos a besos. Y ahora está aquí. En mi piso. Todo en menos de una hora. Y si me paro a pensarlo, en cierto modo tenerla en mi casa también es complicado para mí. Demasiados recuerdos nacieron aquí; los esbozos de una historia que empezaba a dibujarse sobre el tiempo y que se evaporó antes de hora.

—¿Quieres...? —balbuceo—. No sé. ¿Necesitas algo?

Olivia me contesta que no con la mirada perdida y a continuación dirige sus pasos hacia el sofá con forma de L. Deja caer su peso sobre él y se pone cómoda. Me pide permiso para quitarse los botines y yo asiento mientras avanzo dubitativo hacia ella. ¿Cómo se supone que debo actuar? Joder. Qué difícil es esto. El cuero del sofá emite un leve sonido al hundirse bajo mi peso cuando tomo asiento. Estamos cerca, pero no tanto como me gustaría.

Tras segundos de denso silencio, Olivia se anima a romper el hielo.

—Quiero hablarte de lo que ocurrió, pero... No sé por dónde empezar.

Por cómo habla, sé que ella está más nerviosa que yo. Me esfuerzo por relajarme un poco y transmitirle confianza.

—Por donde te sientas cómoda.

Pasados unos segundos, dice:

—Todavía sueño con ello, ¿sabes? No siempre, pero hay días en los que todos los reproches que me hacía en su día me invaden mientras duermo. — Coge aire, hace una pausa y sigue—: Y si no hubiera tenido tanta prisa por salir de casa aquella mañana, y si me hubiera dado más prisa en dar la vuelta a la manzana, y si hubiera bajado del coche con ella. Y si, y si, y si, y si... Sé que no fue mi culpa. Eso lo sé. Pero me sentí así durante tanto tiempo que ya no sé dónde empezó.

Y así empieza a hablar de aquel día gris en el que casi pierde a su madre. Habla del trayecto hasta el polígono y de quedarse bloqueada dentro del coche. Del ruido, del humo y de la gente que no conocía y que tomó el control de la situación. De las esperas en el hospital y de su padre y su hermano resquebrajándose junto a ella; de todas las personas que se quedaron mostrando su apoyo hasta que la situación se resolvió. Pero no se queda ahí. También habla de los días de después. De las largas jornadas en el hospital y de la vuelta a casa. De que el concepto normalidad fue reevaluado a su alrededor y que le costó volver a encontrarse reflejada en él.

—Me sentía mal por todo. Estaba irritable por la situación en sí. Me sentía culpable por estar desatendiendo mi faceta laboral. Me sentía culpable por sentirme culpable cuando tendría que estar contenta de que todo hubiera salido bien. No tenía ganas de hablar de este tema con nadie. No lo hablo con nadie tampoco a día de hoy. Fue una época muy confusa. A veces me acuerdo... y se me remueve todo.

En algún punto del discurso he entrelazado mi mano con la suya. No puedo tocarla si la escucho hablar así. Sus dedos se han contraído levemente cuando los he rozado, pero no me ha soltado. Estudio cada expresión que cruza su rostro, cada palabra que pronuncia. Su voz suena tan frágil que empiezo a temer que el accidente provocara en ella un daño irreversible. Nunca la había visto así. Me aterra pensar que en el fondo siga estando tocada por todo lo que pasó y que el resto del tiempo finja estar bien. Olivia. Mi Olivia... Siempre tan llena de vida. Con ese carácter desenvuelto que le dio fuerzas para enfrentarse a mí cuando le fallé en el pasado. Ni siquiera se apagó entonces, a pesar de que sufría. Su propio brillo la salvó de mí. Pero al escucharla hablar de lo de su madre... Suena tan perdida, tan diferente... Es una parte de ella que no había visto hasta ahora. Como si la luz que nace de su pecho se apagase y solo quedasen a la vista las sombras.

Olivia lleva un rato callada, con la mirada perdida. Al mirarme a la cara

de nuevo se da cuenta de que algo me pasa. Acerca la mano que tiene libre a la altura de mis ojos y con mucho cuidado acaricia mi entrecejo con su dedo índice hasta deshacer una arruga. Me sonrío con cierta timidez y yo me relajo instintivamente. No me había dado cuenta de que lo estaba apretando.

—Necesito que me digas lo que te pasa por la cabeza.

La miro y dejo escapar una exhalación profunda. Tiene razón. Después de todo lo que acaba de contarme, después de todo lo que hemos compartido esta noche... merece que sea sincero.

—Me mata haber sido un imbécil que puso fin a lo mejor que le ha pasado en la vida y me mata haberme ido como lo hice. Pero más me mata saber que has pasado por algo como eso y no haber estado a tu lado. Me hace sentir una mierda.

Hace un gesto que da a entender que comprende lo que quiero decir. Desvía la mirada hacia sus rodillas. Sus dedos, aún entre los míos, se estremecen cuando alza la vista hacia mí de nuevo.

—Siento que te sientas así, Will, de verdad. Pero no siento la manera en la que hice las cosas. Si volviera a vivir la misma situación, actuaría de la misma manera.

—Lo sé. Lo pienso y... yo también lo habría hecho así, de haber sido tú. —Suspiro—. Daría cualquier cosa por volver atrás y ayudarte a soportar el dolor. Pero no puedo. Y me destroza. Todo esto es como si... No sé. Es como si fuera un paso atrás para mí. No sé explicarlo.

—Inténtalo —me pide en un susurro.

La miro y el miedo a decir demasiado me hace recapacitar un poco. No sé hasta qué punto ella está preparada para escucharme. No sé hasta qué punto esta preparada para nada de esto, en realidad; para haberse abierto en canal con el tema de su madre, para hablar conmigo de ello sin apenas resistencias y para acortar distancias a esta velocidad que contradice completamente su actitud reservada de los últimos meses. No quiero alcanzar un punto de inflexión sin que ella esté lista, pero al mismo tiempo no me veo con fuerzas de ser yo quien eche el freno.

—Cuando me fui, pasé mucho tiempo intentando convencerme a mí mismo de que había tomado la decisión correcta. Con el tiempo me di cuenta de que no. Para entonces, tú ya me habías pedido que no volviera a contactarte y a mí me quedaban muchos meses en Hong Kong, así que pensé que la había cagado para siempre. Me resigné, y los meses fueron pasando. Pasé mucho tiempo cabreado conmigo mismo, hasta que un día me cansé de vivir así y decidí

volver y hacer las cosas bien. Es lo que he intentado hacer desde que llegué a Nueva York. —Me froto los ojos con ambas manos y después cojo las tuyas con más fuerza que antes—. Sé que sigues enfadada. Te entiendo, yo también lo estoy. Pero estoy aprendiendo a perdonarme. Creo que es importante perdonarme a mí mismo para que con el tiempo tú puedas hacerlo. Por eso esta historia, todo el tema de tu madre, me hace ver el verdadero alcance de mis actos. Te fallé. Te fallé de verdad. Y ahora tengo miedo de que la herida sea tan profunda que no tenga arreglo.

Se queda mirándome en silencio. Pestañea varias veces e intenta dosificar el aire que respira.

—No sé qué decirte, Will. Lo de mi madre no es una novedad. Ha sido así desde que volviste.

—Ya lo sé. Pero para mí es un golpe haberme enterado justo ahora, cuando sentía que empezábamos a avanzar. Me duele saber todo lo que pasaste en esa época, y también siento que hayas dudado de si estaría a tu lado. Me hace revivir la sensación de decepción conmigo mismo. —Trago saliva con dificultad y acaricio sus nudillos con mis pulgares—. No pasó un solo día sin que tu recuerdo lo llenara todo, Olivia. Te lo juro. Ni uno solo. Pensaba tanto en ti que a veces me parecía estar viéndote. Te oía hablar, hasta te oía. Me duele que pensaras lo contrario.

—Will... —susurra tratando de no dejarse desbordar por todas las emociones que le estoy entregando en bandeja de plata—. No digas esas cosas, por favor

—Pero es la verdad; me has pedido que intentara explicártelo.

—Es que me cuesta mucho creer que sea cierto.

—Pues empieza a creértelo. Haré todo lo que esté en mi mano para demostrártelo, si es lo que quieres. —Le aprieto más las manos y la miro a los ojos—. No sabes cuánto te he echado de menos. Todavía te echo de menos. Echo de menos lo que teníamos. Echo de menos hacerte reír a carcajadas y darte un beso cada vez que te veo. Echo de menos darte los buenos días y meterme contigo en la ducha, y que me llames a lo largo del día para decirme cualquier tontería y dormir abrazado a tu cuerpo. Lo echo de menos todo, y daría lo que fuera por recuperarlo, por eso no me cabe en la cabeza que dudes de lo mucho que me importas. Ni de lo que me importabas antes, ni de lo que me importas ahora. No hay nada en el mundo que me importe más que tú. Nada.

Puede que me haya pasado de intenso, porque traga saliva con fuerza y al

hacerlo le tiembla el labio inferior. Parece muy vulnerable cuando me mira a los ojos, como si le doliera escuchar todo esto. Yo solo quiero hacer desaparecer con mi boca la estela que el dolor ha dejado en su cuerpo; el que yo he causado y el que la vida le trajo cuando menos lo merecía.

Quiero pedirle que me deje quererla.

Olivia deja escapar un sonido sin forma que surca el aire y no me lo pienso más. Enredo los dedos en su pelo, la atraigo hacia mí sin pedirle permiso y la vuelvo a besar. No puedo esperar. Ni siquiera sé si tiene sentido hacerlo. Si no quiere, siempre podrá pararme, pero me queda claro que no lo va a hacer en cuanto su boca se desliza sobre la mía y se enrosca en mi cuello.

Interno mi lengua en su boca y siento que me disuelvo en ella. Noto de nuevo esa descarga que atraviesa mis venas y que me obliga a rendirme a la evidencia de que soy irremediablemente suyo. Olivia me devuelve el beso cargado de electricidad y de un punto salvaje que anuncia que esta noche dejará atrás los muros que la protegen para lanzarse a explorar el mundo exterior a mi lado.

Sin pararnos a coger aire, nos tocamos por encima de la ropa. Acaricio sus suaves curvas, hundiendo mis dedos a través del tejido. Ella gime al deslizar sus dedos por la tela que cubre mi pecho. Hay urgencia en nuestros movimientos, como si no nos alcanzasen las manos para conquistar aquello que buscamos. Nos abrazamos el uno al otro mientras seguimos devorándonos la boca. Nos apretamos y gemimos. Ya la tengo tan dura que me duele.

Nuestros jadeos reverberan en cada rincón del salón, pero se pierden al segundo al ser sustituidos por otros nuevos. Un gruñido escapa de mi garganta cuando Olivia se sienta a horcajadas sobre mí y vuelve a besarme con más fuerza. Se roza de manera descarada, buscando mi erección, y yo absorbo con mi boca el grito que se le escapa cuando meto las manos debajo de su blusa.

Nos apartamos un segundo para mirarnos a los ojos. Ninguno decimos nada por miedo a que se rompa el hechizo. Por mi cabeza pasa la idea de si deberíamos hablar primero del rumbo que estamos emprendiendo, pero la descarto de inmediato. Sinceramente, en este momento no me importa nada más que perderme en el torrente de sensaciones que supone estar enterrado en ella. Y sé que a Olivia le pasa lo mismo. Ambos ansiamos seguir adelante. Con la mirada cargada de deseo, se muerde el labio y tira de mi jersey y de mi camiseta hacia arriba para poder recorrerme el pecho con las manos. Acaricia mi piel, regalándome una sonrisa. Su lengua baila con la mía y todo me sabe a ella. Volvemos a encendernos de nuevo. Le abro la blusa y con un movimiento

de hombros la deja caer al suelo. Se quita también el sujetador. Yo hundo la cabeza entre sus pechos y respiro en ellos. Los chupo y los muerdo con impaciencia y veneración y ella se retuerce sobre mí. Joder. Mi entrepierna se estremece de tal forma que temo no durar demasiado llegado el momento.

Seguimos besándonos como dos seres desesperados. Lengua, saliva, ganas. Son demasiadas las noches que la he imaginado entre mis brazos; demasiadas las veces que he temido no volver a tenerla. Pensar que está sobre mí me acelera, así que decido no perder el tiempo. Le subo la falda hasta la cintura y después entre los dos nos deshacemos de su ropa interior y de sus medias, que se rasgan en el proceso. Lejos de importarle, se encarama a mi pecho y me muerde el cuello.

Juego entre nuestros cuerpos, acariciándole el clítoris. La toco, la provocho y la llevo al límite. Su piel me llama. Me enloquecen los sonidos que emite al tratar de controlar el placer y me obsesiono con conseguir que se corra al menos una vez antes de seguir adelante, por si acaso pierdo el control.

En un movimiento que parece coreografiado, al cabo de pocos segundos Olivia se tensa y mis dedos se adueñan de sus palpitaciones. Siento el orgasmo propagándose por todo su cuerpo, cobrando vida al estallar en su garganta. La miro a la cara durante todo el proceso para no perderme detalle y después la recibo en mi pecho, donde se refugia para recuperar el aliento.

Acaricio la piel de su espalda mientras nuestros corazones desbocados laten buscando acompasarse. En un movimiento rápido decidimos quitarnos lo que nos queda de ropa. Nos incorporamos en el sofá, ambos completamente desnudos ante el otro. Nos observamos en silencio y veo cómo se fija en el tatuaje que adorna mi cadera izquierda

—Tócalo —le pido.

Hace lo que le digo, con un movimiento pausado y tortuoso que alimenta el fuego que consume mi cuerpo. Lentamente, se sienta en el rincón que forma la esquina de mi sofá y me mira. Apoyándome sobre una rodilla, me acomodo frente a ella y le abro las piernas con delicadeza. Finjo no darme cuenta de que se ha puesto nerviosa. El rubor ha cubierto todo su cuerpo y sus labios están hinchados por haberme besado tanto.

No puede estar más perfecta.

—Un preservativo, Will —me dice con los ojos brillantes cuando ve que me acerco.

La sangre se me enfría por dentro.

—No tengo preservativos —le explico con voz ronca—. La última

persona con la que estuve en esta casa fuiste tú.

—Pero...

—He usado protección este tiempo. Por favor, dime que tú también y olvidémonos del tema. No soporto pensar en ello.

Asiente con nerviosismo y traga saliva. La miro y no pierdo más tiempo. Me abalanzo sobre su pecho, besándola intensamente antes de situarme en la posición para penetrarla y deslizarme en su interior. Necesito un momento para tomar aire y prolongar esto que siento al estar a punto de entrar en ella, pero Olivia me provoca levantando las caderas para eliminar la distancia. No quiere esperar.

—Por favor... —me suplica con los ojos cerrados.

Sentir la humedad que emana me vuelve loco. Se me enciende la piel y, soltando un gruñido, acudo al encuentro de sus movimientos, dejándome envolver por su calor y sintiendo cómo se extiende por todo mi cuerpo. Ella gime al sentir cómo poco a poco la voy llenando y yo concentro toda mi atención en no terminar todavía. Cierro los ojos con fuerza, porque sé que si la miro me correré en menos de un segundo. Me clava las uñas en la parte baja de la espalda y me estremezco al sentir como su interior me acoge, palpitando. Hundo la cara en su cuello y empujo de nuevo una vez más, con ferocidad, hasta el fondo. A los dos se nos escapa un gemido seco.

—Sigue... —me pide, y yo reúno todas las fuerzas que tengo para cumplir su deseo.

Me balanceo haciendo que entre y salga por completo, para después volver a clavarme más hondo. Lanza un grito y después nos acoplamos hasta alcanzar el mismo ritmo. Nos perdemos el uno en el otro. Dentro, fuera. Rápido, lento, decadente. No tenemos suficiente. Puede que nunca lo tengamos. Una penetración más profunda y violenta nos hace gemir a los dos y ella se arquea, apretándome.

—Ah... Dios. Dios. Dios —escucho que dice, pero no puedo ni responderle.

Sigo empujando entre sus piernas violentamente en un movimiento continuo, sin llegar a salir del todo. Nunca lo he hecho de una manera tan necesitada. Nunca. Con nadie. Y por la expresión de descontrol que viste su rostro, sé que ella tampoco.

Olivia me recuerda con la desesperación de sus movimientos por qué no he podido rehacer mi vida en el plano sexual en todo este tiempo: este placer delirante solo lo siento con ella. No tiene sentido tratar de buscarlo con nadie

más. No es amor ni es sexo. Son las dos cosas unidas por lo más profundo y cobrando sentido solo si estamos juntos. Es algo primario que solo se materializa si se siente lo que nosotros dos sentimos.

Siento cómo por mi columna vertebral trepa la inminencia del orgasmo. Estoy a punto de acabar y quiero que ella se corra conmigo, pero antes intento grabar en su interior la profundidad del sentimiento que me despierta. No quiero que lo olvide jamás.

—Voy a correrme —anuncia en un gemido.

«Gracias a Dios». Hundo más los dedos en sus muslos y aumento la contundencia de la penetración, desesperado por sentir cómo convulsiona bajo mi cuerpo.

Un par de empellones más y noto su orgasmo retumbando por toda mi piel. Eso da la señal a mi cerebro para descargar por fin. Y lo hago, de manera especialmente intensa, vaciándome por dentro para volver al único lugar al que siempre consideraré mi casa.

Necesitamos varios minutos para recuperar el aliento. Mi cabeza descansa en su pecho, que sube y baja buscando volver a la normalidad. Paseo mis labios por su piel, sin haber salido aún de ella. Los dedos de Olivia, carentes de fuerza, se deslizan con cuidado por los mechones de mi pelo.

Hacía tiempo que no se respiraba este tipo de paz en mi salón.

—Necesito ir al baño —me dice pasado un tiempo.

Con mucha delicadeza, me separo de ella y le dejo espacio para salir. Le doy un suave beso en la frente antes de que se vaya y valoro pedirle que me deje acompañarla. Mientras busca algunas de sus prendas por el suelo del salón, algo en su rostro me disuade de hacerlo. Necesita espacio, me digo. Se interna rápidamente en el pasillo en dirección al baño y el ruido de la puerta al cerrarse impone la distancia que al parecer busca.

Mientras espero a que salga, me pongo los calzoncillos y la camiseta interior que llevaba antes y me dirijo a la cocina a servirme un vaso de agua. Apoyo la espalda en la nevera y medito sobre todo lo que ha pasado. Si su olor no siguiera impregnado en mi piel, creería que lo he imaginado todo.

Hace solo unas horas fantaseaba con tocarla durante más de dos segundos enteros, y ahora estoy aquí, después de haber echado el polvo de mi vida con ella, con ganas de suplicarle que me deje repetirlo una y otra vez hasta que amanezca.

Permanezco en la cocina dándole vueltas al tema, buscando respuestas a través del calor que solo siento con ella, que ha inundado mi cuerpo entero.

Tengo que hacerle entender lo que significa para mí que tras meses de quererla en silencio hayamos dado este paso.

Después de minutos de charla interna percibo la puerta del baño abrirse con un ruido seco. Me enderezo y me pongo alerta. Giro la cabeza hacia la derecha al escuchar sus pasos avanzar por el pasillo y mis cejas se contraen automáticamente cuando veo que está completamente vestida. Sin apenas mirarme, empieza a corretear por el salón buscando el resto de sus cosas. Como una autómatas; disociada. La calidez de mi interior se evapora al instante. Dejo el vaso sobre el mármol con un golpe y me acerco al salón.

—¿Vas a algún sitio?

—Sí —contesta sin mirarme mientras sube la cremallera de sus botines—.

Tengo que irme.

Un chispeo de irritación cobra vida en mi estómago y noto los músculos de mi espalda entrar en tensión.

—¿Irte? Olivia, son más de las dos de la mañana.

—Ya, pero tengo que irme a mi casa.

—¿A tu casa? ¿A Brooklyn?

—Claro. ¿Cuántas casas crees que tengo?

Dejando a un lado lo que está haciendo, se enfrenta a mis ojos y me lanza una mirada insoldable. Su pelo, recogido ahora en una coleta alta, continúa algo alborotado. Su piel sigue encendida y el rímel que llevaba se ha difuminado bajo sus ojos. Todo es demasiado real, y el miedo que me produce que decida irse justo ahora me desgarras por dentro.

—Esta también es tu casa.

Sus pupilas refulgen cuando escucha mis palabras.

—Vale, sí. Tengo que irme. —Se levanta del sofá, coge el bolso y se dirige sin más a la puerta.

—Oye, para un momento —espeto yendo tras ella—. Creo que tenemos que hablar.

—Ya hemos hablado suficiente por hoy —responde colocándose el abrigo.

La cojo suavemente de los hombros cuando llego a la puerta y busco su mirada con gesto interrogante. Hago un esfuerzo por mantener los nervios a raya.

—Ey, ¿por qué huyes? ¿Te ha hecho sentir mal algo que hayamos hecho?

Parpadea varias veces y en sus ojos se reflejan sus muros alzándose de nuevo, encerrando la intimidad que nos une lejos de mi alcance.

—No. Claro que no. Solo ha sido sexo.

Algo muy dentro de mí se arruga hasta casi desaparecer.

—¿Perdona?

—No le demos más importancia de la que tiene —dice resuelta, poniéndose esa máscara de indiferencia que ambos sabemos que es falsa—. Durmamos. Mañana lo veremos todo de otra manera, ya verás.

—No entiendo nada de lo que estás diciendo.

—Ya, bueno. Ahora mismo yo tampoco entiendo muchas cosas. Descansemos, ¿vale? Creo que los dos lo necesitamos.

Mi mandíbula se contrae. Un zumbido de confusión empantana los surcos de mi cerebro. Nos miramos en silencio el uno al otro durante segundos enteros antes de que yo encuentre la voz:

—Olivia... Si esto es algún tipo de prueba para ver si insisto, déjalo, te aseguro que quiero que te quedes. No te vayas. Quédate, por favor.

Un suspiro amargo escapa de sus labios cuando procesa la necesidad que hay en mi voz. Cierra los ojos, que se oscurecen hasta parecer de un color diferente. Cuando los abre, hay dolor en ellos. Y miedo.

—Buenas noches, Will.

Sin darme tiempo a reaccionar, sale de mi casa. Me deja aquí, angustiado, paralizado y confuso. Abandonado, escuchando sus pasos cruzar el pasillo de mi planta a toda velocidad. Reflexionando acerca de que el sonido de una puerta al cerrarse nunca me había parecido un gesto determinante para el futuro de alguien hasta esta noche.

¿Cómo te lo demuestro?

Todavía no se había cerrado la puerta del ascensor del edificio de Will y ya me arrepentía de haberlo dejado del modo en que lo hice. Mientras descendía hacia la planta baja, se me quedó clavada la imagen de su rostro ardiendo en llamas de confusión; el recuerdo de sus ojos encharcados en desilusión, suplicándome que no lo dejase solo. Me sentí una auténtica bruja por dejarle después de todo lo que habíamos compartido, pero aun así... necesité marcharme.

¿Qué hacer cuando todo aquello que puede dar sentido a tu vida te hace sentir tan... fuera de control sobre tus propias acciones? Porque seamos claros: hace semanas que he perdido el control de esto. Después de meses de negarnos a los dos horas juntos, de guardar para mí misma besos que eran para él, de esconder palabras que me queman por dentro, llegó un día en el que de pronto fui consciente de haber estado cediendo parcelas de mi propio espacio. Poco a poco he ido dejando que el «yo» se vaya disolviendo para dar paso a un «*nosotros*», y ahora estamos tan cerca que casi no recuerdo por qué se supone que debemos estar separados. Y sé que después de todo lo que he pasado, ese es un lujo que no me puedo permitir.

Apenas he dormido en toda la noche. Mi mente seguía demasiado focalizada en las sensaciones que Will dejó grabadas en mi piel. Su presión entre mis muslos, su sonrisa en mi pecho, su humedad que aún me llena... He dado vueltas y más vueltas hasta que las primeras luces de la mañana se han llevado cualquier posibilidad de dejarme arrastrar por el sueño, y cuando por fin me he levantado, seguía con un nudo de emociones congregadas en mi pecho. Como trozos de papel, se arrugan de tal manera que el efecto que finalmente producen es de vacío absoluto.

La voz de mi conciencia se reproduce en *off* en mi cabeza, susurrándome que por muy justificado que piense que está mi comportamiento de anoche, no actué bien. Nadie se merece un desplante así después de haberse abierto de la manera en la que él lo hizo. No quiero abrir una brecha insalvable entre nosotros, pero, ¿cuál es la alternativa? ¿Entregarme sin reservas? Más aún, quiero decir. Porque anoche me dejé llevar como me prometí a mí misma que no volvería a hacer.

¿Cuándo empecé a permitir que mi perímetro de seguridad se fuera

debilitando? ¿Cuándo decidí dejar de ser precavida con alguien a quien me unen emociones tan complejas?

He intentado mantenerme ocupada durante toda la mañana. Es sábado, así que he hecho la colada y la compra. Limpieza general, reestructuración de armario y me he puesto a cocinar. Yo. A cocinar. Para la hora de la comida, mis niveles de confusión ya han alcanzado límites irracionales. No soy capaz de equilibrar el maremágnum de interrogantes que pueblan mi cabeza. Ahí dentro todo es blanco o negro. Necesito recuperar el control, pero necesito ver a Will. ¿Cómo puedo manejar la situación para moverme en la gama de los grises de nuevo?

Después de darle mil vueltas y de no llegar a ninguna conclusión viable, decido que solo me queda la opción de improvisar. La única voz a la que consigo atender en mi cabeza es aquella que me susurra que tengo que verlo, así que aprovecho una de las conversaciones que quedaron ayer en el aire para iniciar un acercamiento y tantear el terreno. Cojo mi móvil de la barra de mi cocina y sin darme opción a pensarlo demasiado, con dedos ágiles tecleo: *<A las cinco estaré en el estudio para recoger las fotos. ¿Nos vemos allí?>*

A las cinco y diez de la tarde sigo sin noticias tuyas, y yo ya llevo casi media hora parada en la puerta del establecimiento. He venido con tiempo por si acaso le daba por aparecer y recoger las fotos antes de que yo llegara. Pero no. Tampoco.

Cuando consigo convencerme de que Will no va a venir, abro la puerta de la tienda, que anuncia mi llegada con el sonido de una campana. La chica que me recibe es la misma a la que le dejé la tarjeta con las fotos de la planta de North Fork, hace apenas tres días. Me comunica con una sonrisa que las láminas han quedado perfectas y me pide que espere mientras va a por ellas.

Durante la espera me entretengo mirando el cristal que cubre el mostrador, que encierra fotos de distintos trabajos que se han llevado a cabo en el estudio.

Estoy deslizando los dedos sobre las imágenes, tratando de descifrar el juego de colores que han utilizado como criterio para configurar el collage, cuando escucho de nuevo el sonido de la campanita. Hasta mi última terminación nerviosa entra en tensión; no me hace falta girarme para saber que es Will. Es como si el aire que llena este espacio se hubiera evaporado para ser reemplazado por él. Así de intensa es su presencia. Lo vacía todo para volver a llenarlo con la esencia de su persona. Los sonidos a mi alrededor también han cambiado, la iluminación es más potente. Todo es Will ahora, y lo

siento todo en mi piel de tal manera que hasta el aire me sobra.

—Hola —dice al acercarse, y su voz suena ronca, oscura, rota.

—Hola —le contesto yo, girando sobre el mostrador cuando él se apoya.

El corazón me late exageradamente deprisa y no sé por qué. Se supone que ya había superado la fase de entrar en fibrilación auricular cuando estamos cerca. Lo miro de reojo y él esquiva mi mirada. Viene con su atuendo habitual de fin de semana: vaqueros, jersey grueso de lana y el pelo revuelto, invitándome a enredar en él mis dedos y tirar muy fuerte. Me fijo en la sombra de unas ojeras que nada tienen que envidiar a las mías y en su gesto de concentración absoluta cuando mira al vacío. Trago un nudo de saliva y encajo mis hombros, obligándome a respirar despacio.

—Estas son las láminas, esto las fotos y esto los negativos —anuncia la dependiente, rompiendo el silencio con su tono de voz jovial al volver de la trastienda—. Uy. Hola —dice sonrojándose levemente al ver a Will—. No te había visto. Enseguida estoy contigo.

—Voy con ella. —Me señala con la cabeza pero no se digna a mirarme, como si en realidad yo no estuviera de manera física y fuera una simple idea que flota en el aire—. Dime cuánto te debo de todo.

Y dice debo, no debemos. La chica le enseña el resultado del pedido y el ticket donde aparece el importe; él da su beneplácito con un asentimiento rotundo y saca la cartera.

Cuando salimos de nuevo a la calle, caminamos uno al lado del otro durante los primeros metros. No sé adónde nos dirigimos ni tampoco hemos cruzado palabra. Me gustaría que hablara, que dijera algo que rebajara la carga de tensión de alto voltaje que circula entre nosotros, pero no lo hace. Y cuanto más avanzamos más claro tengo que no lo va a hacer. Se muestra muy cerrado, serio y distante. Ni rastro de su sonrisa ni de nuestra complicidad habitual.

Respiro hondo. Si no quiero que este escenario se vuelva tan raro que no haya manera posible de progresar, debo hacer algo.

—¿Te apetece dar una vuelta? Han abierto una cafetería nueva en esta misma calle.

Avanzamos por la calzada con paso rápido, sintiendo el frío de febrero colarse entre los árboles. Will carraspea y cambia de mano la bolsa que le han dado en la tienda antes de contestar.

—No. No tengo hambre.

—¿Y si vamos al cine? Estamos cerca. Podemos... Podemos cenar algo

después.

—No —vuelve a decir, aún sin mirarme—. Me voy ya.

—Oh. ¿Tienes planes?

—No.

—¿No? ¿Entonces? ¿Qué te parece si...?

—Olivia... —advierde con voz dura—. Para.

—¿El qué?

—No sé qué pretendes, pero por si no te has dado cuenta, hoy no estoy muy cómodo en tu compañía.

Me paro en medio de la calzada y él me imita y hace lo mismo. Su gesto es severo y sus ojos lucen tan oscuros que no parecen los de siempre. Una ráfaga de aire helado se desliza por mi garganta, enfriándome por dentro.

—Estás cabreado —afirmo, sosteniéndole la mirada.

—Pues claro que estoy cabreado. ¿Qué esperabas?

—Pero... ¿Pero por qué?

Tuerce el gesto y su mirada dura e insoldable se me clava en las pupilas con tanta fuerza que el estremecimiento que provoca consigue que me tambalee un poco.

—¿A qué juegas? —me pregunta con dureza.

—No juego a nada —contesto—. Es que quiero que me lo expliques.

Me mira con los ojos entornados y deja escapar una risa mortificada.

—Esto es increíble, joder —escupe con resentimiento—. No sé si se te ha ido la cabeza o si todo esto forma parte de algún tipo de venganza.

Mis cejas se juntan sobre mis ojos.

—No es ninguna venganza —rebato, ofendida.

—Mierda. Ya lo sé —gruñe frotándose los ojos—. Tú no eres así. No te fuiste por eso.

—Entonces, ¿si lo sabes por qué estás diciéndome esto? ¿Por qué estás tan enfadado?

—¿Porque no te entiendo! —exclama perdiendo los nervios—. Porque vas a acabar por volverme loco. Porque te estás comportando como una niña caprichosa que maneja a los demás a su antojo y que no sabe lo que quiere. Se me está acabando la paciencia de aguantar tus idas y venidas, Olivia. No sé qué cojones quieres de mí y ya no sé a qué atenerme contigo.

El desprecio con el que habla me hace tanto daño que mi pecho se comprime, así que tengo que hacer uso de todo el autocontrol que poseo para mantener la calma. Me esfuerzo por omitir el insulto velado que se esconde en

sus palabras y cojo aire despacio para no desbordarme. Soy consciente de que estamos atrayendo las miradas del resto de transeúntes que caminan cerca de nosotros, pero ni siquiera me importa. Tengo que lidiar con un Will alterado al que no conozco. Nada queda del hombre que anoche me susurraba al oído ni del que se desvive día a día por verme sonreír.

Me toqueteo el pelo con inquietud en un gesto reflejo. Quiero defenderme con elegancia y quiero poder explicarme, pero él se muestra muy enfadado y yo estoy demasiado nerviosa, así que las ideas se apelotonan en mi cabeza, pasando sin pena ni gloria por el filtro que las catapulta hacia mi boca.

—Will... Bebimos, hablamos más de la cuenta y... acabamos acostándonos. Cuando terminamos, me quise ir a mi casa. Siento haberme ido así, pero tampoco creo que haya que hacer un drama de esto. ¿Podemos hablarlo civilizadamente, por favor? Me parece que estás exagerando.

—¿Crees que estoy exagerando? —y por el tono de voz que emplea sé que he consumido su paciencia en un tiempo récord—. ¡Te fuiste de mi casa a las dos de la mañana como si no soportases tenerme cerca! ¿Te digo que te he echado de menos cada puto día desde que nos separamos, intento demostrártelo y después huyes de mí? ¿Qué coño significa eso? ¡Nos acostamos! Después de todo lo que hemos pasado, después de la conversación más seria que hemos tenido en la vida, ¡y a la primera de cambio te largas y me dices que solo ha sido sexo! ¿En serio crees que me acosté contigo para pasar el rato? Si quisiera meterla en caliente, lo haría cada noche que me apeteciera. Así vivía antes de conocerte y así viviría si no sintiera lo que siento por ti. Te lo aseguro. Pero, paradojas de la vida, llevo casi dos años con tu puta imagen anclada dentro. Y da igual lo que pase a nuestro alrededor, que así es. Da igual que yo esté en Hong Kong o que tú estés en Vancouver. Da igual que pases meses sin hablarme. Da igual que pases de mí, me da igual arrastrarme y me da igual que la mayoría del tiempo actúes de manera contradictoria. Me da igual, porque en el fondo te entiendo. Sé que he hecho muchas cosas mal y que tengo que ganarme el derecho a volver a estar contigo, pero no voy a permitir que juegues conmigo, Olivia. Lo que hiciste anoche me hizo daño. Yo también soy humano, ¿sabes? Me hiciste sentir una mierda.

Su voz cargada de reproches, de dolor y desengaño es como una bola de fuego que se me instala en las entrañas y me consume desde dentro. Jamás me ha hablado con tanta crudeza y la desilusión que brilla en sus ojos me está robando el oxígeno poco a poco. Siento que me mareo. Nuestra historia se repite en fotogramas en mi cabeza y de pronto parece que hayamos

intercambiado los papeles y ahora sea yo la cobarde que nos decepciona a los dos. Me froto la frente intentando calmarme un poco, aunque mi nivel de angustia ahora mismo es tal que siento como si estuviera a punto de vomitar el corazón por la boca.

—Will, relájate, por favor. Si me dejaras...

—No. No quiero escucharte decir que necesitamos espacio o pensar — contesta rebajando unas octavillas su tono de voz—. No me interesa

—No es eso lo que te iba a decir.

—Claro que sí. ¿Te crees que no sé cómo piensas? Cuando algo no te cuadra lo atajas imponiendo distancia. Lo que quiero saber es qué es lo que no te está cuadrando aquí, porque, hasta donde yo sé, estamos haciéndolo todo según tus deseos.

—¿Y qué es lo que propones? —contraataco haciendo caso omiso a esa última observación—. ¿Es que no ves que sí que necesitamos tiempo? ¿Puedes no actuar como si todo estuviera clarísimo?

—¡Es que lo está! ¡Joder! ¡Lo tengo claro! ¿Quieres que le ponga nombre a esto? ¿Quieres que lo diga? Porque no tengo ningún problema en definir lo que pasa entre nosotros con todas las letras, pero creo que eso te pondría las cosas mucho más difíciles. ¿Sabes qué pasaría? Que tendrías que tomar una decisión. No podrías seguir fingiendo que esto es algo sin importancia.

Lo miro un instante y siento que me ahogo. Maldito sea. Es como si fuera capaz de hurgar en mi mente y desenterrar todos mis secretos. Y no me gusta. No le he dado permiso para que lo haga. No quiero sentirme más expuesta de lo que ya me siento.

Trago saliva con fuerza y de lo único que soy capaz es de pedirle con voz trémula que no vuelva a gritarme, a lo que contesta frunciendo el ceño y parpadeando despacio.

Sus ojos me recorren entera y me siento desnuda ante él. ¿Cómo es posible que sepa lo que me pasa incluso antes de haberlo descubierto yo? ¿Habría sabido percibir también lo frágil que me hace sentir? Realiza unas cuantas inhalaciones profundas y se pellizca el puente de la nariz, como si toda esta situación le fatigara hasta la extenuación; yo sigo teniendo dificultades para respirar.

—Me voy a mi casa. Necesito descansar y necesito... Joder. No sé qué necesito. —Relaja los hombros y me mira como si fuera el desafío más grande al que se ha enfrentado en su vida. Sé que parte de él quiere ser comprensivo conmigo, pero está demasiado dolido y es demasiado honesto como para fingir

una paciencia que ahora mismo no siente—. Vete a casa, Olivia. Piensa, recapacita, y si aún sigues queriendo algo de mí cuando lo hagas, ya sabes cómo encontrarme. Pero prefiero no verte hasta entonces. Me estoy cansando de esperarte porque empiezo a dudar si realmente hay algo que esperar.

—Will...

—No estoy de broma. No puedo hacer esto si para ti solo es un juego. No puedo.

—No es un juego. Sabes que no es un juego —y al decirlo mi voz vuelve a temblar más de lo que me gustaría.

Me mira a los ojos y los suyos están tan cristalinos que durante un segundo temo que los dos nos echemos a llorar en medio de la calle. Observa detenidamente mi expresión y, aunque estoy segura de que percibe en ella la confusión que siento, no hace nada por intentar consolarme. Solo suspira abatido.

—Bien, pero hasta que no te convenzas a ti misma de ello... no me llames.

Y no, no está de broma. Ni es un juego. Sin más, se da media vuelta y se marcha dejando una nube de crispación a su paso. Y yo me quedo mirándolo hipnotizada durante unos segundos, pero en ningún momento soy capaz de encontrar el valor para seguirlo y pedirle que se quede.

—¿Pero tú eres tonta? —me pregunta Claire a través del ruido de tazas que sobrevuela nuestra mesa habitual de los domingos en The New.

Me limito a observarla con ojos asustados. Ni siquiera puedo contestarle.

—Te ha preguntado que si eres tonta —repite Matt, cuchicheando en mi oído.

—Chicos... —susurra en tono de advertencia Christina.

—No. Nada de chicos —le responde mosqueada Claire—. ¿Pero por qué no lo seguiste?

Clavo la mirada en los restos de mi tarta de queso. Tengo el estómago revuelto, así que no he podido terminarla. Mi garganta vibra por la congoja. Esta mañana me ha bajado la regla, lo que implica que, además de tener un fuerte dolor de ovarios, estoy excesivamente sensible.

—Me entró miedo. No... No sabía qué hacer. Ni qué decir. Estaba como loco. Tendríais que ver lo enfadado que está conmigo. —La voz se me quiebra de nuevo al recordarlo. Por más que intento centrar mi atención en otras cosas, en mi mente solo veo los ojos de Will suplicándome a través de la decepción—. Claire tiene razón. Soy tonta.

Malditas hormonas. Con qué facilidad consiguen que me deje llevar por este camino de autofustigación. Me encojo sobre mí misma y Claire se muerde el labio inferior, apiadándose un poco de mí.

—Está bien, Liv. Perdona. No quería llamarte tonta, entiendo que no fuera fácil. Intentas cuidar de ti misma. Es lógico. —Me acaricia el pelo con dulzura y a continuación dirige su mirada al resto—. ¿Los demás no decís nada?

Doy gracias por la música de fondo y por el ruido ambiente que no permiten que a mis amigos y a mí nos envuelva un crudo silencio. Nada como el rock clásico y las risas cercanas para suavizar las ideas. Sé que quieren elegir bien sus palabras. Están de mi parte, pero eso no significa que vayan a aplaudir todos mis actos si no lo merezco.

Neal da un par de vueltas a su batido y se rasca la mandíbula antes de animarse a hablar:

—Entiendo que quieras ir con pies de plomo. Tienes miedo de volver a tenerlo y que desaparezca de nuevo. Claire tiene razón: intentas cuidar de ti misma, pero... igual tienes que ser un poco más cuidadosa con cómo lo haces. Él está demostrando que quiere hacer las cosas bien contigo y tú, a tu manera, has decidido dejarle intentarlo. Tienes que ser consecuente.

Asiento levemente y le agradezco su intervención con la mirada. Gracias al cosmos por los amigos que desde el cariño te reprenden para ayudarte a mejorar.

Matt, que me observa fijamente desde su asiento con una sonrisita burlona, es el siguiente en hablar:

—Yo te veo con otros ojos, Gallagher —bromea con su habitual mueca guasona—. Will se merecía que le metieras caña. Me declaro fan del estilo mantis religiosa.

—¿Mantis religiosa?

—Sí, la hembra se come la cabeza del macho después de follar —explica crípticamente.

Todos ponemos los ojos en blanco desde nuestros asientos, pero inevitablemente dibujamos una sonrisa. Bendito Matt por querernos tanto a su manera.

—Vale. Me hago a la idea. ¿Christina?

Christina lleva examinándome en silencio desde que he empezado a contar los acontecimientos de ayer y del viernes por la noche. Sus ojos, tan sabios y perceptivos, están ejerciendo esa magia suya que le permite colarse en nuestras cabezas. Desplaza los dedos de la mesa a su pelo y retira con cuidado

un mechón con reflejos dorados.

—Yo tengo tres teorías —dice.

—Ah, ¿solo tres? —le pregunto con cierto aire de desgana mientras saco una pastilla del bolso para el dolor menstrual.

—Sí —contesta en tono de burla—. Pero son complementarias.

Inclino la cabeza con intriga. Me recoloco en mi asiento para atender como es debido a su explicación y la invito a empezar.

—La teoría principal, sobre la que se sustentan las otras, es que necesitas sentir que controlas la situación; que eres tú la que marca el ritmo y que nada de lo que pasa entre vosotros ocurre sin tu consentimiento. La otra noche disteis un paso muy grande que no habías previsto y eso te hizo sentir indefensa. Necesitaste distancia para demostraros a los dos que sigues siendo dueña de tus actos. Y digo a los dos, no solo a él.

Parpadeo repetidamente, revolviéndome algo incómoda en mi asiento. De pleno en la diana, como siempre. Con un movimiento de cejas le pido que continúe.

—Aquí es donde entran las otras dos teorías —sigue diciendo con soltura—. Por un lado, como han dicho Claire y Neal, necesitas ser precavida. Tienes miedo. No confías lo suficiente en él como para volver a empezar de nuevo, por lo que cualquier señal que os acerque al punto en el que estuvisteis te hace sentir insegura. Y la tercera teoría, que se complementa con las anteriores, es que parte de ti no está cómoda con volver a intentarlo. Te juzgas constantemente por dejar que se acerque a ti después de lo que pasó. Te hace sentir débil y necesitas reafirmar tu posición. —Da un trago a su bebida con aire misterioso y vuelve a mirarme—. Si juntamos las tres, ahí tienes la explicación de tu actitud escapista.

Cuando finaliza, el resto permanecemos callados tratando de asimilar su particular análisis acerca de la situación y de los rincones más profundos de mi psique. Mis amigos dirigen sus miradas hacia otra parte, como si quisieran dejarme un poco de intimidad. Todos en algún momento han vivido la experiencia de Christina asomándose a su interior y saben de sobra lo que se siente.

—Jodida loquera —murmura Matt entre dientes pasados unos segundos.

—Tendrías que haber sido psicóloga —le digo yo.

—Prefiero estudiar los cerebros cuando están fuera de las personas.

—Eso ha sonado fatal.

—Ya, pero no cambies de tema. ¿Qué piensas de lo que he dicho?

Le dedico una mirada prolongada. No tiene sentido mentirle.

—Pues que tienes razón en todo y que tienes un puñetero don para la clarividencia.

—¿Habías llegado tú a esta conclusión?

—Más o menos, pero no le había puesto palabras todavía. —Chasqueo la lengua y niego con la cabeza, molesta de pronto por mi ridícula gestión de la situación—. Soy un desastre.

—No eres un desastre. Es una situación complicada —intercede Claire, sonriendo con dulzura—. Dinos, Liv, después de todo lo que habéis vivido, después de la otra noche... ¿qué sientes por él a día de hoy?

La miro a los ojos y ni siquiera lo pienso, las ideas se encienden sin más en mi cabeza: que forma parte de mí aunque no lo quiera, que me da miedo tenerlo muy cerca por si acaba yéndose lejos, que lo que sentía por él al principio no es nada en comparación con lo que siento ahora y que temo quedarme vacía para siempre si me permito tenerlo de verdad y su presencia se acaba disolviendo.

—Me da miedo responder a esa pregunta —contesto esquivamente.

—Porque ya sabes la respuesta —apunta Christina—. Tú sabes lo que sientes por él. No lo castigues por ello.

Agacho la cabeza y una vez más siento esa especie de puño que me aprieta el estómago; el eco de esa dichosa certeza que invade mi pecho hasta presionarme las costillas.

—No quiero castigarlo. No de manera consciente. Quiero que sea feliz y... sí, me gustaría que lo fuera conmigo. Pero tengo demasiadas dudas como para seguir avanzando por ese camino. ¿Y si decide volver a marcharse?

—¿Y si decide quedarse? —sonríe Claire—. La gente cambia, Liv. Todos aprendemos y crecemos, y con el tiempo maduramos lo suficiente como para asumir que las grandes decisiones de nuestras vidas, aquellas cuyas consecuencias más tememos, casi siempre implican a otra persona. Algo me dice que Will ha aprendido la lección y que ha decidido asumir el riesgo porque sabe cualquier alternativa que no incluya a esa... «otra persona» —dibuja las comillas con los dedos y me vuelve a sonreír—, jamás lo hará feliz. Ahora falta que la aprendas tú.

Cuando Claire finaliza el silencio nos envuelve a todos de nuevo. Sospechosamente, la mano de Neal desaparece debajo de la mesa mientras ellos dos cruzan una sonrisa. Solo yo me he dado cuenta; entorno los ojos en su dirección y cuando Neal intuye que están en mi campo de visión, su mano

vuelve rápidamente donde estaba. Sonríe por dentro y aparto la vista para volver a centrarme en el tema Will.

—Sé que tengo que hablar con él, pero no sé cómo arreglar las cosas. No quiero hacerle daño. Quiero estar a su lado y quiero pedirle perdón por haberme portado así, pero sé que no puedo darle más por el momento. No sé cómo explicarlo. Es Will. Will... Ya sabéis lo que significa para mí, no hace falta que os lo diga. No quiero mandarle señales contradictorias, pero la verdad es que me mata la idea de volver a estar lejos casi tanto como pensar en estar demasiado cerca. Sé que es una locura, por eso quiero hacerle ver que si hago cosas con cierta incoherencia es porque camino con miedo, y muchas veces caminar con miedo significa caminar a oscuras. Pero no sé cómo hacerlo. No sé por dónde empezar.

Pronuncio todas estas palabras en un tono serio poco propio de mí. Mis amigos me miran como búhos en la noche: de manera penetrante, intensa, con los ojos abiertos de par en par. Les devuelvo la mirada uno por uno, sintiéndome vulnerable por haber dicho todo esto en voz alta. Maldita regla.

Pasan varios segundos hasta que por fin Matt carraspea, atreviéndose así a deshacer el silencio:

—Tal vez podrías empezar por decirle todas estas cosas a él en vez de a nosotros.

—¿Puedo pasar?

Mi voz ha sonado menos estable de lo que me hubiera gustado, pero ya contaba con ello. Will se apoya en el marco de la puerta de su casa, escrutándome en silencio; serio, firme, distante. Es decir, todo lo que no suele ser conmigo en una situación normal. Pero bueno, con eso también contaba, para qué engañarnos...

Lleva los pantalones de un pijama de invierno y una sudadera verde botella que debe de tener más años que yo. Me mira a través del cristal de sus gafas y la tensión que emana su cuerpo me hace sentir muy pequeña. Su mirada azul me analiza durante más de un minuto entero y, cuando considera que ya he esperado suficiente, se hace a un lado para invitarme a pasar, aunque tampoco es que se muestre entusiasmado con la idea.

—¿Te pillo trabajando? —pregunto conforme avanzo y a mano derecha, en el fondo del salón, veo la mesa grande cubierta de folios.

—Intentándolo.

Camino con lentitud, sintiendo la extraña sensación de que el salón va

encogiendo a cada paso que doy. Estar aquí me perturba en exceso. En este salón hemos vivido demasiadas cosas que me hicieron tan feliz como desgraciada una vez desaparecieron. En esta casa viví con él durante cinco días. Cinco días que, aunque *a priori* no parezcan demasiados, me hicieron darme cuenta de que me había enamorado de aquel chico de mirada cómplice y sonrisa descarada.

Agito la cabeza y vuelvo a coger aire hasta llegar al característico sofá con forma de L. Cuando me siento, dos vasos casi vacíos que reposan en la mesa del centro llaman mi atención.

—Oh. ¿Tienes compañía?

—No. Colin ha estado aquí. Se fue hace un rato.

Los lleva rápidamente a la cocina y escucho cómo los deja en el fregadero tras abrir un momento el grifo. Cuando regresa al salón se sienta junto a mí. Serio, firme, distante. Sin tocarme ni un milímetro. Tan cerca y tan lejos. Tan maravillosamente suyo aun estando en esta situación, que me entran ganas de llorar por no ser capaz de alargar la mano y pedirle que sea mío.

—Tú dirás —dice para romper este silencio que marca tanto la distancia entre los dos.

Respiro hondo.

—Del uno al diez, ¿cómo de enfadado estás ahora mismo?

Alza las cejas de manera poco amistosa.

—¿En serio quieres que ponga un número?

Parpadeo.

—Vale. Tomaré eso como un once.

Mi estúpido intento de romper el hielo no sirve de nada. Su mirada sigue siendo igual de impenetrable que en las últimas veinticuatro horas. Me pongo un poco más nerviosa y mi respiración se acelera cuando por fin me decido a enfrentar la situación directamente.

—Will... Perdóname. Lo siento. Lo siento muchísimo. Siento haberme vuelto loca el viernes y siento haberme ido. No debí hacerlo. No así. Yo... Siento si pensaste que lo hice para hacerte daño. Siento que pensaras que no significó nada para mí. Lo siento de verdad.

Dejo escapar las palabras una por una sin pararme siquiera a digerirlas. Estoy muy nerviosa y resulta evidente, pero precisamente ese es el efecto que busco: transparencia, dejarme ver, que sepa que soy sincera. Hablarle desde dentro. Es lo que necesitamos los dos.

Veo cómo en sus ojos se filtra una chispa de comprensión y respiro

levemente aliviada.

—Necesito saber por qué lo hiciste —dice sin perder el tono serio.

—Me asusté. Yo... No sé. Me dejé llevar. Te hablé de todo lo de mi madre sin haberlo previsto, y tú fuiste... No sé. Eres... joder. —«Dios. Respira, Olivia. Estás histérica». Me retuerzo el dobladillo del jersey, tratando de encontrar las palabras adecuadas y la calma suficiente para transmitir las—. Fuiste bueno conmigo. Me escuchaste y luego me dijiste todo aquello y yo simplemente... te necesité. No porque quisiera sexo, sino porque necesitaba... sentirte cerca. No me cuestioné lo que estaba haciendo, solo me dejé llevar y cuando todo pasó... me sentí tan... superada por todo.... Sentí que había perdido el control por completo y... pensé que yéndome, que poniendo distancia, lo recuperaría. Sé que no lo hice bien, pero te juro que no quise hacerte daño.

—Te estabas protegiendo —dice en un tono tan bajo que por un momento dudo si lo ha dicho o si ha sido producto de mi imaginación.

—Siento si te hice creer que no significó nada; ese no fue el problema. —Hago un esfuerzo por modular mi ritmo cardiaco antes de pronunciar la siguiente frase—. Es que significó tanto que necesité irme. Quedarme significaba aceptarlo... y no estaba preparada.

Traga un nudo de saliva y hace un gesto de entendimiento con la cabeza. Su mirada sigue aferrada a la mía y sus dedos se pasean lentamente por su mandíbula mientras me estudia, aún serio, firme y distante. Cerca pero lejos.

—¿Lo estás ahora?

La pregunta del millón de dólares. Lo miro. ¿Lo estoy? ¿Estoy preparada para él? Sé que la respuesta correcta es no, pero, ¿cómo le transmito que a pesar de mi caos mental no voy a ser capaz de volver a tenerlo lejos?

—Es complicado.

—¿Entonces qué haces aquí? —y no, su tono no es nada cálido cuando lo dice.

Parpadeo, sintiendo una llamarada de calor extendiéndose por todo mi cuerpo. ¿Eso en su voz ha sido reprobación? Confiaba en que a estas alturas ya se hubiera ablandado un poco. Parece que mis palabras no son suficientes. Mi voz titubea un poco.

—No quiero estar lejos. Dijiste que lo tienes claro. Pensé que... —Sus cejas se alzan con inquina, acompañando el aura de suspicacia que viste su expresión. No le está gustando nada de lo que digo. ¿Dónde narices está el Will de siempre, por el amor de Dios? ¿Estaré haciendo el ridículo diciendo

todo esto? Siento en las mejillas una bofetada de humillación y me mareo un poco. Cierro los ojos. Quiero desaparecer —. Da igual. Tal vez no debería haber venido.

Hago el amago de levantarme mientras el bochorno se va adueñando más y más de mi circulación sanguínea, pero antes de ponerme en pie, Will me agarra de la muñeca y me retiene a su lado.

—No —dice con tono imperativo—. No te vayas.

Su mano me suelta enseguida, pero me da la sensación de que ahora estamos un poco más cerca. Las ondas de dolor y confusión que emanan de su piel vibran en mi pecho. Siento ganas de llorar, pero me esfuerzo por tragar la pena. Lo miro con expresión taciturna y él se frota los ojos como si quisiera deshacerse de una capa de cosas inservibles que no le hacen ningún bien. Está tan abrumado como yo cuando se inclina hacia mí.

—Dime qué puedo hacer.

—No entiendo. ¿Cómo que qué puedes hacer?

—Que qué puedo hacer para devolverte la confianza en mí. En nosotros.

El silencio se extiende en el aire, y solo cuando se vuelve demasiado denso doy rienda suelta a las palabras.

—No lo sé. Igual tenías razón ayer al decirme que me comporto de manera incoherente.

—Siento haberte dicho eso. Estaba muy enfadado.

—Pero tenías razón. Tiendo a ser incoherente contigo y lo siento. Estás teniendo mucha paciencia.

—Tengo paciencia porque te entiendo mejor de lo que crees. Puede que te entienda mejor que tú misma.

No puedo evitar sonreír.

—A ratos yo también lo creo.

Eso le hace sonreír a él también y, por primera vez desde el viernes por la noche, vislumbro un atisbo del Will de siempre. El nudo que ocupa mi pecho me da tregua y se afloja un poco. Nos miramos en silencio mientras ambos luchamos por encontrar de nuevo el tono amable.

Pasados unos segundos, Will va un paso más allá y toma la iniciativa de destapar algunas de sus cartas:

—¿Crees que estás preparada para un poco de charla íntima? Algunas cosas que necesito decirte no van a gustarte, pero otras creo que te ayudarán.

Veo que, a pesar de la sombra que aún empaña sus ojos, quiere arreglar la situación. Y para ello necesita mi ayuda tanto como yo necesito la suya. Lo

miro mordiéndome el labio y finalmente asiento. Will inhala profundamente.

—Dejarte es la mayor estupidez que he hecho en la vida, pero tienes que saber que fue una decisión fruto del miedo. Me aterraba perderte.

Strike 1. Golpe en el pecho. Patadita en las entrañas. Parpadeo confusa.

—Eso no tiene sentido. ¿Te daba miedo perderme y por eso me dejaste? El resultado fue el mismo.

Niega despacio con la cabeza.

—No es lo mismo. Tú y yo estábamos empezando. Todo fue demasiado intenso desde el principio, y sabía que cuanto más tiempo pasara, más intenso sería y ya no habría vuelta atrás. —Me lanza una mirada rápida que destila ansiedad—. La noticia sobre Hong Kong me bloqueó. Llevábamos poco tiempo como para plantear la opción de quedarme o de que tú vinieras conmigo, y consideré que continuar a distancia solo me haría sufrir. Fui un egoísta porque ni siquiera quise escuchar lo que tú pensabas del tema. Para entonces ya tenías demasiado poder sobre mí y me preocupaba que consiguieras que cambiara de opinión. —Sonríe con tristeza—. Creí que yéndome volvería a ser el dueño de mi vida y que estaría a salvo. ¿Te suena?

Me quedo callada mientras en mi cabeza trazo el símil de lo que está diciendo y de nuestra situación actual. Jamás lo había visto de ese modo.

—Entonces... ¿qué? ¿Crees que si no hubiera pasado lo de Hong Kong habríamos seguido adelante? —El silencio nos envuelve de nuevo y la expresión de su cara me dice que la respuesta a esa pregunta es una de esas cosas que no me van a gustar. Pero llegados a este punto necesito saberlo—. ¿Will?

—Te voy a ser muy sincero. He pensado demasiado sobre este tema como para no serlo. Solo te pido que tengas la mente abierta. —Me mira a los ojos con cautela mientras espera a que haga alguna señal afirmativa. Sé que me va a doler, pero aun así cojo aire y le pido con los ojos que lo diga ya—: Creo que si no hubiera pasado lo de Hong Kong, habría encontrado un modo de escapar de igual forma.

Cuando consigo registrar sus palabras, siento como si millones de abejas zumbaran en mi cerebro. Me tambaleo ligeramente y trago un puñado de algo muy ácido que encharca mi estómago. Joder, joder y joder. Lo sabía. Siempre lo he sabido.

—No sé si esto ayuda.

—La verdad siempre ayuda. Si hay alguna posibilidad de que vuelvas a confiar en mí, sin duda pasa por ser sincero y por que entiendas los

verdaderos motivos de mis acciones. Sé que es arriesgado decirte todo esto, pero dudo que haya otra manera.

Will se recoloca en el asiento y casi escucho cómo da un breve repaso mental al discurso que viene a continuación. Algo me dice que lo tiene preparado desde hace mucho tiempo.

—Aunque pueda habértelo parecido en algún momento, yo no tengo miedo al compromiso. Pero sí que tengo problemas en gestionar la perspectiva de la pérdida; perder a alguien a quien me une un vínculo muy profundo. —Suspira—. Cuando te conocí, no estaba acostumbrado a sentir tanto. Ni a necesitar a nadie. Durante años había evitado la intimidad relacionándome con mujeres que de entrada no me aportaran nada a ese nivel; así no corría riesgos. —Me mira a los ojos y me sonrío de tal manera que mi respiración se entrecorta. Es como si nuestra conexión me hablara cara a cara—. Entonces te conocí a ti y desmontaste mis esquemas de todo. En muy poco tiempo te convertiste en parte de mi vida y de mí mismo, y empezamos a llevar una progresión clara hacia algo demasiado real. Yo era demasiado imbécil como para dejar que algo me importase tanto porque sabía que podían darse consecuencias desastrosas. Estaba asustado y sé que tarde o temprano habría huido por miedo a que huyeras tú primero y me destrozaras. Hong Kong solo fue una vía de escape.

Mi mente se queda en blanco durante muchos, muchos segundos. Silencio, silencio y más silencio, hasta que algunas cosas de las que ha dicho empiezan a brillar en mi cabeza. Algo demasiado real. No estar preparado. Un viaje. Necesitar una vía de escape.

—¿En qué piensas? —me pregunta con la preocupación tiñendo sus facciones.

—Estaba pensando en Elliot.

—¿En Elliot?

Asiento. No parece hacerle mucha gracia la idea de que piense en Elliot precisamente ahora.

—Cuando mi relación con él empezó a ponerse seria yo también necesité escapar. No sabía cómo atajar el tema y la oportunidad de irme a Vancouver cayó del cielo. También fue mi vía de escape. No sé cómo me hace sentir eso.

Otro símil en el que no había caído hasta ahora. ¿No sería lo que me pasó a mí con Elliot lo que le pasó a Will conmigo, verdad? Porque la sola idea me hace sentir náuseas.

Me siento mal de manera automática ante ese pensamiento, porque eso no me deja en buena situación para con Elliot.

—Eh... Olivia... No sé si me has entendido. —Me sonrío con cierto aire de suficiencia que me descoloca aún más si cabe—. Dime, ¿por qué no querías seguir con Elliot?

—Porque no sentía por él lo que se supone que tienes que sentir por alguien que va camino de convertirse en tu pareja.

Vuelve a sonreír.

—Entonces puedes estar tranquila porque ambas historias no se parecen en nada, te lo aseguro. Tú dejaste a Elliot porque no sentías lo suficiente. Yo me alejé de ti porque sentía demasiado.

Parpadeo un millón de veces seguidas mientras lo asimilo. Ay, madre. ¿Será verdad? ¿Será como aquella canción de Will Young en la que el chico decide marcharse antes de enamorarse demasiado? ¿O será la justificación que ha encontrado en su cabeza, lo que ha elegido creer? Quiero creerlo, de verdad que sí, pero me cuesta encajar sus acciones con esta explicación de los hechos.

Las abejas imaginarias siguen emitiendo zumbidos en mi cerebro. Mi nivel de desorden mental ahora mismo es desorbitado. Siento el cuerpo entumecido. Parte de mí quiere correr para pensar en todo esto en soledad, pero mis extremidades no responden.

—Lo que quiero que entiendas de todo esto —continúa diciendo pasados varios segundos de significativo silencio—, es que ese era el Will de hace un año y medio. Te lo he dicho en varias ocasiones, necesitaba pasar por la experiencia de Hong Kong para superar todas esas cosas y ser la persona que soy ahora. Ahora sí soy alguien capaz de construir algo como lo que nosotros empezamos a construir en su día. Tendré miles de defectos, pero el que nos separó en su día ya no existe. Necesito que eso te quede claro y que a partir de ahí decidas.

Ay, Dios. ¿Que decida? ¿Yo? ¿Cuándo? ¿Ahora? Debe de estar loco.

—Intentaré tener todo esto presente, pero no me pidas que olvide todo de pronto, por favor.

—No voy a hacerlo.

—No quiero que esperes demasiado de mí por el momento. No voy a seguir fingiendo que lo único que me interesa de ti es salir de vez en cuando, creo que ya ha quedado claro que no es así, pero más allá de eso... estoy un poco confusa. Puede que lo esté durante un tiempo.

—Vale. Lo acepto. Lo único que te pido es que seas sincera. Conmigo y contigo. No quiero escuchar nada que no estés preparada para decir ni

tampoco voy a hacer nada que no estés preparada para aceptar, pero sí te pido que, en la medida que te sientas cómoda, te comuniqués conmigo. Si no, este planteamiento no tiene ningún sentido.

—Lo sé. Si respetas mis límites, seré sincera. Te lo prometo. Y también prometo ser más cuidadosa contigo y con tus sentimientos. Sé que hasta ahora no lo he hecho demasiado bien.

—Muy bien. Entonces, dime, ¿cómo va a ser? Bueno... ¿cómo quieres que sea? ¿Qué es lo que quieres exactamente?

«A ti», pienso automáticamente. Pero no puedo decirlo en voz alta porque no estoy preparada para tomar una decisión en consecuencia. Debo encontrar un punto medio, pero es complicado.

¿Cómo traduzco en palabras lo que necesito en este momento? Los seres humanos pasamos tanto tiempo en la vida aprendiendo a identificar con facilidad lo que no nos gusta, que a veces es sobre aquello que realmente queremos sobre lo que nos cuesta tomar una decisión.

—Necesito más tiempo. Pero te quiero cerca.

—Me quieres cerca —repite despacio, como si realmente hubiera estado esperando una respuesta diferente.

—Sí. Cerca.

—¿Cómo de cerca?

El tono en el que formula la pregunta hace que se me escape una carcajada. Cuando veo que me sonrío con ecos de su pillería habitual, siento una inyección de calor en mi vientre.

—Esa pregunta es trampa —contesto siguiéndole un poco el juego.

—Puede. Pero creo que es importante que ese punto también quede claro. Tiene toda la razón.

—Pues... creo que si estamos cerca, después de los acontecimientos de los últimos días, va a ser difícil mantener las distancias en ciertos aspectos.

—Estoy de acuerdo.

«Gracias a Dios», pienso con alivio.

—¿Y qué pasa con...? —me callo de golpe, indecisa.

—¿Qué pasa con qué? Dilo.

—Qué pasa con... otras... personas. No sé si te interesa no cerrarte opciones, o...

Dibuja en el acto una sonrisita insolente.

—Ay, Olivia. ¿Crees que si me interesase explorar otras camas plantearía opciones contigo? Si quisiera...

—Vale, sí. Si quisieras meterla en caliente lo harías cada noche que te apeteciera. Me quedó claro.

Asiente tratando de ocultar su actitud de sobradito con este tema.

—¿Qué hay de ti?

—Lo mismo que tú. —Hago una mueca—. Menos la parte de meterla en caliente, claro.

Se ríe.

—No te gustó mucho esa frase, ¿eh?

—No ha sido tu discurso más emotivo, no.

—Estaba cabreado.

—Lo sé. —Desplazo la mirada un segundo—. ¿Sigues estándolo?

—Es complicado —y al decirlo me dedica su mirada más canalla.

Sonreímos y a continuación nos quedamos en silencio mientras decidimos qué más poder decir para seguir haciéndolo fácil. La ausencia de palabras resulta más cómoda que al principio de la tarde, pero aún siento el peso de las cosas que quedan por decirnos.

—Bueno. ¿Y ahora qué?

—¿Y ahora qué de qué? —pregunta.

—¿Cómo debemos actuar?

—Como nos nazca. Lo iremos viendo poco a poco.

Extiende la mano hacia la mía lentamente y me acaricia los nudillos con cariño. Respiro entrecortadamente porque de pronto me pregunto qué pasaría si tuviera el valor para darle un beso justo ahora. Es «lo que me nace», pero no sé si es el momento. Will dulcifica su expresión como si me leyera la mente.

—¿Por qué no empezamos por algo sencillo? Quédate. Vemos una peli y hacemos algo de cena.

—¿Hacemos?

Sonríe y se lo piensa mejor.

—Pedimos.

—Vale. Suena bien.

Asiente risueño y me pide unos minutos para cerrar unas cosas de trabajo que le han quedado pendientes. Cuando acaba, optamos por ir dejándonos llevar poco a poco, tocando de oído. Y así, una vez más, comenzamos a dibujar los patrones de interacción sobre los que hacer funcionar nuestra relación.

Lo hacemos con palabras, risas y complicidad. Lo hacemos con bromas y

recordando anécdotas de nuestro pasado, de esas que dibujan una sonrisa y que no duelen. Hablamos del día que fuimos a ver *El mago de Oz* al parque del Puente de Brooklyn y de un paseo por High Line. Nos reímos comedidamente y somos extremadamente cuidadosos con las cosas que nos contamos.

La noche sigue su curso. Pasar tiempo con Will siempre ha sido fácil. Adoro estar con él, porque siempre consigue que me sienta comprendida, libre y yo. Adoro disfrutar de su compañía y hacer que él disfrute de la mía mientras llenamos el espacio de palabras y silencios compartidos.

Esta es la primera velada que pasamos en casa desde que volvimos a la vida del otro. Los últimos meses nos hemos estado moviendo por restaurantes o bares, donde el escenario que se nos presenta ya está configurado y, por tanto, es como si estuviéramos obligados a comportarnos como si siguiéramos un guion. Esto es mucho más difícil que sentarnos uno frente al otro frente a una copa de vino en el local de moda de la ciudad. El ambiente, el tono, el cariz, la luz, los sonidos de fondo. Todo depende de nosotros. Aquí debemos decidir. Aquí somos solo él y yo. Aquí debemos posicionarnos en función de lo que queremos conseguir.

¿Sería eso lo que él tenía en mente al pedirme que me quedara? Seguro que sí. Maldito maestro de la madurez emocional recién adquirida...

Después de la cena tenemos helado de postre con unas cuantas risas de acompañamiento. A continuación, *Django*, en Netflix, porque Will no la ha visto y ningún seguidor de Tarantino que se precie puede consentir algo así.

Seguimos dibujando la noche. Creamos una escena en la que somos dos cuerpos sentados muy juntos, con las luces apagadas en el sofá donde hace solo dos noches se reencontraron. Los hombros tocándose y nuestras manos tanteándose la una a la otra. Ningún beso, pero las ganas quemándonos a ambos. Nuestras respiraciones acompasadas y mi cabeza dándose por vencida tras una hora de película, apoyándose en su hombro. Su brazo alrededor de mi espalda y una caricia de sus labios en mi pelo.

Cuando nos despedimos en la puerta mucho rato después, nos miramos a los ojos y es como si el mundo hubiera enmudecido para nosotros. Will da un paso al frente y me entierra en un abrazo que me hace sentir tan en casa que me dan ganas de llorar. Ojalá no fuera tan intenso. Estiro los brazos y envuelvo su espalda mientras dejo ligeros besos en su pecho, sobre la tela de la sudadera.

Aun estando así de juntos, me invade una inmensa tristeza. ¿Por qué no puede ser todo un poco más fácil dentro de mi cabeza? Daría lo que fuera por

ser un poco más valiente, poder confiar y gritar todo lo que siento en voz alta. O mejor todavía: susurrárselo al oído y permitirme a mí misma perderme en sus brazos para siempre. Aprieto más mi mejilla contra su cuerpo de manera inconsciente; me asusta demasiado la idea.

—¿Hablamos mañana? —me pregunta sin soltarme.

—Sí. Te llamo a la hora de comer.

Nos separamos un poco y él asiente. Ambos pestañeamos mirándonos fijamente a los ojos y Will vacila un poco antes de inclinarse hacia mi rostro. Sin más, nos besamos. Despacio, depositando en ese beso nuestros sentimientos, como si buscáramos que se mezclasen con los del otro y así se fusionasen para siempre. Dos bocas que necesitan sentirse cerca y hablarse sin barreras. Will me transmite paz a través de la devoción con la que me besa. Como si me robara el aire y a la vez me lo devolviera. Renovado. Con más vida. Ayudándome a seguir existiendo.

Cuando conseguimos separarnos, salgo de su casa y me deslizo dentro del ascensor. Mientras se cierran las puertas consigo entender que nuestro destino está en mis manos. Él ya ha demostrado lo que quiere, y aún le quedan fuerzas para seguir esperando. Sin palabras demasiado directas, me ha ofrecido todo lo que es, todo lo que tiene para darme. Todo lo que tengo que hacer es extender la mano, coger aire y atreverme a conseguirlo.

La pregunta ahora es: ¿seré capaz?

¿Somos capaces?

Marzo

Es curioso cómo los seres humanos registramos el paso del tiempo; las grandes diferencias con otras personas y las diferencias con nosotros mismos en distintos puntos de nuestra vida. Hay meses enteros que pasan sin pena ni gloria y hay épocas que pueden hacer tambalear los cimientos de tu vida, al igual que puedes vivir media vida sin que te ocurra nada significativo y de pronto puedes conocer a una persona que logre que cada minuto cuente.

El tiempo exacto que ha pasado desde que conocí a Olivia son veinte meses. Veinte meses desde que empezó esta historia, desde que la vi en un restaurante un día cualquiera hablando con George, desde que la encontré deambulando por Macy's y decidí ir a por todas. ¿Quién me iba a decir aquel día que acababa de cambiarme la vida? ¿Quién me iba a decir a mí que nuestra relación iba a pasar por tantas fases y que tendríamos que luchar tanto y durante tanto tiempo para definir nuestro espacio y esperar nuestro momento?

A veces, cuando los muros que aún nos separan se me suben a la cabeza, me gusta pensar en ello. En nuestros inicios, en las primeras risas compartidas, en las horas juntos que pronto empezaron a significar algo, en la primera vez que la besé. El recuerdo de todo aquello hace que valore más el camino que hemos recorrido desde entonces, reforzando así mi convicción de que por una historia así vale la pena arriesgarlo todo.

Las semanas han ido pasando sin más contratiempos y cuando he querido darme cuenta el mes de marzo llegaba a su fin. Puede que no nos saludemos con un beso o que no vayamos de la mano por la calle, pero me conformo con estar consiguiendo llenar cada instante con recuerdos de los dos y de ganas de seguir teniéndonos.

Unos días después de aquel fin de semana en el que nuestra relación dio un giro, yo cumplía años. Treinta años y lo único reseñable que sentía que había hecho hasta la fecha era estudiar mucho y trabajar más aún. Eso y enamorarme como un loco, haber fallado y estar dedicando la mayor parte de mis energías actuales a compensar mis errores. No voy a mentir: los días previos a mi entrada en la temida treintena estuve bastante meditabundo. Pasé muchas horas absorto, haciendo balance de mi vida; lo que me gustaba de mis días en el momento presente y lo que aspiraba a alcanzar en el futuro. Me preguntaba qué

pensaría el Will de veinte años del Will de casi treinta. ¿Estaría orgulloso? ¿Decepcionado? ¿Me había convertido en alguien a quien habría admirado? ¿Había sabido equilibrar las prioridades de la vida adulta con aquellas transversales a cualquier edad? Familia, amor, salud, realización profesional. ¿Estaba haciéndolo bien?

La noche anterior la pasé en mi cama, viendo en el iPad el enésimo documental sobre la vida de Steve Jobs. El tío era un genio, pero su vida sentimental al inicio de su carrera había sido una auténtica mierda y eso me hizo pensar.

A las 00:00 la melodía de mi móvil sonó en mi mesita de noche. Estiré el brazo para cogerlo y sonreí al ver en la pantalla la cara de Olivia comiéndose un pedazo de pizza en Coney Island.

—¿Sí?

—Feliz cumpleaños, William. —Su voz risueña y casi susurrada calmó un poco esa sensación de inquietud que no me abandonaba.

—Gracias. —Le sonreí al teléfono—. ¿Aún despierta?

—Por supuesto, estaba esperando solo para preguntarte qué se siente al tener treinta.

Volví a sonreír.

—Lo mismo que con veintinueve, solo que las responsabilidades pesan más.

—Qué místico sueñas.

—Igual es que estoy místico.

—Sí... Me he dado cuenta de que llevas unos días en estado contemplativo —comentó, y la imaginé tumbada en su cama, jugueteando con un mechón de pelo.

—Lo sé.

—¿Te preocupa cumplir años?

—No. No demasiado. —Quise evitar el tema. No era exactamente eso lo que me preocupaba; casi todo a lo que estaba dando vueltas acababa en ella como el centro mismo del foco de ansiedad—. Ahora mismo lo que más me preocupa es averiguar qué vas a regalarme por mi cumpleaños. Llevo tiempo esperando este momento.

—¿Y quién te ha dicho que voy a regalarte algo? —preguntó divertida.

—Pues... teniendo en cuenta que el día que nos conocimos me dijiste que se te daba muy bien hacer regalos y que llevas días recordándome que me hago viejo, digamos que tengo esperanzas. Quiero ver si eres tan buena como

dices.

—Soy la reina de los regalos —me aseguró.

—Pues ahora es tu oportunidad de probarlo. Te advierto que mis expectativas son altas.

—¿Ah, sí? ¿Has pensado en ello?

—Bastante. —Y no mentía, los regalos son una tontería en la mayor parte de las situaciones, pero en otras hablan por sí solos. Estando ella y yo en el punto en el que estábamos... cualquier pista me valía.

—Dime, si pudieras elegir cualquier cosa, ¿qué pedirías?

—¿Cualquier cosa para que me regales o para el día de hoy?

—Algún deseo de cumpleaños. Lo que sea. ¿Qué pedirías si pudieras elegir?

—En realidad no quiero nada. Estar tranquilo. Disfrutar del día. Verte, si es posible. Pasar un rato los dos solos... —Me di la vuelta en la cama—. Soy un chico sencillo.

Escuché su sonrisa pegada al auricular.

—Ay, William, empieza a sacarle brillo a mi corona. Y cuando acabes ve y abre la puerta de tu casa.

Sentí un vuelco en el estómago que me hizo incorporarme en el acto. Mi corazón se agitó dentro del pecho. ¿Significaba aquello lo que creía que significaba? Salí de mi cama a toda prisa y crucé el pasillo tan rápido como pude hasta llegar a la puerta. Todo el cuerpo me palpitaba. Mi respiración alteró su ritmo. Solo la posibilidad de que pudiera estar me hacía temblar.

Abrí la puerta y allí estaba. Como una imagen extraída directamente de uno de mis sueños. Sonriéndome casi con timidez, con el teléfono pegado a la oreja y su caída de pestañas preparada para volverme loco. Intentando enmascarar lo nerviosa que estaba por mi reacción.

—¿Qué...? —balbuceé. No podía ni hablar. Estaba en *shock*.

Ella echó su teléfono dentro del bolso, cerró la puerta tras de sí y me quitó el mío de las manos, que aún temblaban. Dejó mi móvil en la barra de la cocina y me dedicó una sonrisa preciosa que me hizo estremecer.

Acercándose mucho a mí, alzó la cara para mirarme a los ojos. Los suyos brillaban demasiado como para ser de este mundo.

—¿Soy o no soy la reina?

Tragué saliva.

—Lo eres.

Quise decirle que era la reina de mi vida, pero en lugar de eso la atrapé

entre mis brazos y estampé mi boca con la suya sin dejarla reaccionar. Me dio igual ser demasiado brusco. Me dio igual el estruendo que hizo su bolso al chocar contra el parqué y me dio igual que aún llevara el abrigo. Poco más iba a durarle puesto.

Olivia me lanzó los brazos al cuello y me devolvió el beso con todas las ganas que tenía, que al parecer eran muchas. Me tiró del pelo y sentí cómo su garganta dejaba escapar un jadeo cuando la apoyé contra la puerta para besarla más profundamente. Presioné mi erección contra ella y empecé a deshacerme de las capas de ropas que me separaban de su piel. Su abrigo cayó al suelo, seguido del resto de su ropa y pronto también de la mía. No quise ni esperar a llegar a la habitación y hacérselo lento, como probablemente hubiera sido más acertado. La necesitaba ya. Me embebí de todo su cuerpo. Acaricié cada centímetro de su piel para marcarla y hacerla mía. Su respiración se había vuelto irregular y yo estaba demasiado excitado al tenerla allí, en mitad de la noche, por sorpresa. No quería sacar ninguna conclusión acerca de que hubiera cruzado la ciudad en una fría noche de invierno para regalarme su presencia, pero todo mi cuerpo y mi mente morían por ella. Tenerla allí, deshaciéndose como agua entre mis manos, con sus gemidos siendo aspirados por cada una de mis inhalaciones y con su entrepierna tentando irremediablemente a la mía, me tenía al borde del éxtasis.

Le pedí que me rodeara las caderas con las piernas y la encajé de nuevo contra la puerta. A continuación me deslicé en su interior, conteniendo un gruñido en lo más profundo de mi garganta al sentir aquel calor desquiciante envolviéndome por completo. Embestí contra su cuerpo salvajemente durante cinco gloriosos minutos hasta que perdí el control y me corrí como un loco dentro de ella. No pude aguantar demasiado ni tampoco hizo falta. Olivia se contrajo a mi alrededor, clavándome los dientes en el hombro mientras la fuerza de su orgasmo escapaba de su boca, envolviéndonos a los dos en una nube de intimidad que nos hizo entrar en sintonía.

Después, entre risas y miraditas cómplices fuimos al baño y nos metimos en la ducha, como tantísimas veces había soñado en los largos meses sin ella. La besé tanto como pude bajo la cascada de agua y después le dejé un pijama mío que le duró puesto aproximadamente tres minutos. No había pasado ni media hora y yo ya me moría por volver a sentirla, esta vez en mi cama, que yo ya consideraba nuestra. La besé hasta hacernos delirar a los dos y después le hice todo lo que se me ocurrió para poner a prueba en su cuerpo el concepto de multiorgasmo. Se corrió cuatro veces más, y cada parte de su cuerpo me

llenó la mente cuando acompañé el último de sus orgasmos dejándome ir yo también en su interior. Después volvió a besarme, sonrió en mi boca y enterró la cabeza en mi pecho para descansar.

El mejor regalo de cumpleaños de la historia.

—¿Desde cuándo sabías que venías? —le pregunté cuando nos tumbamos en la cama de nuevo, dispuestos a dormir.

Arrugó la nariz de forma adorable y pestañeó.

—Secreto.

Entendí que era una de esas respuestas cuyo significado entrañaba más información de la que ella estaba dispuesta a entregarme. Le acaricié el pelo y sonreí de lado.

—Gracias por estar aquí.

—De nada. Tenía demasiada curiosidad por saber qué se siente al estar en la cama con un treintaero.

—¿Solo has venido por eso? —pregunté arqueando las cejas divertido.

Olivia se encogió de hombros.

—Secreto.

—Bueno, en cualquier caso, espero haber estado a la altura.

La carcajada que soltó en respuesta encendió algo dentro de mi pecho.

—Créeme, lo has estado.

Como segunda parte del cumpleaños, Olivia reservó mesa en el River Café, en Brooklyn. No sé cómo consiguió mesa junto a la ventana al igual que tampoco sé cómo se las apañó para estar aún más guapa que de costumbre. Quedamos en la puerta del restaurante, y cuando la vi llegar, con un abrigo que le cubría hasta las rodillas y esos zapatos que convertían sus piernas en la carretera que llevaba a mis sueños, sentí toda la sangre de mi cuerpo hirviéndome en las venas.

La noche fue... especial. Apenas hacía unas horas desde que nos habíamos dicho adiós en la puerta de mi casa, pero solo de tenerla frente a mí en un sitio así, sabiendo que ella lo había orquestado todo, me tenía agitado. El simple hecho de estar cerca de ella me ponía a morir, en todos los aspectos. Olivia estaba sorprendentemente tranquila, dueña y señora de la situación. Todo lo que llenaba el espacio a nuestro alrededor era perfecto. La iluminación, la vajilla, el cristal de las copas, el piano sonando de fondo. Ella. Su sonrisa y esa manera tan especial en la que me devolvía la mirada.

La cena estuvo a la altura de la categoría del restaurante y el increíble

skyline iluminado sobre el río Hudson nos hizo compañía durante toda la noche. La imagen que se extendía a través de las cristaleras resultaba sobrecogedora. Los hay que dicen que el *skyline* de Hong Kong supera al de Manhattan, pero quien quiera que haya hecho dicha afirmación claramente es porque no ha disfrutado de las vistas con alguien a quien le brillen los ojos tanto como a Olivia.

—Me gustaría ver cómo se apagan —comentó con las luces reflejándose en sus ojos.

Me habría gustado contestarle que quería hacer realidad todos sus sueños; desde ver apagarse la ciudad que nunca duerme hasta llevarla a pasear por los glaciares. Después de todo lo que habíamos pasado y después de las últimas horas que me había regalado, lo único que me interesaba a mí de la vida era hacerla feliz. Pero como tantas otras palabras que nacían en mí solo con verla, eso también lo callé.

Mientras esperábamos a que nos trajeran el *brownie* con helado de vainilla que habíamos pedido de postre, Olivia confesó que tenía un detallito para mí. «Es una tontería», dijo intentando quitarle importancia. Para mí era suficiente con las horas que me había dado, pero no puedo negar que me hizo ilusión tener algún detalle que me recordara para siempre aquel día.

Cogí el paquete cuadrado envuelto en papel dorado y me sorprendí cuando al abrirlo encontré una corbata.

—Sé cuánto odias llevar corbata —explicó rápidamente—, pero esta es especial. Va con todo. La hice pensando en tus camisas.

El dibujo impreso en la tela lo había diseñado ella. La había mandado a hacer inspirándose en un mandala llamado «*vientos de verano*». Era diferente pero clásica a la vez. Una miscelánea de colores pintada sobre un fondo azul marino. Elegante. Sencilla. Marca Olivia. Me encantó.

—¿Puedo ponértela? —me preguntó cuando le di las gracias.

Le dije que sí y ella enseguida se levantó y vino hacia mí. Se sentó en mis rodillas y subió el cuello de la camisa que llevaba, rozando mi piel en el proceso y poniéndome a mil solo por estar tan cerca. Se mordió el labio para no sonreír mientras deslizaba la corbata e igualaba los dos lados, preparándolos para el nudo. Su cara de concentración acompañaba las caricias de sus nudillos en mi pecho. La distancia a la que estábamos me permitía registrar cada una de sus respiraciones.

—¿Sabes hacer el nudo de la corbata? —le pregunté con un tono tal vez demasiado sugerente.

Ella sonrió sin apartar la vista de lo que hacía.

—Aprendí ayer en un tutorial de Youtube.

Cuando acabó, volvió a su asiento y yo evalué el resultado.

—¿Qué tal me queda?

—Genial. Estás muy guapo con traje.

Me reí.

—Gracias. Me gusta mucho. Ha quedado muy bien.

Me sonrió y a continuación me dedicó una mirada traviesa.

—Lástima que sea lo primero que te vaya a quitar cuando llegemos a casa.

Después de mi cumpleaños las cosas se volvieron un poco más sencillas de lo que habían sido hasta la fecha. Fui perdiendo la cuenta de las veces que hablábamos al día, de las tardes que pasábamos juntos en casa, de los esfuerzos que hacía por demostrarle con mi cuerpo cuánto la quería. Olivia seguía mostrándose reservada en determinados momentos, comedida en algunas conversaciones, pero intentaba cumplir aquello que me dijo de ser cuidadosa con mis sentimientos. Estaba pendiente de mí. Me permitía estar cerca.

La llegada de la primavera a Nueva York trajo consigo la oportunidad de pasar más tiempo recorriendo juntos nuestros rincones favoritos de la ciudad. Aún hacía frío, pero los días iban haciéndose más largos e invitaban a aprovecharlos más intensamente.

Una mañana de mediados de marzo aproveché una reunión fuera de la oficina para comer con Olivia por la zona de Union Square. Íbamos hablando, riendo entre los árboles que empezaban a vestir de verde de nuevo, cuando el sonido de unos tacones pisando con fuerza sobre el asfalto me preavisaron de un episodio apocalíptico.

—William. Sabía que eras tú.

La sangre se me heló. Frené en seco, obligando a Olivia a pararse a mi lado, que fruncía el ceño sin entender. No me hacía falta girarme para ver quién era, pero aun así tuve que hacerlo. En una ciudad con millones de habitantes, ¿cuál es la probabilidad de cruzarte con la madre más entrometida del mundo cuando estás intentando tomarte las cosas con calma con tu chica?

Cuando la miré de frente, mi madre sonreía de oreja a oreja, con la expresión traviesa de una niña que pilla a dos adultos en una situación comprometida. Ed, a su lado, sonreía sin saber si saludarme con alegría o

darme el pésame al intuir cómo se iban a desarrollar los próximos minutos.

—Claro que lo sabías. Iba hablando en voz alta y eres mi madre.

—Sí, y nadie lleva el pelo tan desastroso como tú. Es inconfundible. —Se mordió el labio, como si se estuviese conteniendo para arreglármelo allí mismo, en medio de la calle—. De verdad, hijo, péinate un poco. Qué va a pensar tu amiga...

Miré de reojo hacia Olivia y la encontré sonriendo con pillería ante la escena. Ella adora tirar de mi pelo y despeinármelo más aún.

Como no hice amago de confirmar ni desmentir el estatus de la relación que me unía con mi acompañante, mi madre siguió hablando.

—Hace días que no sé de ti. Imagino que has estado ocupado...

—Sí. Un poco. ¿Cuándo te ibas a Chicago?

—El fin de semana. La semana que viene Lizzie tiene la cuarta prueba del vestido. Está muy nerviosa.

Lizzie, mi hermana mayor, se casa por todo lo alto este verano.

—¿Cuarta?

—Son siete en total.

—¿Siete? ¿La boda no es en junio?

—Sí. Echa cuentas... Será una al mes de aquí a entonces. Pero es tan emocionante... Ya han elegido casi todo lo de la ceremonia. Les falta cerrar un par de cosas del catering y de las flores. Va a ser tan bonito... Es mucho trabajo, pero merece la pena. Me encantan las bodas. Estoy deseando que tú también te cases y te decidas también por una boda con todas las de la ley.

Mis ojos lanzaron chispas en su dirección en cuestión de un segundo. Ed salió en mi defensa:

—Beth, ¿se te ha ocurrido pensar que tal vez Will tenga prisa?

Mi madre se giró para mirarlo, como si hubiera olvidado que estaba allí. El ruido de coches y taxis circulando junto a nosotros la ayudó a volver a la realidad. Rascacielos enormes, aceras de cemento y letreros verdes indicando la dirección de las calles. Un martes laborable a la hora de la comida en la zona centro de la ciudad. Ahí estábamos.

—Bueno... —dijo sonriendo ampliamente de nuevo, dirigiendo una mirada inquietante a Olivia—. ¿Nos presentas ya o me presento sola?

Las miré a ambas y me aclaré la garganta. Había llegado el momento.

—Mama, Ed... Os presento a Olivia Gallagher.

Ed sonrió amistosamente y los ojos de mi madre se iluminaron por la sorpresa. Recordaba el nombre de Olivia de aquella conversación que

tuvimos en Hong Kong hacía más de un año.

—Olivia...

—Encantada de conocerlos —dijo ella y se acercó para saludarlos afectuosamente.

—El placer es nuestro, sin duda. —Los ojos de mi madre brillaban tanto que me hicieron sentir incómodo—. ¿Por qué no venís a comer con nosotros?

—Porque no tenemos tiempo —respondí yo, dispuesto a atajar lo que fuera que mi madre tuviera en mente.

—Pero comer es comer, ¿no? Tendréis que alimentaros. Vamos, Ed invita.

Resoplé por dentro. Menos mal que Ed siempre fue una persona cuerda y prudente que además estaba de mi lado.

—Efectivamente, yo invitaré el día que se pueda. Hoy no es ese día, querida.

—Muchísimas gracias, señora, pero en realidad tengo que volver a la oficina pronto. Solo íbamos a comer algo rápido.

—No me llames señora, Olivia, por Dios. Me haces sentir una anciana. Como eres una persona cercana a mi hijo, puedes llamarme Beth. —Paseó la mirada de uno a otro y sonrió complacida de nuevo—. Will dice que se te da bien la fotografía. ¿Crees que podrías enseñarme un par de trucos algún día?

—Mamá, basta.

—¿Qué?

No le contesté, pero mi mirada valió de advertencia. ¿Cómo narices recordaba ese detalle?

—Claro que sí —afirmó ella sonriente.

—¿Ves? Ella es mucho más amable conmigo que tú. —Se recolocó el bolso y se enganchó de nuevo al brazo de su marido—. Bueno, si de verdad tenéis prisa, será mejor que os dejemos libres antes de que a Will le de un ictus.

—Ha sido un placer conocerlos —dijo Olivia.

—Para nosotros también. Créeme. Espero que volvamos a coincidir pronto.

Le di un abrazo a mi madre, estreché afectuosamente la mano de Ed y de ahí fuimos al establecimiento más cercano para comer algo. Olivia y yo. Solos.

—Dios. Lo siento —le dije por enésima vez desde que nos habíamos sentado a comer—. Lo siento.

—Relájate, William. Parece que vaya a darte un infarto.

—Adoro a mi madre, pero a veces puede ser como un grano en el culo.

—Es una madre. Solo se preocupa por ti.

—Para algunos temas me da a mí que se preocupa en exceso. Pierde el sentido de la discreción.

Dio un trago al agua que acababan de servirnos, dejó la copa de nuevo sobre el mantel y me miró.

—¿Crees que le preocupa en exceso tu vida sentimental?

Preguntó aquello sin ni siquiera mencionar de pasada el hecho de que mi madre supiera quién era. Si estaba enterada de que le gustaba la fotografía, era evidente que en algún momento le había hablado de ella, pero supongo que preguntar por aquello supondría escuchar algunas cosas que de antemano sabía que no iba a querer escuchar.

—Sí.

—¿Tienes alguna teoría del porqué?

Vacilé al responder a esa pregunta. Sabía de sobra adónde nos llevaría esa línea de conversación. Suspiré con desgana, pero aun así decidí arriesgarme.

—Se siente culpable.

—¿Culpable?

Pinché un poco de ensalada, remoloneando para darle una respuesta. Me costaba bastante hablar de ese tema.

—Por no haber sido un buen modelo con todo lo que pasó con mi padre. Por el divorcio, por cómo me tomé yo el tema... Cree que tengo algún tipo de trauma.

—¿Crees que lo tienes?

Me aclaré la garganta, algo incómodo.

—Creo que condicionó mi forma de enfrentar mi vida sentimental durante mi adultez temprana, pero no creo que sea algo irreversible. De hecho, a día de hoy sé que no lo es.

Se quedó unos segundos masticando sin contestar, intuyendo que debía ser precavida con el tema.

—Supongo que es normal que te afectara. Que tus padres se divorcien no es una experiencia agradable. Tuvo que ser duro pasar por eso cuando aún eras un adolescente.

—Sí... Fue duro. Y yo lo compliqué más reaccionando de manera desmedida.

—¿Desmedida?

—Pasé muchos meses sin hablar con mi madre.

Sus ojos se abrieron ligeramente e inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿De verdad?

—Sí. Casi ocho meses.

—No me lo habías dicho nunca.

—Lo sé. No es algo de lo que me sienta cómodo hablando. No estoy orgulloso de ello.

Tragó saliva y desvió la mirada hacia su plato.

—No hace falta que me lo cuentes ahora.

—¿Y qué pasa si te lo quiero contar?

Levantó la vista y me miró fijamente.

—Que te escucharé.

Di vueltas a la sopa de verduras que acaban de traerme. Me gustó que dijera aquello. Significaba que estaba lista para estrechar un poco más el vínculo. Pasaron pocos segundos hasta que me atreví a hablar de nuevo y, cuando lo hice, me esforcé por rescatar de mi interior todos esos sentimientos que ya estaban superados para que ella pudiera absorber todo el conocimiento posible a través de ellos.

—Mi madre se fue. Sin más. Cogió sus cosas y se fue. Mi padre y yo no nos los creíamos al principio. —Carraspeé y di un trago a mi bebida—. Mi padre se sentía solo. Yo me sentía solo. Enfrenté el sentimiento de abandono dejando de hablarle. Estaba muy enfadado. La culpaba. No la entendía. Veía sufrir a mi padre y cada día me cabreaba más. Tuve que empezar a ocuparme de la casa porque él no estaba en condiciones de hacerlo. Asumí un montón de responsabilidades que no me tocaban hasta que mi padre mejoró.

Le hablé de lo unido que estaba a mi madre y de lo que supuso para mí sentirme abandonado por ella. Había dejado a mi padre, destruyendo con ese acto mi idea de familia. Le hablé de las peleas con ella, de sus intentos de recuperar el contacto, de mi actitud de rebeldía frente al tema, de los programas de cocina que tuve que ver para que mi padre y yo comiéramos algo más que congelados, de las camisas que quemé mientras aprendía a planchar, de lo tarde que me acostaba porque era mi último año de instituto y además de todos aquellos problemas, tenía mucho que estudiar. De cómo conseguí aprender a funcionar a través del sentimiento de pérdida que había poseído mi mente y mi organismo.

Cuando acabé con mi historia, el silencio se convirtió en una melodía que sonaba a nuestro alrededor, invitándonos a acercarnos un poco más al otro. En los ojos de Olivia se reflejaban rescoldos de un dolor que, aunque no era

suyo, no podía evitar sentir como propio. A esas alturas, el resto del universo había desaparecido del restaurante. Solo estábamos nosotros.

—Ojalá lo hubiera sabido antes —murmuró cabizbaja.

—¿Por qué?

—Ayuda a poner ciertas cosas en perspectiva.

Inspiré hondo.

—Nunca había compartido esto con nadie porque... bueno, es demasiado personal. Para mí no es fácil admitir lo débil que era ni cómo dejé que aquello limitara buena parte de mi vida. Pero si te ha ayudado en algo, ha merecido la pena.

Asintió con gesto nostálgico y siguió comiendo.

—¿Cómo os reconciliasteis?

—El tiempo ayudó. La madurez, las charlas con mis hermanos y mi padre... Intenté ponerme en el lugar de ella y decidí escucharla. Fuimos recuperando la relación poco a poco y ambos admitimos nuestros errores. Con el tiempo conocí a Ed. Es un buen hombre. A día de hoy tengo muy buena relación con los dos. Vinieron a verme el año pasado a Hong Kong. Pasaron conmigo las navidades.

—¿En serio?

—Sí. Al principio no quería que nadie viniera, pero no sabía cuánta falta me hacía hasta que no me encontré con mi madre en el aeropuerto. Me había sentido muy solo. Mucho. Y aunque igual nunca me atreveré a decírselo a la cara, la visita de mi madre me ayudó a reparar algo que seguía roto dentro de mí. Creo que el hecho de que fuera precisamente ella quien viniera a cuidarme en medio de aquella crisis vital, me ayudó a reconciliarme con ese Will adolescente que aún estaba resentido con todo el tema del divorcio. —Sonreí con tristeza—. Irónico, ¿no?

—No. No lo creo. Cerraste el círculo.

Más tarde, de camino a su oficina, fuimos andando más callados de lo habitual. Supuse que ella iría dando vueltas a todo y yo necesitaba algo de espacio para mí mismo tras haberme abierto de esa manera. Me alegraba de haberlo hecho, pero no por ello dejaba de resultarme difícil digerirlo.

Cuando llegamos a la puerta de su edificio, nos detuvimos y Olivia se paró frente a mí, mirándome muy seria. Alzó la mano con cuidado y pasó la mano por mi mejilla izquierda. Había tanta dulzura en aquel gesto que tuve que cerrar los ojos un segundo. De pronto me sentía demasiado frágil.

—¿Will?

—¿Sí?

—Nunca estuviste solo. En Hong Kong, nunca estuviste solo. —Hizo una pausa en la que cogió aire nuevo para poder seguir hablando—. Una parte de mí siempre estuvo contigo. Todos los días dedicaba un rato a pensar en ti, aunque no quisiera y aunque la mayoría de las veces incluso me cabreara conmigo misma por hacerlo. Tú... Tú has dicho que pensabas en mí. Tienes que saber que yo también lo hacía. Igual por eso permanecemos conectados a pesar del tiempo. Hacía tiempo que quería decírtelo. No sé si habértelo dicho ahora habrá servido de mucho, pero creo que te lo debía.

Me miró con sus preciosos ojos cargados de ansiedad. Para ella no era nada fácil decirme algo como aquello, y el hecho de que hubiera encontrado el coraje para verbalizarlo, hizo que el valor de esa declaración se potenciara hasta el infinito.

Noté cómo mi amor por ella explotaba dentro de mi pecho como un volcán en erupción, llenándolo todo y haciéndose un poco más fuerte.

—Es lo más reconfortante que podrías haber dicho. —Me acerqué lentamente y pegué mi cuerpo al suyo. Su olor me envolvió por completo, actuando como un bálsamo para mi piel. Cerré los ojos con fuerza antes de darle un sentido beso en la frente—. Gracias.

Y si no le solté en medio de la calle que la quería antes de que se fuera, fue precisamente por eso. Porque tenía que irse.

9 de abril de 2015.

Siempre he sido un hombre reflexivo. No de los que dan excesivas vueltas a la cabeza, pero sí de los que sienten la necesidad de reflexionar acerca de las cosas que ocurren alrededor. Desde un tiempo aquí, dedico mucho tiempo a pensar en los giros que da la vida; cómo llegan de la nada y arrasan con todo lo que consideras un panorama seguro. Te levantas una mañana con una lista de tareas pendientes en la cabeza, con una serie de creencias acerca de cómo se desarrollará el día, teorizando con un estrecho margen de error sobre los acontecimientos que traerán las horas... y de pronto, te encuentras ante una curva que gira para encaminarse en dirección opuesta a la esperada, un cambio en la linealidad que desconfigura una escena, un suceso aparentemente salido de la nada que desestabiliza el equilibrio de tus días.

Sí, siempre he sido un hombre reflexivo y he sentido cierta inclinación a pensar acerca de este tipo de cosas, tal vez porque los cambios bruscos de rumbo han marcado épocas decisivas de mi vida. Como que mi madre se fuera

de casa. Como conocer a Olivia. Como Hong Kong. Como hoy.

—Es una gran oportunidad, Will. Y no hay nadie mejor que tú para el puesto.

Me revuelvo incómodo en la silla frente a la mesa de mi jefe y trago un denso nudo de saliva. Debemos de ser los únicos que quedamos en la oficina a esta hora del jueves. El sol ha dejado de brillar fuera de las ventanas y la luz que emite la bombilla ha bañado la estancia de un triste color amarillo.

—Gracias por volver a contar conmigo para algo así, Mike. Pero no tengo intención de abandonar la ciudad. Mi vida ha cambiado en los últimos meses.

Mike O’Sullivan, mi jefe desde hace casi cuatro años, me observa mientras juguetea con una estilográfica entre sus dedos cada vez más llenos de arrugas. Se aclara la garganta y su gesto se torna más serio cuando se inclina hacia delante.

—Te necesitamos al menos para la primera fase y lo sabes. Eso no es negociable. Actualmente no hay nadie más en el equipo que pueda hacerlo. Estamos hablando de un proyecto con mucho potencial.

Aparto la vista, incómodo. Sé que tiene razón. Estoy cualificado porque han invertido mucho tiempo y dinero en formarme para ello. Es mi obligación responder por la empresa en este tipo de proyectos. Mi mirada se pierde en la brillante madera de nogal que forma la mesa. Mis pies se mueven inquietos, arrancando tenues quejidos al linóleo del suelo.

—Estos proyectos llevan tiempo. En Hong Kong la primera fase me llevó casi cinco meses.

—Esta vez es diferente. La planta es más pequeña, son menos trabajadores y el *timing* en general se estructuraría de manera distinta. De hecho, es precisamente en la configuración de tiempos donde tu colaboración es requerida. Tienes los medios, los conocimientos y la experiencia. Tú mandas. El resto de puntos del contrato serán tratados y negociados a su debido tiempo, pero tu incorporación al proyecto tiene que ser la primera del equipo. Y debe ser inmediata. Necesitamos un líder.

Suspiro para eliminar la tensión y entierro mis dedos en mi densa mata de pelo. Una sensación extraña va colonizando mi pecho con el paso de los minutos. Olivia. ¿Cómo cojones voy a enfocar esto? Percibo una intensa punzada atravesándome las sienes. No puedo decir que no, no quiero decir que sí. Solo sería la primera fase. No he firmado nada.

Desplazo la vista de mis rodillas hasta encontrarme con la mirada resabiada de Mike:

—¿Hasta cuándo sería?

Paso los dos días siguientes con una bola de angustia instalada en la garganta, como una especie de apéndice que no pertenece ahí pero que sin embargo no me abandona.

Aún no he encontrado las agallas para hablar del tema con Olivia. Que nadie se alarme, mi actuación en esta situación no se parece en nada a lo que pasó con Hong Kong. Eso es precisamente lo que me tiene nervioso, que sé que esta vez todo, empezando por mí mismo, es radicalmente distinto. Mis acciones trazarán la trayectoria de nuestro futuro. Esperaba contar con más tiempo para mostrar mi jugada al completo, pero la propia naturaleza de la situación exige que se tomen decisiones inmediatas. Decisiones que a ciencia cierta sé que serán tomadas antes de hora.

Llevo dos días confuso, aunque me esfuerzo por disimularlo porque no quiero alertar a Olivia. No quiero que cuando hable con ella tenga más motivos de los necesarios que la obliguen a dudar. Quiero que me perciba como una apuesta segura, porque lo soy.

Cuando nos despertamos el sábado por la mañana, Olivia sugiere que comamos en casa y que por la tarde salgamos a dar una vuelta. Hoy está especialmente mimosa. Está de muy buen humor y, aunque disfruto viéndola así, con el paso de las horas yo empiezo a sentirme bastante irascible. Las decisiones por tomar pesan demasiado. No lo hago a propósito, pero me muestro bastante distante. Las preocupaciones empiezan a renombrar cada espacio dentro de mi cabeza.

Cocino pasta al pesto para comer y después nos tiramos en el sofá para ver un capítulo de reposición de *Fringe*, una serie que en su día nos enganchó a ambos. Mientras lo vemos, voy cogiendo fuerzas para iniciar la conversación. Hace una semana, un día como este (dormir con ella, despertarme con ella, pasar tiempo de calidad con ella) habría sido como estar en el paraíso, pero hoy proyecta en mí una desagradable sensación de asfixia. ¿La habré recuperado solo para volver a perderla? La perspectiva de que todo se derrumbe me da pánico.

—¡Dios! ¡Se me había olvidado cuánto me gusta esta serie! —exclama Olivia cuando termina el capítulo—. Acabo de tener una idea. ¿Quieres que la veamos desde el principio? ¿Entera? En plan maratón. Si nos organizamos, en un mes la habremos visto. ¿Quieres? Por favor, ¡di que sí!

Sonrío por cómo la ilusión por algo tan simple refulge en sus ojos.

Joder, cómo duele tener que hacer esto precisamente ahora, que la siento más cerca que nunca. Estoy habituado a que me dé una de cal y otra de arena, como si creyera que tiene que equilibrar la balanza para no sentirse demasiado expuesta. Pero últimamente... Últimamente me recuerda demasiado a la Olivia del principio, la que no tenía miedo a arriesgarse. Hemos avanzado mucho estas semanas, millones de momentos han ido hilvanándose lentamente hasta confeccionar un tejido de recuerdos al que poder agarrarnos cuando el viento vuelva a soplar fuerte. Justo en eso estamos ahora, ante la inminente llegada de un ciclón que puede devolvernos a una vida en blanco y negro o llevarnos a un lugar más allá del arcoíris.

Cierro los ojos abatido. Por favor, que sea lo segundo.

—Olivia...

—Olivia Dunham, a partir de ahora —me corta, bautizándose a sí misma como a la protagonista de la serie—. O agente Dunham, FBI. ¿Qué te gusta más?

—Agente Dunham, sin duda. Pero necesito hablar contigo un momento.

—Soy tan fan de Walter... —sigue diciendo, ajena por completo a la ansiedad que experimento en el centro de mi pecho—. ¿Quieres que empecemos ahora? Podemos ver el piloto.

—Olivia, espera un segundo. Antes quiero hablarte de una cosa.

—Me estoy emocionando demasiado, ¿verdad? Está bien. No tenemos que verla en un mes. Podemos tomárnoslo con calma. Hay que tener en cuenta que las primeras temporadas tienen más de veinte capítulos y...

—Olivia. —Cada letra que compone su nombre retumba con tanta fuerza en el salón que reacciona al sonido guardando silencio—. Tenemos que hablar.

Me mira e inclina la cabeza. Percibo en sus ojos el momento exacto en que registra que algo no va bien.

—¿Tenemos que hablar?

—Sí.

—¿De *Fringe*?

Suelto aire por la nariz.

—No.

—Oh. —Parpadea con lentitud y parece que tragar le cueste más trabajo del habitual. Se acomoda mejor en el asiento y me mira muy fijamente, como si tratara de anticipar de qué va todo esto—. Me estás asustando.

—No te asustes. ¿Confías en mí?

Me arrepiento de inmediato de haberlo preguntado, porque en el fondo sé que ese es precisamente el problema. Que no termina de confiar en mí. Y sus dudas volverán a tomar fuerza en cuanto hable con ella.

Aunque permanece callada en los minutos que siguen, la incertidumbre arde en sus pupilas, como si me coaccionasen para hablar. Mi pulso se acelera y se me seca la boca.

—Tenemos que hablar porque... ha surgido algo. Un proyecto importante, y tengo... Tengo que irme. Una pequeña temporada.

Un silencio ensordecedor irrumpe de pronto en el salón, rebotando entre las cuatro paredes y aumentando de inmediato nuestro nivel de alerta.

—¿Irte?

—Por trabajo.

—¿Irte por trabajo?

La expresión de Olivia se congela en el mismo instante en que lo entiende. Sus ojos se alejan de mí, aun estando físicamente a la misma distancia. Como si alguien le hubiera dado a un botón de pausa y hubiera frenado el avance de nuestra historia. Como si los muros que la protegen de mí estuvieran programados para alzarse de nuevo ante la más mínima señal de peligro.

—Escúchame...

Le cuento muy brevemente la reunión del jueves por la tarde con mi jefe. Le explico en qué consiste el proyecto, por qué mi figura es imprescindible, por qué no puedo decir que no.

—Serán pocas semanas.

«En principio», pienso. No soy capaz de decirle que se me ha vuelto a ofrecer la oportunidad de dirigir una planta en una ciudad que no es Nueva York. No puedo decirle que no daré ni un solo paso definitivo sin ella al igual que no puedo decirle que estoy profundamente enamorado y que no me veo pasando la vida en ningún sitio que no sea a su lado. ¿Sería ahora el momento idóneo para decírselo? Seguramente sí. Pero algo en su mirada me disuade de hacerlo. Su miedo y el mío enturbian mi voluntad de nuevo.

—¿Pocas semanas? —repite ella.

—Seguramente dos. Como mucho tres.

—¿Dónde?

—Santiago de Chile.

Asiente lentamente con la cabeza y refuerza más la distancia. La inexpresividad que muestra está a un paso de volverme loco. No sé a qué atenerme. Necesito que sus ojos me hablen como han hecho hasta ahora. Las

pocas certezas que tengo en esta vida nacen y mueren en ella; en su voz, en su mirada.

—¿Esto es algún tipo de despedida?

—No. No me estoy despidiendo de ti porque no me estoy yendo. Son solo dos semanas. Por favor, no lo veas así.

Volvemos a pasar unos cuantos minutos inmersos en un silencio que aprovechamos para medirnos el uno al otro, ambos hundidos en cuero color cámel de mi sofá.

—¿Cuándo te vas?

Su voz suena tan fría, tan desprovista de emoción, que la sangre se me congela. De 100 a 0 en diez minutos.

Cuando pasan segundos y no contesto, traga con una mueca de angustia y su voz se tiñe de desdén:

—¿Will?

Cierro los ojos antes de responder:

—Dentro de cinco días.

¿Te importo?

Como si me hubieran apretado cada una de las vísceras con un puño de hierro, como si hubieran llenado mis pulmones de serrín para no dejarme respirar, como si me arañasen la garganta desde dentro para despojarme de mi propia voz.

Santiago de Chile. Hay que joderse.

—No te vas, ¿verdad? —Will me mira tenso en el sofá de su casa tras haberme lanzado la bomba de las bombas. Su rostro refleja con claridad la inquietud que siente—. A tu casa, digo.

Quiero decirle que por supuesto que me voy, porque la verdad es que estoy deseando salir de aquí, pero lo miro a los ojos y... sé que no es la respuesta. Prometí ser cuidadosa con sus sentimientos, y coger la puerta y marcharme a mi casa después de la conversación acerca de Santiago es faltar a mi palabra de la manera más ruin.

Lo observo detenidamente; parece hecho polvo y en el fondo me repatea no poder echarle absolutamente nada en cara esta vez. Sé que enfocar hacia él toda la rabia que de pronto siento sería infinitamente más fácil que obligarme a mí misma a digerir la situación y tomar decisiones consecuentes y adultas, pero la realidad es que no tengo motivos para hacerlo de ese modo. Ha hablado conmigo del tema en un plazo de tiempo aceptable, ya ha dejado claro que se va y vuelve, me ha asegurado que no está abandonándome de nuevo, pero, aun así, me siento traicionada. ¿Por qué? ¿Porque parte de mí sospecha que hay más en esa historia de lo que me está contando? ¿Porque la nueva situación abre la veda de un debate acerca del papel que jugamos uno en la vida del otro? Por más que intento mirar en mi interior, ahora mismo no entiendo nada. ¿Es él siquiera el ejecutor de esa supuesta traición? ¿O soy yo la que estoy fallándome a mí misma?

—No. No me voy —digo finalmente.

Will suspira aliviado y sostiene mis manos entre las suyas. Cuando me mira a los ojos veo brillar en ellos algo que me alivia tanto como me aterroriza. Aparto la mirada, pero Will no va a dejarme escapar de la situación tan fácilmente.

—Entiendes que esto es solo una pequeña piedra en el camino, ¿verdad? Dos semanas es poco tiempo.

—Puede que sean tres —le recuerdo.

—Sí, y después de esas dos o tres semanas volveré a casa y podremos hacer el maratón de *Fringe* y todo lo que nos apetezca. —Hace una pausa en la que su expresión se vuelve más intensa—. ¿Entiendes la diferencia con...?

—Sí —le corto. No puedo escuchar nada en referencia a Hong Kong, a nuestro pasado y menos aún a nuestro futuro. Me da vértigo—. Lo entiendo, no te preocupes.

Se queda mirándome fijamente, parpadeando muy despacio como si intentara absorber cada minúscula pieza de información que mi expresión pueda revelar.

—Está bien. —Guarda silencio, se masa suavemente el pelo y vuelve a repetir—: está bien.

Tras este pequeño gran inciso en la tarde de sábado, tratamos de seguir con nuestros planes de fin de semana, aunque evidentemente ambos cambiamos. Nos mostramos más pensativos, menos habladores, menos decididos, pero con más ganas de comunicarnos de otras maneras. Hay mucho sexo en los días que siguen, sexo salvaje y bastante desesperado, con el que intuyo que ambos buscamos fingir que nada raro pasa, al tiempo que evitamos una confrontación directa. El sexo me brinda la oportunidad de estar más cerca de lo que estoy dispuesta a acercarme por otras vías, así que Will y yo nos convertimos en una maraña de piel, saliva y necesidad que nos mantiene unidos, a pesar de los interrogantes que aún nos separan.

Ya estamos a miércoles. Will se va mañana y yo aún no lo he asumido. Y si no lo he asumido probablemente sea porque trato por todos los medios de no pensar en ello. Cuando pienso que no voy a verlo en tantos días es como si me dijeran que voy a perder una pierna. O que no voy a poder respirar. O que voy a perder la capacidad de sonreír.

Dios. Me estoy volviendo una cursi, ¿verdad? Odio que alguien produzca un efecto tan intenso en mí, y más si ese alguien resulta ser la misma persona que tiene el don de poder dárme todo y a la vez dejarme sin nada.

Mientras me peleo con el ordenador de mi oficina, que debería estar facilitándome la vida para que acabe con el proyecto de *Branding* que me trae de cabeza estos días, la pantalla de mi móvil se ilumina en mi mesa, junto al ratón. Es Will, preguntándome de nuevo si cenaré con él esta noche. Suspiro y dejo el móvil a un lado. Siempre he odiado las despedidas. Como le dije que no podía acompañarlo mañana al aeropuerto, lleva desde entonces intentando

por todos los medios que esta noche la pase con él.

Sinceramente: no quiero ir. No quiero estar con él pensando que puede ser la última noche que pasemos juntos. No quiero estar con él sabiendo que mañana estará lejos. No quiero darme cuenta mientras aún está a mi lado de cuánto voy a echarlo de menos. Son sentimientos demasiado intensos que me enredan más de lo que ya estoy. Casi lo tengo decidido, pero justo entonces recibo una foto suya preparando fajitas en su cocina... que me derrite el corazón. Le sonrío como una idiota al cristal del móvil y mi parte kamikaze se come a la sensata. Sin más, empiezo a organizarme mentalmente para que me dé tiempo a recoger mis cosas antes de ir a su casa. <En una hora estoy ahí>, le envió.

«Ay, William. Maldito seas por conocerme tanto».

No puedo extraer nada reseñable de la noche anterior a que Will viaje a Santiago, tal vez porque he puesto todo mi empeño en que precisamente no parezca la noche previa a ningún acontecimiento especial. Cenamos, hablamos, nos duchamos y nos acostamos, y aunque nos miramos con cierto aire melancólico de vez en cuando, no ponemos palabras a todo lo que nos pasa por la cabeza. Le agradezco que respete esa parte tan hermética de mí y solo espero que venerarnos en silencio con el cuerpo, y la promesa de que hablaremos todos los días que estemos separados, nos baste para calmar la preocupación que nos suscita no volver a pasar juntos ninguna noche más.

Una semana sin Will.

Paso las primeras horas sin Will en la ciudad completamente absorta en mi trabajo. Fingiendo que nada ha cambiado, que no tengo motivos para estar triste. Pero cuando salgo y no tengo ni un solo mensaje en el móvil, mi glotis se retuerce sobre sí misma, generando un nudo que prohíbe el paso del aire.

Will no está. Se ha ido. No va a llamarme para proponerme un plan de última hora, ni para sugerir que lo invite a mi casa. Tampoco va a recogerme por sorpresa. Está volando hacia Santiago de Chile. Volando.

Camino rápido hacia el metro. Me voy a casa. A mi casa, no a casa de Will, porque Will no está. No está. Joder. ¿Por qué estoy así? Carece de total fundamento lógico. No ha sido un adiós definitivo. Va a volver, aunque la idea de no verlo en sabe Dios cuánto tiempo me golpee con tanta fuerza en el centro del pecho. Madre mía. Hasta las piernas me tiemblan. Me estoy volviendo muy melodramática.

Paso una tarde malísima en casa. Intento trabajar, pero me cuesta mucho

concentrarme. Saco mandalas para pintar y todos quedan demasiado azules. Me pongo a ver capítulos viejos de mi *sitcom* favorita, pero doy con un final de temporada que me pone excesivamente emocional. Llamaría a mi hermano, pero no quiero ocupar la línea telefónica. Se supone que Will tiene que aterrizar a las diez de la noche, hora de Nueva York.

A las once sigo sin noticias y ya no se me ocurre qué más hacer para mantenerme ocupada y no pensar tanto. No sé ni por qué estoy nerviosa; es decir, si el avión se hubiese caído, ya habría salido en las noticias, ¿no?

Después de dar mil vueltas más a la cabeza me doy cuenta de que en mi fuero interno lo que temo es que no me llame. «Por Dios, Olivia, ¿desde cuándo eres tan neurótica?».

No he terminado de formularme a mí misma la pregunta cuando suena mi móvil. Respiro aliviada al ver en la pantalla que es él el que llama y el nudo que bloqueaba mi estómago se afloja un poco. Cojo aire y me preparo para fingir que no llevo las últimas horas comportándome como una esposa ansiosa:

—Ey, hola.

—Hola. —De alguna manera, su sonrisa consigue llegarme a través del auricular.

—¿Qué tal?

—Pues ahora que te escucho un poco mejor. Ya estoy en el apartamento. —Mientras lo dice, oigo con claridad cómo se deja caer sobre la cama y se quita los zapatos de una patada—. Ha sido un vuelo horrible. Estaba rodeado de niños. Nota mental para el futuro: no hacer vuelos de diez horas con tres niños que juntos no sumen los diez años de edad. —Lo escucho sonreír y yo hago lo mismo—. ¿Qué tal estás tú?

—Bueno, bien. Estaba a punto de acostarme. —Y a punto de perder la cabeza—. ¿Cómo me estás llamando?

—Desde mi móvil normal. No podemos hablar mucho, no sé cuánto me cobrarán el minuto. No he conseguido la clave de la red wifi de la recepción. Mañana intentaré hacerme con un número local, así podremos hablar más tranquilos.

—Vale, hablamos mañana, entonces —digo, algo esquiva.

—No quería decir que colgáramos ya —responde, guardando unos segundos de silencio a continuación—. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, solo estoy cansada. Para mí también ha sido un día largo.

—Debes de echarme mucho de menos...

—No te lo creas tanto, listillo —rebato divertida ante su tono travieso—. Lo que me pasa es que estoy reventada. Alguien no me dejó dormir demasiado anoche...

La carcajada que suelta vibra en mi tímpano y me arranca una sonrisa.

—Eso está mejor. Ya sueñas más tú. —Hace una pausa en la que le escucho respirar profundamente—. Se me van a hacer largas estas semanas.

—No llevas fuera ni un día.

—Ya, por eso lo digo. Porque no llevo fuera ni un día y ya quiero volver.

—Eso lo dices ahora que estás cansado por el vuelo, pero en realidad estabas deseando unas vacaciones.

—¿Vacaciones?

—De mí, quiero decir. De mis llamadas de teléfono y mis conversaciones sobre gilipolleces. De dormir poco por las noches...

—Apuesto a que sin eso la vida es mucho menos emocionante.

«Eso espero», pienso, pero en lugar de decirlo en voz alta me limito a lanzar un nuevo suspiro.

—Ya me lo dirás cuando pasen unos días.

—Sí. Oye, la voz de una operadora está hablándome en español por la línea del móvil. Creo que voy a tener que colgar.

—Vale. Pues... hablamos mañana.

—Sí. Te escribo si consigo wifi, ¿vale?

—Vale. Buenas noches, William.

—Buenas noches, agente Dunham.

Los días siguen y la morriña no se me pasa; sigo echándolo de menos. Cuando me levanto, cuando me acuesto, cada vez que miro el móvil. Cada día le veo menos sentido que el anterior, pero la verdad es que lo echo tanto de menos que creo que estoy volviéndome loca.

Hablamos todos los días, pero entre la mierda de conexión wifi que tiene y nuestros respectivos horarios, las conversaciones que mantenemos nos saben a poco. Por no decir que a nada. Intercambiamos algún SMS (¡SMS!) a lo largo de la jornada, pero no es hasta por la noche que conseguimos hablar un rato cuando él llega al apartamento. Tenemos tantas cosas que decirnos que ningún día acabamos nuestras historias, y cuando acabamos siempre me quedo un poco triste. Además, mi sentido del humor empeoró considerablemente cuando hace unos días descubrí la existencia de Mariela, la intérprete de Will.

La intérprete de Will. Dios. Suena mal, ¿verdad?

Al principio imaginaba una señora con edad de ser mi madre, pero cuál fue mi sorpresa cuando en una foto de grupo que Will me mandó, vi que se trataba de una latina explosiva de nuestra edad, con una mata de brillante pelo negro y unas tetas que ni yo pude evitar mirar embobada.

Una maravilla de panorama, el mío.

Así que, recapitulando, Will, el hombre con el que mantengo la relación más compleja que he tenido en la vida, el que me dejó para irse a trabajar al otro lado del mundo y que a día de hoy sigue estando lejos de mí por una razón parecida, el mismo con el que solo puedo hablar una media de diez minutos al día, se pasea por todo Santiago de Chile con una especie de Beyoncé sudamericana que debe permanecer bien cerquita a él porque es la única persona en cien kilómetros a la redonda que habla su idioma. Y mientras tanto, a ocho mil kilómetros de allí, a mí me pone sentimental el simple hecho de subirme al metro y no coger la línea que lleva a su casa.

Genial, genial, genial. Toda esta situación no hace más que mejorar.

Dos semanas sin Will.

La segunda semana sin Will podría resumirse como sigue: una conexión wifi que aún es pésima, un montón de recuerdos que me azotan a cualquier hora del día, demasiadas horas libres por las tardes y millones de anécdotas que Will me cuenta y que en un porcentaje importante de veces empiezan por: «Mariela y yo comimos», «Mariela y yo fuimos», «Mariela y yo visitamos», «Mariela y yo hemos pensado...».

No creo que haga falta aclarar cómo acabo después de esas conversaciones. La rabia me come por dentro. Un ejército de maripositas encabronadas aletean dentro de mi estómago y mordisquean mi paz interior. Mis amigos dicen que lo que siento tiene un nombre:

—Estás celosa como una chiquilla —se carcajea Christina.

—¡No estoy celosa!

—Claro que sí. Te sale fuego de los ojos cada vez que nombras a la tal Mariana —dice Neal.

—No le cambies el nombre, no se llama Mariana —le reprende cariñosamente Claire, sirviendo más helado a todos en su papel de la anfitriona perfecta—. Se llama Mariela. La verdad que es un nombre precioso.

—No es lo único que tiene precioso... —murmura Matt.

Christina le pega en el brazo.

—¿Eres imbécil?

Desde mi sitio, hago un gesto resignado con la mano.

—Tiene razón. Me gusta hasta a mí, que la odio. Ayer cenaron los dos juntitos cerca del apartamento de Will. Eran las once de la noche, las diez para ellos, y como se quedó sin batería me llamó desde el móvil de ella. Eso es signo de que tienen mucha confianza.

—O de que Will quería contactar contigo desesperadamente y le pidió el teléfono a una compañera para llamar a su novia —argumenta Claire.

—Yo no soy su novia.

—Pues esperemos por tu propio bien que Mariela piense que sí —añade Matt crípticamente.

Rebufo en mi asiento y vuelvo a consultar mi móvil, que me recibe vacío de notificaciones, como en las últimas horas. Fascinante.

Mi humor empeora conforme pasan los días. Odio sentirme tan insegura, tan endeble, tan fuera de mí. Nunca he sido así, y me cabrea que una situación relacionada con Will tenga la capacidad de hacerme sentir cosas tan negativas e intensas.

Por mucho que pongo todo mi empeño en que mi inquietud no trascienda a mis conversaciones telefónicas con él, creo que algo nota. Aunque es demasiado listo como para confrontarlo directamente, tiene sus trucos para tantearme.

—¿Me echas de menos? —me pregunta una noche al finalizar una de las conversaciones más largas que hemos tenido en los últimos días.

«A todas horas, William. No veo la hora de tenerte aquí y no dejarte salir de mi cama. Te huelo en cada maldito rincón de la ciudad». Esa sería la respuesta correcta, pero estoy obsesionada con la idea de que abrirme demasiado le dará algún tipo de ventaja en esta situación. Sé que no es una actitud madura por mi parte, pero aun así me limito a contestar en un tono que pretende ser cómplice:

—Secreto. —Hago una pausa en la que casi puedo oír la decepción de Will colarse por la línea telefónica. Me arrepiento de ser incapaz de desprenderme de mi máscara de chica dura. Trago saliva nerviosamente cuando me animo a preguntar—: ¿Y tú?

—Secreto —contesta él casi de inmediato, y aunque su tono al principio puede parecer un poco ácido de más, enseguida chasquea la lengua y con cierto aire torturado añade—: Joder, Olivia, no te saco de mi cabeza ni un puto minuto. Claro que te echo de menos. Si sigo así acabaré dibujando tu cara

en algún plano y me echarán del proyecto.

Dejo escapar por mis labios un suspiro prolongado que agrava mi melancolía. Hundo más la cabeza en mi almohada y, sin querer, dibujo una sonrisa. ¿Por qué tengo que estar tan bruja últimamente? En el fondo, sé que es imposible que con lo que Will y yo tenemos él vaya a pensar en liarse con todas las Marielas de este mundo. Es imposible que con otra persona tenga la complicidad que tiene conmigo, o que les sonría igual, o que conecte de esta manera. No sé por qué estoy así, solo sé que tengo que mantenerme a salvo un poco más.

—Bien —contesto escuetamente.

Cuando colgamos, me llamo idiota cien veces seguidas. Y no es un decir: lo verbalizo en voz alta durante varios minutos hasta que reúno el valor de coger mi móvil, que he tirado a un lado del colchón. Lo desbloqueo de nuevo y me quedo mirando la pantalla. ¿Qué puede pasar por dejarle saber cómo me siento? Estando separados, ¿no es un poco absurdo mostrarle indiferencia?

<Yo también te echo de menos>, le mando, y después permanezco como una imbécil mirando la pantalla hasta que se me empiezan a cerrar los ojos y me sumo en un sueño inquieto.

Cuando vuelvo a mirar el móvil en plena madrugada, veo que en algún momento recibí su respuesta: <Estoy deseando volver a casa.>

Tres semanas sin Will.

El fin de semana de la tercera semana hago una locura: cojo unos billetes de última hora y vuelo a Miami para ver a Aiden. Llevo desde las vacaciones de Navidad sin verlo y necesito un poco de su sabiduría para calmar mi angustia de las últimas semanas. Además, este fin de semana Will tiene no sé qué cena importantísima a la que irá acompañado por la despampanante Mariela y yo temo acabar volviéndome loca si no salgo de Nueva York.

Mi hermano me recibe con los brazos abiertos cuando llego al aeropuerto, y yo hundo la cara en el tejido de su camiseta hasta reencontrarme con el característico olor de mi infancia. Le sonrío, me coge la maleta y me pasa el brazo por el hombro de camino a la salida.

Aunque solo tenemos dos días y medio, nos las apañamos para hacer todos los planes que siempre hemos querido hacer juntos en Miami. Me lleva a la playa, al centro comercial conocido como Bay Side, a comer al mejor restaurante cubano de la ciudad y a pasar la tarde en el mundo de las mariposas, en Coconut Creek.

La última noche de mis vacaciones exprés, mientras tomamos cócteles en una terraza *chill out* en el corazón de la ciudad, nos enzarzamos en un análisis pormenorizado de la situación:

—¿Todo este jaleo no es solo por la tal Mariela, verdad?

—Sí...

—Livvy...

—Vale, está bien. No es solo por ella. Aunque el hecho de que mi hombre se pase los días con esa hembra pegada a él como una lapa porque es «su intérprete» —dibujo las comillas y las acompaño de un tono burlón—, no es que mejore mi humor.

Mi hermano me mira mientras da un trago a su bebida.

—¿Acabas de llamarle tu hombre?

—Sí. Y a ella hembra. Dios. Parece que esté doblando un documental sobre el reino animal. Estoy perdiendo el juicio.

Me llevo las manos al pelo y aprieto la cola de caballo que me he hecho antes de salir de casa. Mi carácter avinagrado de las últimas semanas resurge de nuevo, a pesar de lo bien que me han sentado los días de desconexión.

Aiden da vueltas y más vueltas a la sombrillita que decora su copa mientras me estudia con expresión circunspecta. No soy capaz de aguantar su escrutinio durante mucho tiempo.

—¿Qué?

—Estás enamorada de él —sentencia.

—Vaya. ¿Tú no serás pariente de Sherlock Holmes, verdad?

—No. Soy pariente tuyo. Y te digo que estás enamorada de él.

—¿Y la noticia debería impactarnos?

Aiden aparta su bebida y apoya los antebrazos en la mesa para mirarme a una menor distancia.

—Deja el sarcasmo a un lado, Livvy, y escúchame. Estás enamorada de él, y está más que claro que él está enamorado de ti. No sé por qué no reaccionas de una vez y actúas. Llevo días intentando comprenderlo, pero la verdad es que por más que me empeño no te entiendo.

Maldito *sensei*.

—No es el momento de tomar decisiones, Aiden, desconocemos cómo avanza su historia con Mariela.

—¿Quieres dejar de decir estupideces? Te digo que Will te quiere. Si no, no estaría aguantando todo lo que le estás haciendo pasar.

Abro los ojos a la defensiva.

—¿Lo que le estoy haciendo pasar? ¿Pero tú de parte de quién estás?

—De la tuya, joder, por eso te estoy diciendo esto. Porque tienes que hacer algo. No puedes estirar de su paciencia eternamente, al final acabarás rompiéndola y él acabará cansándose de esperar. Y habrá otras... Marielas esperando en la esquina, u otros proyectos que lo saquen de la ciudad y que se vea tentado de aceptar con tal de poner tierra de por medio definitivamente.

—¿Entonces sí estás a favor de mi teoría sobre Mariela?

—¿Solo te has quedado con eso de lo que he dicho? —Agita la cabeza, frustrado, y clava sus ojos idénticos a lo míos en mi rostro—. Joder, Liv, Will pasa de Mariela como de comer mierda, si no, no te hablaría con tanta tranquilidad de ella. Se la estaría tirando en vez de pedirle su móvil para llamarte a ti, ¿es que no te das cuenta? Mariela está fuera de la ecuación, solo estáis tú y él. No proyectes tus miedos a agentes externos para evitar tomar decisiones.

Tiene razón. No hago más que buscar excusas que me separen de Will, porque las que yo utilizaba para protegerme ya no se sostienen por sí solas. Will lleva meses deshaciéndose de cada piedra que compone la muralla que he alzado para separarnos. Está siendo muy listo, y paciente, y maravillosamente compatible conmigo. Pero aun así...

—Tengo miedo, Aiden —confieso con la mirada anclada en la hierbabuena que decora el vaso de mi mojito.

—Ya lo sé —dice mi hermano moviéndose de nuevo en un registro más dulce y fraternal—. Lo sé, Livvy. Pero estáis en un punto en el que ya no puedes permitirte el lujo de no decidir. Todas las grandes decisiones de la vida solo tienen dos posibles respuestas. Categorías exhaustivas. Dicotomías. Sí o no. Blanco o negro. Todo o nada, hermana. Las medias tintas aquí ya no sirven. La cuestión es, en tu historia con Will, ¿qué vas a elegir?

Lo miro y parpadeo. Sí. Tiene razón. Se agota el tiempo. ¿Qué voy a elegir?

Veintiocho días sin Will.

No puedo explicar cómo me siento cuando a finales de la tercera semana recibo una llamada de Will desde el móvil de Mariela a medio día. Solo el hecho de que me llame fuera del horario habitual me pone alerta, y cuando lo escucho hablar, sus palabras me congelan por dentro.

—Solo serán seis días más.

—¿Solo? Will, hace casi tres semanas que te fuiste.

—Lo sé, y lo siento. No es que yo quiera quedarme aquí, pero así es como van a veces estas cosas.

Me observo a mí misma reflejada en el cristal de la puerta de la oficina y no me gusta lo que veo. Tengo la frente contraída, el entrecejo arrugado y mi cara ofreciendo al mundo la viva imagen de la desilusión. Cara de perro, que diría mi madre.

—¿Olivia? ¿Sigues ahí?

—Sí.

—¿No dices nada?

Reprimo un jadeo de incredulidad. ¿Qué se supone que puedo decirle? ¿Que me estoy cansando de hablar con él a través de un teléfono móvil? ¿Que estoy harta de comerme la cabeza pensando qué hará la mayoría de horas que no hablo con él? ¿Que soy consciente de que la situación actual de nuestra relación tiene demasiados flecos como para soportar un periodo de tiempo en la distancia?

Me llevo una mano al cuello, donde noto mi pulso taladrándome la garganta.

—¿Por qué me llamas desde el móvil de Mariela?

—Porque me he dejado el mío en su coche.

Cierro los ojos con fuerza. Hasta ese pequeño detalle me molesta.

—Oye, lo siento, pero tengo que colgar, me esperan para una reunión. — Su voz suena entre nerviosa e irritada al decir esto.

—Vale. Ve.

—Escúchame un momento. Sabes que me muero de ganas de estar en casa, ¿verdad?

Apoyo la cabeza contra la pared. Estoy cansada de esto. Noto arder un puñado de lágrimas en lo alto de mi pecho. Es como si sus palabras, en lugar de tranquilizarme, me hicieran sentir aún más frágil. Me hacen ver cuánto lo necesito. Y no me gusta.

—Vuelve a la reunión, Will.

—Olivia, por favor. No hagas esto. No te enfades. Esto no es culpa mía.

—Ya, ya lo sé. No estoy enfadada.

—Pues dime algo. Dime que estamos bien.

Cojo aire lentamente.

—Estamos bien, Will. Puedes estar tranquilo.

Suelta una exhalación que me encoge el estómago.

—Vale, cariño. Está bien. Luego hablamos, ¿vale?

«Cariño...». Vuelvo a cerrar los ojos.

—Vale.

Los días siguientes a la noticia del retraso de la llegada de Will son los más duros, con diferencia, desde que se fue. Ya no es solo que lo eche de menos, como al principio. Es esta sensación de... necesidad. Y no hablo de ese tipo de necesidad enfermiza de algunas parejas que no saben funcionar como individuos por la vida. Hablo de que mi corazón lo ha escogido a él como mi compañero. Hablo de que solo me veo con él, compartiendo mi vida con él, queriéndolo a él. Y lo echo de menos. Es un sentimiento demasiado intenso que se me acumula en el centro de mi pecho y me asfixia. Un sentimiento que invade cada vena y capilar de mi sistema circulatorio, desbordándose y encharcando cada rincón. Como desear algo con todas tus fuerzas y a la vez temer no poder saciarte jamás. ¿Alguna vez habéis sentido eso? ¿Algo tan grande y tan arraigado en tu organismo que ya es parte de ti? ¿Os imagináis el impacto que supondría si ese sentimiento se volviera en vuestra contra? El dolor crudo, la angustia, la soledad.

Pienso mucho en esto mientras se suceden los últimos días sin él. Sé que en el fondo soy una persona independiente. Sé que, aunque Will volviera a desaparecer, podría seguir adelante con mi vida y en algún punto alcanzaría de nuevo el camino de la felicidad, pero ¿imagináis el proceso que atravesaría hasta conseguirlo? Ya tuve un anticipo. No quiero ni pensar cómo sería ahora, o cómo sería si dejo que siga pasando el tiempo.

¿Cómo es esa frase? ¿Quién se entrega por completo jamás regresa entero? La leí una vez en un libro y entonces no la entendí. Ahora sí, porque a diario siento esa sensación en la boca del estómago que me dice que cada hora que paso con Will un poquito de mí se va con él. Porque cada vez que lo miro siento que me ahogo; cada vez que él me mira a mí el corazón me explota dentro del pecho. Sé que esto es amor. Sé que no puedo vivir sin él, pero saberlo no me hace ser más valiente. Todo lo contrario. Me obliga a extremar la precaución, porque ¿cómo te recuperas de la pérdida de algo así?

Will vuelve hoy, día 14 de mayo. Se supone que su avión aterriza a las cinco de la tarde, pero yo no voy a estar esperándolo en el aeropuerto. Ya se lo avisé anoche. Lo último que quiero es que se lleve una desilusión si no encuentra mi rostro entre la multitud.

No voy por varias razones. La primera es que tengo que presentar mi informe de *Branding* después de semanas de duro trabajo y no puedo prever

cuándo acabaré. La segunda es que esta noche tenemos una cena con un grupo de clientes importantes que han organizado no sé qué evento en el Hudson, y la tercera... es que aún no sé cómo voy a enfocar nuestro reencuentro. Me muero de ganas de verlo. Solo puedo pensar en volver a tocarlo. Pero sé que ha llegado el momento de tomar ciertas decisiones y yo sigo sin estar preparada. Es más, después de todo lo que he pasado en estas cuatro semanas sin él, estoy bastante más confundida que antes de que se fuera, lo cual ya es decir mucho.

Recibo un mensaje suyo a las cinco y diez diciéndome que ya ha aterrizado y que está esperando sus maletas. No lo hago a malas, pero el mensaje me pilló subiéndome al metro y cuando llego a mi casa me meto a la ducha rápidamente para empezar a prepararme para la cena, así que se me pasa contestarle.

Tras siglos atrincherada en el baño y tras dar millones de vueltas por mi casa para asegurarme de qué combinación de los complementos es la más acertada, por fin me siento en mi sofá color berenjena para abrocharme las sandalias plateadas que he escogido. Apenas he terminado cuando tocan al timbre. Al de arriba, no al del portal. Veo en el reloj del equipo de música que es casi la hora de irme y el corazón me palpita con más fuerza cuando un presentimiento me anuncia que es Will. Will está aquí.

Trago un nudo de nervios y me pongo en pie. Camino trastabillando los pocos metros que me separan de la puerta. Se me acelera la respiración. Me sudan las manos.

Abro la puerta y... Will. Will en vaqueros y con una camiseta negra que me dan ganas de arrancar con los dientes. Will mirándome con los ojos abiertos de par en par, luciendo la expresión de un lobo que acaba de visualizar a su presa.

Nos quedamos mirándonos como dos gilipollas en la puerta. Han pasado cuatro semanas, por el amor de Dios, no cuatro años. La tensión, sexual y de la otra, lanza descargas a nuestro alrededor y me deja sin aliento. Mi estómago se contrae por la anticipación y siento la necesidad de deshacer esta atmósfera electrificante que nos rodea.

—*Bu... Buenass ttarddess* —digo con mi patético acento español.

Will sonrío, enseñándome su dentadura perfecta, transmitiéndome cuánto le gusta estar cerca de mí de nuevo.

—En realidad sería *buenas noches*, dada la hora que es.

Sonrío.

—¿Importa?

—No. No importa en absoluto. —Se queda mirándome intensamente, pero sigue sin animarse a entrar en mi casa—. Joder... Ese vestido... Joder.

Miro hacia abajo y sonrío. Me había olvidado de lo que llevaba puesto. Llevo un vestido azul marino de cóctel. La tela vaporosa de la falda queda unos centímetros por encima de la rodilla y el escote es muy sugerente, tal vez porque no llega a revelar demasiado. El resultado es favorecedor.

—Ah, sí. ¿Te gusta?

Suelta una carcajada que desprende una potente energía sexual.

—¿Gustarme? Gustarme... —Se aclara la garganta y desplaza la mirada de mis piernas a mis ojos—. Estás preciosa, Olivia.

Dibujo una sonrisita. Estoy demasiado nerviosa como para flirtear con él o como para soltarle alguno de esos comentarios que suelo acompañar con una expresión traviesa.

—Gracias. ¿Quieres pasar? —le pregunto, porque no sé qué narices hacemos los dos observándonos como pasmarotes en el umbral de la puerta sin mover ni un músculo.

—Te vas, ¿no?

—Sí.

—Pues entonces va a ser mejor que no entre —dice con su típica sonrisa canalla—. Si no, no vas a llegar a tiempo a donde sea que tengas que irte. Cuando te coja, no te suelto.

El sonido de su voz en vivo y en directo me calienta las entrañas. La sangre me quema. Mi piel lo llama. Lo miro a los ojos en un prolongado pestañeo y sin mediar palabra nos acercamos y nos besamos en la puerta de mi casa. Con mucha lengua, ganas y alivio. Nos abrazamos fuerte y ambos gemimos. Siento una presión en las costillas que nada tiene que ver con la fuerza con la que me agarra Will. Sonrío en su boca. No puedo creerme que esté aquí.

—No sé si voy a poder esperar hasta mañana —susurra contra mis labios.

—Más te vale. Tengo que irme y he tardado dos horas en arreglarme.

—Vale. Vale. —Se separa lentamente—. Está bien. ¿A qué hora acabas hoy?

—No lo sé. Seguramente tarde.

Suelta un pequeño bufido.

—Está bien. ¿Mañana?

Lo miro y el anhelo que desprenden sus ojos embruja mi cerebro.

—Sí. Mañana.

Tengo la sensación de que «mañana» no llega lo suficientemente deprisa, pero acaba llegando. Will aparece en mi casa casi a la vez que yo, cuando vuelvo de trabajar por la tarde. Apenas nos saludamos, me lleva a la cama como si le acabasen de decir que se le agota el tiempo para hacerlo. No me lo dice, pero me demuestra una y otra vez cuánto me ha echado de menos. Me lo demuestra besándome hasta perder el control, hundiendo los dedos en mi piel, con la cabeza entre mis piernas. Me lo demuestra susurrándome al oído lo loco que lo vuelvo y las ganas que tenía de follarme. Me lo demuestra en tres asaltos diferentes, el tercero de los cuales dura cuarenta minutos. Cuarenta minutos de su carne deslizándose entre la mía, haciéndome gemir y correrme gritando su nombre. Cuarenta minutos tras los cuales caemos rendidos en brazos del otro. Apenas nos quedan fuerzas para ducharnos y pedir la cena.

A pesar de que pasamos una noche placentera y tranquila, en el aire se nota que ambos estamos callando cosas. Nos turnamos para mirarnos de reojo, evaluando al otro. Will no me suelta, ni siquiera cuando cenamos; tampoco cuando dormimos. Si no me está agarrando por la cintura, sus dedos permanecen trenzados con los míos. O perdidos en mi pelo. Es como si tuviera que cerciorarse de que estoy aquí y que no voy a ir a ninguna parte.

Me confunde un poco su actitud. Me abruma. Aunque siempre ha sido un hombre cariñoso, normalmente suele jugar con un porcentaje mayor de espacio a mi favor. Le gusta esperar a que en ocasiones sea yo quien lo busque. ¿Tendrá miedo porque sabe que hemos agotado el tiempo de nuestra extraña tregua? ¿Sabrá que el periodo de tiempo en el que podemos seguir sin hablar claro ha llegado a su fin? ¿Buscará en mí la prueba de que he tomado una decisión?

La respuesta llega la mañana siguiente. Nos levantamos bastante temprano por la mañana para ser sábado y abrimos las ventanas de mi casa. El ruido de los coches y la suave brisa de una mañana de mayo llenan mi pequeño salón mientras nos tomamos el café. Después de comer unas grasientas magdalenas de mantequilla y de intercambiar más silencios de los habituales, decidimos volver a la cama. Nos miramos y es como si supiéramos lo que toca a continuación. No hace falta que lo aclaremos, las miradas que nos dedicamos el uno al otro nos bastan. Se acabó actuar como si viviéramos en un universo paralelo en el que el tiempo no transcurre. Se acabó fingir que nuestro trato no ha sido frío en los últimos días, especialmente el mío para con él. Se acabó mirar para otro lado y, desde luego, se acabó posponer la demanda explícita

de qué queremos el uno del otro.

Nos sentamos en mi cama, encima de las sábanas. Will se pone una camiseta porque desde que hemos abierto las ventanas el ambiente ha refrescado un poco; yo recupero mis pantaloncitos del pijama por la misma razón.

Apoyamos las espaldas en el cabecero, utilizando la almohada para estar más cómodos. Nos miramos a los ojos y sonreímos con tristeza. Los sonidos de la calle son lo único que se escucha en mi habitación. Will, que parece más decidido que yo, toma la palabra primero.

Ahí vamos. Todo o nada.

—Olivia... Creo que tenemos que hablar.

Asiento con la cabeza y trago saliva mientras espero a que continúe.

—Estas semanas han sido... difíciles. Mucho.

—Lo sé.

—¿Sabes por qué han sido difíciles? —pregunta con delicadeza.

—¿Porque hemos estado lejos?

—Esa es una razón. Una razón muy importante —aclara—, pero no la única.

Respiro despacio.

—¿Podrías concretar, por favor? Estoy un poco nerviosa.

—Ya lo sé. Yo también estoy nervioso. —Sujeta mi mano entre las suyas y noto la humedad que desprenden sus palmas; a continuación toma aire y me mira—. Ha sido difícil porque nuestra... relación, no está todo lo definida que una pareja necesita para enfrentarse a algo tan complicado como la distancia.

Parpadeo nerviosamente. ¿Acaba de decir pareja?

—La ambigüedad puede ser una importante fuente de malestar —sigue diciendo—. Es difícil saber qué actitud es la correcta. Qué es decir demasiado, qué es no decir lo suficiente. ¿Entiendes lo que quiero decir? Muchas veces me siento mal porque no sé cómo comportarme contigo. Tengo la impresión que la línea entre lo que necesitas y lo que te sobra es demasiado fina. Y yo quiero estar contigo, quiero tener paciencia contigo, pero se está volviendo muy difícil. —Me mira a los ojos y en voz muy baja añade—: me lo estás poniendo muy difícil.

Cierro los ojos y dejo escapar un suspiro. Un suspiro que revuelve el aire y que cumple la función de equilibrarme por dentro. Tiene tanta razón... Lo sé yo, lo saben mi hermano y mis amigos, y por supuesto lo sabe él. Se nota en las palabras que ha utilizado que ha pensado mucho en el tema; ha dedicado

tiempo a prepararse lo que iba a decir. Es evidente que la situación de Santiago ha acabado con esa elasticidad de la que hablaba el otro día mi hermano en referencia a la paciencia de Will.

—Sé que te lo estoy poniendo difícil. Lo siento. Siento no haber sabido hacerlo mejor. Ya sabes que no quiero hacerte daño, sabes que...

—Olivia. Lo sé. Tranquila, cariño. Lo sé. —Coge mi mano aún entrelazada a la suya y se la lleva a la boca. Deposita unos cuantos besos contra mi piel y después la deja en su pecho, donde siento latir con fuerza su corazón a través de la camiseta—. Me gustaría poder seguir como hasta ahora un poco más. Sé que tú lo preferías así y en el fondo íbamos por buen camino. Lento, sin prisas. Creo que ambos estábamos cómodos con cómo iban las cosas antes de Santiago.

Asiento, mostrando una nota de inseguridad en mi expresión. Ha dicho estábamos, ¿verdad? No estamos, sino estábamos. La garganta se me contrae y el pecho me duele. ¿Adónde va a llevarnos esta conversación?

Siento bajo mi palma el aumento de la velocidad de sus latidos. Noto cómo todo su cuerpo entra en tensión y cuando lo miro a los ojos me rebotan las chispas de ansiedad que desprende. Ay, joder. Esto se pone feo. Observo el movimiento que hace su lengua para humedecerle los labios y dejar salir las palabras.

—Olivia, yo... Tengo algo que decirte. Ha surgido algo en Santiago.

El corazón me sube a la garganta. Pum, pum, pum. Late fuerte y firme, galopando contra mi piel. El sonido que emite retumba en todo mi cuerpo. Me hace daño. Cada célula de mi organismo se arruga, presa de la preocupación.

—Dilo ya, por Dios —le suplico.

Asiente despacio.

—Mi empresa quiere que me traslade a Santiago.

Cuando lo escucho mis ojos se cierran en un acto reflejo. Mis pupilas arden. Mis párpados arden. Mi pecho se tensa. Un chorro de bilis asciende por mi esófago.

—¿Perdona?

—Quieren... quieren que dirija la planta. Es un proyecto de seis meses. Si todo va bien, seguramente más.

Nos retamos en silencio lo que parecen años enteros. Joder. No puedo pronunciar palabra y él... él tampoco habla. En mi cabeza solo escucho un ruido sin forma.

—¿Y...? Bueno. ¿Qué... tú qué... piensas? —me atrevo a preguntarle unos

minutos después, cuando considero que he tenido el tiempo suficiente como para procesarlo.

Parpadea, mostrando una expresión de cautela.

—Pienso que es una gran oportunidad. Que lanzará mi carrera a otro nivel. Que el dinero que ofrecen supera con creces las expectativas que tenía y que me ayudará a crecer en la empresa.

Será verdad... Hago un esfuerzo sobrehumano para no taparme la cabeza con la almohada y para no asfixiarlo a él.

—Vale —digo con la voz desprovista de emoción.

—¿Vale?

—Sí, vale.

Me mira con el ceño fruncido.

—Olivia...

—¿Qué quieres que te diga? —le corto con actitud combativa—. Si es una oportunidad tan increíble y lo tienes tan claro, deberías aceptar.

—¿No vas a preguntarme nada más?

—¿Como qué?

—Como qué pasa contigo y conmigo.

Trago.

—No sé. Eso deberías decírmelo tú, ¿no? Tú eres al que se le ha presentado la oportunidad. Ya tendrás pensado qué es lo que quieres hacer.

—Yo sé lo que quiero hacer. Quiero saber qué es lo que quieres tú.

Intenta sonreírme, pero solo le sale un mohín abstracto. Se gira un poco hacia mí, como esperando que diga algo y se queda mirándome.

—¿Lo que quiero yo? Ah, no. No vas a cargar el peso de esta decisión sobre mis hombros, Will. No es justo.

Compone una sonrisa críptica y se levanta de la cama, emprendiendo el paso como quien va camino del matadero.

—¿Adónde vas? —le pregunto cuando veo que se dirige hacia la silla del rincón.

—Espera. Quiero darte algo.

Veo cómo coge algo que estaba guardado en el bolsillo de sus pantalones y lo encaja en su mano derecha. Un ruido metálico amortiguado sale de sus dedos. ¿Qué hace? Respira hondo y se acerca con paso ciertamente inseguro hacia mí. Ha debido de perder la cabeza.

Vuelve a sentarse en el lugar que ocupaba antes, agarra mi mano y deposita en ella algo muy frío. Metal. Dientes. Ay, Dios. Son unas llaves. Clavo la vista

en ellas y tardo menos de un segundo en reconocer el llavero con forma de taxi. Un aluvión de recuerdos se desata en mi cerebro, haciéndome temblar por dentro.

—¿Qué significa esto, Will? No entiendo nada.

—Esta es la decisión que he tomado —dice serio—. Es la llave de mi casa. Es tuya y quiero que la tengas.

Me da un vuelco el estómago.

—Pero Will, no es... Esto no es lo que estamos haciendo. No estamos en ese punto, ya lo sabes.

—Ya sé que no, lo que intento es hacerte ver que quiero que lo estemos. — Hace un movimiento para recolocarse sobre el colchón—. Mira, Olivia, han pasado ocho meses desde que volví de Hong Kong. Cada minuto que he pasado contigo ha merecido la pena. Te lo juro. No cambiaría ni uno solo. Pero por muy cómodos que estemos juntos, la vida avanza a nuestro alrededor, ¿sabes? Las situaciones evolucionan. Hoy es lo de mi trabajo, mañana Dios sabe qué será. Lo único que tengo claro es que pase lo que pase, nos traiga la vida lo que nos traiga, te quiero tener a mi lado. Y yo quiero estar al tuyo. Quiero que seamos la pareja que siempre tuvimos que ser.

El tono de voz que emplea me pone nerviosa. Es... profundo. Intenta decirme algo más allá de esas palabras. Lo sé. Se me forma un nudo en la garganta contra el que tengo que luchar para encontrar la voz:

—¿Pareja? ¿A qué te refieres con pareja? ¿Por qué íbamos a ser una pareja?

Lleva la mano hasta mi mejilla y me acaricia suavemente. Sus ojos se anclan en los míos antes de pronunciar las palabras que lo cambiarán todo:

—Porque nos queremos, Olivia.

Parpadeo un millón de veces y mi corazón deja de latir durante unos segundos eternos. ¿Qué acaba de decir?

«Porque nos queremos, Olivia. Porque nos queremos. Nos queremos...».

—Te quiero —vuelve a decir—. Sabes que te quiero. Y yo sé que tú me quieres a mí.

Lo observo paralizada. No me salen las palabras. ¿Cómo demonios se ha atrevido a decirlo en voz alta?

—Y estoy cansado de no poder decírtelo cada día, así que ahora escúchame. Te quiero. Te respeto. Respeto tus dudas y tu necesidad de espacio, pero no voy a permitir que esta distancia que impones acabe con nosotros. Ha llegado el momento de decidir porque te quiero. Quiero estar

contigo, estar contigo de verdad. Hacer algo por salvarnos y seguir adelante. No puedo quedarme sentado mientras veo cómo algo nos destroza.

Me mantengo en la misma postura. Sin respirar, sin argumentos, sin dar crédito a lo que oigo. ¿Pero es que se ha vuelto loco?

Las palabras deciden volver a mí en ese momento, sin pasar por la oficina de filtrado antes de ser pronunciadas.

—¿Pero es que te has vuelto loco?

—No —contesta con el ceño fruncido. Me suelta la cara, y se echa para atrás para mirarme mejor—. Estar loco es llevar semanas preocupado por pedirte que vengas conmigo a la boda de mi hermana. Estar loco es morderme la lengua para no decirte cada día que te quiero y que quiero estar toda la vida a tu lado. Estar loco es seguir manteniendo las distancias y permitir que te escondas tras esos muros que te empeñas en seguir manteniendo entre nosotros. Pedirte que seamos una pareja de verdad es lo más cuerdo que he hecho en meses, porque lo que quiero es estar contigo.

Me está ofreciendo un para siempre. Una pregunta con dos únicas respuestas posibles. Ese todo que se come a la nada. ¿Qué supondría decirle que sí? ¿Sería nuestra vida juntos el mayor logro de mi vida o mi perdición definitiva? Will. La vida con Will. La vida sin Will. Will con miedo. Marchándose. La soledad. Sentirme incompleta de nuevo. La nada inundando mi cuerpo.

Los ojos me arden por las lágrimas que me niego a derramar. No puedo. No sé. ¿Qué hago? No puedo. No puedo.

—No puedo.

—¿Cómo dices?

—Que no puedo, Will. No puedo.

—Sí que puedes, Olivia. Juntos. Juntos podemos.

—Te irás. Se pondrá difícil y te irás, y yo no podré soportarlo.

—No me voy a ir. No voy a pasar sin ti ni un día más de mi vida. Ni uno solo.

—Esto no tiene arreglo, Will. Te irás a Santiago y yo me volveré loca.

—¿Quién ha dicho que me voy a Santiago? No he dado ninguna respuesta. Quería hablarlo contigo primero.

Un ramalazo de pánico me golpea el estómago.

—¡Eso es peor! Si te quedas, si te quedas por mí, acabarás odiándome.

—No me quedaría por ti. Si me quedo es por mí. Porque esta es la vida que quiero. Nueva York, mi familia, estar en casa. Tú eres mi casa, Olivia. Lo

único que quiero es que me digas que tu también quieres que me quede. Dame algo, joder. Dime que tú también quieres esto.

—No es justo. No es justo que cargues todo el peso de la decisión sobre mis hombros.

—No es eso lo que estoy haciendo.

«Joder. Joder. Joder».

—Te acabarás yendo, Will. Esto te hace sentir débil. No quieres pertenecerle a nadie porque te da miedo.

Me mira conteniéndose para no explotar.

—Tienes razón, me da miedo. Tengo miedo. Me da miedo quererte más que a mi propia vida porque eso significa que tienes el poder de destruirme. ¿Pero sabes qué me da más miedo que eso? No tenerte. Yo no puedo vivir sin ti, Olivia. Ya sé lo que es, mi mundo se queda gris y vacío. Ya lo he intentado. Hemos pasado más tiempo separados que juntos desde que nos conocemos, y me da infinitamente más miedo volver a eso que arriesgarme a que me hagas daño. Quiero arriesgarme porque te quiero y porque sé que tú también me quieres a mí. Me enamoré de ti nada más conocerte, y te he querido desde entonces. Por muy mal que haya hecho las cosas, he aprendido a hacerlas mejor; por ti y por mí. Sé que tienes miedo. Sé que las cosas no han sido fáciles y que no siempre lo serán en el futuro, pero lo conseguiremos. Sé que lo conseguiremos. Arriésgate conmigo.

Siento un dolor muy intenso en el centro del pecho con el que no consigo conectar del todo. Es como si estuviera viviendo una experiencia disociativa y ese mismo dolor intentara ahorrarme más sufrimiento. Me hace actuar por mero instinto. Me pide que huya, que me proteja a mí misma.

—Yo... No puedo, Will. No puedo. —Necesito espacio. Aire. Paz. Sosiego. Un minuto para mí—. Vete, por favor. Necesito estar sola.

Me mira desolado.

—No. Olivia, no. Es ahora o nunca, joder. No podemos seguir en el limbo más tiempo.

Siento una quemazón pellizcando mis costillas.

—No... —lloriqueo. No, no, no.

Los ojos de Will son un lienzo de acuarelas acuosas que me trasladan su lamento, y su boca únicamente refleja una mueca contrariada.

—Si me voy, Olivia, no voy a volver. Ahora sí que no tengo nada más que ofrecerte. Si me dejas ir, yo... Yo no sé qué voy a hacer. No sé a qué más agarrarme. Te lo juro. Necesito que me des algo. Ya no tengo nada más. Esta

era la única carta que me quedaba.

—Will, por favor... —gimo lastimeramente, incapaz de responder a su súplica—. No puedo.

—¿De verdad quieres que me vaya?

Sí. No.

—De verdad —murmuro.

Me observa, completamente derrotado. Un gusto salado en la boca me anuncia que voy a ser incapaz de seguir aguantando las lágrimas. «Vete, Will. Vete antes de que estalle. No puedo pensar contigo aquí».

—No puedo creerme que esté pasando esto. ¿Quieres que esto sea un adiós? —Su voz suena tan rasgada que tiemblo un poco más. Seguimos los dos sentados juntos en mi cama. Pasa unos instantes observándome, como si esperase alguna señal de mi parte; una señal que, desgraciadamente, no llega. Se frota la cara y sin más dice dice—: Yo no me merezco esto. He sido paciente contigo. Me lo has hecho pasar muy mal en algunos momentos, y aun así me he quedado. ¿Pero esto? ¿Que no seas capaz ni de admitir que tú también me quieres? Eso es faltarme al respeto, a mí y a nuestra historia. Estoy dolido, y lo que es peor, estoy muy decepcionado. Yo lo hice mal contigo, pero tú no lo estás haciendo mejor. No puedes castigarme eternamente por aquello, ¿sabes? Te lo he puesto muy fácil: déjame o quíereme.

Soy incapaz de responderle. Temo romperme en mil pedazos si abro la boca. Mi silencio le da toda la información que al parecer necesita para salir de aquí. Se levanta de la cama sin intentar mirarme a los ojos ni una sola vez y, sin perder la elegancia, empieza a vestirse. Transmite una serenidad que me perturba. Parece que haya sacado fuerzas de donde no las tiene para encajar mi rechazo.

Me dedica una última mirada desde la puerta de mi habitación y yo apenas soy capaz de levantar la vista de mis sábanas. Un potente escalofrío me recorre la columna vertebral y congela mi aliento, porque tengo tanto miedo de que se vaya como de pedirle que se quede. Jamás en mi vida me he sentido tan bloqueada como en este instante. Es como si mi cerebro fuera incapaz de responderme.

Mis ojos dejan caer dos únicas lágrimas heladas hasta la cama, pero él ya no se da cuenta. Se ha dado la vuelta bruscamente, alejándose de mí. Tan destrozado como yo, aunque lo merezca menos.

Cuando escucho cerrarse la puerta, tardo una milésima de segundo en ponerme a llorar como una histérica. Todo mi cuerpo convulsiona, fuera de

control. La única vez que me he puesto así fue cuando Will se marchó a Hong Kong. Y aunque todo es diferente esta vez, el nombre que escapa de mis labios cuando sollozo sigue siendo el suyo. Sigo llorando por él, y él dice que me quiere, que me va a querer siempre, pero tengo miedo de que todo sea una ilusión. Tengo miedo de que haya idealizado lo que siente por mí hasta el punto de querer arriesgarse y que se levante un día con miedo de que nos pertenezcamos. Y lo peor de todo es que lo entendería perfectamente, porque ahora yo también sé lo que es sentir ese miedo. Tengo miedo de quererlo como lo quiero y de entregarme a él, a la única persona en el mundo que es capaz de destrozarme.

No puedo creerme que esté pasando esto. Estoy teniendo un *dejà vu* de esos, aquí hecha un ovillo en el hueco entre el sofá y la mesa donde hace más de un año y medio pasé una tarde entera consumiéndome de pena mientras él emprendía su viaje a Hong Kong. Pero esta vez no hay notas escondidas en mis mandalas; esta vez no ha habido huidas a mitad de la noche. Hoy no puedo culparlo de nada porque esto me lo he provocado yo solita.

Paso toda la mañana tirada en el sofá porque soy incapaz de entrar a mi habitación, donde todo huele a él y donde nos hemos despedido demasiadas veces. No he llamado a mis amigos, y ellos tampoco me han llamado porque no tienen ni idea de que ha pasado algo así.

Cada vez que cierro los ojos veo a Will. Sus ojos azules conteniendo la tormenta, su barba de tres días y su pelo revuelto tras hacer el amor. Ha dicho unas palabras tan bonitas... que me arrepiento de no haberlas grabado y así poder reproducirlas en bucle hasta que me sangren los oídos.

«Me da miedo quererte más que a mi propia vida porque eso significa que tienes el poder de destruirme. ¿Pero sabes qué me da más miedo que eso? No tenerte. Yo no puedo vivir sin ti, Olivia».

Es lo más bonito que me han dicho en mi vida, y sé que recordaré esas palabras hasta el día en que me muera. Y aunque pasen mil años lo llevaré dentro, en mis venas. A él y su sonrisa traviesa, a su mirada dulce, a sus provocaciones y a sus sabias palabras. Sé que nunca volveré a querer así a nadie. Nuestra conexión es especial, lo que tenemos y lo que sentimos juntos solo pasa una vez en la vida.

Después de horas y horas de autocompadecerme a mí misma sin encontrar ningún tipo de consuelo, me levanto del suelo y me animo a llamar a las chicas. Mi cerebro está empantanado de sensaciones tóxicas. Cuando por fin las localizo, tardan una hora en plantarse en mi casa cargadas de comida

basura y dispuestas a pegarme cuatro gritos.

—¿Eres consciente de que acabas de echar de tu vida a un hombre al que acababan de ofrecerle un trabajo en otro país? —me reprende Claire, fuera de sí —. Dios, te quiero, Liv, pero a veces te mataría. ¡Para cuando entres en razón ya habrá subido al avión!

—Dejando a un lado su versión peliculera, Claire tiene razón —indica Christina con gesto serio —. ¿Con cuánto de margen de maniobra crees que juegas esta vez?

Me hundo en el sofá, sintiéndome muy pequeñita y débil. Las miro detenidamente y sé que tienen razón. He sido cruel. Lo he rechazado. Le he dicho que no. Nos he condenado a la nada. El miedo a perderlo me ha llevado a perderlo de verdad. Le he obligado a tomar la decisión de marcharse.

«Joder. ¿Qué has hecho, Olivia?».

¿Me importas?

Las primeras horas oficiales sin Olivia son como un eterno descenso a los infiernos. La primera noche directamente no duermo. El estómago se me ha cerrado y apenas como. Estoy dolido, angustiado, decepcionado. Estoy cansado. Mucho. Han sido unos meses demasiado intensos. Ya no recuerdo lo que es sentirse normal ni vivir en paz en mi propia piel. Desde que conocí a Olivia, es como si todas las sensaciones del mundo hubieran multiplicado su potencia por mil. Las buenas y las malas. La ambigüedad y la incertidumbre tienen la capacidad de consumir todas tus energías hasta absorber cada certeza y hacerte dudar hasta de tu propio nombre. Evidentemente, vivir así cansa.

El fin de semana lo paso entero en mi casa. No trabajo. No interactúo con nadie. Bebo más de lo que acostumbro y paso la mayor parte del tiempo tirado en el sofá, viendo programas que no me interesan lo más mínimo pero que me anestesian el cerebro durante el tiempo suficiente como para darme algo de descanso.

Mi móvil permanece alejado de mí la mayor parte de las horas. No lo quiero en la misma habitación que yo, al alcance de mi mano. No sé si para evitar la tentación de escribir algo que no debo o para alimentar la esperanza de una posible llegada de noticias mientras no lo tengo conmigo.

Cada vez que lo recojo y no encuentro ninguna notificación, solo quiero dormir hasta nuevo aviso.

El lunes y el martes no van mucho mejor. Me da la sensación de que cada hora que pasa la rabia que tengo dentro me estrangula con más fuerza. Supongo que esto ocurre por dos motivos: el primero es que el paso de los minutos me obliga a rendirme a la evidencia de que todo esto no es producto de un mal sueño. Es real. El otro día me declaré y la persona con la que quiero compartir mi vida me echó sin miramientos. No es la proyección de una imagen temida reproduciéndose en mi cerebro; pasó de verdad. El segundo es simple: cuanto más tiempo pasa, la luz de la esperanza que guardo de que Olivia cambie de opinión se apaga un poco más dentro de mi pecho.

Las horas pasan y con cada minuto todo parece hacerme más cuesta arriba. Pierdo los nervios varias veces al día. Conmigo mismo, en el trabajo, con la gente cercana que solo se interesa por mí. Estoy muy jodido. Destrozado. Desolado. Pensando una y otra vez que alguien que te quiere no te

hace pasar por esto; que alguien que te quiere no te deja marchar cuando se lo ofreces todo.

El miércoles por fin me animo a hacer algo de vida social y quedo con Colin y Larry, que son mis dos únicos amigos lo suficientemente fieles como para aguantar toda la mierda que suelto por la boca. Da igual el humor que tenga o lo irascible que me muestre en su compañía, sé que por la mañana seguiré teniéndolos a los dos.

Quedamos en un bar cerca de mi casa después del trabajo y en cuestión de una hora pierdo la cuenta de las cervezas que bebo; es como si buscara desesperadamente que el líquido ambarino fuese a llenar el vacío que se ha extendido en mi interior.

Ambarino. Ámbar. Como los ojos de Olivia...

Tras una perorata de quince minutos sobre por qué esta vez no pienso arrastrarme e ir detrás de ella, Colin deja su bebida en la mesa y me mira.

—Mira, Will. Olivia me gusta. Me parece buena chica. Pero estás hecho una mierda. Si fuera cualquier otra la que te está haciendo sentir así, ya te habría aconsejado que te tirases a la primera que te pase por delante.

Tirarme a otra... No voy a negar que se me ha pasado la idea por la cabeza. Simplemente para desquitarme y canalizar la rabia. Estoy tan cabreado con Olivia que parte de mí quiere hacerla reaccionar recurriendo a algo tan primario como un ataque de celos. Pero lo cierto es que no puedo. Solo el hecho de pensar en que me toque alguien que no sea ella me proyecta una sensación de angustia en la boca del estómago.

Vuelvo a casa dando vueltas a algo que han dicho mis amigos. En esta ocasión, tanto Colin como Larry se han posicionado a mi favor. Normalmente son críticos conmigo, especialmente en materia de mujeres, así que sus palabras cobran un sentido importante en mi cabeza.

Ambos están de acuerdo en que en esta nueva etapa de nuestra relación le he cedido demasiado poder a ella. He mostrado con creces mi interés en que siguiéramos adelante. He hecho todo como ella ha querido y necesitado, y aun así no ha sido suficiente. ¿De verdad lo nuestro no tiene arreglo? ¿Ha sido culpa mía por no haberme plantado mucho antes y obligarla a decidir? Tal vez debería haber dejado claras mis propias necesidades hace tiempo.

Mientras medito sobre ello, recupero de mi memoria una conversación parecida que tuve con Mariela, mi intérprete en Santiago. Aunque no la conocía de nada, establecí una relación de amistad bastante estrecha con ella. Tal vez ayudara el hecho de que la mayoría de veces que hablaba con Olivia

yo acababa hecho polvo y ella estaba cerca.

Un día me preguntó quién me ponía tan triste y en menos de un segundo me vi a mí mismo relatándole mi historia con Olivia. Mariela me miró sorprendida y creo que durante un segundos se arrepintió de haber preguntado; después me escuchó con atención. La verdad que no sé de dónde salió aquella necesidad de comunicación por mi parte. Supongo que estaba desesperado por sacarlo, pero me alegré de haberlo hecho. Las mujeres pueden ser grandes consejeras y mejores amigas.

—No digo que sea una mala persona —me dijo una vez, después de salir de una reunión importante con un posible inversor—, pero te está poniendo en una situación complicada. En mi opinión, creo que habéis llegado a un punto en el que da igual lo que hicieras. Si ha decidido volver a estar contigo, tiene que comprometerse de verdad.

—Esa es la cuestión. No ha decidido volver conmigo.

—Pues que lo haga. O si no que te deje rehacer tu vida. Hazte valer, Will. Aceptando como un perrillo todos sus deseos no haces nada bueno por ninguno de los dos. No te está respetando. Ponte en tu sitio.

Recuerdo que me aflojé la corbata porque me agobiaba la presión que sentía en el pecho. La miré alicaído.

—Le hice mucho daño, Mariela.

—Sí, fuiste un auténtico cabrón —sentenció. A continuación se calló y empezó a estudiar el contenido de la carta, mientras me daba espacio para pensar en lo que había dicho. Cuando volvió a mirarme, se dio cuenta de que si siempre buscaba la manera de justificarla, era porque seguía sintiéndome culpable—. Oye, yo entiendo a tu chica. Es normal que se proteja a ella misma. Pero como amiga tuya, te digo que tienes que ponerle límites. No puedes estar pagando por lo que hiciste toda la vida. No creo que sea justo, y si ese es el plan que tiene en mente... Lo mejor será que lo aclaréis cuanto antes para que los dos podáis tomar una decisión. Perdónate de una vez, Will. Ya has cumplido tu penitencia. Te mereces ser feliz. —Me miró a los ojos y con la serenidad que transmite un amigo de toda la vida añadió—: Díselo. Dile que la quieres. Habla claro, por Dios, que ya tienes treinta años. Llama a las cosas por su nombre. Expón tus deseos. O contigo o sin ti, y déjale claro que el contigo implica una aceptación real, no una a medias.

Me quedé mirándola un largo rato después de aquello... y grabé sus palabras a fuego en mi cerebro.

El jueves amanezco de mejor humor. Aunque parte de mí aún sueña con que Olivia aparezca por la puerta y me diga que jamás volveremos a separarnos, siento algo muy parecido al alivio cuando me levanto por la mañana. Me sentaron bien las palabras de mis amigos. Siento... placidez. Una sensación de calma que no esperaba sentir, y menos después de haberme sentido los últimos días como si me hubieran abierto en canal el pecho con un pico muy afilado. Es como si de pronto hubiera dejado de sentirme culpable. He aceptado que si finalmente la pierdo, no podré echarme en cara que no hice todo lo que estaba a mi alcance para evitarlo. Estoy en paz conmigo mismo y es un aspecto importante a tener en cuenta de cara a decidir el rumbo que tomarán mi pasos.

A última hora del día vuelvo a tener una reunión acerca de lo de Santiago. Mis jefes han intentado no presionarme demasiado, pero están al acecho. Necesitan una respuesta. Ya ha pasado un tiempo y el tiempo es oro en proyectos como este. Quieren saber si estoy a bordo o no.

Santiago de Chile... Una gran oferta, sin duda. Una que me catapultaría a un rango *senior* dentro de la plantilla que me he ganado a pulso. Ya rechacé una oferta así una vez, cuando Hong Kong. Me costó recuperarme de eso; mi perfil en la empresa se vio seriamente perjudicado tras la negativa y pasaron meses hasta que remonté y mi estatus interno volvió a ser el mismo que tenía antes de todo aquello. Todo esto me hace reflexionar más detenidamente. ¿Cuál es la respuesta correcta esta vez? ¿Qué es lo mejor para mí?

Está claro que si dejé pasar la oportunidad de Hong Kong y volví a Nueva York fue porque eso era lo que deseaba. Quería estar aquí. En casa. Quería recuperar a Olivia. Aunque en estos días, si lo analizo todo desde una perspectiva puramente profesional, pienso: ¿sirvió de algo ese sacrificio? Rechacé Hong Kong por muchas razones, pero la principal fue ella, y con el paso del tiempo ha sido ella la que me ha rechazado a mí. Irónico, ¿verdad? ¿Simplifica este hecho la toma de decisiones o lo complica todo hasta límites irracionales?

El jueves a última hora ya he tomado una decisión. El viernes por fin se la comunico a mis superiores y cuando emprendo el camino de vuelta a casa, siento una fuerte sensación de alivio en el centro de mi pecho. Como si lo hubieran descongestionado de una tonelada de cemento que lo invadía. Como si me hubieran quitado una mochila imaginaria de cien kilos de la espalda.

Piso sobre el asfalto sintiéndome ligero como una pluma. Seguro. Tranquilo. En paz. Rebobinando la conversación con mi jefe en mi cabeza;

empapándome de cada detalle de mi nueva situación para reforzarme a mí mismo. Pienso que ha quedado todo claro. Que no hay cabos sueltos. Que he hecho lo que es mejor para todos. Un paso adelante.

Cuando salgo del ascensor de mi casa, cruzo el pasillo mientras voy sacando las llaves del bolsillo. Me sorprende cuando al meterlas en la cerradura la llave solo da media vuelta. Me parece raro, porque siempre la hago girar varias veces para cerrar bien cuando salgo.

Nada más poner un pie dentro del piso me doy cuenta de lo que pasa. Me tenso. Es Olivia. Está aquí. Aún no la he visto, pero noto su presencia. Ha venido. Estamos respirando el mismo aire.

Cierro la puerta y apenas he dado un paso cuando la veo dando vueltas nerviosamente por la zona donde está la cocina, donde unas cajas de cartón esperan para ser llenadas. Me mira y sus ojos parecen algo asustados mientras con un golpe cierro la puerta.

Lleva unos vaqueros y una blusa estampada que insinúa delicadamente su silueta. Luce sencilla y elegante, como de costumbre. En estos momentos lleva el pelo recogido en una coleta alta. La observo en la distancia y me pregunto cuántas veces se habrá cambiado de peinado desde que ha llegado.

Está... bonita. Natural. Ella. Aunque no sé qué significa que esté aquí, en el fondo me alegro de tenerla cerca. Aunque tenga que mantenerme firme. Aunque sus ojos me confundan al mostrarse tan vidriosos. Aunque una llamarada de indignación esté creciendo en mi interior de manera inexorable, porque me enfurece que nos esté haciendo pasar a los dos por este calvario cuando es obvio que nos necesitamos tanto. Por mucho que intente disimular, ella es tan desgraciada como yo.

La tensión se intensifica cuando nuestras miradas por fin se encuentran. Tanta emoción, tanta incertidumbre, tanta inquietud construyéndose a nuestro alrededor hasta contaminar el aire que nos rodea. No puedo soportarlo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunto bruscamente.

Encuadra los hombros sin dejar de mirarme.

—Te dejaste las llaves en mi piso.

—Podrías haberlas dejado en el buzón. O habérselas dado a George para que me las diera.

No reacciona especialmente a la aspereza que hay en mi tono, aunque no puedo evitar fijarme en el temblor que ha aparecido en su barbilla.

—Bueno, digamos que he preferido traértelas en persona

El nudo que se me ha formado en la garganta parece deslizarse hacia

abajo, extendiéndose lentamente hasta que inunda mi estómago. Estiro el brazo hasta el taburete más cercano y me dejo caer en él.

—¿A qué has venido, Olivia?

—He venido a contarte una historia.

Alzo las cejas.

—¿Una historia? Mira... no estoy para juegos. El momento para hablar era el sábado, y ya me dejaste clara tu postura. Ahora, si no te importa, preferiría que te fueras. Tengo muchas cosas que hacer.

Echa un vistazo descarado a las cajas de cartón que adornan el suelo y pone cara de disgusto.

—Ya veo... que estás... que tú... —Sacude la cabeza, como si intentase deshacerse de algo—. Lo que te tengo que decir es importante.

—Déjame adivinar. Vienes a pedirme perdón —digo con desdén.

—Entre otras cosas.

—No es la primera vez que te presentas en mi casa para pedirme disculpas. ¿Has pensado que igual para mí ya no significa nada que lo hagas?

Frunce los labios.

—Esta vez es diferente.

—No. No lo es.

—Te prometo que sí.

—No sé si sigo creyendo en tus promesas.

Coge aire despacio, tratando de apaciguarse un poco a sí misma y no dejarse amedrentar por la situación.

—Entiendo que estés enfadado, Will. Pero necesito que me dejes hablar. Cuando acabe me iré y no volveré a molestarte nunca, si es lo que quieres. Pero al menos dame la oportunidad de explicarme. Es lo último que te pido.

Levanto un poco más la vista hasta fijarla en su rostro. Sus facciones tratando de mostrar serenidad, sus ojos pidiéndome permiso, pero preparados para rebatirme... Todos tenemos nuestros puntos débiles, supongo. Y el mío sin duda es ella. Debo respetarme a mí mismo y proteger mis necesidades, eso lo tengo claro, pero sé que si ha venido hasta aquí, merece la pena escuchar lo que sea que tiene que decir. No soy capaz de echarla. Aunque sea por miedo a que esta sea la última vez que la veo.

—Está bien —cedo—. Pero hazlo rápido.

Olivia respira aliviada, como si de verdad se hubiera preparado para encontrar una respuesta negativa por mi parte. Se sitúa frente al taburete en el que yo estoy sentado. Ella no toma asiento. Está nerviosa. Me observa durante

unos segundos que me parecen eternos y alza la cabeza con toda la fuerza que es capaz.

—Voy a hablar mucho, ¿vale? Sé que no es una novedad, pero necesito que no me interrumpas porque si no perderé el hilo, me pondré nerviosa y esto será un desastre, y si realmente es mi última oportunidad quiero aprovecharla. —Espera algún signo de comprensión por mi parte y, cuando por fin asiento, se da permiso a sí misma para coger aire. Emite una inhalación profunda y prolongada, y exhala lentamente antes de seguir—. Como te he dicho antes, he venido a contarte una historia...

»Es la historia de una chica con ciertas tendencias verborreicas e inquietudes artísticas. Una chica que tuvo una infancia feliz, que vivía rodeada de mucha gente que la quería y que la hacía sentirse segura. La chica siempre había tenido facilidad para relacionarse, y cuando se hizo mayor, conoció a algunos chicos. Chicos buenos, que la querían y con los que ella se sentía bien. Ella tenía a quien quería a su lado, pero no siempre quería todo lo que ellos le ofrecían. Si ella los hubiera dejado, habrían puesto el mundo a sus pies. Pero no quería eso. Lo que buscaba... no fue capaz de encontrarlo en ninguno de ellos. Ella esperaba esa sensación sin nombre que nunca llegaba. De plenitud. De conexión. Por más que la buscaba en esos chicos, no la encontraba. Sabía que existía, porque lo había visto. Ella se sentía libre y completa con su familia y sus amigos más cercanos. ¿Por qué no encontraba eso con su pareja? Se suponía que la gente lo tenía, si no, ¿de dónde salían tantas películas, tantas canciones, tantos libros de amor? Por más que quería, por más chicos que la adoraran, ese vínculo no parecía ser para ella, y después de romper algunos corazones, dejó de buscarlo.

A medida que avanza en la historia, su voz se va deshaciendo del tono desenfadado con el que ha empezado a narrar. Ha desaparecido la chispa, la máscara que la mantenía un poco más a salvo. Ahora solo queda ella hablándome a los ojos. Desnudando ante mí su alma. Deseando que esto sea suficiente para alcanzarme.

—Pero un día —sigue diciendo—, un día que no parecía ser diferente a cualquier otro, conoció a alguien. Alguien que la impactó, alguien que le sonreía con sinceridad, que tenía una mirada canalla y con quien saltaron chispas desde el momento cero. —Sonríe despacio—. Empezaron a conocerse. Conectaron. Él la hacía reírse a carcajadas. Hablaban mucho. Disfrutaban mucho también. Él la hacía sentir especial. Pasaron varias semanas juntos. Ella sentía ese golpe en el pecho, las mariposas en el

estómago, la corriente de electricidad que recorría cada centímetro de su piel cuando estaban juntos. —Su voz se va quebrando poco a poco con cada nueva sílaba. Traga saliva, como si no fuera capaz de contener la emoción. La barbilla le tiembla, las manos también, pero aun así saca fuerzas para seguir hablando—. Las semanas siguieron pasando y entonces se dio cuenta. Era aquello, ¿verdad? Eso que se sentía... tenía... tenía un... nombre.

Le falla la voz y sus ojos se llenan de lágrimas. Se vuelve a quedar callada. Cierra los ojos tratando de mantenerlas a raya, pero una escapa lentamente y surca su mejilla. Yo me encuentro paralizado. Nunca la he visto llorar y no estaba preparado para que me afectara de esta manera.

Cuando la veo coger una bocanada de aire para evitar soltar un sollozo, soy incapaz contenerme. Tengo un nudo en el estómago. No solo por verla llorar, sino por la implicación que supone para ella todo este proceso; el contarme su historia.

Me pongo en pie, pero da un paso atrás.

—Olivia...

—No, por favor. Si me tocas no podré seguir.

—No pasa nada. Ven aquí.

—No, Will. En serio. —Abre los ojos y me mira. Brillan demasiado; ella brilla demasiado, a pesar de las lágrimas. Se pasa el dorso de la mano por las mejillas y parpadea. Un gesto sencillo, pero que me hace estremecer. —Dios, no quiero llorar. Voy a estropear la historia.

—Llora si tienes que llorar, Olivia. No pasa nada.

—Es que estoy llegando a la parte complicada. No quiero perder el hilo.

Mientras veo cómo respira hondo, reflexiono acerca de que esto es algo que tiene que hacer. Es su manera de enfrentar lo que siente. Quiere abrirme su interior para que la entienda de verdad. Su pecho sube y baja en un movimiento rítmico. Da igual lo enfadado que haya estado estos últimos días, no puedo quitarle esto. La quiero demasiado como para negárselo.

—Está bien. Sigue. Te escucho.

Se frota la nariz.

—¿Por dónde iba?

—Ella se había dado cuenta de algo.

—Ah, sí... —Deja escapar un suspiro lento y sentido—. Se había dado cuenta de que... se había... se había enamorado. Como una imbécil, además. Quería a ese chico más de lo que era capaz de entender. La hacía feliz. La hacía sentirse... completa. Como siempre había deseado. Pero el chico tenía

dudas y ella lo sabía. Aun así, lo entendía y lo respetaba, porque tenía la tranquilidad de que lo que tenían era cosa de dos. No podía ser ella sola la que estuviera sintiendo todo aquello. Merecía la pena hacerlo bien. Solo necesitaba un poco más de tiempo, pero lo conseguirían, ¿verdad? Algo como aquello solo pasa una vez en la vida. Esa sensación de haber dado con la persona hecha para ti... Nada puede salir mal. O eso creía ella, hasta que él se fue. Él... se fue. Tenía miedo de ella. De lo que estaban construyendo. ¿Por qué tendría miedo exactamente? Ella nunca lo supo y él la dejó, la abandonó y la traicionó. Se fue, sin mirar atrás, y con él se llevó todo lo bueno que habían creado. ¿Tan poco le importaba?, pensaba ella a menudo. Le había enseñado lo maravillosa que puede ser la vida cuando encuentras el amor y después se lo arrebató. Y ella se quedó vacía. Se sintió perdida y más sola de lo que se había sentido nunca. Ahora sabía que tenía la capacidad de enamorarse, pero se dio cuenta de que jamás volvería a hacerlo. Ya solo podría quererlo a él, porque era con él con quien ella se sentía ella de verdad; como se sentía cuando estaba con la gente que considera su gente. —Vuelve a coger aire, despacio—. Pero él se había ido y tenía que afrontarlo, así que decidió reinventarse. Dejó su trabajo. Empezó a hacer cosas nuevas. Volvió a resurgir, aunque justo entonces su madre tuvo un accidente que hizo tambalear de nuevo los cimientos de su vida, porque a veces el destino decide ponerte varias pruebas a la vez para que la lección cale más hondo. Pero también salió de esa y alcanzó una nueva fase en su camino hacia la madurez. Volvió a sentirse bien; a sentirse dueña de ella misma. Hasta que un día... el chico volvió. La desestabilizó de nuevo. Él decía que estaba muy arrepentido de cómo había hecho las cosas. No la había olvidado. Quería recuperarla. Se lo intentó demostrar, pero ella no podía permitirse el lujo de creer en lo que decía. ¿Y si volvía a dárselo todo para después dejarla sin nada?

—Eso no va a pasar —intervengo de pronto, inquieto por el rumbo que ha tomado la historia.

Olivia entrecierra los ojos. La sangre bombea más rápido en mis venas.

—Aún no he acabado.

—Perdona.

Inclina la cabeza y toma una bocanada de aire antes de seguir.

—Él siguió insistiendo y ella lo dejaba, pero no del todo. Era contradictoria con él la mayor parte del tiempo. Pero él seguía a su lado. Peleando cada día más que el anterior. Y cuanto más segura la hacía sentir, paradójicamente más inseguridades albergaba dentro. Era demasiado real

como para ser seguro. Ella quería confiar, pero algo se lo impedía. Quería estar con él, pero le aterraba correr el riesgo. ¿Y si jamás se recuperaba? ¿Y si jamás encontraban la manera? Entonces él se fue a Chile y ella pensó que se moría de la angustia. Lo echaba tanto de menos que se sentía frágil. Tuvo un recordatorio de lo que era vivir sin él y la posibilidad de volver a perderlo y de revivir todo aquello pudo con ella. Por eso cuando él le dijo que la quería y que quería estar con ella para siempre... se asustó. Porque era la puerta hacia esa realidad que ella tanto temía abrazar y volver a perder. —Olivia da un paso al frente, mirándome, y cada una de mis vísceras entra en tensión cuando registro la desesperación que siente por explicarse llegados a este punto. Sus ojos se me clavan para traspasarme todo lo que alberga dentro de su pecho—. Se bloqueó, Will. Se quedó en blanco. Ni las palabras le salían. A él le habían ofrecido un puesto en otro país y quería contar con ella para tomar la decisión de marcharse o quedarse, pero ella lo echó de su lado porque no sabía cómo gestionar la situación. ¿Entiendes lo que quiero decir? —Traga saliva y me mira fijamente, cada vez más cerca. Su voz está cargada de emoción y suena agobiada—. Y ha tardado varios días en entender que lo que tiene que hacer es pedirle que se quede porque ella también quiere iniciar una vida con él. Le ha costado, porque sabe que estar aquí y ahora significa aceptar ese para siempre. Y quiere aceptarlo de verdad. Completamente. Con cada célula de su ser y por eso ha tardado en tomar la decisión, pero lo ha hecho. Ha decidido lo que quiere y ha venido, pero ha llegado, ha visto esas cajas y ahora está acojonada de que sea demasiado tarde. Está a punto de perder la cabeza por si es demasiado tarde. Por favor, Will. Dime que no es demasiado tarde.

—Olivia...

—No te vayas —susurra—. Por favor, no te vayas.

Sin más se pega a mi pecho y se le escapa un sollozo. Se abraza a mí y empieza a llorar mientras la envuelvo con mis brazos. Le beso repetidamente la cabeza, inhalando su esencia hasta sentirme en casa. La abrazo más fuerte y le acaricio el pelo. Ella sigue llorando, gimiendo de pena contra mi camisa. Me desarma por completo verla así, cuando siempre ha aprovechado su luz para mostrarse entera. Hoy está superada. Muerta de miedo.

—Tranquila. Tranquila, estoy aquí.

—No te vayas.

—No.

—No te vayas —repite con un hilo de voz.

—No me voy.

Levanta la vista. Las lágrimas siguen deslizándose por su rostro. Alzo los pulgares y los paseo por sus mejillas para retirar la humedad. Sorbe por la nariz, mirándome con los ojos acuosos y el rostro muy triste.

—¿No te vas?

—No, cariño. Claro que no.

—¿Y esas cajas?

—Han habido algunos cambios en la oficina. Me mudo de despacho —le explico.

Parpadea varias veces seguidas. Parece confusa.

—¿En serio no te vas?

—En serio.

—¿Les has dicho que no?

Sonrío.

—Les he dicho que no.

—¿Por qué?

—Ya te lo dije. Quiero estar en casa. Nueva York es mi casa. Tú eres mi casa.

—Pero...

—Ya sé lo que es vivir fuera por trabajo. Lo probé y fui desgraciado. No es para mí. Es así de simple.

Asiente lentamente y vuelve a abrazarme. Nos abrazamos con mucha fuerza, como si quisiéramos evitar que nada nos separe jamás y permanecemos así un largo rato, de pie junto a los taburetes de mi cocina. Siento el calor de su piel traspasando mi camisa, que ahora está empapada por sus lágrimas.

—¿Y el proyecto? —pregunta al cabo de un rato.

—Estaré involucrado, pero lo gestionaré a distancia. Tendré que viajar de manera puntual, pero nada más. Estaré aquí la mayor parte del tiempo.

Suelto el aire y le propongo que nos desplazemos al sofá. Sé que la conversación que se avecina puede ser larga, y yo necesito estar cómodo y tenerla cerca. Le doy la mano cuando nos sentamos y vuelvo a acariciarle el pelo con la que tengo libre.

—¿Y si no hubiera venido? —pregunta con timidez.

—Parte de mí sabía que acabarías viniendo. Te conozco, Olivia. He estado muy enfadado contigo estos últimos días y confieso que he llegado a dudar acerca de cómo acabaría esto, pero mantenía la esperanza. Era imposible que acabáramos así —digo enredando mis dedos en su pelo—. Pero tienes que

saber que, aunque sabía a qué me exponía el otro día al hablarte tan claro, y aunque parte de mí esperara que actuaras como lo hiciste, me sentí muy decepcionado.

—Lo siento. No tengo excusa. Ya lo sé.

Me paso una mano por el pelo. Pasan unos cuantos segundos en los que en mi salón solo se escucha silencio.

—Entiendes lo que significa estar aquí, ¿verdad?

—Sí —dice mirándome a los ojos.

—Se acabó eso de marcar territorio y de pasearse entre el sí y el no. Esta vez es la definitiva. Es de verdad, no voy a tenerte a medias. ¿Lo tienes claro?

—Lo tengo claro —afirma—. No me voy a escapar.

—Me has hecho daño —le digo, porque siento que a pesar de todo tengo que decírselo.

—Ya lo sé. Tú también a mí.

—También lo sé —admito con resquicios de melancolía—. No va a ser fácil, ¿sabes? Dejar atrás todo el daño que nos hemos hecho, no va a ser fácil. No quiero engañarte. Dar el paso traerá momentos complicados, pero quiero que sepas que para mí vale la pena. —La miro a los ojos—. Confío en ti.

—Yo... yo también confío en ti. Esta es la decisión que he tomado. No soy tan ingenua como para pensar que será un camino de rosas, pero aun así quiero esto. Quiero arriesgarme. Quiero estar contigo.

La observo detenidamente y me apoyo sobre mi mano para poder mirarla de frente antes de besarla por primera vez en tantos días. Es un beso corto, sentido, dulce. Un beso que habla de confianza y de amor. De ella. De mí. De nosotros.

—Está bien.

Se retira un poco y sus ojos sonrían.

—Me gustaría saber por qué estás siempre tan seguro de todo.

—¿Seguro de todo?

—Sí. Por qué sabías que vendría, cómo sabes que voy a quedarme, cómo sabías que acabaríamos juntos. Has seguido luchando cuando te lo he puesto difícil. ¿No te lo tienes demasiado creído?

Suelto una carcajada. Ya está buscando la manera de disipar la tensión.

—Es por ti —reconozco, siguiéndole el juego.

—¿Por mí? No considero que haga nada para hacerte sentir especialmente seguro, sino más bien todo lo contrario... Han sido unos meses complicados.

—Es por lo que me transmites cuando estás conmigo. Me hace ver que

sientes lo mismo que yo. Puedes decirme que quieres espacio, pero puedo sentirte temblar cuando te toco. —Le acaricio el cuello con mi dedo índice y se estremece, dándome la razón—. Como ahora.

Se muerde el labio.

—Vaya.

—Sí, vaya.

—¿Entonces es culpa mía que se hinche tanto tu ego?

Me río.

—Ha sido una de las razones.

—¿Y las otras?

—No concibo que sintiendo lo que sentimos no vayamos a acabar juntos. Jamás he podido aceptar que lo nuestro fuera a acabar como un simple romance de verano, porque siempre supe que era mucho más.

Cierra los ojos un segundo y lucha contra la sonrisa que empieza a extenderse en su rostro.

—Nunca te lo he dicho —dice—. Nunca te lo he dicho con todas las letras, y aun así tú lo sabías.

Sonríó. Está hablando del momento en el que afirmé con rotundidad que nos queríamos mientras discutíamos nuestro futuro.

—Reconozco que ahí me la jugué un poco.

—Te salió bien. Me dejaste sin palabras.

—Mi especialidad.

Nos reímos y Olivia se inclina hasta apoyar la cabeza en mi pecho. La acaricio a través de la ropa y me recreo sintiendo su aliento sobre mi piel.

—Tengo miedo —reconoce pasados unos segundos, volviendo a ponerse seria.

—Lo sé. Yo también.

Se incorpora y me mira preocupada.

—¿Y si un día...?

—No me voy a ir, Olivia. ¿No has entendido ya que no puedo vivir sin ti?

Mueve la cabeza, algo tensa.

—Pero... ¿Pero y si un día se acaba? Quiero decir, si dejas...

—¿De quererte? ¿En serio crees que eso es posible? Ya te lo digo yo: no lo es. Es imposible que deje de estar enamorado de ti. Tú eres parte de mí, eso no se acaba. —Entrelazo mis dedos con los suyos y los beso despacio. Mi mirada baja hasta encontrar la suya—. ¿Se te va a pasar a ti?

Sonríe.

—Si no ha pasado hasta ahora, no pasará jamás.

Yo sonrío también, satisfecho con la respuesta.

—Vale.

—Vale.

Vuelve a acomodarse en mi pecho y deja un beso sobre la tela. Ambos nos perdemos en nuestros pensamientos durante un tiempo. La envuelvo por completo con mis brazos y se aprieta más contra mí. Pasamos un buen rato solo sintiendo al otro respirar y disfrutando del silencio compartido. Cierro los ojos, imaginando la vida que empieza hoy. Imagino lo que será tenerla para mí cada noche, verla crecer cada día, crecer a su lado y hacerla feliz. Imagino lo que será construir una vida con ella, estar en cada momento alegre y en todos los tristes. Compartiendo amigos, recuerdos, familia y creando un hogar. Imagino todo lo que vislumbé en mi interior cuando la conocí, pero que no me atreví a alcanzar. «Estoy en tus manos», le dije la primera tarde que la vi y le pedí ayuda para comprar un regalo a mi madre. No sabía entonces que esas palabras acabarían siendo reales, toda una declaración de intenciones, porque mi corazón ha estado en sus manos desde ese mismo momento.

También imagino lo que será la rutina, pelearme con ella y luchar por reconciliarnos con la promesa de aprender a ser mejores. Imagino lo que será crear una familia. Comprar una casa, tener hijos y que se convierta en mi mujer. Y yo en su marido. Imagino todo lo que vamos a ser y el camino que recorreremos hasta alcanzarlo. Juntos. De la mano. Todo lo que siempre supimos que podríamos llegar a ser ahora por fin es nuestro.

Aún entre mis brazos, Olivia desliza una mano hasta sacar la camisa de dentro de mi pantalón y aventurarse a rozar mi piel. Mis músculos se contraen ante su contacto y sonrío cuando bajo la cabeza para mirarla.

—Tienes que saber que soy una novia exigente —dice con picardía, como si hubiera estado reflexionando sobre el tema los últimos minutos—. Podrías empezar a plantearte llevarme a la cama para ir sumando puntos.

—¿Ah, sí? —Me río—. ¿Exigente? Entonces me da a mí que tendremos que negociar a menudo y todas esas cosas que hacen las parejas.

—¿A menudo? ¿Es que vamos a ser pareja mucho tiempo? —pregunta burlona.

Yo hago un gesto impreciso con la cabeza, sin dejar de sonreír.

—Olivia, si me dejas, voy a quedarme toda la vida a tu lado.

Arruga la nariz en un gesto cariñoso.

—Tal vez tengas que ganártelo —me provoca.

—Tal vez lo consiga.

—Tal vez.

Ambos nos miramos y nos sonreímos de verdad. Con la boca, con los ojos, con todo el cuerpo. Me inclino hacia ella y la beso de nuevo. Esta vez de manera profunda, lenta, decadente, entrando una vez más en su interior.

Cuando por fin me separo, susurro contra su boca:

—Te quiero.

—Yo también te quiero, William.

Aletea sus pestañas, nerviosa y emocionada, y me vuelve a besar. Acto seguido se incorpora y se sienta a horcajadas sobre mí. Entierra las manos en mi pelo, dedicándome la mirada más pícaro de su repertorio. Ella me quiere y quiere jugar. Quiere explorar cómo fluye la complicidad entre dos personas que se aman de verdad y que ya no tienen miedo a decirlo en voz alta.

Tantea mi creciente erección con su cuerpo, sin dejar de bucear en mis ojos, de los que no se puede separar. Este es el final de una etapa, el principio de nuestra nueva vida.

La miro y trago saliva con dificultad antes de hablar.

—Entonces... ¿cuál es el plan?

—No sé. —Se encoge de hombros y me sonrío—. ¿Y si bailamos bajo la lluvia?

Me mira profundamente y siento una inyección de calor en mi pecho por que haya escogido esas palabras.

Sonrío.

—Sí... Bailaremos bajo la lluvia.

Nos damos un abrazo apretado y nos volvemos a besar, sentando las bases de lo que seremos a partir de ahora; iniciando el camino que empezamos a recorrer juntos y que esta vez no tiene fecha de caducidad.

Epílogo

Nueva York, dos años y medio después.

—¿Cómo es posible que aún no tengas preparado nada de la maleta?

Will me observa apoyado en la puerta de la habitación con esa sonrisa ladeada que tanto me gusta. Acaba de llegar a casa. Sí, a casa. Nuestra casa. Hace casi dos años que vine a vivir con él al que fue su piso de soltero para hacer de estas cuatro paredes un hogar para los dos.

Desde mi ubicación, le dedico una mirada prolongada y contengo un suspiro dentro de mi pecho al ver cómo me está mirando. Es increíble; hace cuatro años que lo conozco y el simple aleteo de sus pestañas aún me entrecorta la respiración.

—Déjame pensar... —le contesto fingiendo que reflexiono—. ¿Tal vez porque no tengo ni la más mínima idea de adónde vamos?

Me mira y suelta una carcajada, avanzando un par de pasos más hacia donde estoy. Mi maleta está abierta en el centro del cuarto pequeño, también conocido como mi vestidor. Will se resiste a reconocer que esta habitación es mía por derecho. Mis zapatos y todas mis cosas de trabajo están aquí dentro, pero él es firme defensor de que todo en esta casa es de los dos y que no se valen etiquetas, por mucho que yo haga más uso de esta habitación del que él ha hecho jamás.

Hace cosa de una semana, Will me dijo que me había preparado una sorpresa. Unos meses atrás acordamos reservar diez días de vacaciones para el mes de noviembre. Will me ha estado despistando diciendo de vez en cuando que no quería hacer nada especial durante ese tiempo. «Solo descansar. Solo pelis, cama y tú», decía.

La otra noche, mientras terminábamos de hacer la colada, como quien no quiere la cosa me anunció que había estado preparando un viaje a mis espaldas. Nos íbamos en una semana, pero no me dio ni un solo detalle más.

—Solo puedo decirte que te va a encantar —intentó calmarme, dándome un beso en la sien—. Tú encárgate de hacer la maleta. Lo demás déjame a mí.

Desde entonces, la única información que he podido obtener es que donde vamos hará frío. Menuda pista más inútil. Estamos en noviembre, prácticamente cualquier sitio al que vayamos ahora hará frío, por lo que no puedo hacer deducciones válidas. Y que conste que he utilizado todos los

trucos de mi repertorio para sonsacarle más datos.

—El plan es acabar la maleta grande mañana, que solo quedan tres días — le digo—. He empezado a hacerla esta tarde.

Se acerca un poco más y echa una mirada escéptica al que será mi equipaje.

—¿A esto llamas tú empezada? —Me sonrío y asoma la cabeza dentro—. Solo has metido dos cosas, y las dos son poco funcionales. —Se agacha para sacar algo y me mira—. Dime, ¿cuánto tiempo exactamente crees que durarás con esto encima cuando te lo vea puesto?

Me dedica una mirada bastante sugerente mientras sujeta entre sus provocativos dedos un conjunto de lencería que me compré hace poco y que todavía no he estrenado. Le sonrío y me acerco a él para quitárselo y lanzarlo de nuevo donde estaba. A continuación me pego a su cuerpo y le doy un beso. Un beso al que él responde con bastante lengua y ganas.

—Hola —me susurra, abrazándome al tiempo que acaricia mi nariz con la suya.

Le sonrío y le vuelvo a besar. Ya son casi las nueve de la noche. Demasiadas horas sin verlo.

Me separo de él y a continuación alzo la cabeza para mirarle.

—He tenido una idea.

Will me devuelve la mirada risueño. Me gusta esa manera en la que me mira cuando sospecha que estoy tramando algo. Su boca se esfuerza por no sonreír demasiado, pero sus ojos... Sus ojos son otra historia. Siempre se le iluminan con diversión.

—¿Ah, sí? Sorpréndeme.

—Acepto que quieras darme una sorpresa y todo ese rollo, pero como creo que llevar una maleta en condiciones es importante vayamos donde vayamos, he pensado que puedes decirle a Claire y a Christina nuestro destino para que ellas puedan asesorarme sobre qué cosas meter. —Ladeo la cabeza con esperanza—. ¿Qué te parece?

Will se ríe y al hacerlo su pecho vibra junto a mí. Desplaza sus brazos hacia el final de mi espalda, acariciando esa zona con naturalidad.

—¿Crees que voy a picar? Tardarán menos de dos minutos en decírtelo.

Me pongo seria.

—Si les das un buen motivo para que guarden silencio, te aseguro que lo harán.

Enredo mis dedos en su nuca al tiempo que le dedico mi expresión más

sincera, entre otras cosas, porque no hay engaño en mis palabras. Christina y Claire son dos de las personas más confiables que conozco. Si les decimos con qué reglas inician el juego, las atajarán sin ninguna duda. Se han vuelto un par de ñoñas que harían cualquier cosa por contribuir a una sorpresa de este tipo. Puede que ver lo feliz que ese hombre es capaz de hacerme haya ayudado, o también puede que tenga algo que ver el hecho de que ambas han reevaluado su concepto del amor en los últimos tiempos. Las vidas sentimentales tanto de una como de otra han sido... interesantes.

Pero no seré yo quien desvele ningún dato al respecto. Me matarían si decidiera contar sus historias y quitarles ese privilegio a ellas.

Siento mi silencio, pero soy una amiga muy discreta.

—Me lo pensaré —dice pronto Will, interrumpiendo mis cavilaciones mentales y dándome un pellizco cariñoso en el culo mientras se separa—. Voy a cambiarme y a preparar la cena, ¿vale? No tardes.

Se dirige hacia la puerta y antes de salir al pasillo, se da la vuelta y me dedica esa mirada suya que no ha perdido brillo en todo este tiempo juntos.

Supongo que todo el mundo se estará preguntando qué fue de nosotros cuando por fin nos decidimos a bailar juntos bajo la lluvia. Colarme en su casa con unas llaves que *a priori* había rechazado, para después declararme a través de la historia de mi vida, fue solo el comienzo. Will y yo hemos pasado los dos últimos años y medio tratando de hallar un punto de equilibrio, con vistas a evolucionar por el camino adecuado para una pareja de individuos que se quieren con locura. Pareja de individuos... Menuda incongruencia, ¿no? O al menos eso pensé la primera vez que Will me dio una charla al respecto. La primera de muchas, por cierto.

—No quiero que te pierdas a ti misma en esta relación. Quiero que siempre seas la Olivia que quieras ser —me dijo una noche, paseando tras un concierto en the Bandhsell, en Central Park—. Olivia la que tiene sus propios planes, sus propias ideas y su propio espacio. Yo no quiero absorberte, solo acompañarte. Quiero que nuestros caminos avancen de la mano, pero no quiero que renuncies a hacerte feliz a ti misma. Quiero que compartamos la vida sin olvidarnos de seguir siendo nosotros mismos al cien por cien.

Eso me lo dijo apenas una semana después de empezar la nueva etapa de nuestra relación (la definitiva). Mi querido William se había vuelto muy intenso, practicante de una religión cuya máxima eran la comunicación y la transparencia como modo de vida.

Lo miré mientras caminábamos por el parque, y lo quise un poco más al

vislumbrar los cimientos sobre los que quería que empezáramos a construirnos. Cogí aire y en silencio me abracé a su cintura.

Doy gracias por haber dedicado esos primeros meses a querernos sin reservas y a asentar unas bases sólidas sobre las que alzar el resto de nuestra historia. Con todo lo que habíamos pasado, sin duda iban a hacernos falta.

A finales de junio fue la boda de su hermana. Will propuso que viajáramos unos días antes de la fecha a Providence para que yo conociera al resto de su familia. Dando gracias a la Madre Naturaleza por mis depuradas habilidades sociales, acepté pasar aquellos días previos al gran acontecimiento adentrándome en la familia de Will, en el hogar de su infancia. Me sentí integrada enseguida, envuelta por la calidez que se respiraba en esa casa.

La boda tuvo lugar una preciosa tarde de sábado. Tanto la ceremonia como la recepción se celebraron en una finca situada a las afueras de Chicago. La decoración seguía una línea moderna pero elegante. Luces, flores, carpas blancas, música en directo. Will en traje llevando la corbata que le regalé, yo de su mano. Todo fue perfecto.

Después de la cena, Lizzie y su recién estrenado marido, Jason, abrieron el baile nupcial, animando al resto de invitados a unirse a ellos en la pista.

Will acababa de ir a por dos copas nuevas para los dos, cuando de pronto su madre se situó a mi lado, sonriendo.

—Olivia... —me dijo con un cariño especial impregnando su tono de voz.

—Hola —contesté con una expresión de sobresalto que enseguida transformé en sonrisa—. Enhorabuena por la boda. Está saliendo todo perfecto.

—Gracias, querida. La verdad es que sí. —Me miró de abajo arriba con una expresión radiante pero serena, que transmitía calidez—. Sé que está mal que diga esto, puesto que soy la madre de la novia, pero lo cierto es que tú hoy brillas de una manera especial. Estás realmente preciosa.

Le sonreí y le di las gracias, observando con disimulo la falda de mi vestido color champán. Había ido a comprarlo con Claire hacía apenas dos semanas y todavía no me creía el buen resultado obtenido. Alcé la vista de nuevo y quedé atrapada en la mirada azul de la madre de Will, que permanecía fija en mi rostro.

—Quiero pensar que Will tiene algo que ver en eso —siguió diciendo con las cejas en alto y expresión traviesa.

Acaricié inconscientemente el reloj que me regaló hacía ya seis meses y sonreí para mí. Desde que Will y yo estábamos juntos de verdad, me sentía

flotando a todas horas en una especie de nube. Había pasado poco más de un mes y la vida era maravillosa. Lo busqué con la mirada hasta localizarlo situado en el otro extremo de la carpa, donde ahora charlaba animadamente con su padre. Volví a sonreír como la tonta enamorada que era.

—Sí —admití—. Definitivamente tiene algo que ver.

Beth cambió su bolso de mano y estiró una de sus manos con una impecable manicura francesa, hasta colocarla dulcemente sobre mi brazo.

—Me gustaría darte las gracias, Olivia.

Mis pestañas revolotearon en respuesta a sus palabras.

—¿Las gracias? ¿A mí?

—Sí. Por abrirle las puertas de tu vida a mi hijo.

Mi corazón dio un salto dentro del pecho y la observé en silencio mientras seguía hablando.

—Sé que a veces tiene un carácter un tanto atormentado y que se encierra en sí mismo, pero incluso con eso merece la pena. Tiene muy buenos sentimientos. Siempre es honesto y consecuente con lo que siente en el momento, y cuando quiere, quiere de verdad. —Hizo una pausa en la que sentí su mirada atravesando cada capa que protegía mi interior—. Y a ti te quiere de verdad, Olivia.

Tragué saliva con dificultad y sentí una congregación de burbujitas agitándose en mi vientre. Fue todo un milagro que me salieran las palabras.

—Sí. Lo sé.

Me quedé callada, mirándolo a lo lejos de nuevo. Me sentía cohibida revelándole a su madre cuánto quería yo a Will, sobre todo teniendo en cuenta que aún no me sentía cómoda del todo diciéndoselo a él.

—Cuidarás de él, ¿verdad? —se animó a preguntar.

Cuando me volví hacia ella, Beth me estaba mirando fijamente, con ojos amables pero serios. Estudiándome. Analizándome. Tratando de adivinar el tipo de persona que era yo debajo de mi chisporroteante fachada.

Sentí un relámpago extendiéndose por mi pecho al detectar la preocupación y el amor maternal en esa simple pregunta. Recordé las contadas conversaciones que habíamos mantenido Will y yo acerca de la relación con su madre, y supe identificar en sus palabras la necesidad que tenía de proteger a su hijo en su faceta más íntima.

Me armé de valor y sonreí dulcemente para tranquilizarla.

—Cada día de mi vida —declaré.

Beth dejó escapar el aire con alivio, haciendo que sonara como una

melodía que buscaba hacer de ese instante un momento especial.

—Me alegra oír eso, querida Olivia. Ahí está el truco.

Compartimos una mirada cómplice y, como si lo tuviéramos pactado, las dos nos giramos para enganchar en nuestro campo de visión la imagen de Will compartiendo un rato a solas con su padre. Los dos firmes, en calma, tan dueños de ellos mismos. Me habría gustado poder sacar el móvil para capturar ese instante que me despertaba sensaciones tan bonitas, pero no quise estropear el momento que compartía con Beth.

—Es igual que su padre... —murmuró con su voz destilando melancolía en cada sílaba. La miré disimuladamente y algo me dolió en el pecho al ver cómo aún miraba al padre de sus hijos. Sentí tristeza por su amor perdido. Beth respiró hondo, y enseguida se encargó de distender el ambiente—: Desde luego, los hombres Hannigan saben llevar traje.

Las dos soltamos una risita y pocos segundos después Will y su padre se acercaron a nosotras.

—He venido a rescatarte —me dijo Will pasándome una copa de champán y dejando un beso distraído en mi sien.

Su madre sonrió y su padre hizo lo propio, observando disimuladamente a su exmujer. Mientras daba un trago a mi copa, me fijé en que él también la miraba como se miran las cosas que en su día aprendimos a dejar marchar.

—Ni que la estuviera torturando —se defendió Beth.

—Por si acaso. Mejor no correr el riesgo y que la espantes.

—No la voy a espantar —contestó burlona—. Algo me dice que Olivia es de las que se quedan.

Will entrecerró los ojos y dibujó una sonrisa despistada, como si intentase adivinar qué tipo de conversación habíamos estado manteniendo. Nos terminamos nuestras copas y pocos segundos después, con un gesto muy típico de él, me tendió la mano y me pidió que lo acompañara a la pista de baile.

Allí, en el mismo centro, me rodeó con sus brazos y se pegó a mi cuerpo tanto como pudo, provocándome con su cercanía y con el olor que emanaba de su cuello. De fondo sonaba la melodía de un saxofón que nos envolvía a todos los presentes.

—Sé que no es justo para mi hermana, pero estoy deseando irme de aquí. Solo pienso en quitarte ese vestido.

Me apreté más a él y reí contra su pecho.

—¿Quitármelo? ¿No prefieres que me lo deje puesto? Porque yo lo único que quiero ahora mismo es tenerte entre mis piernas mientras aún llevas ese

traje.

Soltó un bufido contra mi oído que electrizó el vello que cubría cada centímetro de mi piel.

—Joder... No digas esas cosas. Los dos días durmiendo bajo el techo de mi padre me están pasando factura. Estoy loco por tener un espacio donde pueda hacerte gritar durante horas.

Sus palabras hicieron que se me incendiara la sangre.

—Pues estás de suerte, hoy tendremos una habitación de hotel en la que podremos hacer todo el ruido que queramos. He oído que tienen jacuzzi...

Lo sentí tensarse contra mi cuerpo mientras me besaba cariñosamente debajo de la oreja.

Permanecimos un buen rato moviéndonos por la pista de baile con la música a nuestro alrededor, como si en realidad no bailásemos y solo estuviéramos flotando agarrados juntos en aquel espacio. Creo que con nuestra manera tan íntima de bailar íbamos atrayendo las miradas de algunos asistentes. Pero me daba igual. Solo quería seguir sepultada entre sus brazos, sintiéndome en casa.

—Parece que han encontrado algo de que hablar —dijo Will de repente refiriéndose a sus padres, que nos miraban con interés uno al lado del otro.

Los vi hablar con una mezcla de melancolía y complicidad, probablemente comentando lo feliz que parecía su hijo pequeño ese día. Los saludé tímidamente y sentí cómo Will se enfriaba contra mi piel. La nostalgia tiñó sus facciones al observar a sus padres interactuar el uno con el otro, y su corazón empezó a bombear a una velocidad diferente.

Lo miré y entendí al instante cómo se sentía. A mí también me daba pena percibir el aura que aún los unía, a pesar de los años que habían pasado y de que ambos hubieran acudido al enlace de su hija acompañados por otras personas.

Will continuaba en silencio, y quise hacerle ver que entendía dónde nacían sus miedos más profundos. Quería que tuviera la tranquilidad de que siempre lucharía a su lado para que no se cumplieran.

—Will, nosotros no somos como ellos —susurré, alzando la cara para mirarlo a los ojos—. Lo sabes, ¿no?

Desplazó su mirada hacia mí de nuevo y suspiró.

—Eso espero.

—No lo somos —le aseguré de nuevo, con voz firme—. Yo jamás dejaré de buscarte.

Will se me quedó mirando un largo rato, con el amor brillando en aquellos iris color azul que contenían la tormenta. Sentí su piel a través del traje procurándome esa calma que siempre me hace sentir tan en mi sitio. Es extraño cómo compartir intimidad con él me hace sentir tan en sintonía conmigo misma, consciente de cada sensación que recorre mi cuerpo y de cada pensamiento que toma forma en mi cabeza.

Will expulsó el aire y lentamente volvió a relajarse.

—Te quiero tanto... —susurró, abrazándome más fuerte hasta confundir su aliento con el aire que yo respiraba. Con sus manos rozando mi piel, volví a sentir que volábamos—. Nunca te dejaré marchar.

Apenas una semana después de la boda, Will tuvo su primer viaje a Santiago. El planteamiento del proyecto exigía su presencia allí solo de vez en cuando, pero la primera vez que se fue me costó demasiado despedirme de él en el aeropuerto.

Durante los meses de julio y agosto Will viajó con bastante más frecuencia de la que esperábamos en un principio, y cuando estaba en Nueva York, las exigencias de trabajo por parte de los dos nos llevaban de cabeza la mayor parte del tiempo.

El verano, en general, trajo un ritmo de locura. Vivíamos prácticamente entre su piso y el mío, pero había días en los que directamente no nos veíamos si acabábamos muy tarde de trabajar. Íbamos de un lado a otro sumidos en el caos.

En esa época tuvimos varios roces; por tonterías relacionadas con la logística doméstica, repartida entre su casa y la mía, o por temas mucho más profundos que traíamos de atrás, enmascarados de banalidades.

Will y yo estábamos bien y teníamos las cosas claras, pero todas las heridas que nos habíamos hecho seguían inevitablemente abiertas, y supuraban de vez en cuando. A veces, que yo no quisiera cruzar la ciudad a las once de la noche un día entre semana para ir a su casa podía recordar a Will esa necesidad mía de marcar distancia que yo había impreso desde su vuelta de Hong Kong. O el hecho de que no me ofreciera acompañarlo a Santiago en alguno de esos viajes, en ocasiones yo podía identificarlo con esa época en la que él me mantenía al margen de algunas facetas de su vida para protegerse.

Todas estas elucubraciones mentales eran absurdas, claro. Y hablándolas como adultos se habrían solucionado enseguida. Pero a veces, para dos personas que comparten vida con alguien por primera vez, como era nuestro

caso, resultaba más fácil discutir por esas inseguridades encubiertas que plantarles cara de otra manera.

Fuimos descubriendo que por mucho que se quiera, compartir tu vida con alguien resulta complicado, sobre todo al principio. Hay muchos espacios a los que dar nombre y muchas discusiones que son necesarias para limar diferencias. Hay que ceder mucho y hacerse valer mucho más aún. Es complicado. Confuso. Gratificante. Frustrante, a veces. Una coctelera llena de emociones, porque querer tanto a alguien es difícil y da miedo; especialmente cuando ya ha salido mal una vez.

Después de unas semanas moviditas, a mediados de agosto conseguimos unos días para salir de la ciudad. Decidimos viajar a Miami para estar un par de días en casa de Aiden y después pasamos unos días recorriendo los Cayos de Florida. Fue uno de los viajes más alucinantes de mi vida. Nos hospedamos en un resort de ensueño en Cayo Hueso, en el que tomamos mucho el sol y nos quisimos noche y día. Fue divertido, íntimo, balsámico. Fuimos nosotros una vez más.

La última noche que pasamos en aquel hotel antes de volver a Nueva York, una idea a la que llevaba días dando vueltas no me dejó dormir. Me moví una y otra vez sobre las sábanas de seda egipcia que cubrían la cama y acaricié las mejillas de Will hasta que se movió en sueños.

—¿Estás despierto? —pregunté en un susurro.

Chasqueó la lengua y empezó a abrir los ojos.

—Ahora sí. —Miró el reloj y su expresión se alarmó. Eran las cuatro de la madrugada—. ¿Pasa algo? ¿Estás bien?

—Sí, sí. Estoy bien —le tranquilicé con una sonrisa—. ¿Puedo decirte algo?

—¿Me despiertas y ahora necesitas mi permiso? —preguntó con una nota de exhausta diversión en su voz.

—Es importante.

—Está bien. Vale. ¿Qué pasa?

Cogí aire y lo solté.

—Te quiero.

Will abrió los ojos de golpe, mientras asimilaba lo que había dicho. Su expresión, lentamente, se fue dulcificando.

—Te quiero mucho, y siento no decírtelo más a menudo.

Después de esas primeras discusiones como pareja, el miedo a que no tuviera lo suficientemente claro lo mucho que lo quería me atenazaba las

entrañas. Poco a poco estaba aprendiendo a ser más abierta con mis sentimientos, pero ponerles palabras aún me costaba.

—No pasa nada porque no lo digas, cariño —dijo en un susurro que sonó sincero—. Sé que me quieres.

Suspiré, pasándome una mano por el pelo, y volví a mirarlo sintiendo cómo su voz se deslizaba por mi cuerpo, calentando mi interior.

—Ya, pero tú lo dices todos los días.

Will me observó durante varios segundos, hasta que una sonrisa preciosa se fue dibujando en su boca.

—Lo digo porque lo necesito, Olivia. No para demostrar nada. Decirte que te quiero para mí se ha convertido en una vía para canalizar la intensidad de ese sentimiento. —Suspiró, dejando escapar el aire de manera significativa—. A veces siento que te quiero tanto que no me cabe dentro del pecho, y por eso necesito sacarlo. No quiere decir que te quiera más porque lo diga, solo es mi manera de gestionarlo.

Me quedé como una idiota, mirándolo a través de la luz que entraba tamizada por las cortinas de la habitación. Mi corazón dio un vuelco en mi caja torácica. La sangre me hirvió en las venas y el estómago se me contrajo de la emoción. Me abracé a él.

—No sabes cuánto te quiero —le dije, dirigiendo las palabras al centro de su pecho.

—Sí lo sé. Ven. Duerme conmigo.

Me apretó contra su cuerpo y me dejé llevar por esa sensación de placidez que solo sientes al estar en casa.

Tres días después de nuestra llegada a Nueva York, Will volvió a marcharse a Santiago de Chile. Esa vez estuvo fuera siete días enteros. Siete días que se me hicieron eternos, especialmente después de nuestras vacaciones idílicas.

Fueron días largos y complicados, en los que ambos estuvimos de mal humor. Fue un infierno. La tormenta después de la calma.

Fui a recogerlo al aeropuerto cuando llegó tras una semana sin vernos. Cogimos un taxi y nada más poner un pie en su casa, tuvimos la discusión más seria que habíamos tenido desde que estábamos oficialmente juntos.

La causa fueron malentendidos sin importancia exacerbados por la tensión de los últimos días y la angustia por la separación, que no sabíamos cómo gestionarla.

—¡Intentas controlarme para que esté siempre aquí! —le grité fuera de mí.

—¡¿Controlarte yo?! ¡¿Pero estás loca?! ¡Yo nunca he querido controlarte! ¡Lo único que quiero es hacer nuestra vida fácil! ¡Llevo una semana sin verte y ya estamos discutiendo por lo de siempre!

Discutíamos porque eran más de las once de la noche, acabábamos de llegar a su casa y yo acababa de recordar que me había dejado las pastillas anticonceptivas en un bolso que no llevaba conmigo. Evidentemente, tenía que volver a mi casa a por ellas. Habíamos comentado varias opciones para solucionarlo (irnos a mi casa los dos, comprar unas nuevas, quedar directamente al día siguiente) y una cosa había llevado a la otra y habíamos acabado discutiendo a gritos en su salón.

—Pues es lo que hay. ¡Lo que hay! Siento que se me hayan olvidado, pero tengo que ir a mi casa. Te he dicho que vengas conmigo. ¡¿Qué problema hay?!

—El problema es que estoy harto de estar siempre perdiendo tiempo de una casa a otra. ¡¿No ves que es absurdo?!

—¡¿Y qué solución propones?!

Tragó saliva y casi con rabia escupió:

—Que te vengas a vivir conmigo.

Me quedé callada y confundida, lanzando chispas por los ojos de la adrenalina que corría por mis venas, fruto de la discusión.

—¿Pero tú estás loco? ¡¿Estás loco?! —bramé.

Cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz, con gesto contrariado.

—Joder, lo sabía. Sabía que te pondrías así. ¡Lo sabía! ¿Cuál es el problema exactamente?

Lo miré sin dar crédito. ¿Pero cómo estaba diciéndome eso? ¿De verdad pensaba que irnos a vivir juntos, a esas alturas, era un opción? ¿Realmente se había vuelto loco?

—¿El problema? ¡¿El problema?! —chillé—. Que solo llevamos tres meses intentando hacerlo funcionar.

La ira ardió en sus pupilas y le llegó a la voz.

—¡¿Intentando?! ¿Es que tienes dudas de que vayamos a salir adelante? ¿Ya estás otra vez marcando territorio?

Sentí como si sus palabras fueran un cubo de agua helada recorriendo sin previo aviso mi espina dorsal. ¿A qué venía eso ahora? ¿Tan poca fe me tenía? ¿Tan inseguro estaba que me atacaba de esa manera? Ambos sabíamos que después de todo lo que habíamos pasado, decirme algo así era arremeter contra mí de manera mezquina. Era un golpe bajo. Era... sucio.

—Me voy —anuncié sin más, recuperando el control de mi tono de voz.

—¿Que qué?

—Que me voy. No estoy de humor para aguantar tonterías ni para lidiar con tus inseguridades. —Cogí mi bolso y abrí la puerta—. Mañana hablamos.

Ni que decir tiene que aquella noche no pude dormir. ¿Por qué se estaba volviendo tan difícil dibujar nuestro camino? ¿Por qué discutíamos por cosas que deberían ser simples? Maldito Hollywood. ¿Por qué nadie nos cuenta lo que ocurre después de que aparezcan las palabras «Fin»? No es tan sencillo configurar patrones hasta dar con aquellos que hacen funcionar a una pareja; hallar un punto de equilibrio, hacerlo fácil, quererse bien. Y mucho menos si se trata de una historia que a ratos había sido tortuosa, como la nuestra.

Will y yo nos queríamos. Queríamos hacerlo funcionar con todas nuestras fuerzas, pero seguíamos teniendo miedos no superados. ¿Era cuestión de tiempo? ¿De intentarlo con más ganas? ¿De dejarlo fluir?

Después de dar millones de vueltas en la cama, y sin importarme la hora que era, cogí mis cosas, me puse cualquier cosa encima y bajé al metro.

Cuando metí mi llave en la cerradura de Will, el hecho de que no hubiera pasado todos los pestillos me tranquilizó un poco. Pude abrir sin problema, así que entré y dejé el bolso y las llaves en la encimera, tratando de hacer el menor ruido posible.

A continuación me quité las sandalias, crucé de puntillas el pasillo y me metí en la cama, abrazándome a Will como si me fuera la vida en ello.

Emitió un ronroneo cansado y abrió los ojos de golpe, que me miraron con intensidad a través de la penumbra que llenaba la habitación.

—Gracias a Dios que estás aquí —susurró envolviéndome con sus cálidos brazos y pegándome a su pecho.

—A Dios y al transporte público de la ciudad de Nueva York.

Bostezó y se frotó los ojos.

—¿Qué hora es? —Se inclinó hacia la mesita de noche y miró la hora en su móvil—. Vaya. Solo he dormido tres horas.

—Ya es más de lo que he dormido yo.

Aunque estábamos en verano, extendió la sábana sobre nosotros para que pudiéramos acurrucarnos bajo el tejido blanco. Siguió respirando a un ritmo pausado y sostuvo un mechón de mi pelo entre sus dedos, sin dejar de estudiar mi expresión.

—Siento haberme ido —le dije en voz bajita.

Tragó saliva.

—No vuelvas a hacerlo.

—Estaba muy cabreada.

—Ya lo sé, yo también, pero no puedes irte cuando estamos metidos de lleno en una pelea. Que te vayas nos hace sentir peor a los dos.

—Tienes razón. No volveré a hacerlo. Lo siento. Cuando llegué a mi casa me sentía tan mal por haberme ido que ni siquiera recordaba por qué discutíamos.

Cerró los ojos.

—Discutíamos porque te pedí entre gritos que te vinieras a vivir conmigo.

Nos quedamos mirándonos durante un largo rato, envueltos en un silencio que nos invitaba a estar más cerca. Cada vez procedían más sonidos del exterior y el sol brillaba un poco más fuerte dentro de la habitación. Apenas eran las ocho de la mañana y allí solo estábamos nosotros. Él y yo, queriéndonos, comprendiéndonos, respirando en el otro.

—Sé que no era el momento ni el lugar, pero lo decía en serio. Quiero vivir contigo —se animó a decir.

Mi corazón empezó a latir con más fuerza, retumbando en mis costillas.

—Yo también quiero vivir contigo, Will, pero no ahora. No es nuestro momento.

—Pero sería todo mucho más fácil. Estamos discutiendo mucho últimamente —y en su tono de voz pude ver lo preocupado que estaba.

Respiré hondo y clavé mis ojos en las brillantes gotas negras que eran sus pupilas.

—Discutir es normal, Will. Estamos aprendiendo el funcionamiento de esto. Controlar de manera sana lo que sentimos ya es complicado en una pareja normal, nosotros además llevamos el peso del principio de nuestra historia. Sabíamos que no sería fácil. Nos hicimos daño y aunque ahora estemos juntos, aún tenemos que ir superando todo aquello poco a poco.

Le acaricié el pelo. Las preguntas, las dudas, las ausencias. Habían sido elementos presentes en nuestra relación durante demasiado tiempo como para que no hubieran dejado huella en nosotros. Era imposible olvidarlo y deshacernos de ello, por lo que debíamos masticarlo, digerirlo y darle una forma nueva. Aceptarlo como parte de nosotros para que no siguiera doliendo en nuestra piel. Era un proceso que llevaría tiempo, pero que nos haría más fuertes.

—Quiero que cuando decidamos vivir juntos sea porque es el paso que nos toca —continué diciendo, sin dejar de acariciarlo—. Algo que decidamos

hacer simplemente porque lo elegimos. No quiero que sea la solución a un problema, ¿entiendes? Nos estaríamos equivocando en el planteamiento.

Sus ojos, enmarcados por esas gruesas pestañas que tanto me gustaban, ahondaron un poquito más en mi interior. La chispa de una sonrisa bonita y sincera prendió en la comisura de su boca, y su expresión se tornó más relajada.

—¿Desde cuándo eres tan sabia?

Le sonreí, sintiendo cómo se aceleraba mi respiración.

—Desde que decidí iniciar un proyecto en común con el amor de mi vida.

Me miró fijamente, con el brillo de su mirada preparado para arrastrarme con él a las profundidades de su alma. Mis palabras habían penetrado su interior de una manera que no se esperaba.

—¿Soy el amor de tu vida? —preguntó, con un nudo de emoción bloqueando su garganta.

—No tengo ninguna duda.

Le sonreí y él cogió aire hasta llenarse los pulmones de la magia que se respiraba siempre entre los dos.

—Tu también eres el amor de mi vida. De esta, y de todas las vidas que pueda llegar a vivir.

Con el paso de los meses las piezas fueron colocándose lentamente en su lugar. Las conversaciones, los «te quiero», los «ya no puedo vivir sin ti». Los viajes a Santiago, compartir tiempo con nuestros amigos y entender que a veces preferimos tener nuestro propio espacio. Will adoraba a mis amigos tanto como ellos a él, pero entendía perfectamente que había momentos en los que él no pintaba nada en los Consejos de Sabios.

Aprendimos a escuchar las necesidades silenciosas del otro y a respetar los silencios necesarios. Salir, entrar, dialogar, cuidar, apoyar, acompañar, entender, cumplir, amar, entregar, recibir. Verbos que parecen simples acciones que llevar a cabo, pero que son la clave de la funcionalidad si se extrapolan a una relación.

Will y yo hemos recorrido un largo camino y seguimos en ello, escalando peldaños de una escalera que bien podría no terminarse nunca, pero que no por ello hace que perdamos la ilusión de seguir ascendiendo.

Él es suyo y yo soy mía; somos uno, sabiendo ser dos. Ese es el secreto. Es mi compañero, mi amante, mi amigo, mi pareja, mi lugar seguro. Mi casa. Mi William. Y yo su Olivia.

Desde el primer año, decidimos que pasaríamos las fiestas juntos. Era algo que yo no había llegado a plantearme todavía, pero el enfoque que le dio Will al proponérmelo una mañana cualquiera llevaba implícito un mensaje que me enamoró de él un poco más.

—No estás obligada, pero me gustaría que pasaras Acción de Gracias conmigo. Quiero que te sientas parte de mi familia. Quiero que formes parte de mis recuerdos.

Recuerdo que lo miré sorprendida cuando dijo aquello. No porque Will no acostumbrara a poner palabras a aquello que sentía, sino porque me di cuenta de lo implicados que estábamos con nuestra relación. Ya no éramos solo nosotros, sino nosotros y nuestras circunstancias. Nuestra gente. Yo también quería que formara parte de mi familia y de mis recuerdos. Quería su presencia en aquellas parcelas de mi vida que no había tocado demasiado todavía.

Lo miré mientras desayunábamos los dos en The New y llegamos a un acuerdo: Acción de Gracias sería tradición Hannigan, y las navidades, que coincidían con mi cumpleaños, serían en territorio Gallagher.

Las primeras navidades que Will pasó en mi casa fueron especiales, aunque al principio pintaran algo turbulentas. Llegamos a Nueva Jersey la mañana de mi cumpleaños y antes de llegar a casa de mis padres, hicimos una parada en el Café Elysian, donde habíamos desayunado el mismo día el año anterior.

Así empezamos a tejer el telar de nuestras propias tradiciones y recuerdos y aprovechamos los últimos momentos que teníamos para estar solos hablando frente a una taza de chocolate caliente de los últimos cambios en nuestra vida.

La segunda semana del mes de diciembre Will había dejado su trabajo. La culminación del proyecto principal que estaban llevando a cabo en Chile trajo una nueva serie de situaciones tensas, que por aquel entonces ya eran demasiado habituales en el día a día. Después de meses y meses aguantando las consecuencias de haber rechazado la dirección de Santiago, Will decidió poner fin a su relación laboral con la empresa a la que había dedicado cinco años de su vida.

Aunque parte de él sentía que había fracasado, una parte aún mayor se sentía aliviada de haberse desecho del peso en el que se habían convertido sus deudas morales con aquel lugar.

—En el fondo no me importa tanto, ¿sabes? Me vendrá bien una temporada

tranquila en la que volver a plantearme mi carrera profesional. Descubrir qué quiero hacer ahora, si quiero tomar algún desvío... Sigo siendo joven y cuento con la experiencia suficiente para poder permitirme el lujo de segmentar las ofertas a las que optar. —Me acarició el pelo con dulzura y me habló directamente a los ojos, a través de los sonidos que llenaban la cafetería. Percibí que tenía algo importante que añadir—: Solo lo siento por una cosa.

—¿Qué cosa?

—Había pensado pedirte que vinieras a vivir conmigo después de las fiestas. —Sonrió con cierto aire apenado y yo contuve la respiración—. No quiero que te asustes, es solo... Me gusta el punto en el que estamos ahora. Creo que hemos avanzado mucho en los últimos meses. Dormimos juntos prácticamente cada noche y... Es lo que siento que nos toca. Quiero tus cosas y mis cosas bajo el mismo techo. Que tu cama sea la mía y llamar a mi piso nuestro hogar. Quiero compartir gastos, problemas domésticos, ver cómo te arreglas para salir a la calle, queelijamos qué vamos a cenar, saber que despertaré a tu lado cada mañana durante el resto de mi vida, hacer planes, invitar a gente a nuestra casa y que luego se vayan y volvamos a ser solo los dos... Quiero que compartamos la vida al completo.

Sentí una emoción candente trepando por mi laringe, haciendo bailar cada vértebra de mi columna, traspasando cada capilar de mi organismo. Miré en sus preciosos ojos y por un instante temí echarme a llorar. Maldita Navidad, qué tonta me ponía.

Me aclaré la garganta y sin más pregunté:

—¿Y por qué que hayas dejado tu trabajo te ha hecho cambiar de opinión?
Arrugó las cejas.

—No, no me ha hecho cambiar de opinión. Sigo queriendo todo eso, no ha cambiado nada. Pero sé que igual tú ahora piensas que no es un buen momento. —Suspiró, algo tenso—. Es una nueva época de cambios, y a lo mejor crees que...

—Quiero vivir contigo —le corté, a lo que él respondió con una mueca despistada.

—¿Quieres vivir conmigo?

—Quiero vivir contigo.

—¿Cuándo?

—No sé. ¿Ya? Es decir, ¿cuando volvamos a casa? ¿Cuándo acaben las fiestas? Quiero todo lo que acabas de decir, y cuanto antes empiece... Antes podremos disfrutarlo. Creo que tienes razón: ya ha llegado nuestro momento.

Moví los dedos de pies y manos, bastante inquieta, hasta que Will compuso una sonrisa preciosa y se acercó a mi boca. Me besó una y otra vez. Con lengua, sin lengua, acariciándome, reclamando mi interior como suyo. Estaba contento con mi respuesta, parece ser.

Después deslizó el dorso de su mano por mi cuello, acarició mi mejilla con la barba que cubría la suya y susurró en mi oído:

—Nada en este mundo me hace tan feliz como tú.

Adoré cada minuto de esas navidades. Cada regalo, cada sonrisa de mis seres queridos, cada beso desesperado a Will a escondidas de mis padres y del resto de espectadores que nos habían salido.

Adoré la fiesta de cumpleaños, Will charlando con Aiden y George como viejos amigos, mis amigos metiéndose conmigo, diciéndome a cada rato que tenía cara de colocada, mis padres diciendo que Will les gustaba porque se notaba que me hacía feliz y mi tía Grace diciendo estupideces en bucle.

—Dinos, Will, ¿es cierto que en Corea el arroz se come con palillos?

—No lo sé —contestó él con una sonrisa canalla—. No he estado en Corea.

—Hong Kong, tía Grace. Es China, no Corea. Te lo he dicho un montón de veces.

Mi tía hizo un gesto impreciso, como si mis comentarios no mereciesen ser tenidos en cuenta. Volvió a mirar Will con una sonrisita descarada. El muy maldito la tenía en el bote.

—Cuando me hablabas de Will, lo único que escuchaba era lo que decías de su culito respingón, lo demás lo he ido olvidando.

Will soltó una carcajada y envolvió mis hombros con un brazo. Yo me reí también y mi tía sonrió, alegrándose de vernos así a los dos juntos.

En resumidas cuentas, todo fue perfecto. El árbol de Navidad, la tarta, las luces, la música navideña de ayer y de hoy. Mi círculo al completo. Mi familia. Mis amigos. Will. Will, que me dedicaba miradas cómplices cuando estaba en la otra esquina de la habitación. Will, que me sonreía con complicidad entre la gente cuando hablaba sin parar o me reía a carcajadas. Will, que disfrutaba viéndome feliz. Will, con el que iba a irme a vivir en apenas unos días, aunque aún no se lo hubiéramos dicho a nadie. Will, que me buscaba y venía a mi lado para susurrarme al oído palabras de amor. O para decirme que quería tenerme ya a solas para arrancarme la ropa. Will, dejándome espacio para cometer mis propios errores, esperándome siempre al

otro lado de cualquier nuevo reto.

Mi amor y mi compañero de vida, de ahí en adelante y para siempre.
Will y yo, en absoluto.

Hoy, 4 de noviembre de 2017.

Han pasado más de cuatro años desde que se inició esta historia, un 8 de julio de 2013. Cuatro años de vivir la vida de la manera más intensa que hemos sabido.

Hemos aprendido, perdido, crecido y recuperado. Hemos amado por encima de lo que jamás hubiéramos esperado, más que nunca en nuestras vidas. Nos hemos reinventado y nos hemos dejado la piel en ser mejor para el otro cada día.

De camino al aeropuerto vamos cogidos de la mano, con mi cabeza apoyada en su hombro, dando mil vueltas por última vez a absurdas teorías que me permitan adivinar el sitio al que iremos de viaje.

A mi lado, Will ha dicho ya unas quinientas veces lo feliz que está por poder llevar vaqueros. En su día a día como consultor está obligado a llevar traje, cosa que a mí me alegra enormemente porque le quedan demasiado bien como para ser legal.

Un par de meses después de haber dejado el que fue su trabajo, Will encontró un nuevo puesto en una consultora de proyectos con mucho potencial en Nueva York. Empezó con un perfil y sueldo bastante inferiores a lo que estaba acostumbrado, pero en apenas seis meses demostró su valía y su caché dentro de la empresa empezó a subir como la espuma.

Ha vuelto a ilusionarse con su trabajo y vive cada nuevo proyecto con la pasión que tanto me cautivó de él desde el primer momento. Y yo estoy muy orgullosa de él.

Al llegar al aeropuerto salimos del taxi y ponemos nuestras maletas en un carro. En la terminal nos mezclamos con la gente que va dando vueltas por allí, que tienen el mismo aspecto de turistas que debemos de tener nosotros. Con cara de concentración, Will se pone a consultar las pantallas para saber en qué mostrador debemos facturar.

Observo cómo mira compulsivamente su reloj, hasta que mi paciencia se estrella contra la incertidumbre.

—¡Will! ¿Quieres decirme de una vez adónde vamos? ¡Ya no tiene sentido que sigas ocultándolo!

Will me ignora y echa un vistazo a los carteles que anuncian los

mostradores de cada compañía.

—Ven, por aquí. —Me sonrío enigmáticamente y se limita a agarrarme la mano mientras sigue caminando, empujando el carro cuyas ruedas arrancan sonidos al suelo según avanzamos.

Cuando llegamos al puesto de la aerolínea en cuestión, me quedo mirando con cara de tonta el destino que anuncia.

—¿Nos vamos a Buenos Aires? —pregunto arqueando las cejas.

No es que me decepcione la idea, Argentina está en el top de lugares que siempre he querido visitar, pero no entiendo entonces a qué ha venido tanto secretismo respecto al tema. Miro a Will, que sonrío como un niño ante una montaña de regalos. Estoy confusa.

—Buenos Aires es donde hacemos escala. Nuestro destino final es el Calafate.

Mi corazón empieza a bombear con más fuerza por todo mi torrente sanguíneo. Se me seca la boca.

—¿El Calafate?

Tardo unos segundos en procesarlo.

—El Calafate —repite.

—¿El Calafate? ¡El Calafate! ¡El Calafate!

Suelto un gritito de emoción, conteniéndome para no dar saltos de alegría. Me engancha como un mono al cuello de Will y vuelto a gritar. Dios santo. Nos vamos a ver los glaciares, uno de los sueños de mi vida. Lo abrazo con más fuerza, pegándolo a mi cuerpo más de lo que deben pegarse dos personas en público en horario infantil. Amo a este hombre hasta la extenuación. Siento decenas de ojos pegadas a mi nuca, pero no me importa lo más mínimo. Me voy a ver los glaciares con Will.

Su mirada arde de alegría por mi reacción. Suelta una carcajada y me abraza muy fuerte.

—Si vieras cómo te brillan los ojos en este momento, entenderías por qué he tardado tanto en decirlo.

Llegamos a nuestro hotel en el Calafate casi a las diez de la noche, ganando una única hora a nuestro favor por el cambio horario. Apenas nos da tiempo a cenar algo y a que Will compruebe que todas las reservas que al parecer ha hecho están en orden.

Mañana por la mañana salimos al Parque Nacional de los Glaciares, que está situado a ochenta kilómetros de donde estamos ahora. Allí nos

quedaremos dos noches. El plan una vez lleguemos es conocer la zona, recorrer el parque para ver los glaciares y acabar haciendo *trekking* en el Perito Moreno. Después pasaremos el resto de las vacaciones recorriendo esta parte de la Patagonia.

Will dice que iremos a un sitio conocido como Caleta Olivia, donde ya tiene programada una reserva para pasar un día en sus baños termales, y que por último cogemos un avión para pasar unos días en Bariloche.

Yo no puedo dejar de mirarlo mientras me cuenta todos los planes. Mi querido William no deja de sorprenderme. Tiene todo el viaje programado hasta el más mínimo detalle y yo apenas he procesado que mañana a esta hora habré cumplido mi sueño de pasearme por los llamados hielos continentales.

Después de cenar nos metemos en la cama, y pasamos buena parte de nuestra primera noche en Argentina cogiendo fuerzas para mañana, aunque también tengo la excitante misión de demostrarle con mi cuerpo lo feliz que me ha hecho esta sorpresa.

A las diez del día siguiente ya estamos a punto de adentrarnos en la magia del Parque Nacional de los Glaciares. Estoy hasta nerviosa cuando nos paran en la caseta de la entrada para cobrarnos el ticket y permitirnos el paso. No hago más que mirar a mi alrededor, emocionada como una chiquilla, mientras Will no me quita la vista de encima sin dejar de sonreír. Está... tranquilo. Sereno. Cómodo en su propia piel y en este momento. Me encanta verlo así.

Contratamos un paseo en barco y cogemos hora para hacer *trekking* y surcar la parte superior del Perito Moreno a pie. Me siento como si estuviera en un sueño. He visto este sitio en tantos documentales y reportajes que aún no puedo creer que esté aquí.

Cuando por fin cruzamos la entrada y nos adentramos en el terreno del parque, me quedo sin respiración. Hace bastante frío, a pesar de que en esta parte del planeta ahora es primavera. El hielo corta el aire y congela el oxígeno, aunque de alguna manera al estar aquí siento algo muy caliente fundiéndose dentro de mi pecho. Me agarro a Will, con un nudo de emoción bloqueando mi garganta. Él me besa la cabeza sobre el gorro de lana, entendiéndome, queriéndome, respetándome como siempre. Acompañándome en un momento como el de ahora. Le doy un beso helado, que él contesta con una sonrisa preciosa. Estar aquí es importante para mí. Supera con creces todo lo que siempre esperé que sería, y vivirlo con Will lo convierte en una experiencia aún más mágica.

Pasamos horas recorriendo el Parque de los Glaciares. Hacemos el recorrido en barco hasta volvernos locos por no saber a dónde mirar. Caminamos lo que deben de ser kilómetros enteros, absorbiendo tanta belleza ante nuestros ojos que nos faltan poros en la piel para asimilar las sensaciones.

Después de horas de bajar escalones y cruzar pasarelas, llegamos a uno de los miradores que dan al Perito Moreno. Al observarlo de cerca sabes por qué es el más famoso de todos. Sus cincuenta metros de altura, su brillo, su color, su majestuosidad. Me apoyo en la barandilla para seguir mirándolo embelesada. Ni mil palabras ni todas las imágenes del mundo bastarían para describir este momento. No he visto nada más increíble en toda mi vida.

Will se acerca por detrás mientras estoy apoyada en la madera y me abraza con fuerza. Juntamos nuestras manos a la altura de mi vientre y continuamos mirando el glaciar, cuerpo con cuerpo. Me da un beso en la mejilla y al hacerlo su barba me raspa la piel. Su nariz está helada, e instintivamente me aprieto más contra él para procurarle calor.

—¿No haces una foto de esto? —me pregunta.

—No hay ninguna imagen que pueda capturar lo que siento ahora.

—¿Qué sientes?

—El todo. La nada. Plenitud. Felicidad. No sé. No tengo palabras.

Pasan unos cuantos segundos en los que solo escuchamos los sonidos del parque, hasta que me pregunta:

—¿Eres feliz?

Lo miro de reojo, incapaz de expresarme de manera coherente a través de mis expresiones faciales. Sus ojos están tan azules que no parecen de este planeta. Es como si en ellos se reflejara la luz que irradia el Perito Moreno.

¿En serio lo pregunta?

—Mucho, Will. Mucho. Gracias por regalarme este momento. Gracias de verdad. No podría ser más perfecto.

—¿Ah, no? Déjame intentarlo. —Y aunque no lo veo, lo noto sonreír contra mi pelo. A continuación noto su pecho tomando una inhalación profunda a mi espalda. Su corazón se acelera y deja escapar lentamente el aire segundos después, haciendo estremecer la piel de mi cuello—: Cásate conmigo, Olivia.

Cuando mi cerebro registra sus palabras, mis ojos se cierran y se abren, en un pestañeo infinito. Siento cómo tiembla mi interior. Todo a mi alrededor desaparece. Me giro, aún entre sus brazos, y cuando lo miro esta vez, sus ojos brillan mucho más que todos los glaciares del mundo entero.

—¿Qué has dicho?

—Que te cases conmigo.

El nudo de emoción que no ha abandonado mi garganta en toda la mañana multiplica su tamaño por mil en el intervalo de un segundo. Todo me da vueltas. Me cuesta respirar, pero aun así soy capaz de recurrir a nuestra complicidad habitual para pisar con fuerza y estabilizar el terreno.

—¿Eso no es algo que deberías preguntar, William?

Will permanece serio, aunque sus ojos me sonrían. Él también está emocionado, pero quiere transmitirme la seguridad que al parecer siente al declararse de esta manera.

—No te lo quiero preguntar, te lo quiero pedir. Quiero casarme contigo. Te quiero, Olivia. Quiero unir mi vida a la tuya de manera definitiva. Eres... Eres parte de mí. Pero al mismo tiempo eres tan tuya que solo puedo quererte aún más por ello, y quiero que sea así para siempre. Sé que un papel no va a darnos nada que podamos conseguir nosotros mismos, pero quiero hacerlo. Me da igual si en un lugar rodeados de gente o los dos solos en un registro civil. Lo único que le pido a la vida es tenerte siempre a mi lado. Solo quiero...

—Sí —digo de pronto.

En sus ojos refulge la luz que proyectan los glaciares.

—¿Sí?

—Sí. Sí a casarme contigo. Sí a todo lo que acabas de decir.

Me sonrío hasta hacerme estremecer y sin más, enreda sus dedos en mi pelo y me besa. Me besa con intención de entrar dentro de mí y no salir jamás. Como siempre ha hecho, como siempre hará. Me besa profundamente, sin reservas, sin preguntas, solo dándome con su boca todas las certezas de este mundo. Mi cuerpo vibra entero por la intensidad del momento. Dentro de mi pecho solo siento paz. Seguimos besándonos durante largos minutos, rodeados de un mundo de hielo que ayudará a congelar las sensaciones de este momento para que conserven su intensidad de por vida.

—¿Esto significa que serás oficialmente mío? —le pregunto con una sonrisa traviesa cuando nos separamos.

Will contesta con una de esas carcajadas que rebotan en mi pecho.

—Olivia, yo soy tuyo desde aquella primera noche en la que te llevé a comer una hamburguesa y te quedaste pegada al queso. Esto es solo... una fase más. Nuestro para siempre.

Sonrío.

—Gracias por haberlo hecho tan especial. Los glaciares, tú y yo.

—No me hacía falta nada más aparte de que tú dijeras que sí. —Acaricia lentamente mi mejilla— Por cierto...

Se separa un poco de mí, se quita los guantes y abre su chaqueta para sacar algo de un bolsillo interior. Carraspea levemente y me mira:

—No quiero que pienses que ha sido algo improvisado. —Junta su mirada con la mía y me muestra en sus manos una caja negra, pequeña y cuadrada, que emite un suave chasquido al abrirse—. Quítate los guantes.

Cuando miro el contenido, la emoción sacude mi pecho de nuevo. El anillo es... como si lo hubiera mandado a hacer exclusivamente para mí. Platino, piedra pequeña, sencillo, elegante. Perfecto.

Me quito los guantes y le tiendo la mano. Ambos temblamos mientras Will desliza el anillo por mi dedo anular. El pequeño diamante brilla de manera irreal, como un pedazo de glaciador tallado a mi medida. Trago saliva, abrumada por todas las sensaciones que inundan mi pecho.

—¿Desde cuándo tenías esto preparado? —le pregunto.

—¿Si te digo que desde la primera vez que me dijiste que querías ver el Perito Moreno me creerías?

Me río. Eso fue la tercera vez que lo vi. Cena y música en un local de jazz y soul. Aún lo recuerdo como si fuera ayer.

—Probablemente no.

—Siempre supe que si alguna vez te lo pedía, sería aquí, de esta manera. Creo que nuestra vida en los últimos años, con todo lo que hemos vivido, nos ha llevado a este momento. —Me sonrío con ese puntito canalla que tanto adoro—. En cuanto al anillo, lo compré hace tiempo en Florida; los preparativos de este viaje llevan cociéndose más de cuatro meses. No sé si responde eso a tu pregunta.

Suspiro para descargar de mi pecho tantas sensaciones.

—William, tú siempre respondes a los interrogantes que me plantea la vida.

Me pego a él y lo beso de nuevo. Sus brazos alrededor de mi cuerpo siempre serán mi hogar. En este tiempo hemos comprendido que la vida con un poco de lluvia puede ser maravillosa si se aprende a bailar bajo ella, como nosotros. Porque solo la lluvia puede combinarse con el sol para conjurar esa explosión de color que da lugar al fenómeno más mágico de la naturaleza.

Ahí es donde viviremos nosotros dos. Will y Olivia. Juntos. Siempre. En algún lugar más allá del arcoíris.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Muchas veces, cuando llego al final de un libro, me encuentro con que el autor o autora afirma que la parte que más complicada le resulta son los agradecimientos. Creo que eso es algo que no se cumple en mi caso. Por suerte, tengo tan presente a las personas a las que debo agradecer que me hayan acompañado a lo largo de esta aventura que lo único que me queda es poner sus nombres por escrito.

Cuando empecé a escribir, muy poca gente lo sabía. Era mi secreto mejor guardado y se me hacía un mundo decir en voz alta que pasaba horas delante del portátil dando vida a personajes que solo existían en mi cabeza. Fui contándolo poco a poco, a mi ritmo y, en todos los casos, esa revelación tuvo como respuesta una sonrisa de orgullo. Así que gracias, en general, a todos y cada uno de vosotros por formar parte de este sueño.

Ahora sí, toca nombraros.

En primer lugar, por supuesto, gracias inmensas a mis tres lectores cero. A ellos va dedicado este libro porque no podría ser de otra manera. Gracias por haber leído capítulo a capítulo durante casi dos años. Gracias por vuestros consejos, ánimos y sugerencias. Gracias por haber sido una parte tan importante del camino.

Gracias a René, a mis padres y a mi hermano, por entender siempre mis decisiones, respetarlas y estar a mi lado en cada paso. Gracias a mis abuelas por el apoyo incondicional que supone tenerlas a las dos en mi vida.

Gracias a todas esas personas que en su día leyeron el manuscrito cuando aún era una novela única de 493 páginas en PDF: mis tías Araceli y Marisol, María, Julia, Ángela, Marta, Tatiana, Ana y Alba. Gracias por vuestro entusiasmo, vuestras opiniones y el cariño que pusisteis al leerlo.

Gracias a todos mis familiares y amigos que se han involucrado con la primera parte de *Pregúntame si me importas* y que se han volcado con la causa, en especial a todos mis tíos y tías, a mi familia política, a Blanca y a los Chiquitos. Gracias por los ejemplares que habéis comprado, por recomendarme, por la merienda de presentación, por leerme y por emocionaros al tocar el libro con vuestras manos.

Gracias, de nuevo, a Víctor Ruiz por entender mis ideas y plasmarlas en la portada que pone cara a esta historia.

Y, por último, gracias a ti, que has llegado al final de este viaje a un lugar más allá del arcoíris. Gracias por dar vida a los personajes con tu lectura.

Esto es todo... de momento.